Obras completas de Platón

Platón
Obras Completas

Traducción, prólogo, notas y Clave hermenéutica de Juan David García Bacca ● Tomo VI ● Timeo, Critias, Cratilo ● Coedición de la Presidencia de la República de Venezuela, la Facultad de Humanidades y Educación y la Dirección de Bibliotecas, Información, Documentación y Publicaciones de la Universidad Central de Venezuela ● Caracas, 1982.

Versión directa del texto griego de la Edición "Guillaume Budé", Société d'Édition "Les Belles Lettres", París

ADVERTENCIA

Las siglas Cl. 1, 2, 3; II. 1, 2; III. 1, 2, etc., remiten a la Clave hermenéutica.

Depósito Legal Cf 80 — 1401

RECONOCIMIENTO

El Traductor y Autor agradece a los colegas universitarios, doctores Blas Bruni Celli y Ermila Elíes de Pérez Perazzo, su colaboración filosófica y técnica en la revisión de los diálogos "Timeo", "Critias" y "Cratilo" de este tomo.

Y reconoce una deuda especial al licenciado Benjamín Sánchez, como revisor general de las obras completas en sus aspectos filosófico y técnico.

J. D. G. B.

TIMEO

Lugar y tiempo del diálogo hablado y del discurso leído. 411 a. C. Atenas. Casa de Sócrates, el día anterior. El siguiente, en casa de Critias donde se hospedaba Timeo.

Personas:

TIMEO. De Locris en Italia. Gobernante; de alta posición social y cultural; especialista en matemáticas y astronomía. Pitagórico. Director de la escuela (?). Recita (o lee) discurso preparado la víspera.

SÓCRATES. Ateniense. Filosofante dialéctico. Introductor de la parte dialogada. Oyente del discurso.

HERMÓCRATES. De Siracusa. General.

CRITIAS. Ateniense, poeta y orador. Relator de la leyenda de la Atlántida.

Tiempo del diálogo redactado y del discurso. Atenas. Academia. 387-370 (?).

ARGUMENTO

Advertencias previas

Primera. El diálogo puede dividirse en tres partes:

A) Introducción, comprendiendo en ella, además de los detalles apropiados a la ocasión, la relación de la leyenda de la Atlántida (19 a-27 c).

B) Origen de El Todo (τὸ Πᾶν) —El Gran Viviente— y de sus miembros: los vivientes inmortales (27 c - 69 a, b, c). Su constitución ontológica, matemática y física.

C) .Los vivientes mortales (69 c, d, e; final).

Segunda. Tono filosófico y científico del diálogo, en su parte central, a saber: Discurso de Timeo (27 c, d; 92, final). Aparte de comenzar Timeo su discurso invocando, cual los poetas épicos, a Dioses y Diosas, al ir ya a iniciar la exposición sobre la Génesis de El Todo, advierte sinceramente a los oyentes que no se extrañen de que no pueda ofrecerles razonamientos del todo y omnímodamente concordantes entre sí y perfectamente exactos. Es preciso que se contenten con verosímiles (εἰκότα μῦθον), recordando que "quien habla, y oyentes, tenemos naturaleza humana", de manera que, aceptando un mito verosímil (εἰκότας), no está bien el que exijamos algo más (29 c, d). De cuando en cuando, a lo largo del largo discurso, les recuerda lo mismo (48 d; 49 b; 56 a, d; 57 d; 59 d; 68 d).

Esta es, pues, la medida (Cl. I.4) con que Timeo se mide a sí mismo y pide que se mida lo que va a exponer. Apliquémosla para apreciar el contenido filosófico del discurso.

Medida. Verosimilitud, concordancia y exactitud humanas en los razonamientos.

Verosimilitud (εἰκός, εἰκότως, εἰκασία) no es ni algo opuesto ni semejante a Verdad (ἀλήθεια). Verdad exige, y se alcanza mediante razonamientos del todo (πάντως) y omnímodamente (πάντῃ) concordantes y exactos. Esta tesitura o exigencia no es humana. Y lo es aún menos cuando el tema a tratar es, nada menos que Este Todo

(τὸ Πᾶν, κόσμος, Mundo): su alma, inteligencia, génesis y constitución de todo lo en él incluido: elementos, vivientes, hombres.

El tono de modestia racional se impone. Tal tono se llama "Verosimilitud". El Todo de lo absolutamente racional se llama, y es, "Verdad". Estudiemos, pues, ante todo tal tono en unos casos, antes de fijarlo ya definitivamente.

(2.1) La unitaria palabra "logos" (λόγος) sonaba a oídos, decía a mente y se la profería cual "acorde", bien sonante y consonante, a un conjunto de significados de los que algunos se ponían a resaltar, pasando a fondo los demás, según las circunstancias. "Logos" resuena a palabra (dicha), razón, razonamiento, discurso, proporción, cuenta, leyenda, dicho... (Cl. 1.1). Logos es "acorde".

Advirtamos la norma general: "lo mejor de todo es principiar por su natural principio. Se ha de tratar, pues, de imagen (εἰκών) y de su paradigma (παρά-δεῖγμα, dechado) de manera que los razonamientos (λόγους) resulten congéneres con las cosas mismas de que son intérpretes. Así que (οὖν) de lo permanente y firme, y con lo patentemente permanente e invariable, se ha de tratar, en lo posible, con razonamientos irrefutables e inconmovibles, sin faltar nada en este punto. Mas los razonamientos sobre lo asemejado a un paradigma, por ser lo semejado imagen han de estar siendo ellos, según razón (ἀνὰ-λόγον), imágenes de los paradigmas, porque, por cierto (ὅτιπερ), Esencia se ha (πρὸς) Advenimiento (γένεσις) como Verdad (ἀλήθεια) a Creencia (πίστις) (29 a, b)".

Aquí "logos" es, sobre todo, razón; y ἀνὰ λόγον es "según razón"; y el πρὸς es "relación" entre dos cosas: Esencia (E) (οὐσία): lo que de suyo es una cosa: el "peculio" suyo, frente a simples acompañantes (préstamos o dones) y advenimiento (A. génesis, γένεσις), por una parte, o razón o relación racional; y, por otra, Verdad (V) respecto de Creencia (C). Además entre paradigma (P), e imagen (I, εἰκών) —lo hecho a semejanza suya, su asemejado— hay esa relación de ser los dos de un género (συγγενεῖς): ser parientes por descender imagen de paradigma (Dechado). Advenir es lo que es, justamente para llegar a ser en propiedad (οὐσία) lo que una cosa estuvo siendo cual de préstamo o de don inicial. Cual Creencia es fase mental para o hacia Verdad. Para que los signos o palabras nuestras "÷, =" no resuenen a relación numérica (a cuenta, a proporción), pongámoslas entre dos puntos; y escribiremos:

$$.\frac{A}{E}:=:\frac{C}{V}:=:\frac{I}{P}.$$

Se da, pues, entre estos términos o palabras una relación "razonable": un parentesco ordenado, respecto de términos privilegiados, —Esencia, Verdad, Paradigma; relación que hace posible un paso y una comunidad, manteniendo la diversidad entre Esencia, Verdad, Paradigma, y la entre Advenimiento, Creencia e Imagen, y manteniendo las originales y diversas relaciones entre (A, E), (C, V), (I, P); y, a pesar de ello, mantienen los seis términos y sus tres apareamientos "una" correlación o estructura unitaria. Tal correlación no llega a "total y omnímoda concordancia" y "absoluta exactitud", —a "racional". Llamémosla, pues, "razonable". Y esta "nota" entra en el tono o timbre de "Verosimilitud"; y resonará, más o menos fuerte y distintamente, durante el largo discurso de Timeo.

(2.2) Este Todo (τὸ Πᾶν, El todo) o este Mundo (ὁ κόσμος) —que ha de ser único, unigénito— ha de contener "todos" los tipos de entes, bien y bellamente (καλῶς) vinculados (δεσμός).

Ahora bien: "el más bello de los vínculos es aquel que haga se unan en máxima unidad (μάλιστα ἕν) él mismo (αὐτόν) y los vinculados por él" Esto es lo que la proporción (ἀναλογία) hace, por naturaleza, de la más bella manera, "uniendo dos cosas mediante una tercera, que hace de vínculo coajustador (σύν-αγαγόν) de ambas, colocado en medio (ἐν μέσῳ) de ellas".

Designemos, en nuestro lenguaje —al que traducimos— "primero" (πρῶτον) con P, "medio" (μέσον) con M; "extremo" (ἔσχατον) con E, y con sus minúsculas cuando se ejemplifique con cosas concretas, cual números, masas, (ὄγκων) y potencias (δυνάμεων), o elementos (Fuego, Aire, Agua, Tierra). Y dice Timeo:

a) $. \frac{P}{M} . = . \frac{M}{E} .$; ahora con un punto, porque se aproxima el discurso al dominio numérico o numerable.

"El Primero" se ha respecto (πρὸς) del Medio, como este mismo se ha respecto de El Extremo. Y caben las transposiciones:

b) $. \frac{E}{M} . = . \frac{M}{P} .$ c) $. \frac{M}{P} . = . \frac{E}{M} .$

Mas Timeo añade una frase desconcertante en matemáticas puras: "Así que todos los términos pasan a hacer lo mismo entre sí, y, por hacer lo mismo, todo resultará uno". No hay, pues, algo que sea, esencialmente, primero, extremo, medio; primero puede hacer de extremo, extremo de primero, medio de primero y extremo; todos hacen de vínculos de unión, y, por ello, dan *un* Todo.

Las correlaciones (a, b, c) no son propiamente matemáticas ni se justifican por razones matemáticas; son correlaciones "ontológicas", —si es admisible llamarlas así. Analogía (ἀνα-λογία) no es, pues, "proporción". "Logos" es aquí "cuenta-y-razón", —empleando tal "frase hecha". (a, b, c) son "cuentas" (aritméticas) afectadas y realizadas por "razones" ontológicas. De dos tipos, como se dirá, oyendo a Timeo.

De manera que no se pueden hacer las operaciones matemáticas usuales ahora:

$PE = M^2$, $EP = M^2$, $M^2 = PE$, y muchísimo menos $M = \sqrt{PE}$. No es ésta la "medida" de Timeo. Esto fuera "exactitud total", "racional".

Logos, en este y otros contextos, significa y resuena al acorde "cuenta-y-razón". Nueva nota de "verosimilitud", o si se quiere de "razonable", —frente a racional y verdad.

(2.3) "Cuando hay cuatro términos hace falta dos medios". Las cosas de que Dios va a construir el Todo, y un Todo uno (ἓν ὅλον), son Fuego, Aire, Agua, Tierra. No habla aquí Timeo de su constitución física, peculiar, —punto ulterior (53 c-56 e); sino de su función cósmica: de su aporte a la unidad de El Todo, cual partes o miembros (μόρια) suyos. La cuenta-y-razón se puede ahora escribir:

$$\frac{\text{Fuego}}{\text{Aire}} = \frac{\text{Aire}}{\text{Agua}}; \quad \frac{\text{Aire}}{\text{Agua}} = \frac{\text{Agua}}{\text{Tierra}}.$$

Son, adviértaselo, dos cuentas-y-razones; porque Dios trata de hacer un Todo tridimensional (sólido). Ambas con "cuenta-y-razón" (ἀνὰ τὸν αὐτὸν λόγον); mas aquí, a diferencia del caso anterior, no dice Timeo sea factible cambiar extremos entre sí o hacer que los medios pasen a extremos (cambios, a, b). Y sería transgredir más gravemente la "medida" de Timeo poner

$$\frac{a}{b} = \frac{b}{c} = \frac{c}{d}; \qquad b^2 = ac,\ c^2 = bd,\quad b = \sqrt{ac},\ c = \sqrt{bd}.$$

Cada elemento ejerce función propia en el Todo, además de la general de unificación, de que se está hablando. Pero precisamente en fuerza de esta "razón" puede concluir Timeo lo que no pudiera decir si sólo fuese una "cuenta": "Y por esto, y precisamente de éstos y de cuatro en número, surgió el cuerpo de Mundo enracionalizado (ὁμο-λογῆσαν) mediante ana-logía (mediante cuenta-y-razón), en firme Amistad por

ello, de modo que, coincidiendo en identidad consigo mismo (εἰς ταὐτὸν αὐτῷ), resultó indisoluble y por todos, a excepción de Quien lo coajustó" (82 b, c).

Es claro que Fuego, Aire..., tomados así, cual vagamente cuantitativos (componente numérico) y vagamente geométricos, y considerados en su función cósmica ontológica, no son tratables con el término de "proporción". Cabe nada más una cierta relación (πρὸς). Y aun en esa relación los medios (Aire y Agua) no entran dos veces (y menos en segunda potencia M^2), sino una sola vez; así es como unen; que lo doble o dos no une.

El tono de "verosimilitud" adquiere mayor precisión con la nota de "razonable", y ésta con la compleja de "cuenta-y-razón". (Cl. I.1).

(2.4) Las razones más decisivas que afectan y atemperan el componente de "cuenta" (aritmética y geométrica) son de dos clases:

a) Ontológicas estrictas. División primaria de "ente" (ὄν) en dos clases: 1) ente que está-siendo (τὸ ὄν, ὄν, Cl. IV.3) siempre lo que es, mas sin tener advenimiento o génesis; 2) ente en advenimiento siempre, mas que nunca está siendo. Ente no llega jamás a ser; el otro está siempre en ser. "Aquél, por estar-siendo siempre idénticamente (κατὰ ταὐτά), es captable con pensamiento razonante; estotro, por adviniente y pereciente es, a su vez, opinable propiamente con no racionante sensación; mas, en realidad (ὄντως) jamás está-siendo" (27 d; 28 a). Esta división es racional y la máximamente racional. Y está aquí propuesta por Timeo, y aceptada sin más por los oyentes, cual punto de partida y principio (πρῶτον).

Igualmente hablar de El Artífice (δημιουργός), y dar por supuesto y admitido que lo hay, y que lo tiene que haber por tener que "haber una causa de que lo adviniente advenga a ser" es otro punto fijo primario. Puntos que pudieran ser objeto de intelección (νόησις) racional (μετὰ λόγου). Discutirlos en plano puramente ontológico fuera transgredir los límites de "verosimilitud", —tipo de medida elegido por Timeo. Así que:

b) Ontología en el tono de verosimilitud; no, en el de verdad. Anotemos unos puntos. (b.1) La Causa que es necesaria para que este Todo venga al ser recibe nombres variados: δημιουργός, Artífice; ποιητής, Creador; πατέρ, padre; Συνιστάς, Compositor; ὁ θεός, El Dios... cada uno de estos nombres propios (Cl. II.1) aplicados a la Causa o lo Causante (αἴτιον) según las operaciones propias de la fase de producción de este Todo o este Mundo. Al enfrentarse La Causa con un material cuyo estado de ser es el de eterno advenimiento, sin

llegar él de por sí a ser —a estar siendo algo determinado (ente) y pretender darle, en lo posible, estado de "ente"— lo primero que hace, cual Artesano, es *cribar* (σεισμός, σείσθαι, σείειν) tal material para seleccionar lo más apto para realizar el paradigma que tiene en mente imponerle. Las figuras o eidoses corrientes y elementales para todo artesano modelador o alfarero son el cubo, la pirámide, lo redondo. Mas un artesano (del pueblo) que haya de elevarse a ser y obrar cual *El Artesano* (ὁ δημιουργός) —y no quedarse en uno de tantos, (δημιουργός) ni siquiera en uno de unos pocos distinguidos artesanos humanos— ha de imprimir en tal material no las figuras corriente de pirámide, cubo, esfera... ni aun perfiladas según el arte humano, sino los paradigmas (o Dechados) de ellas: εἶδος de pirámide, el eidos de Tetraedro; de cubo, el de Exaedro; de redondo, el de Esfera... Un eidos: Esfera, Tetraedro, Exahedro... son, de suyo, algo en sí mismos (Cl. III.1), ellos de por sí (καθ' αὑτά), *haya o no* haya artesanos que los tomen cual Dechado o Paradigma, al que mirar y haya o no una materia en que los copie un artesano y aun El Artesano, y para algún fin, produciendo así imitaciones (μιμήματα) o imágenes (εἰκόνας) de tales Dechados. La función de Paradigma es algo adventicio a un Eidos. (Cl. III.1).

Además: La Causa de tales imágenes —por tener que hacerlas a base de un material, viviente, no de una especie fija, cual hombre, caballo..., sino "nodriza" (τιθήνη) de vivientes, alimento para toda especie de realidades, caldo nutricio cósmico— merece el título de "Padre". Cuando de cuerpos elementales o primarios —constituidos ya según paradigmas o eidoses, cual los de Fuego, Aire...— haya por su orden Compuesto, la Causa será además y se llamará Compositor (El Compositor, ὁ Συνιστάς). La Causa será ὁ θεός, El Dios, en parecido sentido de unicidad por su excelencia misma como sus otros atributos y nombres: El Artesano, El Compositor, dentro de una clase general: la de artesanos, compositores, padres; y ahora, la de dioses, pues La Causa va a producir vivientes-dioses, y, cual distinguido entre ellos, a Este Todo o Este Mundo: "Dios sensible, máximo, óptimo, bellísimo y perfectísimo, que es Este Cielo único y unigénito" (92 frase final). En igual sentido añádanse otras designaciones de La Causa, cual las de Creador (ποιητής), El Modelador (ὁ κηροπλάστης, El Modelador en cera, 74 c).

Hablar así de La Causa es hacerlo según el módulo de Verosimilitud, de una manera razonable que permita hacerlo de muchas vagamente concordantes y sin exigencia de exactitud omnímoda; la verdad exigiría omnímodas concordancia y exactitud.

(b.2) Hay dos tipos de eídoses (48 e); ambos eternos (ἀεί); 1) uno, que está-siendo siempre lo que es y siéndolo de idéntica manera (κατὰ ταὐτά); 2) otro, que está en eterno advenimiento, y nunca jamás (οὐδέποτε) llega a ser (a estar siendo, ὄν) algo definido y definitivamente. Llámeselo Lo Ente (τὸ ὄν) y lo Advini-ente (τὸ γιγνόμενον). Los dos pueden ser tomados cual Dechados. La Causa puede tomar cualquiera de los dos cual Dechado, mirando al cual producir este Todo, este Mundo: producir Un Todo de íntegramente entes; o un Todo, de íntegramente Advinientes (γεννητῷ παραδείγματι 28 b).

Ontológicamente no hay decisión.

La decisión proviene de un designio: 'hacer un Todo *bello-y-bueno*. Más aún: hacerlo bellísimo, óptimo y perfectísimo. Es el designio de todo Artesano; *a fortiori* ha de serlo el de El Artesano. Tal designio exige tomar por Dechado a "Lo Ente". Así este Todo (τόδε τὸ πᾶν, 48 a) resultaría el más bello de entre lo engendrado; y el Artesano sería el óptimo de entre las causas. Y por tanto este Mundo resultaría hecho captable por intelección y razón.

El coajuste o coarmonización (συν-ἁρμόττειν) de ente, belleza y bondad impone un tipo complejo de acciones y, dicho en palabras, de argumentaciones que Timeo irá descubriendo, a veces con sorpresa suya, a lo largo de su discurso.

Advirtamos en este momento dos cosas:

1) El designio de ajustar el porqué (lo ente) al para qué (bello, bueno), le fuerza a Dios (ὁ θεός) a reconocer que hará todo bueno "en la medida de lo posible" (κατὰ δύναμιν); restricción que no tiene sentido referida a ente, idéntico, razón. Al progresar el diálogo, y tratar Timeo de aplicar tal coajuste a producciones concretas: de vivientes, de órganos suyos —vista, oído...— veremos el entrelazamiento entre las partes de argumentación racional —revelada por las partículas γὰρ, οὖν, διότι..., tipo de "por qué", y la parte de argumentación por finalidad— ἕνεκα, ἵνα..., por "para qué"; y se notará lo que le falta a una argumentación "razonable" (εἰκός) para llegar a "racional" (λόγος). O dicho al revés: lo que el "para qué" rebaja el tono del "por qué".

2) Al ir El Dios a ejecutar su designio de crear un (este) Mundo según el Dechado de Lo Ente, se halló con que tenía que aceptar (παρα-λαβών) el que todo cuanto estaba viendo se hallaba moviéndose de descompasada (πλημμελῶς) y desordenada (ἀτάκτως) manera, —sin melodía y sin compás. Conforme se ponga a reconstruir

o reformar tal material según el paradigma de Ente, cual Por-qué, y de Belleza y Bondad, cual Para-qué, irá notando tales y tantas dificultades que tendrá que reconocer que los dos eídoses de ente no son suficientes para su proyecto; que es necesario (εἰσαναγκάζειν) añadir un tercer eidos, —dificultoso y oscuro de declarar en razones (λόγοις ἐμφανίσαι). Es el eidos de Receptáculo (ὑπο-δοχή), algo así cual Nodriza (τιθήνη). Caldo nutricio, para todo advenimiento o engendramiento (49 a, b). Es la Causa errabunda (τὸ τῆς πλανωμένης εἶδος, 48 a).

Nuevo descuento de racional. Por muy razonable que sea la aceptación y sometimiento del plan de Porqué al de Paraqué, el sometimiento de ambos a ese dato —caldo cósmico nutricio para todo lo que al ser advenga en el Mundo, dentro de El Todo— introduce nuevo y patente descuento de racionalidad.

Por tanto: El tono de "verosimilitud" es el tono de "razonable" que, a su vez, es tono de "cuenta-y-razón"; y, ahora, de cuenta-razón-y-finalidad. Brevemente: de por-qué y para-qué coajustados.

(I.1) *Parte primera* (27 c-69 a, b, c).

(I.11) Caracteres de Mundo. Su unicidad.

A) Dos clases de premisas: 1) premisas racionales, o de "por qué"; designémoslas con P.R. 2) premisas razonables, o de "para qué"; designémoslas con p.r.

El Dios (ὁ θεός) ha querido o determinado hacer de todo el material previo —movido desconcertada y desordenadamente— un Mundo, es decir: algo ordenado (τάξις). Premisas.

(p.r.1) Porque el orden es *mejor* (ἄμεινον) que el desorden, y

(p.r.2) porque al *Optimo* no le está permitido (θέμις, por la diosa Θέμις) hacer sino lo *más bello*; y

(p.r.3) porque lo inteligente es *más bello* que lo ininteligente; y

(P.R.1) porque no puede engendrarse inteligencia sin alma,

Luego (διὰ δὴ τὸν λογισμόν) el dios, puesto a hacer un Mundo —que sea este Todo, El Todo (τὸ Πᾶν)— aceptando el material dado (cuerpo), introducirá y extenderá, en todo él, inteligencia en alma, alma en cuerpo; y en virtud de (p.r. 1, 2, 3) resultará "este Mundo precisamente (τόν-δε τὸν κόσμον) viviente animado, inteligente y formado, en verdad, por pro-videncia (inteligencia previsora, πρό-νοια) de el Dios" (30 b, c).

Mas este argumento, complejo de porqués y paraqués, es ciertamente (δή) razonamiento verosímil (κατὰ λόγον τὸν εἰκότα). Timeo sabe lo que ha demostrado y con qué valor. No en vano tiene Timeo mente matemática geométrica y aritmética, como lo mostrará más adelante. Sabe lo que suena a racional propiamente; qué, a razonable.

B) Consideremos el argumento referente a la unicidad de Mundo, o de este Cielo (28 b); único (εἷς) éste (ὅδε), unigénito (μονο-γενές). Por el argumento anterior el Mundo ha de ser "viviente, animado e inteligente". Mas, ¿de qué constitución?; ¿de qué clase de viviente? El Compositor (ὁ συν-ιστάς) ha de componerlo a semejanza de un Dechado. ¿De cuál? *Premisas* y secuelas. (p.r.1) "Asemejarse" a lo imperfecto no es bello; y

(P.R.1) el eidos de parte es imperfecto, respecto del eidos de Todo; y

(p.r.2) al óptimo no le está permitido hacer sino lo más bello;

Luego este Mundo ha de incluir cual partes suyas todos los vivientes animados e inteligentes congéneres;

Luego así lo hará el Optimo semejante al Viviente absolutamente perfecto, en cuanto unicidad y soledad (κατὰ τὴν μόνωσιν); y

(P.R.2) No sería absolutamente perfecto en cuanto unicidad si el Optimo hiciera más o infinitos mundos,

Luego para que (ἵνα οὖν) lo sea, el Creador (ὁ ποιῶν) lo hizo ser Cielo uno, éste y unigénito.

C) Dos argumentaciones vero-símiles o razonables según razón-y-finalidad, pertinentes al Mundo en su constitución general.

Consideremos dos referentes al cuerpo del Mundo. Premisas y secuelas. (P.R.1) Todo lo adviniente o engendrado es, ha de ser, corporaloide (σώματο-ειδές): visible y tangible; y

(P.R.2) no sería visible sin Fuego; ni tangible, sin Tierra;

Luego el Dios, puesto a componer el cuerpo de El Todo, hízolo de Fuego y Tierra.

(p.r.1) No es posible componer *bellamente* dos cosas solas; hace falta una tercera, porque ha de producirse en medio algo así como un vínculo que coajuste a ambas; y

(p.r.2) el *más bello* de los vínculos es el que a sí mismo y a los vinculados dé máxima unidad.

(p.r.3) La analogía es la que hace esto de la más *bella manera.*

(P.R.3) Por haber de ser este Todo visible y tangible (P.R. 1, 2) ha de tener su corporalidad (σωματο ειδές) superficie y profundidad (o tres dimensiones), lo que requiere dos medios entre Fuego y Tierra que han de llenar las tres, sin sobra ni falta;

Luego el Dios, según esa misma cuenta-y-razón (ἀνὰ τὸν αὐτὸν λόγον, ἀνα-λογία), hizo y arregló al Todo de manera que, en lo posible (καθ' ὅσον δυνατόν), Aire y Agua medien-y-vinculen entre Fuego y Tierra.

$$\frac{\text{Fuego}}{\text{Aire}} = \frac{\text{Aire}}{\text{Agua}} = \frac{\text{Agua}}{\text{Tierra}}$$

(Véase Advertencia segunda).

Nótese, una vez más, qué exigencias razonables afectan y rebajan las racionales. La anterior argumentación es de tono "verosimilitud".

D) Por fin, respecto del *cuerpo de este Mundo.* Su figura: la esférica. Este Todo (el Mundo que vemos y palpamos es "éste": uno y único Mundo; no sólo es un Todo, sino es, nada menos que El Todo): es "Esta Esfera": es "La Esfera" real, en cuerpo y alma.

Premisas y secuelas.

(p.r.1) El Optimo (entre los Causantes) dio al Cuerpo de El Mundo la figura *conveniente y congénere* con él; y

(p.r.2) El cuerpo de El Mundo ha de comprehender dentro de sí todos los vivientes; y

(p.r.3) La figura esférica (lo esferoide, σφαιροειδές) *es la más perfecta:* la más semejante a sí misma de las figuras, y la que comprehende (circunscribiéndolas, περὶ-ειληφός) todas las figuras;

Luego (διό) el Dios torneó la figura de este Mundo esferoide y circularmente alisada (κυκλοτερές, τείρειν);

(p.r.4) La figura esferoide es aquella en que los confines (τελευτάς, los límites *perfectos,* τέλος) distan, por todas partes, igual del medio;

Luego el Dios se la dio por figura propia al cuerpo de El Mundo.

Timeo saca a continuación (33 b-34 b) siete secuelas (seis indicadas con γάρ, una con διό), todas ellas "razonables". Y concluye: "Esta fue, por cierto, la cuenta-y-razón (λογισμός) del dios que está ya siéndolo (ὄντος) respecto del que a su tiempo llegará a serlo (ἐσόμενον)..., por eso le hizo su cuerpo liso, llano, igual desde el medio, íntegro, cuerpo perfecto de cuerpos perfectos".

E) El alma de El Mundo. Premisa y secuela.

1) (p.r.1) El Dios no puede permitir que lo más venerable y antiguo sea gobernado por lo más joven.

Luego el Dios hizo el alma de El Mundo antes que el cuerpo; la hizo primera, más venerable, señora y gobernadora de él por nacimiento y por virtud.

2) Su composición general. Premisas y secuela.

(P.R.1) Hay tres eídoses: el de esencia (οὐσία) indivis*ible* (impart*ible*) y que se ha siempre de idéntica manera; el de esencia divis*ible* que es la nacida en cuerpos. De estas dos (apareadas, ἀμφοῖν): de la de naturaleza de lo Idéntico y de la de lo Diverso, el Dios hizo un eidos de esencia intermediario; y lo compuso, así mismo, para que esté en medio de esos eídoses: del indivis*ible* y del divis*ible* según cuerpos.

(p.r.1) Mezcló los tres eídoses hasta hacer una idea total; y, por ser la naturaleza de lo Diverso, difícil de mezclarse con lo Idéntico, los coarmonizó *a la fuerza*. Pero mezclado con esencia, y habiendo hecho de los tres uno, distribuyó a su vez tal Todo en tantos Lotes (μοῖρα) cuantos *convenía para* Alma de El Todo: de este Mundo;

Luego cada Lote resultó mezclado de Idéntico (I), Diverso (D), y Esencia (E).

3) División o reparto de tal Todo, —mezcla de I, D, E, cuyas partes o lotes son también mezcla de I, D, E. Reparto en vistas a la finalidad de un alma que ha de ser El Alma de El Todo, de El Viviente-Inteligente en El Cuerpo: en La Esfera. Notemos cómo lo razonable afecta y atempera lo racional (matemático), dando una exposición "verosímil": la intentada, y propuesta, por Timeo.

Premisas y secuelas.

(P.R.1) Dos series numéricas; una de razón 2; otra, de 3; partiendo de la unidad: 1, 2, 4, 8...

3
9
27
.
.
.
.
.
.;

de suyo, según "cuenta", prolongables más allá de 8, más allá de 27.

(p.r.1) Se cierran en 8 y 27 "a la fuerza", porque "a la Fuerza" (βίᾳ) está hecha la mezcla total y los lotes de ella según (2). Esta razón afecta a la "cuenta" pura.

(P.R.2) Entre dos cantidades cualesquiera (a, b) distantes (διάστημα) hay intermedias (μεσότης, medias). Timeo no les da nombres, —ni siquiera los nuestros, griegos de palabra, media "aritmética", media "armónica", definidas por $\frac{a+b}{2}$, $\frac{2ab}{a+b}$.

Dejando aparte otras "medias" que no vienen a propósito, Timeo somete a tales "medias" a dos restricciones no matemáticas, que constituyen una premisa "razonable" (p.r), dentro del tema: El Dios-Artesano ha hecho una masa total de tres componentes no matemáticos: Lo Idéntico, lo Diverso, la Esencia. Idéntico y Diverso son los extremos (ἄκρα), en el medio (ἐξ ἀμφοῖν ἐν μέσῳ) está la mezcla de ellos que es Esencia (οὐσία), mezcla de Lo Impart*ible* y lo Part*ible*, todo ello hecho "uno" (ἕν) *a la fuerza*. Por tanto, lo matemático está aquí tratado "a la fuerza"; y, por ello, también lo de media (μεσότης), —sean matemáticamente dos o más. Formulemos, pues, las dos condiciones extra-racionales —aunque "razonables"— a que está sometida la P.R.2. Sea, pues,

(p.r.2) Las cantidades intermedias o dentro del intervalo (διάστημα) son o intermedias que están en el medio (o centro), cual $1\frac{1}{2}$ entre 1, 2, o en general $\frac{a+b}{2}$; o intermedias que no están en *el* medio cual $\frac{4}{3}$, $\frac{8}{3}$...—, o en general $\frac{2ab}{a+b}$. Mas

han de satisfacer dos condiciones impuestas por una Causa que sea Dios-Artesano, torneador (ἐτορνεύσατο) de Mundo-Viviente de vivientes: 1) el medio ha de coajustar (σύν-ἀγαγεῖν) y coarmonizar (σύν-ἁρμόττειν) o vincular (συν-δεῖν, δεσμός) extremos tales cual Lo Idéntico (Lo Impart*ible*) y Lo Diverso (Lo Part*ible* en cuerpos), siendo tales intermedios, mezcla de ambos; no son medias estáticas o sueltas, cual 1, $\frac{3}{2}$, 2; 2, 4, 6 ... Es verdad que $\frac{3}{2}$ supera a 1 en $\frac{1}{2}$ ($\frac{3}{2} = 1 + \frac{1}{2}$) y que $\frac{3}{2}$ es superado por 2 en $\frac{1}{2}$ ($2 = \frac{3}{2} + \frac{1}{2}$) etc. Y es verdad que $\frac{4}{3}$ supera a 1 en $\frac{1}{3}$ ($1 + \frac{1}{3} = \frac{4}{3}$) y $\frac{4}{3}$ es superado por 2 en $\frac{2}{3}$ ($\frac{4}{3} + \frac{2}{3} = 2$); entra, pues, siempre la misma parte (ταὐτῷ μέρει), $\frac{1}{3}$; pero es parte de un Todo: de algo unido y unido y uniente extremo. Por eso resulta siempre de tales partes (no fracciones o quebrados) un Todo (ἕν, τὸ Πᾶν): $\frac{1}{2} + \frac{1}{2} = 1$, $\frac{1}{3} + \frac{2}{3} = 1$, es decir un Uno (ἕν), —no el número 1 o los $\frac{1}{2}$, $\frac{1}{3}$, $\frac{2}{3}$ ... No llenan $\frac{1}{1}$, $\frac{3}{2}$, $\frac{2}{1}$; $\frac{1}{1}$, $\frac{4}{3}$, $\frac{2}{1}$ etc., el intervalo entre 1, 2, uniendo 1 con 2, y dando un (1) Todo (T), y lo mismo tampoco lo unen

$$\frac{1}{1}, \frac{9}{8}, \frac{81}{64}, \frac{4}{3}, \frac{3}{2}, \frac{27}{16}, \frac{243}{128}, \frac{2}{1} \ldots$$

Lo importante para un Dios-Artesano es

$$\frac{1}{2} + \frac{1}{2} = T_1, \frac{1}{3} + \frac{2}{3} = T_2, \frac{1}{8} + \frac{7}{8} = T_3 \ldots$$

donde T_1, T_2, T_3... son el intervalo "total" considerado, 1, 2; 2, 4; 4, 8... Lo importante para El es que todo (El Todo) y los todos (partes de El Todo) queden tan bien unidos que resulte un

Uno. Para esta finalidad es indiferente qué media se use: $\frac{3}{2}$, $\frac{4}{3}$... Pero siempre hay que ver si $\frac{1}{2} + \frac{1}{2} = T_1$; $\frac{1}{3} + \frac{2}{3} = T_2$... Esto es y mantiene la unidad.

2) El Todo, resultante de mezclar "a la fuerza" Idéntico (I) y Diverso (D) es una mezcla especial (εἶδος οὐσίας): Esencia en que ha de reconocerse qué predomina, qué extremo (ἄκρον) tira más, sin romper la unidad total, de El Todo o de los Todos parciales suyos (μέρη). En la media centrada —o que está en el medio o centro—, I y D tiran igual (ἴσον) de lo intermedio; el intervalo (vgr. 1-2) no queda dividido en $\frac{1}{2}$, $\frac{1}{2}$; sino distendido en $\frac{1}{2}$, $\frac{1}{2}$. Por ello han de dar un total, pues no lo rompen. No son quebrados o fracciones. Pero en la media que sea un intermedio o esté entre los extremos —mas no esté en el medio o dentro—, un extremo tira más que otro; lo I y lo D tiran o distienden en grado diferente. Si los extremos aritméticos son 1, 2 —mas 1 está afectado de I, y 2, de D, predominando I sobre D— tendremos una media cual $\frac{2}{3} + \frac{1}{3}$; $\frac{2}{3}$ para o hacia I, $\frac{1}{3}$ para o hacia D. Y si predomina D sobre I, $\frac{2}{3}$ para D, $\frac{1}{3}$ para I. La elección, pues, por parte del Dios-Artesano de dos clases de medias es secuela —no racional, sino razonable— de la contextura de la Mezcla de I y D, y de su tensión con predominio de uno de los dos extremos, o con equilibrio de ambos (de I y D).

De nuevo en una fila matemáticamente correcta, cual $\overset{1}{=}$, $\frac{9}{8}$, $\frac{81}{64}$, $\frac{4}{3}$, $\frac{3}{2}$... $\overset{2}{=}$... no se puede notar lo más importante para Timeo: Dios-Artesano hace una (la) Mezcla distendida por lo más extremoso: I, D.

Cual *secuela* inmediata: no hay que sumar, multiplicar o dividir, cual si fueran puros números —quebrados o enteros— $1 + \frac{1}{2} = \frac{3}{2}$; $1 + \frac{1}{3} = \frac{4}{3}$; $1 + \frac{1}{8} = \frac{9}{8}$... o $\frac{9.9}{8.8} = \frac{81}{64}$...

Todo esto oculta que lo esencial hecho por el Dios-Artesano es una mezcla de I y de D en unidad tensa (forzada); es la Esencia de que resultará por extendimiento "este Todo", este Mundo, —*el* visible, *el* tangible, *el* viviente.

De la Mezcla inicial tomó el Dios-Artesano una parte, después otra doble que ésta . . . hasta otras 27 veces la primera. Mas $\frac{3}{2}$, $\frac{4}{3}$, $\frac{9}{8}$, $\frac{256}{243}$, son partes tomadas también de la Mezcla, y añadidas a las partes 1, 2, 3, 4... 27 para "rellenarlas o completarlas" (συμ-πληροῦν), pues ya estaban llenas. Así completa $1 + \frac{1}{3}$ con $1 + \frac{1}{8}$; $1 + \frac{1}{8}$ con $(1 + \frac{13}{243}) = \frac{256}{243}$.

Es decir: aumenta el "grosor" del intervalo, recargando una parte suya y una parte de esta parte. Simbólicamente: respecto de Esencia equilibrada

(1) |—— ½ ——|—— ½ ——| (2)
½

; es Esencia (partes) desequilibrada

(1) |————|————|————| (2)
⅓ ⅔

pues está recargada o completada la 1ª unidad con un ⅓ de Esencia.

En

(1) |——|————————| (2)

está completado el 1er. ⅓, —y por tanto recargada la primera mitad ($^1/_2$) con un ($^8/_9$) de Esencia.

En

(1) |—|————————————————| (2)

está completada o recargado el 1er. $^{9}/_{8}$ con $(1 + \frac{13}{243}) = \frac{256}{243}$ de Esencia. Y así con los $^{4}/_{3}$ que hay entre 2 - 4; 4 - 8; 1 - 3; 3 - 9; 9 - 27.

Este recargo de Esencia, sobrepeso o completamiento final, está vinculado con las masas totales de las dos series, pues 243 = = 3.3.3.3.3, y 256 = 2.2.2.2.2.2.2.2.

Cuando el Dios-Artesano proceda a extender tal Mezcla en el cuerpo del Mundo y constituir de manera geométricamente perfecta los cuerpos celestiales (Sol, Tierra, Marte...) y los elementos (Fuego, Aire...) tendrá ya disponibles, llamémoslos así, "puntos de condensación", por ser lugares de mayor densidad de la Mezcla o Esencia y de mayor intensidad y variedad dinámica y cinética por la tensión de I y D, reconcentradas en varios grados.

Por fin: las primeras partes sacadas de la Mezcla (1, 2, 3...27) y algunas selectas partes de éstas ($\frac{4}{3}$, $\frac{1}{8}$...) y una subparte de una de estas partes (la $\frac{256}{243}$), sacadas todas de la Mezcla inicial, están todas conexas por ser partes de un Todo, partes de las partes de tal Todo, y subpartes de partes de las partes de ese mismo todo; y además están divinamente emparentadas, por ser Lotes de la diosa Moira (μέρος, μόριον, Μοῖρα).

(p. r. 3) La expresión aritmética concebida (διανοηθείς) por el Dios-Artesano para contextura de El Todo, de Este Mundo, es completa (συμπληροῦν) y definida (ὅρος). Así que "ha gastado" toda la Masa esencial, encerrándola entre límites finitos o definidos: 1 - 8, 1 - 27. Las partes encerradas entre ellos (son *sus* partes) y las subpartes de esas partes encerradas en las anteriores aportan todas ellas lo equivalente de la Mezcla primaria, y completan o recargan una subparte de una parte, o una partecita de una subparte. Es un procedimiento "razonable", por la intervención de actos extramatemáticos y categorías ontológicas cual I y D.

(p. r. 4) Mas porque el Alma es anterior —por prioridad de naturaleza (E. 1)— al cuerpo o a lo corporaloide del Mundo, la defi-

nición o cerradura del Mundo requiere además cerradura perfecta geométrica. De nuevo, la solución del Dios-Artesano es "razonable": escindir (σχίσας) tal Compuesto 1+2+3+4+8+9+27 en dos partes, cruzables cual la forma geométrica de la letra X, de modo que coincidan sus medios; doblarlas en círculo para que resulte de cada una "un" (círculo = algo perfectamente cerrado). Echolas a rodar según ese movimiento que conduce en círculo, idénticamente y en el mismo lugar. De los dos círculos, hizo a uno interior al otro exterior; al externo, le ordenó fuera movimiento propio de lo Idéntico; al interno, el de lo Diverso; mas que predominara la circulación de lo Idéntico y semejante, y otros detalles "razonables" que se hallan en el texto.

Adviértanse tres puntos: 1) Las dos ramas son franjas o rectángulos prolongados, por tanto divisibles aún: mas la franja externa queda individida por ser la engeometrización (corporaloide) de lo Idéntico; la interna, por serlo de lo Diverso, es divisible y variablemente movible. 2) Timeo no menciona aquí la categoría de Planeta y menos el número de los colocados en la franja interna, ni a Sol ni a Tierra. 3) Que la Esencia o Mezcla de I y D es, nada más, geometriz*able* y corporaliz*able*. Algo así cual extens*ible*, por la tensión interna (ontológica) de sus componentes I y D, unidos "a la fuerza". Llegará a corporal y geometrizada por la ejecución de otros proyectos (porqués) y designios (paraqués) del Dios-Artesano.

Conclusiones generales "razonables".

Primera: "En habiendo resultado la compostura íntegra del Alma según la mente del Compositor, construyó después dentro de ella todo lo corporiforme (σωματο-ειδές); y, uniendo centro del uno con centro de la otra, los coajustó. Mas el alma, entretejida enteramente desde el centro hasta el extremo Cielo, cubriéndolo circularmente desde fuera, con revolución de sí en sí misma, comenzó, con divino comienzo, vida incesante e inteligente para siempre jamás. El Cuerpo de Cielo resultó, ciertamente, vis*ible*; mas Ella, invis*ible*; pero partícipe de razonamiento y armonía, hecha por el mejor de los entes inteligentes y eternos la Mejor de lo producido".

Segunda: Hay relación entre razonamiento verdadero e inmutable y el predominio de círculo de Lo Idéntico; y entre círculo de lo Diverso, y opiniones. Origen de la Ciencia. Todo ello nace, o se engen-

dra, únicamente en el Alma, en fase o estado aún de tensión aritmético-geométrico-corporaliz*able*, por inclusión forzada de I y D.

(I.12) *Producciones y propiedades internas de El Todo.*

A) Origen de la Duración y del Tiempo. (37 c, d, e-38 b, c).

(p.r.1) El Paradigma: Lo Ente eterno e ingénito (27 d-28a).

El Alma, distens*ible* ya geométrica y corporaloidemente, está moviéndose según dos círculos: el de I, y el de D, concéntricos; y los dos están cubiertos por Cielo, movido también circularmente. El Padre que engendró tal Viviente —imagen y estatua (ἄγαλμα), admirable y amable, de dioses eternos— *propúsose*, complacido, hacerlo más semejante aún a lo Eterno, en lo posible, —pues, perfectamente, no lo es.

(P.R.1) Según razonamiento verdadero, de la Esencia eterna sólo se puede decir que "es"; con un "es" que no es *de* un "*sería*" ni es *es* de un *fue*; un "es" que no pasará a "sido"; y un "es" que no ha sido un será. Ser-há, sido son eídoses (εἴδη) de *es* temporal; son estados de Tiempo y de lo temporal. "Ser-há", "sido" son eídoses que le han nacido a Tiempo, o en que Tiempo se ha nacido.

(p.r.1) Mas al Dios-Artesano le acudió (ἐπ-ενόει) o se ingenió para producir una imagen (εἰκών) de lo Eterno. No es posible una imagen *inmoble* en material adviniente al ser (de "será" a "es") y pereciente (de "es" a "fue"); luego la imagen ha de ser *movible* ella misma, e imitar lo de Eterno con un tipo o eidos de movimiento que sea, en cuanto al *espacio*, de figura perfecta, —la circular; en cuanto a *duración* en "es" (presente) finita y fija— así Día, Mes, Año, Gran Año; en cuanto a *medida*, con progresión ordenada paso a paso, —numerable con 1, 2, 3...; en cuanto a realidad, o *sujeto* de tal movimiento, la hecha de Esencia: mezcla dosificada numéricamente

(1, 2... 8... 27; $\frac{3}{2}$, $\frac{4}{3}$, $\frac{8}{9}$...) de I y D. La mejor dosificada compone los dos círculos interno y externo; y en el interno, Sol, Luna, Tierra... "siete en siete órbitas". Es "razonable".

(p.r.2) Todo esto sometido a fines, afectantes a razones. De 37 d, e-39 e, hay, vinculando el texto del discurso de Timeo, ocho conjunciones causales racionales explícitas (οὖν, γάρ), siete causales razonables (finales, ἕνεκα, ἵνα) explícitas, a parte de lo implícito de

ambas clases en el texto. Ejemplos: *para* (ἵνα) tener una unidad de medida "evidente" (μέτρον ἐναργές) *en favor de* los vivientes, *para que* aprendan lo que es circulación de lo Idéntico y Semejante; *para que* el Mundo resulte semejantísimo a Viviente perfecto e inteligible...

Secuela. "Según esto y para esto" fueron engendrados cuantos astros (dioses vivientes), sus velocidades, fases... Queda demostrado "razonablemente".

B) Origen de los vivientes y sus eídoses (39 e-44 d).

Paradigma (o Dechado): las ideas (ἰδέαι) que el Entendimiento ve estar incluidas (ἐν-ούσας) en la idea de Viviente en cuanto tal. Son cuatro eídoses: géneros (γένος) celestial y alado; eídoses (εἶδος): acuático y terrestre. La idea de los dioses celestiales hízola de Fuego *para que* así resultaran lo más esplendentes y bellos de ver (ἰδεῖν)...; de los eídoses de movimiento les dio a ellos —y al Cielo en total— solamente el circular *para que* cada uno de ellos fuera el mejor posible (ὡς ἄριστον). "*Por esta causa*... nuestra Tierra, nuestra nodriza... la diosa más antigua y primera entre los dioses interiores del Cielo... resultó hecha por el Dios-Artesano *para* Guardiana y artesana de Noche y Día"...

"Empero, hablar de todo esto detenidamente sería trabajar en vano si no se hace mediante modelos (μιμήματα, algo así cual Planetarios) visibles". Y así de los demás daimonios. A todos ellos encargó el Artesano-Padre fabricar las demás clases de vivientes, *porque* (διό) si El las hiciera le resultarían vivientes equiparados a dioses; *para que pues* (ἵνα οὖν) sean mortales...

C) *Producción de las almas por el Dios-Artesano, y la del cuerpo y su unión con el alma por los daimonios (41 d, e-47)*

"Tal dijo" —El Artesano— "y, una vez más, en aquella vasija —donde, agitándola, hizo la mezcla del Alma del Todo— vertió los restos de la mezcla anterior, mezclándolos casi de la misma manera; mas no eran ya de uno y el mismo grado de pureza, sino de segundo o tercero. Pero en habiendo compuesto tal todo, lo dividió en tanto número de almas cuantos astros...; les comunicó las leyes del Destino...". "Les dictó tales leyes para no ser El, posteriormente, concausa (συν-αἴτιος) de las cualidades de cada una de ellas".

Los dioses jóvenes recibieron el encargo de modelar, para el alma humana, cuerpo el más bello y mejor posible; tal que el viviente mortal no fuera él para sí mismo causa de males.

Los dioses jóvenes tienen que contar para ello con los siguientes datos (P.R.1): 1) Hacer el cuerpo con los cuatro elementos (Fuego...); unirlos por vínculos sutiles, mas no indisolubles, cual los de sus cuerpos divinos; hacer que de todo ello resulte *un* cuerpo. 2) Dominar con los períodos propios del alma inmortal la corriente, afluyente y efluyente desacompasadamente (ἀ-τάκτως), irracional (sin cuenta-y-razón, ἀ-λόγως), al azar (ὅπῃ τύχοι) errante (πλανώμενα) según los seis movimientos (hacia delante-detrás, arriba-abajo, derecha-izquierda) que sacuden (σείουσαι) violentamente los períodos del alma, tan violentamente que pueden llegar a desatar los vínculos fijados por los intervalos suyos, establecidos entre lo Idéntico y lo Diverso: 1, 2, ..., 9, 27; 1 + ½, 1 + ⅓, 1 + ⅛.

Secuelas racionales: Error y locura; restablecimiento del orden. (Nótese que en el texto —42 e hasta 44 d— no aparece ningún "para qué".

El entresijo de por qué con para qué se presenta a continuación en la producción de cabeza, miembros, ojos, vista, oídos (44 d, e-47), y propiedades que son *dones* de los dioses.

Intermedio (48-69 a, b, c).

Este intermedio, tan largo como la parte primera (28-48) y casi igual a la segunda (69-92), podría denominarse "racional" primero filológicamente, pues a lo largo de él no aparece la causalidad final, explícitamente mencionada con las partículas propias (ἵνα, ἕνεκα); mientras que a la causa "racional" —el porqué— se la introduce en el texto, explícitamente, con las partículas peculiares: γὰρ, οὖν, γὰρ οὖν, διότι... ochenta y dos veces. Y otros indicadores de que se hablará aquí. No llega a "racional" íntegramente, por advertir Timeo oportunamente que el razonamiento es "verosímil" (48 d, 49 b, 52 c, 53 b, d; 56 a, b, d; 57 d; 59 d; 68 b, d). Anotemos, pues, los elementos "racionales" nuevos introducidos aquí por Timeo.

1) "Lo anteriormente dicho, a excepción de breves cosas, ha sido hecho por El Artesano (δεδημιουργημένα) según Inteligencia. Hay que añadir a ello lo que se engendra según Necesidad (Ἀνάγκη); en la mezcla de que se engendra este Mundo, Inteligencia manda o gobierna a Necesidad mediante persuasión; así es como, en la mayoría de los casos, lo lleva a lo Optimo". Para explicar esa minoría —o para dar razón de por qué, gobernando Inteligencia y Necesidad, y mandando aquélla sobre ésta, este Todo (τόδε τὸ Πᾶν) no llega a ser

"racional", y necesariamente racional— es necesario hacer intervenir un tercer eidos de causa: la Causa errática (Πλανωμένη αἰτία). Para definirla con verosímil razonamiento (48 d), una vez invocado Dios hay que retroceder y completar aquellos dos eídoses de ente: el inteligible y siempre idéntico, puesto cual paradigma, y el que es de él imitación: el de ente siempre en advenimiento, —el adveniente y visible. "Creímos bastar para todo con aquellos dos; ahora nos vemos forzados-por-Necesidad a poner de manifiesto (sacar a luz: ἐμ-φανίσαι) un tercer eidos, dificultoso y oscuro, de ente".

Así que *componentes racionales*: tres clases de eídoses de causa, tres clases (eídoses) de entes. Antes de estudiar detenidamente esto, en especial el tercer eídos de Causa y el tercero de ente, anotemos un componente racional más.

2) El empleo constante de las palabras-concepto-forma de "idea" y "eidos" (Cl. III.1). Empleadas en la parte primera: cinco veces "idea"; cuatro, "eidos". Aquí eidos, 37 veces; "idea", 6; "género" (γένος), 5. En la parte segunda: eidos, 13; "idea", 3; "género", 4. (Salvo error u omisión). Lo cual da, filo-lógicamente, el tono, o lo refuerza, de "racional", de este Intermedio.

3) Palabras y frases técnicas que designan, delimitan-y-declaran lo que una realidad (ὄν) tiene de (o cuándo es) eidos (Cl. III.1). Son las de τόδε, τοῦτο, ταὐτόν, y las frases típicas αὐτὸ καθ' αὑτό, αὐτὰ καθ' αὑτά, αὐτό ἐφ' ἑαυτοῦ, τὸ κατὰ ταὐτά, empleadas aquí, sobre todo en 49 d, e; 51 a, b, c.

Cuando una realidad o ente —sea Fuego, Agua... hombres, figura, número...— puede ser designada con "ésta", "ésta precisamente", "esta misma", "una y todo" y "solo" de ella (ἓν μόνον), y, no vagamente, con "tal" (τοιοῦτον), "algo así como" (οἷόν τι); cuando, además, puede ser delimitada o reforzada su unidad por "ésta en cuanto ésta", "ésta en cuanto ella misma", "en-sí-mismada", "ella de por sí misma"..., la realidad o ente (ὄν) así designado, delimitado y declarado en lo que en sí mismo es, él aparte de todo lo demás, tal realidad es eidos, o está en estado de eidos, y resulta término visible para entendimiento (νοητόν). Para que, pues, un ente o realidad, además de ser visible (ἰδεῖν) por ojos —visible por su figura o aspecto típico (ἰδέα)— sea visible por entendimiento, y éste pueda mirarla, tener fija en ella su mirada (βλέπειν πρός, εἰς), es preciso que sea ella, ella misma, ella en cuanto ella misma, ella una y todo.

Así hay eídoses (εἴδη) de Causa, de Fuego, de Agua, de vivientes, de olores... Cuando de una realidad o ente se ve lo que tiene o está siendo de "ella en cuanto ella misma", "todo y solo lo suyo", se ve lo que tiene de eidos; y si de ella nada queda fuera, *es* ella y toda ella, eidos. Las realidades o entes que no tengan así todo lo que tienen serán corporiformes - σωματο-ειδές, esferiformes - σφαιρο-ειδές - imitaciones, imágenes de los eídoses que podrán servir de paradigmas (παρά-δειγμα) o dechados que muestren (δεῖγμα) lo que una realidad tiene, de suyo, que ser. Las imitaciones se producen o vienen al ser porque una Causa —aquí el Artesano, y los artesanos secundarios que son los dioses, engendros de El— las engendra; y, en tal caso, los eídoses hacen de "género" (γένος) respecto de los γεννήματα: de tales engendros, actualmente producidos o produc*tibles*. Por esta última posibilidad de un eidos se lo llama, a veces, también a él "género", —géneros (γένη) de Causas, género "de ente...". "Idea" tiene aquí, las pocas veces que se la emplea, un uso más vago que el definido —aquí, en este diálogo, más estrictamente— con "eidos", y aun con "género". A "idea" no se aplica jamás la frase superlativa de "ella en cuanto ella misma" (αὐτὴ καθ' αὐτήν). (Cl. III.1).

Con estos preliminares sobre los componentes "racionales" de este Intermedio, estudiemos, resumidamente, el contenido.

A) Tres eídoses de realidad: Ente (ὄν), Local (χώρα), Adveni-ente o Génesis (γένεσις). "Lo que está siendo" (ὄν), "lo que está adviniendo", "Local" donde lo que adviene a ser adviene. "Los tres" tipos o eídoses existen (εἶναι), aun antes de que Cielo venga al ser. De lo que está siendo siempre, de lo que está siempre adviniendo o en Advenimiento, ya se ha hablado o "dado razón". Falta darla de *Local*. Caracteres: por estar siendo entre Ente y Adviniente, 1) recibe en sí (δεχομένη) todo lo adviniente; es Receptáculo; 2) acepta las formas (μορφάς) de Fuego, Aire, Agua..., y hácese "acuoide, ignei-forme...", y aparece tal (φαίνεσθαι) a la vista (ἰδεῖν). Por este componente se emparenta *Local* con lo Advini-ente. 3) Se emparenta aún más porque está remecido, o *se* remece (σείεσθαι) de manera totalmente anómala o irregular. Pero, precisamente por tal estado suyo, por tal eidos suyo, no deja eficazmente ni que lo adviniente llegue a ente, ni que él mismo llegue a ser o tener forma definitiva de nada: de Fuego, de Agua... Por esto se mantiene Local en su ser propio. Sacude (σείειν) a todo, cual criba: criba o separa (χωρίζειν); y no deja que nada llegue a ente. Es Local (χώρα) indestructible; mas es sede (ἕδρα) de todo. Ni había entonces —en tiempos de Timeo, ni

hay ahora— una palabra sola que resuene a todo esto (Cl. I). Timeo emplea tres: 1) τιθήνη (nodriza), porque χώρα (Local) se da con reserva de su ser, cual material o masa (ἐγμαγεῖον) a reformas por las formas de los elementos (y cuerpos compuestos); "alimenta" su movilidad; 2) Es receptáculo (δεχομένη): los acepta a todos, cual lo hace con cereales la cernedera; mas él no acepta para sí (προς-δεχόμενον) corrupción: la de los que son, por esencia, advenimiento a ser sin llegar jamás a ser; 3) Es sede o asiento (ἕδρα) de todo lo adviniente: coloca a cada uno en su lugar: a Tierra en centro de Mundo, a Fuego, en cielo...

Designar todo esto con la palabra χώρα es tan arbitrario, o deficiente, cual llamarlo nosotros "Local", —o Espacio, Lugar. La palabra χώρα es "acorde" de tres notas al menos. (Cl. I). "Local" permite dar sentido a localizar algo, co-locarlo en un lugar (suyo), desalojarlo, dis-locarlo. Mas en esta y otras palabras falta el componente básico de "causa errátil", de "espacio aleatorio" activo. Local o Espacio apropiado para mantener a la realidad de tipo "siempre adviniente y saliente" en tal estado suyo esencial, y preservar, por otra parte, la pureza de los eídoses al ser llenados de tal material.

Inteligencia, Necesidad, Azar: los tres eídoses de realidad, aunque Azar sea "eidos dificultoso de concebir y confuso", —fusión de inteligible-y-sensible, captable por un cierto razonamiento espurio (λογισμῷ τινι νόθῳ).

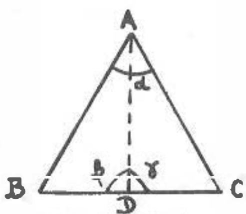
B) *Formación y propiedades de los cuatro elementos de este Todo* (53 c, d, e-58 a, b, c). Cuando, en virtud de los tres eídoses de Causa: Inteligencia, Necesidad y Azar se comenzó a ordenar-y-adornar (κοσμεῖσθαι, Cl. I), El Todo (τὸ Πᾶν), los elementos tomaron, cada uno, su figura propia (δι-εσχηματίσατο) con eídoses y números. Con todos ellos, así dispuestos, el Dios hizo una Composición lo más bella y mejor posible, "a declarar", dice Timeo, "por nosotros con razonamiento insólito".

Señalemos las premisas racionales y razonables más importantes:

(P.R.1) Fuego, Aire, Agua, Tierra, son cuerpos.

(P.R.2) El eidos de Cuerpo posee profundidad. Lo profundo está, por Necesidad, circundado de superficie; la superficie recta de base plana se compone de triángulos; todo triángulo procede, cual de principio, de dos clases de triángulos; ambos tienen un ángulo recto

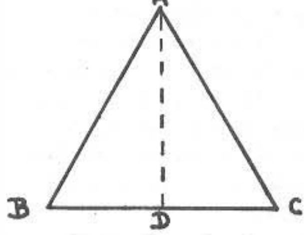
(β, γ); y los demás, agudos. Uno de tales triángulos es el isósceles rectangular; el otro, el escaleno rectangular.



(p.r.1) Ponemos por base (ὑπὸ-τιθέμεθα) que estos dos son principio de que proceden Fuego y demás elementos "con razonamiento que procede según necesidad y verosimilitud". "Hay principios superiores a éste, más solo Dios y los queridos de él los conocen".

(P. R. 3) De los dos triángulos, el isósceles posee una sola naturaleza; el escaleno, infinitas. Se es igual de una sola manera, vgr. $1 = 1$; mas se es desigual de infinitas $1 < 2$, $1 < 3$... El isósceles tiene dos lados (piernas) iguales; y los dos ángulos opuestos a ellos, iguales también. El escaleno, todo desigual: lados y ángulos. Belleza, cual criterio, descarta infinidad —indeterminación e indefinición y desigualdad— eligiendo para figura de cuerpos que han de ser "excelentes en belleza", de entre los infinitos escalenos, a aquellos que, juntos, den un triángulo equilátero, —modelo de igualdad: tres lados iguales— tres ángulos iguales, —superior en esto al isósceles.

En la figura



el equilátero ABC ha resultado de unir dos escalenos ABD y ADC, en un lado común. AD es la bisectriz del ángulo BAC.

Timeo indica una manera de construir los (llamados por nosotros, con terminología griega) cinco poliedros regulares: tetraedro (pirámide), exaedro, octaedro (cubo), dodecaedro e icosaedro. Ni demuestra el porqué de tal número, ni siquiera alude a que se haya demostrado. Enumera el número y clase de triángulos de caras y án-

gulos sólidos que entran en cada uno. Sería indiscreto pasar aquí de una alusión a la ya vulgarmente conocida demostración.

El Dios mismo se reservó el dodecaedro para decorar El Todo. Los demás sirven para componer y modelar según "eidos" y "números" los cuatro elementos. Así que una "demostración" del número exacto, único posible, de poliedros regulares no serviría sino para poner de manifiesto la falta de "racionalidad" del número de los elementos. Que sean, pues, cuatro, y cuál de los cinco poliedros se atribuya cada uno, no puede llegar a P.R. Así que

(p.r. 2) *"Repartamos"* —dice Timeo— "los géneros (γένη) recién engendrados por el razonamiento entre Fuego, Tierra y Aire. Y *demos* a Tierra el eidos cúbico. . .; a Aire. . .; a Fuego. . .; a Agua. . .". Criterios de reparto: mayores o menores estabilidad de base, movilidad, sutileza, facilidad de cambio: de componerse de o disolverse en otros.

"Esto es lo que deben considerar quienes emprendan el servirse de una manera verosímil de razonar sobre Naturaleza".

C) Masa (ὄγκος) y movimiento de elementos. (P.R. 1) Los elementos tienen, por parte de su alma —partículas del Alma del Todo— un componente de anomalidad (ἀνομαλότης): "la esencia", distendida por unión "forzada" de lo Idéntico y lo Diverso; y tal distensión interna, anómala a causa de lo Diverso, se intensifica por estar tal mezcla reforzada en dosis desiguales por otras porciones de segunda y tercera mano —restos de la mezcla primitiva— regidas por números desiguales: $1 + \frac{1}{3}$, $1 + \frac{1}{8}$. . ., $1 + \frac{13}{243}$ que se condensan anómalamente en una parte del intervalo inicial $(1 + \frac{1}{3})$. Los elementos, en esta fase, son entes, corporalizables (σωματοειδές); mas no aún, cuerpos. El Artesano los transformará en cuerpos moldeándolos según los Dechados de los cuerpos esenciales o eidéticos de cuatro de los poliedros regulares. Pero tal moldeamiento no elimina la anomalidad de su contextura ontológica. Los poliedros "dechados" son cada uno y propiamente eidos; por tanto invisibles a la vista corporal; cada uno es éste y esto (τόδε). Empero, los elementos de este Todo —visible él y tangible— sólo pueden ser "tales" (τοιοῦτον): igniformes, acuiformes, aeriformes, terriformes: tetraoides, exaoides . . .; conservan, no obstante, la calidad de "invisibles", no por ser eidos, sino por su pequeñez; en lo de invisibles se asemejan a los eídoses de Tetraedro —Tetraeidos. . . Mas sus aristas son "lados"

(πλευρα, término vulgar); sus superficies son asientos o "sedes" (ἕδρα, término vulgar); sus ángulos son "rincones" (γωνία, término vulgar). Por todo ello obtienen "masa" o "bulto" (ὄγκος), —no, volumen "puro"—, que es propio de Tetraedro que es Tetraeidos. . .

Resultan, pues, visibles y tangibles los elementos de este Todo por su masa, número y figurales.

(P.R.2) Es imposible el que algo llegue a moverse sin algo que sea motor; y, al revés. Movido-motor son correlativos.

Mas no hay movimiento posible si no hay falta de uniformidad (ἀνωμαλία, desarreglo); mas es imposible el que motor y movido sean uniformes. La uniformidad se halla en el reposo; la falta de ella, en el movimiento.

Empero, hay dos clases de movimiento: la rotación periódica de El Todo, por ser circular y nacida para revertir a sí misma, no sólo abarca sino aprieta y prensa todos los elementos, distribuyéndolos ordenadamente: al fuego, por todas partes: al aire, después. . .; cambian de lugar y magnitud, perpetuando así la falta de uniformidad. Por otra parte, el movimiento sísmico de El Local —sin orden ni concierto: aleatorio— fluye por el Todo y afluye y efluye por cada cosa. Es el Gran Torrente circulatorio (el ποταμόν πολύν, de 43 a, b) o la Causa errátil.

Secuela racional final. "Así es, por cierto, cómo se salvaguarda para siempre la falta de uniformidad que es la que proporciona de manera constante el movimiento futuro a estos cuerpos" (57 c).

D) *Géneros* (γένη) de *fuego, aire, agua; eidoses* (εἴδη) de *tierra;* transformaciones entre elementos; impresiones sensibles de ellos sobre vivientes, "cuya alma tiene siempre algo de mortal". (Cl. III.1).

La exposición detallada de Timeo —58 c, d, e-68 d— está hecha en plan "racional", cual deducción de lo anterior. 31 veces γὰρ, οὖν, de conexión explícita deductiva; 1 vez ἕνεκα (de conexión causa final); aparte de las conexiones deductivas sin partículas expresas; empleo de εἶδος, 12 veces; de ἰδέα, 3. Timeo, fiel a su plan o tono de "verosimilitud", advierte su entrada en tres ocasiones.

Conclusión final: "Pues bien: venidas ya al ser, necesariamente y de esta manera, todas estas cosas, el Artesano de lo más bello y bueno al ir a producir un dios —el seipsisuficiente y más perfecto— echó mano de las ya engendradas, y se sirvió de sus causas, cual de

auxiliares, reservándose él para sí distribuir lo de "bien" entre todo lo producido "directamente" por El, que es este Todo (πᾶν τόδε): un Viviente que contiene en sí mismo todos los vivientes, mortales e inmortales. De los inmortales, El mismo ha sido el Artesano. Ocuparse de la producción de los mortales lo encomendó a sus hijos.

Y aquí termina el intermedio.

Parte segunda (89 c, d, e-92 final).

El eidos mortal.

Los hijos del Artesano reciben de El el principio inmortal del alma; a ellos les incumbe la tarea de formar un cuerpo que sea *vehículo* (ὄχημα) de tal principio inmortal y a la vez sea *domicilio* (οἴκησις) de otro eidos de alma: el mortal (εἶδος τὸ θνητόν).

Timeo no se aparta aquí del tono de "verosimilitud", tanto en lo referente a lo mortal como a lo divino del alma (72 d).

Advirtamos sus matices, aparte de lo ya indicado, y en contraposición con el tono casi racional de Intermedio.

1) Intervención alternada de el Dios-Artesano y de sus hijos, cuando lo exige la mortal —que es lo más— y lo inmortal —que es lo mejor— de la producción del eidos de viviente mortal.

2) Doble función del cuerpo: vehículo y domicilio; ambos con finalidades extrañas a los cuerpos básicos de El Todo, producidos por el Dios anteriormente.

3) Aumento de operaciones innaturales e ineidéticas por parte de los hijos de El Artesano: tornear, domiciliar, agujerear, doblar, prensar; necesidad frecuente de trazas, trucos o ingeniosidades (μηχανή, μηχανέσθαι).

4) Estructura y funciones del cuerpo viviente, explicadas "razonablemente" mediante comparaciones con las de cosas artificiales, —edredón, diafragmas, pesebre, espejo, gonces, armadura, cojín, butrino, t ubo, rueda, amarras. . . introducidos siempre con igual palabra: οἷον "cual".

5) En la mezcla "razonable" predominio de "paraqués" especiales o *ad hoc* de estructuras y funciones locales —sobre *el* "para qué": causa final suprema y única: suprema belleza y bondad, —en lo posible: "para qué" considerado por el Dios-Artesano, Padre, Poeta.

El Dios-Artesano, Padre, interviene para la producción de la médula, y, para ello, emplea directamente los cuatro elementos y de ellos sobre todo lo Triangular originario, pulido y alisado por Causa

errátil y Revolución de lo Diverso; mezcla de lo simétrico o conmensurado, pues de ello va a producir universal semilla (πανσπερμίαν) para todo género mortal: hombres, animales y plantas. Por esto se cuida El directamente de cabeza, y sus órganos —boca, dientes... las conexiones y líneas de dirección de cabeza y cuerpo, tendones, narices..., hasta de las uñas, porque todo ello debía ser producido por "pensamiento: causa de las causas, αἰτιοτάτῃ, mirando al porvenir siguiente: que de los varones provendrían, por generación, las mujeres y demás bestias".

Lo demás correrá a cargo y eficiencia de los dioses —producción de vegetales para el hombre, de canales en el cuerpo (venas y arterias, indistinguibles aún para Timeo), circulación, nutrición, respiración y otros efectos.

6) Termina esta parte del discurso con el estudio de las causas y naturaleza de las enfermedades; distinguiendo dos eídoses o géneros de ellas: 1) las del cuerpo, 2) las del alma (82-87 a, b, c). 3) Principios generales de medicina para su remedio (87 c, d, e-90 a, b, c, d, e).

Nótense dos puntos: a) En la explicación de las enfermedades no aparecen ni una sola vez ni el Dios ni los dioses. La explicación de su producción es solamente "racional", a base de las vicisitudes naturales dentro de un Todo regido por diversas Causas y compuesto radicalmente (ῥίζα) de triángulos reales, de sus combinaciones secundarias, inversiones de orden, de períodos .. Solamente se menciona, cual excepción, por su causa, "a la enfermedad que, por su naturaleza sagrada se la llama sagrada", —la epilepsia. b) Principios generales de medicina, o remedios: El Todo está en movimiento continuo, regulado por la Revolución de lo Idéntico y mantenido por el movimiento de la "alimentadora y nodriza" de El Todo. Según esto, pues, hay que cuidar de que todas las partes imiten tal eidos de El Todo; las del cuerpo, con gimnástica; las del alma, con "música y toda filosofía", si uno ha de ser con justicia llamado "bello y a la vez bueno". "Mas de entre todos los movimientos el óptimo es el de sí mismo por sí mismo; porque es el congénere con el movimiento del pensamiento y con el de El Todo".

Final

1) Dios ha regalado a cada uno un daimonio que habita en el eidos superior del alma y en el ápice del cuerpo que, por esto, somos cual plantas que tuvieran sus raíces en el Cielo. Por ejercitar el pen-

samiento en lo inmortal y divino, por el amor a aprender y por el contacto con lo verdadero, hácese grandemente necesario el que participe de inmortalidad la naturaleza humana, en la medida de lo posible, ya que ha cultivado lo que de divino tiene en sí misma, y por tener decorosamente tratado al daimonio, su cohabitante, llegará a ser bienaventurada.

2) "Tal es ya, por cierto, el fin y final de nuestro discurso acerca de El Todo. Por comprehender y estar relleno este Mundo de todos los vivientes, mortales e inmortales, resultó Viviente visible, dios sensible, imagen de lo Inteligible, superlativamente magno, bueno, bello y perfecto. Tal está siendo este Cielo, único, unigénito".

Palabras finales.

—.—.—

Este discurso es un ejemplo y un Dechado (paradigma) de cómo un simple mortal ha de tratar decorosamente —es decir: razonablemente o verosímilmente— el abrumador tema de Teo-gonía, Cosmo-gonía y Antropo-gonía conjuntamente.

ΤΙΜΑΙΟΣ

ΣΩΚΡΑΤΗΣ ΤΙΜΑΙΟΣ ΕΡΜΟΚΡΑΤΗΣ
ΚΡΙΤΙΑΣ

ΣΩΚΡΑΤΗΣ. Εἷς, δύο, τρεῖς· ὁ δὲ δὴ τέταρτος ἡμῖν, 17
ὦ φίλε Τίμαιε, ποῦ τῶν χθὲς μὲν δαιτυμόνων, τὰ νῦν δὲ
ἑστιατόρων ;

ΤΙΜΑΙΟΣ. Ἀσθένειά τις αὐτῷ συνέπεσεν, ὦ Σώκρατες· οὐ γὰρ ἂν ἑκὼν τῆσδε ἀπελείπετο τῆς συνουσίας.

ΣΩ. Οὐκοῦν σὸν τῶνδέ τε ἔργον καὶ τὸ ὑπὲρ τοῦ ἀπόντος ἀναπληροῦν μέρος;

ΤΙ. Πάνυ μὲν οὖν, καὶ κατὰ δύναμίν γε οὐδὲν ἐλλεί- b
ψομεν· οὐδὲ γὰρ ἂν εἴη δίκαιον, χθὲς ὑπὸ σοῦ ξενισθέντας οἷς ἦν πρέπον ξενίοις, μὴ οὐ προθύμως σὲ τοὺς λοιποὺς ἡμῶν ἀνταφεστιᾶν.

ΣΩ. Ἆρ' οὖν μέμνησθε ὅσα ὑμῖν καὶ περὶ ὧν ἐπέταξα εἰπεῖν ;

ΤΙ. Τὰ μὲν μεμνήμεθα, ὅσα δὲ μή, σὺ παρὼν ὑπομνήσεις· μᾶλλον δέ, εἰ μή τί σοι χαλεπόν, ἐξ ἀρχῆς διὰ βραχέων πάλιν ἐπάνελθε αὐτά, ἵνα βεβαιωθῇ μᾶλλον παρ' ἡμῖν.

ΣΩ. Ταῦτ' ἔσται. Χθές που τῶν ὑπ' ἐμοῦ ῥηθέντων c

17 a 1 δὴ om. WY || a 2 μὲν om. WY Pr. || b 1 γε : γε μὲν 1812 || b 2 ἂν εἴη FY Pr. : εἶναι A || b 4 ἀνταφεστιᾶν Y Pr. Schol. A : ἀντε- AFW || b 9 ἐπάνελθε WY : -θεῖν A² (ῖν supra ε) || βεβαιωθῇ : δια- Pr. || μᾶλλον : πάλιν WY.

TIMEO

Sócrates, Critias, Timeo, Hermócrates

17a Sócrates. Uno, dos, tres; pero, querido Timeo, ¿dónde está el cuarto de los convidados ayer, mas invitantes hoy?

Timeo. Alguna indisposición le sobrevino, Sócrates; que voluntariamente no iba a perderse esta reunión.

Sócrates. ¿Así que es tarea tuya y de éstos llenar la parte del ausente?

b Timeo. Absolutamente; y, en lo posible, no fallaremos; pues no sería justo el que, convidados por ti ayer, cual a huéspedes es debido, no nos esforzáramos, nosotros los restantes, al invitarte en nuestro turno.

Sócrates. ¿Recordáis, pues, de cuántos puntos y de qué de ellos os encargué hablar?

Timeo. De algunos nos acordamos; mas de cuántos no, tú, presente, los recordarás. Pero mejor, si no te resulta pesado, retómalos brevemente y desde el principio, para que así se asienten más en nosotros.

c Sócrates. Así será. De los razonamientos dichos ayer por mí acerca de régimen político era el capital el de cuál y con cuáles varones resultaría patentemente el mejor, según mí.

Timeo. Y por cierto, según todos nosotros, el descrito por ti es el más racional.

Sócrates. ¿No comenzamos por separar, dentro de él, la clase de los agricultores —y las demás artes— de la clase de los defensores?

Timeo. Sí.

Sócrates. Y habiendo dado a cada uno un solo quehacer: el adaptado a él según naturaleza e individualidad, y a cada uno su arte, dijimos, respecto de los que han de ser defen-

sores de todos, que han de ser tan sólo guardianes de la Ciudad, tanto si alguno de fuera como si de dentro va a hacerle algún mal; juzgando clementemente a sus subordina-
18a dos, ya que son amigos por naturaleza; empero, duramente, en las batallas, a los que encuentren de enemigos.

TIMEO. Pues así es del todo.

SÓCRATES. Porque dijimos, creo, que la naturaleza de los guardianes ha de ser, a la vez, briosa y filósofa, ambas cosas excelentemente a fin de que puedan ser rectamente clementes para con los unos; duros, para con los otros.

TIMEO. Sí.

SÓCRATES. Mas, ¿qué en cuanto a crianza?; ¿no ha de criárselos en gimnástica y Música y en todos los aprendizajes que les son adecuados?

TIMEO. Absolutamente.

SÓCRATES. Respecto de los así criados, se dijo que no
b han de tener ni oro ni plata ni posesión alguna cual peculio propio; sino, cual auxiliares, recibir de sus encomendados por tal guardia un sueldo, moderado cual para morigerado; mas gastarlo en común, en régimen de mutua convivencia, sin otra solicitud alguna fuera de la virtud, en vacación de cualquier otro quehacer.

TIMEO. Esto se dijo, y de esta manera.

SÓCRATES. Además: se dijo, recordémoslo, respecto de
c las mujeres que, por ser próxima su naturaleza con la de los hombres, habría que coajustarlas, y encomendar a todas todas las ocupaciones por igual, tanto en guerra como en los demás quehaceres.

TIMEO. Así se dijo esto, y de esta manera.

SÓCRATES. Mas, ¿qué en cuanto a la cría de hijos?, ¿o es que por su misma novedad, es esto mejor de recordar?; porque establecimos que lo referente a casamientos y a hijos ha de ser común todo a todos, inventando trazas para que nadie
d jamás reconociera al nacido como propio; tengan, por el contrario, todos a todos por parientes: por hermanos y hermanas, a los que estén dentro de conveniente edad; a los de inmedia-

tamente superior o de mayor edad, por padres y progenitores de padres; mas a los de menor, por descendientes e hijos de descendientes.

TIMEO. Sí; que también esto, tal cual lo dices, es fácil de recordar.

SÓCRATES. Empero, a fin de que resulten lo antes posible
óptimos de natural, ¿no recordamos haber afirmado que go-
bernantes y gobernantas han de darse ocultamente trazas, en
cuestión de arreglos matrimoniales, para que, mediante sorteo,
e salgan apareados, buenos y malos, cada uno, con los sus seme-
jantes; y no resulten de ello enemistades mutuas, por tener a
la Suerte cual causa del apareamiento?

TIMEO. Lo recordamos.

19a SÓCRATES. ¿Afirmamos además que se había de criar a
los hijos de los buenos; mas a los de los malos, enviarlos ocul-
tamente a otra Ciudad? ¿Empero, observándolos crecer, se de-
bían devolver continuamente a la Ciudad los dignos; mas a los
indignos en ella, cambiarlos por los vueltos, enviándolos a tal
parte?

TIMEO. Así se dijo.

SÓCRATES. ¿No hemos, con esto, recorrido ya lo de ayer, cual va bien para una recapitulación? ¿O es que, querido Timeo, deseamos algo más de lo dicho, por omitido?

b TIMEO. De ninguna manera, Sócrates; que esto fue pre-
cisamente lo dicho.

SÓCRATES. Oíd, pues, ya, a continuación, qué es lo que
estoy sintiendo respecto del régimen político que hemos des-
crito. Que lo que siento paréceme ser algo así como si con-
templando alguien animales bellos —o dibujados o verdade-
ramente vivientes, mas en reposo— le vinieran ganas de con-
c templarlos en movimiento, y luchando encarnizadamente por
algo de lo tenido cual conveniente para los cuerpos. Eso mismo
es lo que estoy sintiendo yo respecto de la Ciudad que des-
cribimos. Con gusto oiría a quien en palabras describiera las
luchas de tal Ciudad, las que emprende contra otras Ciudades,
con adecuada preparación para guerra y, durante ella, exhi-
biendo cuán apropiada es su educación y adiestramiento tanto
en acciones reales como en los tratos verbales con cada Ciudad.

d Pues bien, Critias y Hermócrates, cosas son éstas en que me
reconozco no ser tal vez capaz de encomiar adecuadamente a
tales varones y a tal Ciudad. Por lo que a mí se refiere, esto
nada tiene de sorprendente. Mas la misma opinión tengo res-
pecto de los poetas tanto de los antiguamente sidos como de
los que ahora existen; y esto, no porque menosprecie la clase
de los poetas; sino porque es evidente que la raza de los imi-
tadores imitará más fácil y mejor aquello en que se crió; mien-
e tras que lo que cae fuera de ello, dificultoso es imitarlo bien
con obras, pero muchísimo más difícil es hacerlo con palabras.
En cuanto a la clase de los sofistas, la creo grandemente ex-
perta en muchos, bellos y variados razonamientos; temo, no
obstante, que, por andariega de ciudad a ciudad, y no tener
jamás domicilio propio, se halle desorientada respecto de esas
cosas que varones a la vez filósofos y políticos harían y dirían,
tratándose entre ellos, de obra y de palabra, en guerra y en
batallas. No queda, pues, sino la clase de nuestra condición
20a que participa, a la vez, de esas dos, por naturaleza y crianza.
Porque Timeo, aquí presente, de Locris: la Ciudad mejor go-
bernada en Italia, además de no ser inferior a nadie de los de
allá en cuanto a riqueza y nobleza, ha tenido en sus manos los
cargos y dignidades máximos de su Ciudad, aparte de que, según
mi opinión, ha llegado a la cumbre de la filosofía íntegra. De
Critias, todos los aquí presentes sabemos que no es un ignaro en
nada de lo que estamos tratando; en cuanto a Hermócrates, he-
mos de creer a tantos que testifican de que su natural y crianza
b son adecuados para todo lo que tratamos. Por lo cual, pensando
entre mí ayer que vosotros me pediríais describir lo referente
al régimen político, me felicité en mi alma, por saber que, si
vosotros lo queríais, nadie continuaría de más perfecta manera
el razonamiento. Porque, de los actuales solamente vosotros
nos indicaríais, respecto de una Ciudad puesta en plan de
guerra, todo lo a ella conveniente. Habiendo, pues, dicho yo
lo que se me ordenó, os ordené a vosotros lo que ahora estoy
diciendo. Conveníos, pues, tras considerarlo en común, en
devolverme ahora el bienvenido regalo de los razonamientos,
c que estoy preparado para ello y dispuestísimo sobre todo, para
aceptarlo.

HERMÓCRATES. Por cierto, Sócrates, que, como Timeo
aquí presente dijo, en nada flaqueará nuestro empeño ni hay
excusa alguna para que no lo hagamos. Tanto que ayer, apenas

partidos de aquí, y llegados a nuestro alojamiento donde Critias, quien nos hospeda —y aun antes, durante el camino—
d consideramos estos puntos. Precisamente Critias nos hizo una introducción al tema partiendo de antigua tradición oral; repítela ahora, Critias, al amigo aquí presente, a fin de que vea con nosotros si es pertinente o no a lo ordenado.

CRITIAS. Lo haré, por cierto, si le parece también a Timeo, tercer copartícipe.

TIMEO. Por cierto que me lo parece.

CRITIAS. Escucha, pues, Sócrates, una leyenda, grandemente desconcertante; mas enteramente verdadera, referida
e cierta vez por Solón, el mayor de los siete Sabios. Era Solón familiar y gran amigo de Drópides, nuestro bisabuelo, como el mismo Solón lo dice frecuentemente en sus poemas; mas Drópides refirió a nuestro abuelo Critias —quien de viejo, nos lo recordaba— que, entre grandes, admirables y antiguas hazañas de esta Ciudad, borradas por obra del tiempo y des-
21a gracias humanas, una hay de ellas, y la máxima de todas, que ahora nos convendría recordar, y devolverte el favor, a la vez que encomiar en nuestros himnos a la diosa, en este su festival, de la debida y verdadera manera.

SÓCRATES. Bien dicho. Mas, ¿cuál es esa tal hazaña —descrita por Critias, según lo oído a Solón—, no cosa de palabras sino realmente hecha, antiguamente, por esta Ciudad?

CRITIAS. Te lo diré, por haber oído de varón no joven tan antigua leyenda. Que entonces era Critias, como él mismo decía, casi casi ya de noventa años; mas yo, de unos diez. Dio
b la coincidencia de ser para nosotros la Cureotis de la Apaturia; lo habitual siempre en tal fiesta nos pasó entonces a los muchachos: nuestros padres nos pusieron premios por recitar. Declamáronse muchos poemas de muchos poetas; y, por ser novedad en aquel tiempo, la mayoría de los muchachos cantamos los de Solón. Uno de los contribales dijo, o porque se lo parecía entonces o por hacer una gracia a Critias, que, en su
c opinión, había sido Solón sapientísimo en todo; mas, en poesía, el más noble de todos los poetas. Conmoviose grandemente el viejo —lo recuerdo muy bien— y sonriéndose dijo: «Si no hubiera tomado, Amynandro, la poesía cual actividad accesoria, sino en serio, cual otros, y hubiera terminado la leyenda

que de Egipto trajo aquí, y si, por las disensiones y otros males
que a su vuelta halló, no hubiera tenido que descuidarla, por
d cierto, según mi opinión, ni Hesíodo ni Homero ni otro algu-
no de los poetas hubiera llegado a ser jamás más famoso que
él». «Pero, ¿cuál era tal leyenda, Critias?», —dijo Amynandro.
«Acerca», replicó Critias, «de una hazaña, la máxima y más
digna de renombre que todas, llevada a cabo por esta Ciudad
precisamente; mas cuya noticia, por obra del tiempo y des-
aparición de sus actores, no llegó acá». «Refiérenos», añadió
Amynandro, «desde el principio qué, cómo y de quiénes dijo
Solón haberla oído cual verdadera».

e «En el delta de Egipto», continuó diciendo Critias, «donde,
a la cabecera, la corriente del Nilo se divide en dos, hay un
distrito llamado "Saítico", cuya ciudad más grande es Saís, de
la que era rey Amasis. Tienen por fundadora de ella a una
diosa; su nombre egipcio es Neit; en griego, Atenea, cual ellos
mismos dicen. Son grandes amigos de los griegos y afirman
ser, en cierto grado, de nuestra familia. Llegado allá, refería
22a Solón, haberse hecho grandemente afamado entre ellos; y que,
preguntando en cierta ocasión sobre lo antiguo a los sacerdotes
más peritos en tales cosas, refería haber hallado que ni él mis-
mo ni otro griego alguno sabía, por decirlo así, nada de nada
de ellas. Y que queriendo en una ocasión llevarlos a hablar
sobre lo antiguo, haber intentado referir lo más antiguo de lo
de aquí: de Foroneo, llamado "el Primero", y de Níobe; y
b haber contado el mito de Deucalión y Pyrra: cómo las pasaron
después del diluvio, y la genealogía de sus descendientes; y
que recordando paso a paso cuántos años eran los desde lo
referido, haber intentado calcular el tiempo total. Y haber di-
cho entonces uno de los sacerdotes, bien grandemente viejo:
"Solón, los griegos sois siempre niños, y no hay griego viejo".
Oyendo lo cual, haber Solón replicado: "¿En qué sentido lo
dices?". "Todos sois", haber respondido él, "jóvenes de alma;
no tenéis en ella ninguna opinión, envejecida por luenga tra-
dición oral; ni conocimiento alguno, cano por obra del tiempo".
Causa de aquello es precisamente ésta. Además: muchas y va-
c riadas destrucciones ha habido de la humanidad, y las habrá,
las mayores por obra del fuego y del agua, aunque otras más
breves por obra de mil y mil cosas diferentes. Porque lo que
aun entre vosotros se cuenta: que una vez Faetón, hijo de
Júpiter, enyugando la carroza de su padre, mas, no pudiendo
conducirla por el camino del padre, incendió todo en la super-

ficie de la tierra y él mismo, fulminado, pereció, dícese esto
d en forma de mito; mas la verdad es que de la distorsión entre
los cuerpos que se mueven según el cielo y los que al derredor
de la tierra, y de su prolongación durante largo tiempo, resulta
destrucción, por gran fuego, de la superficie de la tierra. Son
entonces los habitantes de montes, de lugares elevados y secos,
los que perecen, más bien que los domiciliados junto a ríos y
mar. A nosotros, el Nilo, en tantos casos salvador, creciendo
entonces nos salvó de tal desgracia. Mas cuando los dioses,
puestos a purificar con agua la tierra, la inundan, sálvanse en
los montes boyeros y pastores; pero a los de vuestras ciudades
e arrástranlos al mar los ríos. En cuanto a esta región, ni entonces
ni nunca el agua anega los campos; más bien, naturalmente
asciende toda de abajo hacia arriba. Por lo cual, y por tales
causas, dícese que lo más antiguo se ha conservado aquí. Mas
es verdad que, en cualquier lugar donde frío o calor excesivos
23a no lo impidan, hay siempre raza humana, a veces numerosa, a
veces menor. Cuanto, pues, o entre vosotros, o aquí, o en otro
lugar del que nos lleguen noticias, pasó de bello o de grande
o de cualquier modo destacado, todo ello, escrito, se ha sal-
vado desde antiguo en los templos. Mas entre vosotros, y en
otros, apenas sucede algo consígnaselo siempre por escrito o
por todos los medios de que las Ciudades necesitan; pero una
vez más: al cabo de los habituales años sobreviéneles, cual
plaga, diluvio celestial; no deja de vosotros sino a los iletrados
e incultos; de manera que, una vez más, renacéis cual, al prin-
b cipio, jóvenes, sin saber nada de lo que aquí, o entre vosotros,
pasó en los antiguos tiempos. Así que, Solón, las genealogías
que de lo vuestro relataste no se diferencian gran cosa de
cuentos de niños; primero, porque no os acordáis sino de una
inundación de la tierra, habiendo antes habido muchas; des-
pués, no sabéis que en vuestra tierra se engendró las más bella
c y mejor raza de hombres, de los que venís tú y toda la Ciudad,
por virtud de una pequeña semilla, inclusiva de lo actualmente
vuestro. Mas esto cayó en olvido, por haber los supervivientes
muerto sin saber escribir, durante muchas generaciones. Era
entonces, Solón, antes de la inundación máxima, la presente
Ciudad de Atenas la mejor preparada para la guerra; y, para
todo, la con mejores leyes y más excelentemente regulada.
Dícese que en ella nacieron obras más bellas y regímenes polí-
ticos más bellos que todos los de cuantas ciudades bajo el Cielo
han llegado a nuestros oídos».

d Oyendo lo cual, dijo haberse Solón grandemente admirado
y empeñado en pedir a los sacerdotes que le refirieran paso a
paso todo y con precisión lo referente a aquellos antiguos
ciudadanos.

Y que el sacerdote dijo: «no hay nada de reservado,
Solón; y lo diré en favor tuyo y de vuestra Ciudad; mas, sobre
todo, en gracia a la diosa a quien cayera en suerte, quien crió
y educó la vuestra y esta ciudad; antes, por cierto, la vuestra,
e hace miles de años, tomando de Tierra y Vulcano semilla para
vosotros; después, la nuestra. En cuanto a este nuestro mundo,
según se halla escrito en los libros sagrados, sus años son de
ocho mil en número. Acerca de los ciudadanos, de hace nueve
mil te declararé brevemente, además de algunas leyes, la ha-
zaña más bella realizada por ellos. La precisión en todo esto
24a quede para otra vez, cuando, sin urgencia, lo recorramos con
esos libros en la mano. En cuanto a las leyes, compáralas con
las de aquí, porque hallarás que existen aun ahora y aquí entre
vosotros los paradigmas de las de entonces. Y primero, la clase
sacerdotal, separada bien aparte de las demás; después de ella,
la de los artesanos; cada uno operario de lo suyo, sin entro-
b meterse en lo de otro; y la de los pastores, cazadores y agri-
cultores. Además, la clase militar, adviértelo, está aquí bien
separada de todas las clases; no ocupada en nada fuera la
guerra, cual les fue ordenado por la ley. Además: su tipo de
armas es escudos y dardos con los que nosotros, los primeros
en Asia, nos armamos, al modo que en aquellas vuestras regio-
nes, a vosotros primero os instruyó la diosa. Respecto a sapien-
cia, ves cuánta atención puso aquí la ley, ya desde el comienzo,
c al orden cósmico, descubriendo hasta la adivinatoria y la me-
dicina para la salud; todo en favor de lo humano, por ser ellas
divinas; y teniendo en la ley todos los conocimientos que a
ellas siguen. Habiendo, pues, la diosa establecido tal organi-
zación y coordinación íntegra, fundó primero vuestra Casa,
eligiendo ella el lugar en que habéis nacido, notando ella
en él lo bien mezclado de las estaciones, que así produciría
los más sapientes varones. Por ser, pues, la diosa, amante de
la guerra y de la sabiduría, y para que tal lugar fuera a pro-
ducir varones a Ella semejantísimos, primero eligió lugar,
d después fundó en él vuestra Casa. La habitáis, pues, servidos
de tales leyes, y aún más: bien regidos por ellas, excediendo
en toda virtud a todos los hombres, cual es natural en quienes
han sido engendrados y educados por dioses. Así que son de

admirar, y están escritas aquí, muchas y grandiosas hazañas
e de vuestra Ciudad; pero una las excede a todas en magnitud y
virtud.

Porque relatan los escritos cómo vuestra Ciudad paró una
fuerza, ¡y cuán grande!, que avanzaba, insolente e impetuosa,
sobre toda Europa y Asia a la vez, salida de allá: del océano
Atlántico. Porque tal océano era entonces navegable: que tenía
ante su embocadura —a la que vosotros denomináis, o llamáis,
"Columnas de Hércules"— una isla, mayor que Libia y Asia
juntas; desde ella había entonces para los viandantes paso a las
demás islas; y desde las islas, a todo el continente que, frente
25a a ellas, circunda tal realmente mar. Lo interior a esa embo-
cadura de que hablamos, esto —lo nuestro— parece puerto
de estrecha entrada. Mas aquel océano lo es realmente, y la
tierra que enteramente lo circunda llamaríase, verdaderamente,
"continente". Pues bien: en esa isla "Atlantis" se constituyó
con la de los reyes una grande y maravillosa fuerza que dominó
la isla entera, y muchas otras islas y partes del continente.
Además: de lo interior del estrecho, dominaban en Libia hasta
b casi Egipto, y en Europa hasta Toscania. Pues bien: toda esta
fuerza, congregada y unificada, intentó la empresa de esclavi-
zar, de una acometida, todos los lugares: el vuestro, el nuestro
y el interior al estrecho. Pues bien: en tal ocasión, Solón, el
poderío de vuestra Ciudad resplandeció por su virtud y fuerza
ante todos los hombres, porque al frente de todos por su buen
ánimo y por cuantas artes bélicas hay, en algunos casos condu-
c ciendo a los griegos en otros, solitaria por necesidad, por
abandonada de otros, metida en extremados peligros, domi-
nando a los invasores, alzó los trofeos e impidió se esclavizara
a los no aún esclavizados; pero a los que habitamos dentro de
las fronteras de Hércules, a todos, sin reservas, nos liberó. Pero
posteriormente, sobreviniendo descomunales temblores e inun-
d daciones, llegó un día y noche terribles en que a todos vuestros
guerreros se los tragó, de golpe, la tierra; y, parecidamente,
la isla Atlantis, tragada por el mar, desapareció. Por esto, aun
hoy en día, es intransitable e inexplorable tal océano, estor-
bándolo el superficial barro que la isla, al asentarse, produjo».

Acabas de oír, compendiosamente dicho, Sócrates, lo que
e contó cual oído a Solón el viejo Critias. Por cierto que, al
hablar tú ayer sobre régimen político, y sobre los varones a
que te referías, me sorprendí recordando lo que acabo ahora

αὐτῷ κατιδοῦσα, ὅτι φρονιμωτάτους ἄνδρας οἴσοι· ἅτε οὖν
φιλοπόλεμός τε καὶ φιλόσοφος ἡ θεὸς οὖσα τὸν προσφε- d
ρεστάτους αὐτῇ μέλλοντα οἴσειν τόπον ἄνδρας, τοῦτον
ἐκλεξαμένη πρῶτον κατῴκισεν. Ὠκεῖτε δὴ οὖν νόμοις τε
τοιούτοις χρώμενοι καὶ ἔτι μᾶλλον εὐνομούμενοι πάσῃ τε
παρὰ πάντας ἀνθρώπους ὑπερβεβληκότες ἀρετῇ, καθάπερ
εἰκὸς γεννήματα καὶ παιδεύματα θεῶν ὄντας. Πολλὰ μὲν
οὖν ὑμῶν καὶ μεγάλα ἔργα τῆς πόλεως τῇδε γεγραμμένα
θαυμάζεται, πάντων μὴν ἓν ὑπερέχει μεγέθει καὶ ἀρετῇ· e
λέγει γὰρ τὰ γεγραμμένα ὅσην ἡ πόλις ὑμῶν ἔπαυσέν
ποτε δύναμιν ὕβρει πορευομένην ἅμα ἐπὶ πᾶσαν Εὐρώπην
καὶ Ἀσίαν, ἔξωθεν ὁρμηθεῖσαν ἐκ τοῦ Ἀτλαντικοῦ
πελάγους. Τότε γὰρ πορεύσιμον ἦν τὸ ἐκεῖ πέλαγος·
νῆσον γὰρ πρὸ τοῦ στόματος εἶχεν ὃ καλεῖτε, ὥς φατε,
ὑμεῖς Ἡρακλέους στήλας, ἡ δὲ νῆσος ἅμα Λιβύης ἦν
καὶ Ἀσίας μείζων, ἐξ ἧς ἐπιβατὸν ἐπὶ τὰς ἄλλας νήσους
τοῖς τότε ἐγίγνετο πορευομένοις, ἐκ δὲ τῶν νήσων ἐπὶ
τὴν καταντικρὺ πᾶσαν ἤπειρον τὴν περὶ τὸν ἀληθινὸν 25 a
ἐκεῖνον πόντον. Τάδε μὲν γάρ, ὅσα ἐντὸς τοῦ στόματος
οὗ λέγομεν, φαίνεται λιμὴν στενόν τινα ἔχων εἴσπλουν·
ἐκεῖνο δὲ πέλαγος ὄντως ἥ τε περιέχουσα αὐτὸ γῆ
παντελῶς ἀληθῶς ὀρθότατ' ἂν λέγοιτο ἤπειρος. Ἐν δὲ δὴ
τῇ Ἀτλαντίδι νήσῳ ταύτῃ μεγάλη συνέστη καὶ θαυμαστὴ
δύναμις βασιλέων, κρατοῦσα μὲν ἁπάσης τῆς νήσου,
πολλῶν δὲ ἄλλων νήσων καὶ μερῶν τῆς ἠπείρου· πρὸς
δὲ τούτοις ἔτι τῶν ἐντὸς τῇδε Λιβύης μὲν ἦρχον μέχρι b
πρὸς Αἴγυπτον, τῆς δὲ Εὐρώπης μέχρι Τυρρηνίας. Αὕτη

c 7 οἴσοι AFWY Gal.: οἴσει P || **d** 1 ἀφιλόσοφος WY || **d** 3 δὴ οὖν P: οὖν δὴ FWY 1812 Pr.: δὴ οὖν ÷ A || **d** 5 παρὰ om. WY || ὑπερβεβληκότες AFPW 1812: -βεβηκότες Y Pr. || **d** 7 τῇδε: τῇσδε 1812 || **e** 1 μὴν: γε μὴν Pr. A² (γε supra lin.) || **e** 3 ποτε: τότε A (sed ποτε supra lin. A²) || **e** 6 καλεῖτε Burnet: -λεῖται A (αι in ras. ?) FWY Pr. || **25 a** 2 γάρ om. Y || **a** 3 ἔχων εἴσπλουν AF Pr.: εἴσπλουν ἔχων WY 1812 || **a** 5 ἀληθῶς erasit A || **a** 8 δὲ: τε F || **b** 1 μέχρι: ἄχρι W om. 1812.

de decir y notando cuán genialmente, por suerte, y no fuera
26a de tema trajiste casi íntegra la relación de Solón. No quise, por cierto, hablar entonces mismo, porque, después de tanto tiempo, no la recordaba perfectamente. Pensé, pues, me sería necesario recapacitar, primero, todo conmigo mismo perfectamente, y así hablar. Por esto acepté ayer prestamente lo por ti ordenado, convencido de que sometiendo a consideración un discurso satisfactorio —lo que en todos estos asuntos es lo de mayor trabajo— tendríamos nosotros mejor éxito en el presente. Así que, como dijo Hermócrates, apenas salido yo ayer
b de aquí se la referí a éstos, tal cual la recordaba; y, partido de ellos, reflexionando toda la noche, recuperé casi enteramente la relación. Como se dice: «¡lo aprendido de niños, cuán maravillosamente se enmemoria!». Pues bien: yo no sé si podría recordar todo lo que oí ayer; pero me sorprendería grandemente de que se me escapara algo de lo que oí hace ya tantísimo tiempo, pues lo escuché entonces con gran placer y diver-
c timiento, además del empeño que el viejo puso en enseñarme, ya que se lo pregunté repetidas veces, —de manera que me quedó firme e indeleble cual diseño al encauste. Aparte de que, apenas amanecido, lo referí a los presentes, para facilitar nuestros discursos.

Así que, Sócrates, estoy preparado para hablar de aquello a que todo esto apuntaba; y no sólo, en resumen, sino cual lo escuché: detalladamente. En cuanto a los ciudadanos y a la
d Ciudad que ayer, en mito, nos describiste, transponiendo ahora y aquí todo eso a lo verdadero, supondremos que, verdaderamente, aquella Ciudad es ésta, y afirmaremos que los ciudadanos verdaderos que concebías son los progenitores nuestros, de los que el sacerdote hablaba. Concuerdan enteramente; y no disonaríamos, si dijéramos que son los en aquel tiempo existentes. Tratemos de esto en común e intentemos todos dar lo merecido al tema por ti propuesto. Hay, pues, que consi-
e derar, Sócrates, si este tema nos va bien o si no habremos de buscar ya otro en su lugar.

SÓCRATES. Mas, Critias, en vez de éste, ¿qué otro tomaríamos que fuera mejor y más adecuado al sacrificio propio de la presente fiesta de la diosa?, que es grandísima cosa el que no sea mito fingido, sino verdadera leyenda. ¿Cómo, pues, y de dónde sacaríamos otros, despidiendo éstos? No hay cómo.

27a Por buena suerte, habéis de hablar vosotros; y yo, escuchar a mi vez, descansando ahora del discurso de ayer.

CRITIAS. Atiende, pues, Sócrates, a la disposición que hemos dado a los regalos. Nos pareció que Timeo, por ser de entre nosotros el más entendido en astronomía, y haber hecho máxima tarea suya saber acerca de la naturaleza de el Todo, hable el primero, principiando por el origen del Mundo, y terminando en la naturaleza del hombre. Y que yo, después
b de él, tome de él hombres engendrados por la palabra; mas de ti, algunos distinguidamente educados, e introduciéndolos, según palabras y ley de Solón, ante vosotros cual jueces, hacer de ellos ciudadanos de esta Ciudad —ellos, los atenienses de entonces— de los que, por desaparecidos los dio la tradición de las escrituras sagradas; en adelante haría ya mi discurso cual sobre ciudadanos y atenienses existentes.

SÓCRATES. Paréceme que se me repaga el convite de razones de perfecta y magnificente manera. A continuación, pues, Timeo, te tocaría, al parecer, hablar, una vez invocados, según es de ley, los dioses.

c TIMEO. En efecto, Sócrates, todos, por poco buen sentido que tengan, al emprender cualquier acción, pequeña o grande, invocan siempre a dios. Mas nosotros que nos disponemos a hacer un discurso sobre el Todo —sobre si es engendrado o ingénito—, es necesario, para no desvariar del todo, invocar a dioses y diosas, pidiendo sobre todo el que hablemos de todo de manera a ellos debida; después, a la nuestra. Y
d quedan así invocados los dioses. Pero nuestra petición ha de ser la de que aprendáis vosotros presto, y yo explique claramente, mi pensamiento acerca, sobre todo, de lo propuesto.

Según, pues, mi opinión, hay que comenzar por distinguir entre qué es lo que está siendo siempre, mas sin tener advenimiento, y qué es lo que está adviniendo siempre, mas que
28a nunca está siendo. Aquello, por estar siendo siempre e idénticamente, es captable con pensamiento razonante; estotro, por adviniente y pereciente, es, a su vez, opinable propiamente con no raciocinante sensación; mas, en realidad, jamás está siendo. Además: todo lo adviniente viene al ser necesariamente por virtud de alguna causa, pues es imposible que, sin causa, tenga advenimiento. Cuando, pues, el Artífice, mirando constantemente a lo que se ha de idéntica manera, y sirviéndose de

ello cual de paradigma, enrealice la idea y virtud de tal para-
b digma, todo resultará de este modo necesaria y perfectamente
bello; mas cuando mire a lo adviniente, sirviéndose de advi-
niente paradigma, nada resultará bello. Ahora bien: en cuanto
a todo el Cielo, o Mundo —o llámeselo con cualquier otro
nombre que, sobre los demás, prefiramos— hay que conside-
rar, ante todo, lo que se supone se ha de considerar desde el
principio acerca de todo: si existe desde siempre, sin tener, en
modo alguno, inicial advenimiento; o si ha advenido, comen-
zando con algún comienzo. Ha advenido, porque es visible,
tangible y tiene cuerpo. Mas todo lo que es tal, es sensible;
c pero lo sensible, por captable con opinión ensensibilizada, es
patentemente adviniente y advenido. Ahora bien: afirmamos
que lo adviniente viene necesariamente al ser por virtud de
alguna causa. Tarea: encontrar al Productor y Padre de este
Todo; mas, encontrado, resulta imposible hablar de él a todos.
Reconsideremos, pues, respecto de el Todo, precisamente según
cuál de los paradigmas el Arquitecto lo enrealizó: según el
29a que se ha de la misma e idéntica manera, o según el adven-
ticio. Ahora bien: si este mundo es bello, y bueno el Artífice,
es claro que miró a lo eterno; que si no —no es lícito ni de-
cirlo— a lo adventicio. Mas es para todos evidente que miró
a lo eterno, porque es este mundo el más bello de los adveni-
bles; y El, el mejor de los causantes. Venido así al ser, resultó
b hecho según lo captable con razonamiento y pensamiento, y de
esta misma manera se ha. Con estos principios por base, es de
toda necesidad necesario que este mundo sea imagen de algo.
Ahora bien: lo mejor de todo es principiar por su natural
principio. Se ha de tratar, pues, de imagen y de su paradigma
de manera que los razonamientos resulten congéneres con las
cosas mismas de que son intérpretes. Así que de lo permanente
y firme, y con lo patentemente permanente e invariable, se ha
de tratar, en lo posible, con razonamientos irrefutables e in-
movibles, sin faltar nada en este punto. Mas los razonamientos
sobre lo asemejado a un paradigma, por ser lo semejado ima-
c gen, han de estar siendo ellos, según razón, imágenes de los
paradigmas, porque Esencia se ha a Advenimiento como Verdad
a Creencia. Si, pues, Sócrates, no resultamos capaces de tratar
sobre tantas y tantas cosas como dioses y advenimiento de el
Todo con razonamientos de todo en todo concordantes ellos
entre sí y rigurosamente exactos, no te admires; pero si no os
ofrecemos nada más que imágenes, hay que contentarse, recor-

dándonos que yo, el que habla, y vosotros los jueces, no tenemos más naturaleza que la humana, de manera que, aceptando
d acerca de esto un mito verosímil, no conviene investigar ya
nada más allá.

SÓCRATES. Muy bien, Timeo; y como lo indicas hay que aceptarlo íntegramente. Y pues hemos aceptado con admiración tu proemio, continúa y termina para nosotros tu discurso.

TIMEO. Digamos ya mediante qué causa el Compositor
e compuso Advenimiento y este Todo. Era bueno; mas en el
bueno no nace jamás reserva alguna de algo; libre de ella, se
propuso hacer todas las cosas máximamente parecidas a sí
mismo. Quien aceptara, pues, de manos de varones sapientes
este cual principio supremo de Advenimiento y de Mundo,
aceptaríalo correctísimamente. Porque queriendo Dios que todas
30a las cosas fueran buenas y que, en lo posible, nada hubiera de
imperfecto, por eso, recibiendo todo lo visible no en estado de
reposo sino en el de discordante y desordenado movimiento,
sacolo del de desorden al de orden, convencido de que éste es
absolutamente mejor que aquél. Al Buenísimo no le estuvo
bien ni le está el hacer otra cosa sino lo Bellísimo. Puesto,
pues, a pensar, halló que de las cosas naturalmente visibles
b no resultaría nunca más bella una cosa irracional que una racional,
tomadas todo a todo. Por otra parte, es imposible que
a algo sin alma advenga razón. Según este razonamiento, el
Compositor del universo coajustó razón con alma, alma con
cuerpo, de manera que resultara haber llevado a cabo algo
bellísimo y una obra naturalmente óptima. Se ha, pues, de
decir a tenor de tal verosímil razonamiento que este Mundo
llegó a ser un viviente con intrínsecas verdaderamente alma y
c razón, por providencia de Dios.

Con tal principio por base, hemos de decir lo siguiente
a él; a semejanza de ¿cuál viviente el Compositor lo compuso?
Porque no vamos a juzgar por digno el que lo sea ninguno de
los que, por naturaleza, están en el eidos de parte, ya que nada
de lo parecido a imperfecto resultaría alguna vez bello. Afirmaremos,
por el contrario, que tal Viviente es, más que cualquier
otra cosa, semejantísimo a algo cuyas partículas sean los
demás vivientes, uno por uno y en cuanto género; porque, abarcando
en sí mismo todos los vivientes inteligentes, los posee,
d al modo que este Mundo está compuesto de todas las criaturas
visibles: nosotros y las demás. Queriendo, pues, Dios aseme-

jarlo sobre todo a la más bella de las inteligentes y en todo la
más perfecta, compuso un Viviente uno y visible, que, en el
31a interior de sí mismo, tuviera todos cuantos vivientes son, por
naturaleza, congéneres con él. ¿Hemos llamado, pues, co-
rrectamente "uno" a Cielo, o sería más correcto hablar de
muchos y aun de infinitos? Llámeselo "uno", si es que ha de
estar elaborado según el paradigma; porque el Viviente que
abarque todos cuantos vivientes inteligentes haya no admitiría
ser segundo con otro; porque habría de haber, de nuevo, otro
viviente distinto: el que abarcara a aquellos dos, del cual serían,
ellos, dos partes; y de éste se diría más correctamente ser seme-
jante no ya a aquellos dos, sino al que abarca a ambos. Para
b que, pues, este viviente se asemeje, en cuanto a unicidad, al
Viviente omniperfecto, precisamente por esto el Hacedor no
hizo ni dos ni infinitos mundos; por el contrario, el Cielo,
venido al ser, es y será éste, uno y unigénito.

Mas lo adveniente ha de ser corporaloide: visible y tan-
gible. Empero, sin fuego, nada resultaría visible; ni tangible,
sin algo de sólido; ni sólido, sin tierra. Por lo cual, puesto a
componer según principios el cuerpo del Todo, hízolo Dios de
fuego y tierra. Mas no es posible que dos cosas solas se com-
pongan de manera bella sin una tercera, porque ha de haber
c en medio un cierto vínculo coajustador de ambas. Empero, el
más bello de los vínculos es aquel que una máximamente en
unidad a sí mismo y a los vinculados. Mas esto es precisamente
lo que la analogía hace, por naturaleza, de la más bella ma-
nera; porque, si entre tres cosas cualesquiera: números, masas o
potencias hay un medio, lo que sea el primero respecto de él
eso mismo será él respecto del último; y, una vez más, lo que
32a sea el último respecto del medio eso mismo será el medio
respecto del primero; si se hace al medio primero y último,
primero y último hacen, ambos, de medios; así que todos los
términos pasan a hacer lo mismo entre sí; y, por hacer lo
mismo, todo resultará uno. Si, pues, el cuerpo de El Todo
hubiera de ser plano, sin profundidad alguna, bastaría con
b un medio para vincularse él mismo con sus términos. Ahora
bien: convenía fuera solidiforme. Empero, a lo sólido no lo
coajusta nunca un medio, sino siempre dos. Así que colo-
cando Dios agua y aire cual medios entre fuego y tierra, y re-
haciéndolos de modo que, en lo posible, se hayan entre sí
según la misma cuenta-y-razón: que lo que es fuego respecto
de aire, eso sea aire respecto de agua, y que lo que es aire

respecto de agua, lo sea agua respecto de tierra, coajustó y
compuso un Cielo visible y tangible. Y por esto, y precisa-
mente de éstos y de cuatro en número, surgió el cuerpo del
c Mundo enracionalizado mediante analogía, en firme Amistad
por ello, de modo que, coincidiendo en identidad consigo mis-
mo, resultó indisoluble por todos —a excepción de quien lo
coajustó.

La composición del Mundo agotó íntegramente cada uno
de los Cuatro, porque el Compositor lo compuso de fuego,
agua, aire y tierra íntegros, no dejando fuera ni parte alguna
ni poder de ninguno de ellos; pensolo así, para que, primero,
d resultara de partes perfectas un Viviente íntegro y superlativa-
mente perfecto. Además de esto, único, para que no sobrara
33a nada con que hacer otro; pero, además, para que ni envejeciera
ni enfermara, comprendiendo que a un cuerpo compuesto lo
caliente, lo frío, y todo cuanto tiene gran fuerza, circundán-
dolo y cayendo intempestivamente sobre él, lo disuelven y
hacen que se corrompa, aportando enfermedades y vejez, por
esta causa y según este razonamiento lo coajustó tal que fuera
b un Todo de todos los todos, perfecto, sin vejez, sin enferme-
dad. Diole, por otra parte, una figura adaptada y congénere
con él. Mas a viviente que hubiera de incluir en sí mismo
todos los vivientes, la figura adaptada sería la que compren-
diera en sí todas cuantas figuras hay. Por lo cual lo torneó
esferoide y circular —distante igualmente y por todas partes
de medio a extremos— que es, de todas las figuras, la más
perfecta y semejante a sí misma, creyendo ser miles de miles
veces menor lo semejante que lo desemejante. Alisó en círculo
y exactísimamente todo lo externo de ella, por muchas razones:
c no necesitaba para nada de ojos, pues nada de visible quedaba
fuera; ni de oídos, pues nada había de audible; ni había aire
circundante, necesario a la respiración; ni era menester tener
órgano alguno por el que recibir el alimento, y evacuar a su
vez al que quedó indigesto; que nada salía, nada entraba, en
él, de parte alguna —pues nada había—, porque fue hecho
con tal arte que sus propios desechos le sirvieran de alimento
d propio y que toda afección y acción proviniera de él mismo
y en él mismo quedara, porque creyó su Compositor que ser
seipsisuficiente le sería mejor que necesitar de algo. Por no
hacerle falta alguna manos con que agarrar o defenderse de
algo, creyó El ser en vano añadírselas; lo mismo, pies o cual-
34a quier clase de aparatos para apoyarse. Le asignó por movimien-

to el apropiado a su cuerpo, que es, de entre los siete, el apro-
piado a inteligencia y sapiencia; por esto mismo haciéndolo
rodar en el mismo lugar y en sí mismo hizo que quedara
revolviéndose con movimiento circular; mas descartó los seis
movimientos restantes, librándolo así de sus aberraciones; y
por no necesitar para tal circulación de ningún pie, produjole
sin piernas y sin pies.

Tal fue, en total, el calculado razonamiento hecho por el
Dios que ya lo estaba siendo acerca del que iba en su momento
b a ser dios; hízolo liso, llano, igual desde todas partes al medio,
íntegro, y cuerpo perfecto de cuerpos perfectos. En su medio
colocó al alma y la extendió por el Todo, y aun recubrió con
ella lo externo de su cuerpo. Compuso así Cielo, único y soli-
tario, cual círculo que encircula rueda; capaz, por su virtud,
de convivir él consigo mismo, sin necesidad alguna de nadie,
conocido y amigo suficiente él para sí mismo. Por todo lo cual
resultó hecho dios bienaventurado.

En cuanto al alma, la acabamos de tratar nosotros cual
c posterior al cuerpo; no así, el dios: concibióla cual primera,
porque no iba a dejar que, al coajustarlos, lo más antiguo fuera
gobernado por lo más joven; aunque nosotros, por participar
grandemente de lo accidental y casual, hablemos también así.
Mas el compuso lo que es por nacimiento y virtud primario y
más antiguo: el alma, antes que el cuerpo, cual señora y go-
35a bernadora del gobernado, de estos materiales y de esta manera:

De la Esencia impartible y siempre idéntica, y de la par-
tible: la engendrada en cuerpos, hizo, mezclándolas a ambas,
un tercer e intermedio eidos de esencia: mezcla de naturaleza
de lo Idéntico y de la de lo Diverso; y, según esto mismo, com-
puso ese medio entre lo impartible de éstas y lo partible en
cuerpos. Y, por ser tres, tomó, los tres; mezclolos todos hasta
dar unidad de idea, aunque, por ser la naturaleza de lo Diver-
so, difícil de mezclar con lo de lo idéntico, la coajustó a la
fuerza. Mezclándolos, no obstante, con la esencia, y, habiendo
b hecho de los tres uno, repartió a su vez tal Todo en conve-
nientes Lotes; cada Lote, mezcla de Idéntico, Diverso y Esen-
cia. Mas comenzó a repartir de esta manera: tomó, primero,
del Todo un Lote; después de él, tomó otro doble que él; un
tercer Lote, dos tercios del segundo, o triple que el primero;
un cuarto, doble que el primero; un quinto, triple que el ter-
cero; un sexto óctuplo que el primero; un noveno, veintisiete

c veces el primero. Después de lo cual completó los intervalos
36a dobles y triples, recortando del Todo otros: Lotes aún, y poniéndolos en medio de éstos, de manera que en cada intervalo hubiera dos medias: una, la que excede a y es excedida por la misma parte de los extremos; la otra, la que excede a y es excedida por algo igual en cuanto al número. Habiendo hecho intervalos de $\frac{3}{2}$, $\frac{4}{3}$ y $\frac{9}{8}$, como vínculos, dentro de los intervalos anteriores, completó todos los de $\frac{3}{2}$ con el intervalo de $\frac{9}{8}$, quedando de cada uno de ellos una partecita: el intervalo que queda de ella que tiene por cuenta-y-razón
b de número a número la de $\frac{256}{243}$. Con lo cual la mezcla de la que repartió todo eso, resultó ya íntegramente gastada. Escindió este compuesto entero en dos partes iguales longitudinalmente, y aplicando la mitad de la una sobre la de la otra, en forma de cruz, las dobló en círculo, tocándose consigo cada
c una, y ambas en el lugar opuesto al de aplicación. Echólas a rodar al derredor de sí mismas según ese movimiento que circula en el mismo lugar y de la misma manera; e hizo que uno de los círculos fuera externo; el otro, interno. Ordenó que el movimiento externo fuera el de la naturaleza de lo Idéntico; mas el interior, el de la de lo Diverso. Al de lo Idéntico lo echó a rodar lateralmente hacia la derecha; al de lo Diverso diametralmente, hacia la izquierda. Mas dio el
d poder a la circulación de lo Idéntico y uniforme, porque a ella sola la dejó inescindida; mientras que a la interior, escindiéndola en seis lugares para siete círculos desiguales, según cada uno de los intervalos doble y triple, tres cada uno de ellos, ordenó que tales círculos marcharan en direcciones mutuamente contrarias; tres, con velocidad igual; los otros cuatro, con desigual entre sí y respecto de los tres, mas llevados según razón numérica.

Empero, en habiendo resultado la compostura íntegra del Alma según la mente del Compositor, construyó después den-
e tro de ella todo lo corporiforme, y, uniendo centro del uno con centro de la otra, los coajustó. Mas el Alma, entretejida enteramente desde el centro hasta el extremo Cielo, cubrién-

dolo circularmente desde fuera, con revolución de sí en sí misma, comenzó, con divino comienzo, vida incesante e inteligente para siempre jamás. El cuerpo de Cielo resultó, cierta-
37a mente, visible; mas ella, invisible, pero partícipe de razonamiento y armonía, hecha, por el Mejor de todos los entes inteligentes y eternos, la mejor de lo producido.

Por ser mezcla compuesta de tres Lotes: de la naturaleza de lo Idéntico, la de lo Diverso y de Esencia, dividida según cuenta-y-razón y reajustada, recirculando sobre sí misma, cuando toque algo que tenga dispersa su esencia, o también indivisa, va diciendo en palabras, mientras a sí entera se mueve, qué es idéntico con qué y qué diverso de qué y respecto de qué, sobre todo, dónde y cómo y cuándo, sucede, dentro de lo adviniente,
b el que una cosa sea pasiva o esté siendo en relación a otra o respecto de las que se han siempre idénticamente.

Esta palabra: la que resulta idénticamente verdadera, tanto al versar sobre lo otro como sobre lo idéntico, la que sin voz y sin eco se desliza en lo por ella movido, cuando versa sobre lo sensible —y a la vez el círculo de lo Diverso, en marcha correcta, lo anuncia al alma entera— da origen a opiniones y creencias firmes y verdaderas; mas cuando versa sobre lo ra-
c cional —y, a la vez, el círculo de lo Idéntico, en bello giro, lo declara— inteligencia y ciencia llegan, necesariamente, a perfección. En qué ente advenga tal par de casos, si alguien dijere ser tal ente diverso de Alma, tal aserto será todo menos verdadero.

Cuando el Padre que lo engendró lo vio moverse y vivir cual maravilla para los eternos dioses, se admiró; y, complacido, le acudió terminar de hacerlo aun más semejante al
d paradigma. Y por ser éste Viviente eterno, se propuso hacer tal a este Todo en cuanto fuera posible. De suyo la naturaleza del viviente es eterna; lo que no es posible es adaptarla perfectamente a lo engendrado. Se ingenió, pues, para hacer una cierta movible imagen de Eternidad; y, al coordinar a la vez el Cielo, hizo de Eternidad, permaneciente en unidad, una imagen eterna progrediente según número, que es precisamente lo que hemos llamado "Tiempo". Porque, no habiendo ni días
e ni noches, ni meses ni años antes de advenir Cielo, simultáneamente con su compostura se dio trazas para producirlos. Son todos ellos partes de Tiempo, y lo son lo "era" y lo "será": eídoses de advenimiento de Tiempo, que, al aplicarlos al ser

φύσις ἐτύγχανεν οὖσα αἰώνιος, καὶ τοῦτο μὲν δὴ τῷ
γεννητῷ παντελῶς προσάπτειν οὐκ ἦν δυνατόν· εἰκὼ
δ' ἐπενόει κινητόν τινα αἰῶνος ποιῆσαι, καὶ διακοσμῶν
ἅμα οὐρανὸν ποιεῖ μένοντος αἰῶνος ἐν ἑνὶ κατ' ἀριθμὸν
ἰοῦσαν αἰώνιον εἰκόνα, τοῦτον ὃν δὴ χρόνον ὠνομάκαμεν.
Ἡμέρας γὰρ καὶ νύκτας καὶ μῆνας καὶ ἐνιαυτούς, οὐκ e
ὄντας πρὶν οὐρανὸν γενέσθαι, τότε ἅμα ἐκείνῳ συνισταμένῳ
τὴν γένεσιν αὐτῶν μηχανᾶται· ταῦτα δὲ πάντα
μέρη χρόνου, καὶ τό τ' ἦν τό τ' ἔσται χρόνου γεγονότα
εἴδη, ἃ δὴ φέροντες λανθάνομεν ἐπὶ τὴν ἀίδιον οὐσίαν οὐκ
ὀρθῶς. Λέγομεν γὰρ δὴ ὡς ἦν ἔστιν τε καὶ ἔσται, τῇ δὲ τὸ
ἔστιν μόνον κατὰ τὸν ἀληθῆ λόγον προσήκει, τὸ δὲ ἦν τό τ'
ἔσται περὶ τὴν ἐν χρόνῳ γένεσιν ἰοῦσαν πρέπει λέγεσθαι 38
— κινήσεις γάρ ἐστον, τὸ δὲ ἀεὶ κατὰ ταὐτὰ ἔχον
ἀκινήτως οὔτε πρεσβύτερον οὔτε νεώτερον προσήκει
γίγνεσθαι διὰ χρόνου οὐδὲ γενέσθαι ποτὲ οὐδὲ γεγονέναι
νῦν οὐδ' εἰς αὖθις ἔσεσθαι, τὸ παράπαν τε οὐδὲν ὅσα
γένεσις τοῖς ἐν αἰσθήσει φερομένοις προσῆψεν, ἀλλὰ
χρόνου ταῦτα αἰῶνα μιμουμένου καὶ κατ' ἀριθμὸν κυκλουμένου
γέγονεν εἴδη — καὶ πρὸς τούτοις ἔτι τὰ τοιάδε,
τό τε γεγονὸς εἶναι γεγονὸς καὶ τὸ γιγνόμενον εἶναι b
γιγνόμενον, ἔτι τε τὸ γενησόμενον εἶναι γενησόμενον καὶ
τὸ μὴ ὂν μὴ ὂν εἶναι, ὧν οὐδὲν ἀκριβὲς λέγομεν. Περὶ μὲν

d 5 γεννητῷ AF 1812 : γενητῷ PWY A² Simpl. Stob. || εἰκὼ AWY Simpl.: εἴκω F εἰκόνα Philop. Stob. || d 6 ἐπενόει AF Simpl. Stob. : ἐπινοεῖ WY 1812 A² (ι supra ε) Pr. Philop. || κινητόν : κινητήν A² (ή supra ό) Stob. || d 7 ἅμα οὐρανὸν WY 1812 Simpl. Pr. : ἅμα μὲν- F ἅμα οὐρανῷ A (ῷ in ras.) οὐρανῷ ἅμα Stob. || e 2 καὶ τότε WY || e 4 μέρος Y || τό τ' ἦν τό τ' ἔσται WY 1812 Philop. : τό τ' ἦν καὶ τό τ' ἔσται A (τό τ' ἔσται punct. not.) τό τε ἦν καὶ ἔσται Pr. Stob. τὸ ἦν καὶ ἔσται Eus. ὁπηνίκα ἦν καὶ ἔσται F || γεγονότος Y || e 5 ἃ δὴ om. WY 1812 (sed 1812 add. supra lin.) || 38 a 1 ἐν FWY Pr. Simpl. Philop. Eus. Stob. : ἐν τῶι A (τῶι in ras.) ἔν τινι P et Schol. A || a 4 χρόνου AP Philop. : -νον F 1812 Pr. Eus. Stob. || διὰ ... γένεσθαι om. WY || b 2 τε A 1812 Pr. Eus. Stob. : δὲ WY om. F || b 3 ἀκριβῶς WY.

eterno, no caemos en cuenta hacerlo incorrectamente; porque
decimos que "era", "es" y "será", cuando, dicho según verdad,
únicamente le conviene lo de "es"; mas lo de "era" y lo de
38a "será" conviene se digan de lo que adviene progresivamente
en Tiempo, ya que ambos son movimiento. Mas a lo que se ha
siempre de idéntica e inmoble manera no le va bien ni lo de
hacerse más viejo ni lo de más jóven a lo largo del tiempo,
ni lo de haberse hecho alguna vez, ni lo de estar hecho ahora
ni lo de haber de ser en otra vez; y, en general, nada de lo
que advenimiento aporta a las cosas que en lo sensible se
mueven. Todo esto son eídoses de advenir un tiempo imitador
b de eternidad, y circulante según número. Aún más: nada de
riguroso tiene eso de "lo advenido *es* advenido", "lo adve-
niente *es* adviniente", "lo porvenir *es* porvenir", "el no ser *es*
no ser". Aunque tal vez no sea conveniente oportunidad dis-
cutir eso ahora y con rigor. Advino, pues, Tiempo con Cielo,
a fin de que, venidos a la vez, a la vez también se disuelvan,
si es que les sobreviene alguna vez disolución; y advino según
el paradigma de la naturaleza eterna, a fin de que resulte, en
c lo posible, lo más semejante a él. Por cierto que El Paradigma
está siendo por toda la eternidad; mas el Cielo ha sido —está
siendo-y-estará siendo de principio a fin durante todo el tiempo.

En virtud de tales razonamientos y pensamiento de Dios
respecto de la generación de Tiempo, a fin de que quedara
hecho Tiempo, hizo Sol, Luna y los otros cinco astros —que
tienen por nombre "planetas"— para definir y guardar los
números de Tiempo. Mas, en habiendo hecho el Dios los
cuerpos de cada uno de ellos, los colocó en las órbitas que
sigue la revolución de lo Diverso, —siete éstas para aquellos
d siete. A Luna, en el círculo primero alderredor de Tierra; a
Sol, en el segundo sobre la Tierra; al Lucero matutino y al
llamado "astro Sagrado de Mercurio", en órbitas de curso y
velocidad iguales a la de Sol, a las que, no obstante, tocó
potencia contraria a él. Por lo cual Sol, Mercurio y el Lucero
matutino se adelantan y atrasan entre sí. En cuanto a los demás
astros, si hubiera que describir todas las causas de las posicio-
nes en que los colocó, tal discurso, por secundario, daría más
e trabajo que el tema a que se ordena. Más adelante, tal vez, con
suerte y tiempo libre les llegue a estos puntos la explicación
debida.

Cuando, pues, cada uno de estos astros, con cuya colabo-
ración había de realizarse Tiempo, llegó a su propia órbita, y

resultaron vivientes de cuerpos enlazados por vínculos anima-
dos, y cada uno aprendió lo a él prescrito: revolverse a lo
largo de la órbita de lo Diverso —que es oblicua, atraviesa y
39a es dominada por la de Idéntico— algunos de ellos se mueven
según círculo mayor; otros, según menor; más deprisa, los que
en menor; más despacio, los que en mayor. Los astros de re-
volución más veloz, respecto del movimiento de Idéntico, se
adelantan a los que van más lentos, que parecen adelantarse
a ellos; porque al marchar simultáneamente en dos direcciones
opuestas, el movimiento de Idéntico, que es el más veloz de
todos, retorciendo en hélice todos los otros círculos, hace apa-
b recer como más próximo al astro más lejano y más lento. Mas
a fin de que hubiera una cierta medida evidente para sus rela-
tivos movimientos —lentos y veloces— según los que marchan
circularmente en sus ocho órbitas, colocó Dios, en el círculo
segundo respecto de Tierra, a Luz —que ahora llamamos
"Sol"—, a fin de que, sobre todo, luciera para todo el Cielo
y participaran de número los vivientes a quienes conviniera,
aprendiéndolo del movimiento de Idéntico y Semejante. De
este modo, pues, y por esto surgieron Noche y Día, que es el
c período de la circulación —que es una a la vez que la más
inteligente. Surgió Mes, cuando Luna, después de recorrer su
propio círculo, se adelanta a Sol; y Año, cuando Sol da la
vuelta entera al propio círculo. En cuanto a los períodos de
los demás astros, no son conocidos por los hombres, fuera de
unos pocos de entre los muchos, ni les dieron nombres, ni,
mirados, los conmensuran numéricamente unos respecto de
d otros; así que no saben, para decirlo con una palabra, que
esas sus errancias, aunque en multitud, realmente incontable
y admirablemente recomplicada, están siendo Tiempo. Sin em-
bargo, no es por ello menos posible concebir que el número
perfecto de Tiempo colmará el Año perfecto cuando las velo-
cidades relativas de los ocho períodos, llegadas cada una a
su término, se recapitulen, conmensuradas con el círculo de
Idéntico y Semejantemente movido. Según esto y para esto
surgieron cuatro astros, marchando por Cielo, retornan; pre-
e cisamente para que Este Todo resultara lo más semejante posi-
ble al Viviente perfecto e inteligente, en su imitación de la
naturaleza eterna.

En cuanto a lo demás, ya con el advenimiento de Tiempo, quedaba hecho semejante a Aquel de que era imagen; empero,

por no haber comprehendido aún todos los vivientes dentro de sí mismo surgidos, era en esto todavía desemejante con El. Rehizo esta falta suya, remodelándolo según la naturaleza del Paradigma. Así, pues, al percibir Inteligencia las ideas intrínsecas propias de lo que es el Viviente —cuáles y cuántas hay en él—, pensó que este Todo había de poseer tales y tantas. Ahora bien, son cuatro: uno, el género celestial de los dioses;
40a otro, el de los alados y transaéreos; tercer cidos el de los acuáticos; cuarto, el de los pedestres y de secano. A la idea de lo divino elaborola totalmente de fuego, para que fuera lo más brillante y bello de ver; y asemejándola al Todo, hízola bellamente circular y colocándola en la inteligencia del Supremo, cual acompañante suyo, y distribuyéndola circularmente por todo el Cielo llegó a ser ornamento verdadero, recamado y total. A cada uno de los divinos ajustó dos movimientos, uno por el que estando en el mismo lugar y de la misma manera, piensa en sí mismo sobre lo mismo siempre lo mismo; otro.
b que va hacia adelante, dominado por la revolución de Idéntico y Semejante; mas, respecto de los cinco movimientos, está inmoble y en reposo, a fin de que cada uno de ellos resulte cuanto más perfecto mejor. Por esta causa advinieron cuantos de los astros, por ser vivientes divinos, son inerrantes, eternos y permanecen revolviéndose siempre en el mismo lugar y de la misma manera; mas los que revierten y tienen errancia, tal cual anteriormente se la describió, según ella vinieron al ser. En cuanto a Tierra, nuestra nodriza —enrollada alderredor del polo extendido por el universo— arreglose El para
c que fuera guardiana y artesana de Noche y Día; ella, la primera y más antigua de cuantos dioses vinieron al ser dentro de Cielo

Mas respecto de sus danzas corales, entrecruces mutuos, reversiones circulares y progresiones relativas de sus órbitas, —qué dioses se hacen encontradizos en las conjunciones y cuántos en las oposiciones, cuáles se adelantan a otros, y según qué tiempo se oculta cada uno de ellos a nosotros, y, en su turno, reapareciendo envían, a los incapaces de calcular, terro-
d res y signos de lo que posteriormente sucederá—, fuera trabajo vano hablar de ello sin la ayuda visual de instrumentales imitaciones. Pero bástenos aquí con esto; y, acerca de la naturaleza de los dioses visibles y engendrados, lo dicho llegue a su fin.

Mas respecto de los demás daimonios tanto el hablar como el conocer de su engendramiento nos superan; hase de creer

a los que anteriormente lo explicaron, por ser descendientes de dioses, como afirmaban, y por conocer bien conocidos a
e quienes fueron sus antepasados. No se puede, pues, desconfiar de hijos de dioses, aunque hablen sin demostraciones verosímiles y necesarias; mas como aseveran tratarse de asuntos domésticos, hemos de seguir a la ley, y creerlo. Así que aceptémoslo; y háblese, según ellos, de la generación de tales dioses. De Tierra y Cielo nacieron cual hijos Océano y Tethys; de
41a éstos, Forkys, Cronos y Rea, y su descendencia; de Cronos y Rea, Júpiter, Hera y todos los que, como sabemos, se llaman sus hermanos; y de éstos, a su vez, otros descendientes.

Empero, una vez que todos los dioses —tanto los que luminosamente circulan, como los que aparecen en la medida que lo quieren— llegaron a nacer, el Hacedor de este Todo les habló con palabras como éstas: «¡dioses de Dioses!, las obras de las que yo soy artífice y padre son indisolubles, a no
b ser que yo lo quiera. Aunque todo lo unido sea disoluble, querer disolver lo bellamente coajustado y bien estable fuera cosa de malvado. Así que, por advenidos al ser, no sois ciertamente ni inmortales ni indisolubles absolutamente, mas ni seréis disueltos ni tendréis por Sino la muerte; que os ha caído en Suerte mi voluntad, vínculo mayor y más poderoso que los que, al nacer, os vincularon. Pues bien: aprended, explicado, lo que os estoy diciendo: Dentro del género de lo mortal hay tres cosas no engendradas aún; y, mientras no lo sean, el Cielo quedará imperfecto, porque no contendrá en sí mismo todos
c los géneros de vivientes, lo que es imprescindible si ha de llegar a ser ajustadamente perfecto. Mas si por mi virtud vienen al ser y participan de vida equipararíanse con dioses. Para que, pues, sean mortales y a la vez este Todo sea realmente todo, es natural emprendáis vosotros ser artífices de tales vivientes, imitando la manera como hice yo al engendraros a vosotros. Respecto de cuanto en ellos conviene sea y se llame parecido a los inmortales —lo denominado "divino" y "rector" tanto en ellos como en vosotros, si queréis seguir siempre la justicia— yo seré quien, bajo previa forma de semilla y de
d principio, se lo regale. En cuanto a lo demás, entretejiendo vosotros con lo inmortal lo mortal, elaborad vivientes, preparad alimentos y, dándoselos, hacedlos crecer, y, cuando perecieren, recibidlos».

Tal dijo; y, una vez más, en aquella vasija —donde,
agitándola, hizo la mezcla del Alma de Todo— vertió los
restos de la anterior, mezclándolos casi de la misma manera;
mas no eran ya de uno y el mismo grado de pureza, sino de
segundo o tercero. Mas en habiendo compuesto tal Todo, lo
dividió en tanto número de almas cuantos astros y repartió a
e cada uno la suya; y haciéndolas montar a cada una en algo así
como su carroza, les mostró la naturaleza del Todo; comunicoles las leyes del Destino: que el primer nacimiento estaba
ordenado fuera para todas el mismo, a fin de que ninguna
se sintiera menospreciada por El; mas que, una vez sembradas
cada una en el órgano de Tiempo propio a cada una, habían
de llegar a hacerse, entre los vivientes, los más píos adoradores
42a de Dios. Empero, por ser doble en sexo la naturaleza humana,
sería uno de ellos el superior: el que, más adelante, se llamaría
"varón". Mas por necesidad, una vez implantadas en cuerpos,
algo entrará y saldrá de sus cuerpos; primero, sería necesario
surgiera en todos sensación, una e innata, por causa de las
afecciones violentas; segundo, querencia, mezclada de placer
y dolor; además temor y ánimos, y todo lo a éstos consiguiente
b y todo lo que, por naturaleza, es contrariamente distinto. Dominadores de esto, vivirían justamente; dominados, injustamente. Quien haya vivido bien el tiempo a él apropiado,
revertirá a su morada: la del astro a que legalmente pertenece;
y tendrá una vida bienaventurada y coadaptada. En caso de
c fallar en esto, se transformará, en el segundo nacimiento, en
la naturaleza de mujer; y si, aun en ella, no cesara su maldad,
se continuará transformando, según el tipo de su maldad, en
una naturaleza bestial, semejante a este tipo que ella engendró;
y no cesarán, en tales cambios, los trabajos sino cuando se
coajuste al período de Idéntico y Similar, que en sí mismo
tiene; y dominando, con razón, esa turbamulta de fuego, agua,
d aire y tierra, alborotada e irracional, y posteriormente adherida,
revierta al eidos de su prístino y mejor estado. En legislando
que legisló esto en favor de ellos, a fin de no ser posteriormente concausa de lo malo que cada uno hiciere, sembró a
unos en Tierra, a otros en Luna, a otros en los restantes órganos de Tiempo.

Después de tal siembra, encomendó a los dioses jóvenes
moldear cuerpos mortales; en cuanto a lo restante: lo que se
e haya de añadir al alma humana —esto y lo consecuente a lo
otro—, presidir su ejecución, y gobernar al viviente mortal de

la manera más bella y mejor posible, a no ser que él en algo se haga a sí mismo causa de males.

Y en habiendo ordenado así todo esto, quedose en su propio y debido estado. En quietud El, sus hijos, pensando en el encargo del padre, lo ejecutaron; asiendo el principio inmortal del viviente mortal, e imitando al Artífice de ellos, tomando prestados del Mundo porciones de fuego, tierra, agua
43a y aire, cual si hubieran de devolver lo tomado, lo coajustaron en unidad no con vínculos indisolubles, cual los que a ellos mismos los unen; mas lo reforzaron con clavijas, numerosas e invisibles por su pequeñez; habiendo hecho con todo ello el que cada cuerpo sea uno, liaron los períodos del alma inmortal al cuerpo con sus afluyentes y efluvios. Pero, liadas así las almas con grande río, ni lo dominaban ni eran por él dominadas; más bien eran llevadas, y llevaban, de modo que el viviente estaba íntegro moviéndose; procedía, por cierto, de manera
b desacompasada, irracional y a la buenaventura, por tener en sí todos los seis movimientos; así que procedía hacia delante y atrás, hacia derecha e izquierda, hacia abajo y arriba, errante en total por esos seis lugares. Aun siendo grande la oscilación de aflujo y reflujo, producida por la alimentación, todavía era mayor el tumulto que, en cada viviente, causaban los impactos de cuerpos colindantes, cuando el cuerpo de alguno tropezara con fuego, proveniente de cuerpo extraño y externo o también
c con sólido térreo o líquida oleada de aguas o atrapado en una tempestad de ventoleras transportadas por el aire, y los movimientos de todo esto cayeran, llevados por el cuerpo, sobre el alma. Por lo cual tales movimientos se llamaron "sensaciones"; y aun ahora, todas ellas así se llaman. Entonces y al presente, traen consigo plenaria y máxima conmoción; muévense con el
d vehículo perpetuamente fluyente y sacuden fuertemente las revoluciones del alma; atacan completamente el movimiento de Idéntico; fluyendo en dirección contraria a él, frénanlo en su comienzo y progreso; mientras que agitan el movimiento de Diverso de manera que —en los tres correspondientes intervalos: los del doble y triple, y en las medias y conexiones de $\frac{3}{2}$, $\frac{4}{3}$ y $\frac{9}{8}$, que no son íntegramente disolubles, sino por el Compositor— retuercen todo lo retorcido, e introducirían en los círculos toda clase de fracturas y disrupciones,
e cuantas fueran posibles, de modo que, dificultosamente co-

ajustadas, se mueven, ciertamente, mas se mueven irracionalmente, —unas veces, al revés; otras, oblicuamente; a veces, supino, como se ha alguien, supino, apoyando la cabeza en tierra, y levantando hacia arriba los pies, respecto de otro, que, entonces y en tal posición, la derecha de quien así está parece, a quienes lo miran, izquierda; y la izquierda, derecha, —las de uno a las de los otros. Lo mismo que en este caso y parecidos
44a pasa, particularmente, a las revoluciones; cuando sobrevienen a algo que se halle fuera del género de Idéntico y de Diverso, entonces "Idéntico con algo" y "Diverso de algo", aplicados a ellas cual contrarios a lo verdadero, resultan denominaciones falsas y sinsentido; no hay, entonces, respecto de tales revoluciones período alguno ni principal ni rector; al incidir desde afuera con tales revoluciones algunas sensaciones y, coincidir con ellas, son coarrastradas éstas y el bajel íntegro del alma; parecen entonces dominantes las dominadas mismas. Por razón de todas estas afecciones resulta, ahora cual al principio, que el alma, al ser religada a cuerpo mortal, es inicialmente inin-
b teligente. Mas cuando entra menor corriente de aumento y alimentación, y las revoluciones, puestas en calma, siguen a su vez su propio camino y se estabilizan más y más progresando el Tiempo, rectifícanse entonces ya las revoluciones según la figura propia de la marcha natural de cada uno de los círculos; aplícaseles correctamente lo de Diverso e Idéntico, terminando por hacer inteligente a quien las posea. Si además alguien, por añadidura, se hace con esa alimentación correcta
c que es la educación, resulta perfectamente íntegro, sano, y evadido de la máxima enfermedad. Mas el descuidado volverá —una vez más, después de una vida transcurrida coja en lo vital— imperfecto e ininteligente al Hades. Esto sucederá ciertamente más tarde; pero, en cuanto a lo propuesto ahora, hay que describirlo con superlativa precisión. Lo anterior a esto: lo referente al advenimiento de los cuerpos, según las fases de engendramiento, y al del alma: por qué causas y providen-
d cias de los dioses se engendró, echando mano de lo más verosímil, recorrámoslo, así también, paso a paso.

Por ser dos las revoluciones divinas, y ser esférica la figura de el Todo, imitándolas las impusieron a ese cuerpo esférico que ahora denominamos "cabeza", —lo más divino y señor de todo lo que en nosotros hay. A ella entregaron los dioses, al coajustarla, el cuerpo entero cual sirviente, con la intención de que participara de cuantos movimientos hubiera.

e Para que, pues, no rodara sobre la tierra, en sus múltiples y
variados altibajos, y, sin desconcertarse, subiera a los altos y se
saliera de los bajos, diéronle el cuerpo cual vehículo y buena
solución. Adquirió, por esto, el cuerpo longitud, y brotáronle
cuatro miembros extensibles y flexibles, artificio divino para
marchar; agarrándose con ellos y apoyándose en ellos, resultó
posible marchara por todos los lugares, llevando en alto la
recámara de lo en nosotros más divino y sagrado. De esta
45a manera y por esto brotaron en todos piernas y manos. Mas,
por juzgar los dioses que lo de delante es más respetable y
principal que lo de detrás, por esto nos dieron el marchar casi
siempre hacia delante. Era, pues, preciso que el hombre tuviera
la delantera del cuerpo definida y desigual; por lo cual, pri-
mero, respecto de la vasija de la cabeza, pusieron en ella el
rostro, religando en él órganos para todas las providencias
b propias del alma; y ordenaron que la parte rectora fuera, pre-
cisa y naturalmente, la delantera.

Mas, respecto de los órganos: construyeron, ante todo,
los ojos portaluces, religándolos allí por una causa como ésta:
hallaron trazas para hacer un cuerpo con cuanto del fuego no
quema, sino proporciona esa plácida luz, casera de cada día.
Por ser el fuego puro, interior y nuestro, hermano con el del
día, hicieron los dioses que fluyera, a través de los ojos, suma
y densamente, todo él; pero comprimieron especialísimamente
c el de enmedio de los ojos, de manera que detuviera todo el que
fuera más grueso, dejando pasar solamente el puro. Así, pues,
cuando la luz meridiana circunda la corriente de la visión,
coincidiendo entonces semejante con semejante, confundidos
ambos, componen un cuerpo familiar a lo largo de la recta
visual de los ojos hasta que la luz que de dentro sale se atas-
que en la que, sobre ella, cae de fuera. Así que, por tal
d semejanza, las propiedades del todo resultan semejantes; y al
tocar él a cualquier objeto o ser tocado él por otro, distribuyén-
dose los movimientos de ellos por todo el cuerpo hasta el
alma proporcionan esa sensación que llamamos "ver". Pero
salido a la noche, queda cortado del fuego congénere, pues,
saliéndose a lo desemejante, se altera él mismo y se apaga,
que ya no le es connatural el aire colindante, puesto que no
tiene fuego. Cesa, pues, de ver, y aun resulta introductor del
e Sueño. Porque los párpados —invento de los dioses para salvar
la vista—, cuando, como es su natural función, se cierran
ambos, refrenan la potencia del fuego interior; y tal potencia

refluye y aun aplana los movimientos interiores; aplanados, adviene la quietud; cuando ésta es grande, sobreviene un sueño, ligero en ensueños; pero, una vez reprimidos algunos movimientos mayores, los que quedaren, y en los lugares en que quedaren, aportan otras tales y tantas imágenes que, imitadas
46a de lo de dentro o de lo de fuera, son recordadas al despertarse.

Y no es ya nada difícil de comprender lo referente a la formación de imágenes en los espejos y en todo lo que sea límpido y liso; porque de la combinación mutua entre el fuego interior y el exterior, cada vez que en la lisura forman ellos una unidad, múltiple en ritmo, vienen necesariamente a luz
b todos esos fenómenos, resultantes de compaginarse en lo liso y brillante el fuego que hacia el rostro va con el que de la vista sale, aunque lo izquierdo aparezca a la derecha, porque el contacto tiene lugar entre partes contrarias de la visión sobre partes contrarias del objeto, a diferencia de lo que suele suceder en un disparo. Empero, por el contrario, lo de la derecha aparece a la derecha, y lo de la izquierda a la izquierda, cuando la luz incidente es invertida en lo que incide; lo cual
c sucede cuando un espejo liso, al adquirir profundidad por los lados repele la parte derecha de la visión hacia la izquierda, y estotra hacia la otra.

Mas al girar ese mismo espejo longitudinalmente respecto del rostro, hace que éste aparezca íntegramente invertido, por repeler lo inferior del rayo hacia arriba y, a su vez, lo de arriba hacia abajo.

Son todo esto causas auxiliares de las que Dios se sirve, cual de ministros, para llevar a término, en lo posible, la idea
d de lo óptimo. Pero la mayoría tiénenlas, no por concausas, sino por causas de todo: que enfrían y calientan, solidifican y disuelven, y obran efectos tales cual éstos. Lo cual es no ser capaces de tener razón alguna ni inteligencia de nada, porque hase de afirmar que es el alma, de entre todos los entes, el único apropiado para poseer inteligencia; es ella el único invisible; mas fuego, agua, tierra y aire están siendo todos ellos cuerpos visibles. Así que el enamorado de inteligencia y ciencia
e ha de perseguir, cual primeras, las causas de naturaleza mental; y, cual secundarias, cuantas, movidas por otras, resultan, a su vez, necesarios motores de otras. Asimismo hemos ya de hacer nosotros: discernir ambos géneros de causas, separando las que son artífices con inteligencia de lo bello y de lo bueno

y las que, privadas de mente, producen siempre casuales e irre-
gulares efectos.

En cuanto, pues, a las concausas de que los ojos tengan
la potencia que ahora poseen, baste con lo dicho; pero hase de
47a hablar a continuación sobre cuál sea la obra máxima de los
ojos, para la cual el Dios nos los ha regalado. La vista,
según mi razonamiento, resultó sernos causa del máximo bene-
ficio: que, de todos los actuales razonamientos referentes al
Todo, ninguno jamás se hubiera hecho por los que no están
viendo ni astros ni Sol ni Cielo.

Mas ahora, día y noche, vistos, meses y períodos anuales
han aportado el artificio del número, por una parte; por
otra, nos han dado la noción de Tiempo y, a investigar, la
naturaleza de el Todo. De lo cual sacamos la Filosofía, en
b general, que, de entre los bienes, don de dioses al género
de los mortales, ninguno jamás mayor ni nos vino ni nos
vendrá. Afirmo, pues, que tal es el bien máximo de los ojos;
pero, en cuanto a los otros, a los menores, ¿para qué celebrar-
los? El no filósofo, si se quejara de estar ciego a éstos, se la-
mentaría vanamente. Digamos que la causa de esto para nos-
otros, es ésta: que Dios encontró esa manera de darnos la
vista para que, contemplando en el Cielo las circulaciones de
la inteligencia, las aplicásemos precisamente a las circulaciones
de nuestro discurso, por ser éstas congéneres con aquéllas,
c —las imperturbables, a las perturbadas; aprendiendo, pues, de
ellas y participando de la natural corrección de sus razona-
mientos, por imitación de las absolutamente inerrantes circun-
voluciones del Dios estabilizaríamos las interiores nuestras
errantes.

Una vez más, el mismo razonamiento respecto de sonido
y oído: por lo mismo y para lo mismo nos fueron dados por
los dioses. Porque la palabra se ordena a eso mismo, apor-
tando el máximo Lote para ello; y cuanto de la música, usando
del sonido, sirve para el oído, fue dado en favor de armonía.
d Mas la Armonía, cuyos movimientos son congéneres con los
períodos interiores del alma, fue dada por las Musas a quien
de ella haga inteligente uso —no, para irracional deleite, a lo
que ahora parece servir— sino cual aliada de nuestra alma,
desafinada en sus períodos, en la lucha por reordenación y
sinfonía propias. A su vez, Ritmo nos fue dado por Ellas, cual

e auxiliar, a causa de ese estado de desmesura y falta de gracia en la mayoría de nosotros.

Lo anteriormente explicado, salvo pequeñas excepciones, ha puesto de manifiesto las obras de Inteligencia; pero es preciso, además, contraponer con lo racional lo que de Necesidad ha procedido, porque la génesis de este Mundo surgió
48a cual mezcla de combinar Necesidad e Inteligencia. Mas al dominar Inteligencia a Necesidad, persuadiéndola a que conduzca hacia lo Optimo cuantas más de las cosas producidas mejor, resultó que, vencida de esta misma manera Necesidad por inteligente persuasión, ya desde el principio quedó constituido este Todo.

Luego, si como algo adviene, de ese mismo modo se ha de hablar, en realidad, de él, habrá que mezclar además ese
b eidos de causa errática y según su manera propia de obrar. Retrocedamos, pues, una vez más, aquí, y retomando para este mismo punto otro, y conveniente principio, cual lo hicimos con lo anterior hemos de principiar ahora, una vez más, desde el principio. Hemos de considerar la naturaleza misma de fuego, agua, aire, y tierra, y sus propiedades antes de la generación del Cielo, porque ninguno de los de ahora ha declarado aún su generación; y cual a conocedores de qué es fuego y los demás, decimos que son principios, poniéndolos cual elementos de el Todo, aunque sólo varón de cortos al-
c cances los asemejaría en cuanto a eídoses a sílaba, con una cierta verosimilitud. Mas ahora, sea así nuestro cometido: acerca de principio de todo, o principios o lo que acerca de esto nos parezca, no se hable por el momento, si no por otra razón, sino porque, según la presente manera de exposición, resulta dificultoso declarar nuestros pensamientos. No creáis, pues, que yo hable de ello; ni siquiera yo podría convencerme a
d mí mismo de que tomo correctamente en mis manos el encargarme de tamaña empresa. Guardando, pues, lo inicialmente dicho: el poder de razonamientos verosímiles, intentaré, como al principio, decir, más bien más que menos, lo verosímil respecto de cada cosa y de todas en conjunto. Y ahora, ya al principio del tema dicho, invoquemos a Dios salvador para que nos lleve, sanos y salvos, desde una exposición desconcer-
e tante y desacostumbrada hasta lo opinado según verosimilitud.

Hágase, pues, respecto del principio de el Todo una distinción mayor que la anterior; porque entonces distinguimos

ΤΙΜΑΙΟΣ 49 d

παγίως διισχυριζόμενος οὐκ αἰσχυνεῖταί τις ἑαυτόν ; οὐκ
ἔστιν, ἀλλ' ἀσφαλέστατα μακρῷ περὶ τούτων τιθεμένους
ὧδε λέγειν· ἀεὶ ὃ καθορῶμεν ἄλλοτε ἄλλῃ γιγνόμενον, ὡς
πῦρ, μὴ τοῦτο ἀλλὰ τὸ τοιοῦτον ἑκάστοτε προσαγορεύειν
πῦρ, μηδὲ ὕδωρ τοῦτο ἀλλὰ τὸ τοιοῦτον ἀεί, μηδὲ ἄλλο
ποτὲ μηδὲν ὥς τινα ἔχον βεβαιότητα, ὅσα δεικνύντες τῷ
ῥήματι τῷ τόδε καὶ τοῦτο προσχρώμενοι δηλοῦν ἡγούμεθά e
τι· φεύγει γὰρ οὐχ ὑπομένον τὴν τοῦ τόδε καὶ τοῦτο καὶ
τὴν τοῦ δὲν καὶ πᾶσαν ὅση μόνιμα ὡς ὄντα αὐτὰ
ἐνδείκνυται φάσις. Ἀλλὰ ταῦτα μὲν ἕκαστα μὴ λέγειν, τὸ
δὲ τοιοῦτον ἀεὶ περιφερόμενον ὅμοιον ἑκάστου πέρι καὶ
συμπάντων οὕτω καλεῖν, καὶ δὴ καὶ πῦρ τὸ διὰ παντὸς
τοιοῦτον, καὶ ἅπαν ὅσονπερ ἂν ἔχῃ γένεσιν· ἐν ᾧ δὲ
ἐγγιγνόμενα ἀεὶ ἕκαστα αὐτῶν φαντάζεται καὶ πάλιν
ἐκεῖθεν ἀπόλλυται, μόνον ἐκεῖνο αὖ προσαγορεύειν τῷ τε 50
τοῦτο καὶ τῷ τόδε προσχρωμένους ὀνόματι, τὸ δὲ ὁποιο-
νοῦν τι, θερμὸν ἢ λευκὸν ἢ καὶ ὁτιοῦν τῶν ἐναντίων, καὶ
πάνθ' ὅσα ἐκ τούτων, μηδὲν ἐκεῖνο αὖ τούτων καλεῖν. Ἔτι
δὲ σαφέστερον αὐτοῦ πέρι προθυμητέον αὖθις εἰπεῖν. Εἰ
γὰρ πάντα τις σχήματα πλάσας ἐκ χρυσοῦ μηδὲν μετα-
πλάττων παύοιτο ἕκαστα εἰς ἅπαντα, δεικνύντος δή τινος b
αὐτῶν ἓν καὶ ἐρομένου τί ποτ' ἐστί, μακρῷ πρὸς ἀλήθειαν
ἀσφαλέστατον εἰπεῖν ὅτι χρυσός, τὸ δὲ τρίγωνον ὅσα τε
ἄλλα σχήματα ἐνεγίγνετο, μηδέποτε λέγειν ταῦτα ὡς ὄντα,
ἅ γε μεταξὺ τιθεμένου μεταπίπτει, ἀλλ' ἐὰν ἄρα καὶ τὸ
τοιοῦτον μετ' ἀσφαλείας ἐθέλῃ δέχεσθαί τινος, ἀγαπᾶν.
Ὁ αὐτὸς δὴ λόγος καὶ περὶ τῆς τὰ πάντα δεχομένης
σώματα φύσεως. Ταὐτὸν αὐτὴν ἀεὶ προσρητέον· ἐκ γὰρ
τῆς ἑαυτῆς τὸ παράπαν οὐκ ἐξίσταται δυνάμεως —

d 3 αἰσχυνεῖ γε WY (sed punct. not.) || ἑαυτόν A : αὑτόν FWY 1812 || **e** 1 καί : κατά F || **e** 2 ὑπομένον φασι τοῦ F || καὶ τοῦτο: conicias τὴν τοῦ τό || **e** 3 τὴν τοῦ δὲν ci Eva Sachs 204 (Vors. 55 B 156) : τὴν τούτου WY 1812 τὴν τῷδε cet. libri τὴν τοῦ ὧδε ci Cook || **e** 8 ἀεί om. F || φαντάζεται : φαίνεται F.

dos eídoses; mas ahora hemos de declarar un tercero y diferente género. Para lo anteriormente dicho bastaba con dos; uno de tales eidos hacía de base, cual paradigma, inteligible y
49a eternamente idéntico; el segundo, imitación del paradigma, estaba sujeto a engendramiento, y visible. No distinguimos entonces un tercero, pensando que con dos era suficiente. Mas ahora parece que el razonamiento nos fuerza a intentar declarar en palabras un tercer eidos, dificultoso y confuso. ¿Qué natural poder, pues, se ha de suponer posee? Mayormente, el de ser sustentáculo de todo advenimiento, algo así cual nodriza; lo dicho es, ciertamente, verdadero; pero hay que explicarlo de más clara manera. Es, no obstante, dificultoso de suyo, y especialmente porque es necesario haber previamente puesto en discusión, para este punto, lo referente a Fuego y
b su séquito. Ahora bien: es dificultoso decir, respecto de cada uno de ellos, a cuál hay que llamar realmente "agua" más bien que "fuego", y a cuál atribuir "algo determinado" más bien que a todos y a uno por uno, de manera que se emplee una terminología de fiar y firme. ¿Cómo hablaríamos, pues, tras verosímil discusión, de esto mismo, de cómo y de qué? Primero: lo que ahora llamamos "agua", condensado, creemos verlo hecho piedras y tierra; mas, disuelto y desmenuzado,
c es entonces lo mismo que viento y aire. Empero aire, quemado, es fuego; a su vez, fuego, contraído y extinguido, vuelve de nuevo a la idea de aire; y, una vez más, aire, concentrado y condensado, resulta nube y niebla; y de ellas, comprimidas todavía más, agua; del agua, una vez más, tierra y piedras, transmitiéndose así, en círculo, tal parece, unos a otros el don de engendramiento. De esta manera, por no aparecerse jamás
d cada uno aparte de los otros, ¿quién no se pondrá en ridículo a sí mismo al afirmar estrictamente "cuál" está siendo uno determinado y no otro? No lo hay; es, por el contrario, más seguro para quienes se pongan a hablar de esto, hacerlo de este modo: a lo que vemos está haciéndose constantemente diverso de diversas maneras, cual el fuego, no denominarlo "éste" sino "algo-así"; ni a agua, "ésta", sino siempre "algo-así"; ni jamás a ningún otro, cual si tuviera firmeza, llamarlo nada de lo que, señalando con el término "esto precisamente", y sirviéndonos de él, creemos se refiere a "algo determinado",
e porque, por no permanecer, se evade él de esas palabras: de "esto precisamente" y de "esto", y de todas las que indican las cosas cual siendo permanentes. Por el contrario, no llamar-

las una por una "ésta", sino "algo-así", que es lo constante-
mente semejante respecto de cada una y de todas en conjunto,
por moverse en círculo. Según lo cual llámese "fuego" lo que
en el universo esté siendo "algo-así", y todo lo que tenga
engendramiento. Pero, "en lo que" aparece constantemente
cada cosa de las advinientes y "de lo" que, en su turno, se
desprende, solamente a eso hay que denominar con lo de "esto"
50a y con lo de "esto precisamente"; mientras que a lo que es "tal
o cual": caliente o blanco o cualquier otro de los contrarios o
a todo lo que de ellos resultare, no llamar con ninguno de
aquellos términos.

Esforcemos en hablar aún una vez y más claro de esto;
porque si a quien está moldeando en oro toda clase de figuras
b y no cesa de remodelar cada una en todas, se le indicara una
de ellas y se le preguntara "qué es", lo con mucho más seguro
para hablar con verdad fuera decir "es" oro; mas respecto de
triángulo y demás figuras que en oro van surgiendo, no decir
jamás que él es tal o cual, pues, por cierto se cambian mien-
tras se les pone nombre; mas si prefiriera aceptar cual seguro
eso de "algo así", darse por contento.

Pues el mismo razonamiento, en cuanto a la naturaleza
del receptáculo de todos los cuerpos: hay que llamarla siempre
"idéntico", ya que, en modo alguno, se sale de su propia efi-
ciencia, porque recibe constantemente todas las cosas y no
c toma jamás de ninguna manera forma alguna semejante a nin-
guna de las adentrantes, ya que es, por su naturaleza, base y
masa amasable para todo, movida y aun configurada por las
adentrantes; mas aparece a veces diversa, a través de ellas.
Empero, las cosas adentrantes y salientes son siempre imitacio-
nes, improntas hechas por los entes eternos, de una cierta
manera dificultosa de explicar y admirable, que para otra oca-
sión remitimos.

Al presente, pues, hay que distinguir conceptualmente tres
d géneros: el de lo "adviniente", el "en que" adviene y aquel
"de que", por imitación, procede lo adveniente. Además: con-
viene asemejar el "receptáculo" a madre; aquello "de que", a
padre; "lo entre ellos nacido", a engendro; y comprender que,
si la impronta ha de estar lista para ofrecer a la vista toda
clase de variedades, aquello "en lo que" se asentará la im-
pronta no resultaría bien preparado para ello, a no ser que
estuviera informe respecto de todas aquellas ideas que esté a

e punto de recibir, sea de donde fuere, ya que, en caso de
estar siendo semejante a alguna cosa de las adentrantes, al
recibir algunas de naturaleza contraria o de totalmente diversa
resultaría mala semejanza de ellas, por dejar traslucir su aspecto
propio. Por lo cual lo que haya de recibir en sí mismo todo
género de eídoses, ha de estar vacío de todos, cual en el caso
de los ungüentos bienolientes se procura, primero, artificial-
mente tal estado, y hácese que sean lo más posible inodoros
los líquidos recipientes de olores. Y cuantos se ponen a mol-
dear figuras en algo suave, no dejan en modo alguno que
quede de manifiesto ninguna figura, y consiguen hacerlo ho-
51a mogeneizándolo para que resulte lo más liso. Esto mismo, pues,
también respecto de lo que vaya a recibir, todo él, muchas
veces y bellamente, las semejanzas provenientes de todos los
entes inteligibles y eternos; le conviene, por naturaleza, estar
vacío de todo eidos. Por lo cual, a la madre de lo nacido
visible y totalmente sensible, y al receptáculo, no llamemos ni
"tierra", ni "aire", ni "fuego", ni "agua", ni nada de lo que
de éstos procede ni de lo que ellos proceden; es, más bien,
un cierto eidos de cosa invisible, amorfa, omnirreceptora, mas
b participante, de manera superlativamente desconcertante, de
lo inteligible; y no nos engañaremos llamándola dificultosísi-
mamente aprensible.

Por lo ya dicho puede conjeturarse, acerca de su naturaleza,
que la manera más correcta de hablar de ello sería: es "fuego",
la parte de él que en cada caso esté fogueada; "agua", la
humedecida; "tierra" y "aire", la que, en la medida en que
sea los esté imitando.

Pero hay que considerarlos definiendo mejor precisamen-
te algo así como: ¿hay algo que sea "fuego", "él en cuanto
él mismo, y todas esas cosas de las que decimos parecidamente
c estar siendo cada una "ella en cuanto ella misma"; o bien
esas cosas que vemos y cuantas otras sentimos mediante el
cuerpo son las únicas que son verdaderamente reales; pero,
fuera de éstas, no hay de ninguna manera ni en ningún lugar
otra, de modo que, en vano, estamos continuamente hablando
de haber algo así como un eidos inteligible de cada cosa, lo
cual no es sino palabrería? No fuera, pues, digno sostener la
afirmación de que es así, dejando lo presente sin juicio y sin
d sentencia, ni sobrecargar un discurso largo con un apéndice
no menos largo. Mas si hubiera cómo hacer breve un discurso
grande, tal fuera lo máximamente oportuno.

Y en este sentido deposito mi voto.

Si inteligencia y opinión verdadera son dos géneros, existen, con toda certeza, ellos en cuanto ellos mismos, esos eídoses insensibles para nosotros, tan sólo inteligibles; mas si, cual les parece a algunos, opinión verdadera en nada se diferencia de inteligencia, hay que poner como más firme todo lo que
e mediante el cuerpo sentimos. Ahora bien: hase de afirmar que son dos, porque separados se engendraron, y desemejantes se mantienen. Uno de ellos engéndrase en nosotros mediante enseñanza; el otro, por persuasión; y uno de ellos acompáñase siempre de razonamiento verdadero; el otro es irracional; uno es inmovible por persuasión; el otro, cambiable por ella; de opinión hay que afirmar participa todo varón; mas de inteli-
52a gencia, los dioses; pero una pequeña clase de hombres.

Siendo esto así, hase de convenir en que hay algo que posee por identidad un eidos ingenerable e indestructible, sin aceptar en sí mismo algo diverso que de otro diverso venga, y sin salirse de sí hacia otro diverso; por lo demás, invisible, y de cualquier otra manera insentible; esto es, por cierto, lo que a intelección le cayó cual Lote contemplar. Empero, lo homónimo y semejante con él es algo secundario, sentible, engendrable, traído y llevado siempre, engendrado en un lugar y, en su turno, expelido de él, aprehensible mediante opinión
b acompañada de sensación. Mas el tercer género está siendo, eternamente, "Local", incapaz de Corrupción, disponible asiento para todo cuanto tiene generación; captable él mediante un cierto razonamiento bastardo, dificultosamente creíble, mas no mediante sensibilidad. Aun, al mirarlo, estamos tratándonos con un ensueño, y afirmamos que necesariamente todo ente está en algún lugar y tiene local; mientras que es nada lo que no esté ni en tierra ni en alguna parte, respecto de Cielo. No llegamos, despiertos, a poder, definiendo, decir la verdad acerca de todo esto y de lo con ello hermanado ni sobre lo referente a la naturaleza insomne y que está verdaderamente haciendo de fondo de esa de la ensoñación, despiertos a una
c imagen ciertamente, ya que ni eso mismo sobre lo que surge es algo de ella, traída y llevada constantemente cual fantasma por algo diverso; por lo cual tiene que surgir en otro, asiéndose, como sea, de la esencia, so pena de ser absolutamente nada. Mas es ayuda para lo realmente real este razonamiento verdadero, por riguroso: que mientras algo sea, por una parte,

diverso de otro, y estotro diverso de él, jamás uno de los dos
llegará a engendrarse en el otro dando algo uno, de modo que
d simultáneamente lleguen a ser uno mismo y dos.

Sea, pues, éste el razonamiento razonado que doy a mi
voto. Recapitulando: que hay Ente, Local y Advenimiento,
tres, de tres maneras, aun antes de que Cielo adviniera.

Mas que la nodriza de Advenimiento —húmeda, ígnea,
receptora de las formas de tierra y aire, paciente de todo lo
e demás que a esto sigue— aparécese con toda clase de formas.
Empero, por no estar rellena de potencias ni homogéneas ni
equilibradas, no está ella misma equilibrada en nada; al con-
trario, estremécese, balanceada del todo irregularmente por
aquellas formas y, a su turno, movida, las estremece. A su vez,
las cosas movidas, cribadas, están continuamente yéndose las
diversas a diversas partes, a la manera como las agitadas y cer-
53a nidas por las cribas e instrumentos para purificar el trigo; las
densas y pesadas van a una parte, mas las huecas y ligeras van
asentándose en otro sitio. Así también los cuatro géneros, sa-
cudidos por el Receptáculo; movido él mismo cual instrumento
productor de sacudidas, deslinda máximamente unas de otras
las más desemejantes; pero compele a reunirse máximamente a
las semejantes. Por lo cual hasta aquellos cuatro géneros te-
nían, por diversos, diversos locales, aun antes de que, de ellos,
surgiera, organizado, el Todo. Antes de esto, todos ellos se
b portaban de irracional y no mesurada manera. Mas, al arrancar
a organizarse bellamente el Todo, fuego, agua, tierra y aire
tenían, al principio, algunos vestigios de ser tales, dispersos por
todas partes cual es verosímil le pase a cuanto esté lejos de
Dios. Siendo tal entonces su natural estado, lo primero fue
darse configuración mediante eídoses y números. Que Dios los
compuso, en lo que fue posible, de la más bella y mejor ma-
nera, partiendo de no estar siéndose así, quede, ante todo, afir-
c mado cual principio básico para nosotros.

Pero bien: se trata ahora de emprender declararos me-
diante no acostumbrado razonamiento la coordinación y origen
de cada uno de ellos. No obstante, como disponéis de los mé-
todos instructivos, necesarios para demostrar lo que se va a
decir, me seguiréis.

Primeramente, pues: que fuego, tierra, agua y aire sean
cuerpos es cosa clara ya aun para cualquiera. Ahora bien: el

eidos "cuerpo" tiene, además de todo lo otro, profundidad. Mas,
de toda necesidad, la naturaleza de "superficie" ha de circun-
dar, a su vez, la profundidad. Mas la superficie recta: la de
d base plana se compone de triángulos. Mas todos los triángulos
salen, en principio, de dos triángulos; cada uno de ellos tiene
un ángulo recto; los demás, agudos. Uno de estos triángulos
tiene el ángulo recto dividido por la mitad y enmarcado de
parte y parte por lados iguales; el otro, dividido en partes des-
iguales según lados desiguales. Tal es para nosotros, el princi-
pio fundamental de fuego y de los demás elementos, —pues-
tos a proceder con necesidad según razonamiento verosímil.
Empero, los principios superiores a estos principios los sabe
e Dios y, de los varones, quien a El le sea querido. Pues bien:
hemos de decir cuáles serían los cuatro más bellos cuerpos,
desemejantes entre sí, mas capaces de engendrarse unos de
otros, al disolverse cualesquiera de ellos, porque, si acertamos
en esto tendremos la verdad acerca de la generación de tierra
y fuego, y de los que, según cuenta-y-razón, están en medio
de ellos; en tal caso, pues, no concederemos a nadie el que
haya cuerpos visibles más bellos que éstos, cada uno en su
género. Hay, pues, que esforzarse en coarmonizar estos cuatro
géneros de cuerpos, tan distinguidos en belleza, y afirmar
54a que hemos captado suficientemente su naturaleza. Ahora bien:
de los dos triángulos, el isósceles posee una sola naturaleza;
mas, el escaleno, infinitas. Así, pues, de entre las infinitas
hemos de seleccionar la más bella, si es que hemos de comenzar
de la debida manera. Si, pues, alguien puede decir que ha
seleccionado lo más bello que sea más bello para compuestos,
que «mande el tal, no como enemigo, sino cual amigo» que
lo está siendo. Pongamos, pues, que de la multitud de trián-
gulos, pasando por alto los demás, únicamente es bellísimo el
b triángulo equilátero, compuesto resultante cual tercero de dos.
Pero, ¿por qué? Largo fuera de razonar. No obstante, para
quien lo refutare y hallara que no es así, «amables premios hay
dispuestos». Pues bien: selecciónense dos triángulos de los
que se monten el cuerpo del fuego y los de los otros elementos;
uno de ellos el isósceles; el otro, el que tenga siempre el cua-
drado de su lado mayor igual a tres veces el cuadrado del lado
menor. Hay que definir ahora más lo que anteriormente quedó
dicho de no clara manera, pues parecía como si los cuatro
géneros se engendraran todos ellos, mutuamente unos a otros;
c tal parece no está correctamente imaginado, porque, cierta-

mente, de los triángulos seleccionados engéndranse los cuatro géneros; tres de ellos, del que tiene los lados desiguales; mas únicamente el cuarto resultó coajustado por el triángulo isósceles. Así que no es posible el que todos ellos se disuelvan unos en otros de manera que se engendren de unos pocos cuerpos grandes muchos pequeños, y al revés; mas sería posible, respecto de tres; porque todos ellos han provenido, naturalmente de un triángulo, y, al disolverse los mayores, se
d compondrán de ellos muchos pequeños, recibiendo las figuras a ellos convenientes; y, a su vez, cuando muchos cuerpos pequeños se dispersan en triángulos, darían por resultado final, una vez unificados, uno grande de masa unidad, con un eidos diferente. Quede, pues, esto dicho acerca de su mutua generación.

Lo siguiente sería decir con qué eidos advino al ser cada uno de ellos y de cuántos números coincidentes provienen. Ahora bien: comenzará el eidos que sea primario y menos
e compuesto; mas será elemento suyo el triángulo que tenga una hipotenusa doble en longitud que el lado menor. Al coajustar a lo largo del diámetro dos de tales triángulos, y hacer esto tres veces, arreglando los diámetros y los lados pequeños respecto de un mismo punto cual centro, queda engendrado de tales triángulos —seis en número— uno equilátero. Mas, al combinar cuatro triángulos equiláteros, según tres ángulos pla-
55a nos, hacen un ángulo sólido, resultante inmediato del más obtuso de los ángulos planos. Mas tales ángulos, una vez perfectos, componen un eidos sólido que divide la circunferencia entera en partes iguales y semejantes. El segundo sólido, a su vez, se compone de los mismos triángulos, de ocho triángulos equiláteros precisamente, que hacen un ángulo sólido de cuatro planos; una vez formados seis de ellos, el segundo cuerpo queda, a su vez, terminado. Mas el tercero se compone de dos
b veces sesenta elementos compaginados, pero de doce ángulos sólidos, cada ángulo circundado por cinco triángulos planos y equiláteros, resultando tener veinte triángulos equiláteros por bases. Y en habiendo engendrado estos tres sólidos, retirose el primero de los triángulos elementales; mas a la naturaleza del cuarto la engendró el triángulo isósceles; compuesto de cuatro de éstos, vueltos hacia el centro los ángulos rectos, resultó hecho un cuadrángulo equilátero; compaginados seis de ellos,
c dieron al fin ocho ángulos sólidos, cada uno de ellos coajustado por tres ángulos planos rectos. La figura del cuerpo así

compuesto resultó cúbica, teniendo seis bases planas cuadrangulares y equiláteras. Mas habiendo aún un quinto compuesto, lo gastó el Dios para dibujar el Todo.

Si razonando cuidadosamente sobre todo esto, alguien no supiera decir si ha de haber pluralidad de mundos ilimitada
d o tener límite; que fueran ilimitada, creería ser dogma de realmente un inexperimentado en lo que se ha de ser experimentado; pero que es más conveniente decir que son uno o cinco los venidos al ser; quedándonos en esto, nuestras dudas serían más verosímiles. Pues bien: según razonamiento verosímil nos indica Dios que ha venido al ser uno solo; mas otros, mirando tal vez a otras cosas, opinarán de otra manera. Déjese esto; pero repartamos entre fuego, tierra, agua y aire
e los géneros que nuestro razonamiento acaba de engendrar. Demos el eidos cúbico a tierra, porque de los cuatro géneros es la tierra el más inmoble de los cuerpos y el más plástico; y es máximamente necesario el que sea tal el cuerpo poseedor de máximamente firmes bases. Empero, de los triángulos, admitidos ya desde el principio, la base de lados iguales es naturalmente más firme que la de desiguales, y, respecto del plano compuesto de ambos, el cuadrángulo equilátero resultó de base
56a más estable, en sus partes y en todo, que el triángulo equilátero. Por lo cual, reservándolo para Tierra, salvaremos el razonamiento verosímil; a su vez, para Agua, el eidos menos movible de los restantes; el más movible, para Fuego; el intermedio, para Aire. Además el cuerpo más pequeño, para Fuego; el máximo, para Agua; el intermedio, para Aire. Además, el más afilado, para Fuego, el segundo para Aire, el tercero para Agua. Respecto de todos esos eídoses el cuerpo
b que tenga menos base resultará necesariamente más movible, a la vez que de todos el cortante y más afilado de todo, —aparte de ser el más ligero, por compuesto de un mínimo de partes idénticas; el segundo ha de tener en segundo lugar estas mismas propiedades; y en tercero, el tercero.

Pues bien: tanto según razonamiento correcto como según verosímil, el sólido engendrado con eidos de pirámide ha de ser elemento y semilla de Fuego; al segundo en orden de generación llamémoslo "elemento y semilla" de Aire; al tercero, de Agua.

Ahora bien: a todos ellos hay que concebirlos como tan pequeños que, por su pequeñez, ninguno, uno por uno

c de cada género, nos resulte visible; mas, aglomerados muchos, sus bultos sean visibles. Además: respecto de las proporciones referentes a las masas, a los movimientos y a las demás potencias hase de pensar que Dios los coarmonizó, según cuenta-y-razón, de todas las maneras como la naturaleza de la necesidad se somete o voluntariamente o persuadida, coarmonizándolas él así, por exactitud, según perfecta cuenta-y-razón.

Ahora bien: Por todo lo anteriormente dicho acerca de
d los géneros, se comportarían con grandísima verosimilitud de esta manera: Tierra, caso de encontrarse con Fuego y disuelta por su afiladura, continuará moviéndose, tanto que tal disolución tenga lugar en Fuego mismo como en una masa de aire o de agua, hasta que coincidiendo, por caso, sus partes una vez más en algún lugar y coarmonizándose ella entre sí, resulte Tierra, porque jamás Tierra llegaría a tener otro eidos. Empero, de Agua, desmenuzada por Fuego, y aun por Aire, pudiera
e resultar un compuesto de un cuerpo de Fuego y dos de Aire. Mas de las fracciones de Aire, al disolverse una parte de él, resultarían dos cuerpos de Fuego. Y de nuevo, cuando Fuego queda circundado de Aire, Agua o algo de Tierra, un poco de él dentro de mucho de ellos, y se mueve llevándoselo ellos, y movido y vencido se desmorona, compónense dos cuerpos de fuego en un eidos total de aire. Dominado y desmenuzado Aire, de dos todos y medio de él resultará, compacto, el eidos de Agua; uno y todo.

Pues bien: razonemos-y-calculemos una vez más sobre
57a esto así: cuando alguno de los demás géneros, capturado por Fuego y dentro de él, queda cortado por lo afilado de sus ángulos y según sus lados cesa de ser cortado al acomodarse a su naturaleza; porque cada uno de los géneros, por ser semejante e idéntico consigo mismo no puede ni introducir alguna transmutación ni padecer nada por virtud de algo que esté siendo de la misma y semejante manera. Pero, si mientras esté pasando a ser de otro género, lucha, débil él contra otro más
b fuerte, no cesará de disolverse. A su vez, cuando cuerpos más pequeños están dentro de mayores, cercados pocos por muchos, se apagan desmoronados; si se dejan componer según la idea del dominante, cesan de apagarse; y resulta de Fuego Aire, de Aire Agua; mas si luchan, al encontrarse, contra estos géneros o también contra algo de los otros, no cesan de disolverse hasta que, o expulsados de todas partes y disueltos, salgan huidos

hacia lo congénere; o vencidos, haciéndose de muchos uno se-
c mejante al dominante, se queden de domésticos con él. Aún
más: a causa de estas afecciones todos intercambian de lugar,
porque todos los de cada uno de los géneros se van separando
hacia su propio lugar a causa del movimiento de Receptáculo;
mas los que van haciéndose desemejantes a sí mismos, pero
semejantes a otros, son llevados, por la temblequera, al lugar
de aquellos con los que se hicieron semejantes.

Por tales causas se engendraron, pues, todos los cuerpos
inmixtos y primarios. Mas de que, dentro de tales eídoses,
hayan venido al ser otros géneros, distintos de ellos, hase de
encausar a la composición peculiar de cada uno de los elemen-
d tos, no sólo por haberse injertado en cada uno de ellos, y desde
el principio, un triángulo de cierta magnitud, sino otros me-
nores y aun mayores, tantos en número cuantos géneros haya
dentro de los eídoses. Por lo cual, mezclados consigo mismos
y entre sí resultan infinitos en variedad, lo que han, por cierto,
de tener ante la vista quienes se pongan a emplear sobre
Naturaleza verosímil razonamiento.

Acerca, pues, de qué modo y con qué concomitantes vi-
nieron al ser movimiento y reposo, grandes estorbos habría
e para el subsecuente razonamiento, sin inicial convención. Algo
de lo a ellos pertinente queda ya dicho; además de eso añádase
estotro: no hay cómo movimiento consienta en estar siendo
dentro de uniformidad. Ahora bien: es difícil, más bien im-
posible, el que lo que será movido esté siendo sin lo que será
moviente, y lo moviente sin lo a mover. Mas no hay movi-
miento, ausentes ellos; pero que ellos lleguen a ser uniformes,
es imposible. Así que pongamos siempre reposo dentro de uni-
formidad; mas movimiento de parte de inuniformidad. A su
vez, la desigualdad es causa de la naturaleza de lo inuniforme.
58a Pues bien: quedó explicado el origen de desigualdad; mas no
dijimos cómo es que cada uno de tales cuerpos, separados ya
según sus géneros, no hayan aún cesado de moverse y arras-
trarse unos a otros. Hablemos de ellos una vez más, así: La
revolución de el Todo, tan pronto comprehendió los géneros,
por ser circular y por tender, de natural, a concentrarse en sí
misma, los comprime a todos, y no permite que quede local
b alguno. Por lo cual, sobre todo, Fuego ha penetrado a través
de todas las cosas; en segundo lugar, el aire, ya que, de
natural, es segundo en sutileza; y parecidamente, los demás;

porque los constituidos de partes mayores han dejado mayor vacío en la composición; los de más pequeñas, menor. Ahora bien: la reconcentración de la comprensión empuja los cuerpos pequeños hacia los vacíos intermedios de los grandes. Cuando, pues, están los pequeños junto a los grandes y los pequeños desintegran a los grandes, mas los grandes los reintegran, todos
c ellos se trasladan, arriba y abajo, hacia sus propios lugares, pues, al transmutarse la magnitud de cada uno, transmútase la posición de sus lugares. Así y por esto, manteniéndose salva la producción de inuniformidad aporta ésta incesantemente el constante movimiento, actual y futuro, de ellos.

A continuación de esto hase de considerar que hay muchos géneros de Fuego, cual "llama"; y ese que de la llama sale, y que no quema, mas aporta "luz" a los ojos; y esotro, que, extinguida la llama, queda en el "rescoldo". Parecidamente respecto de Aire: el más traslúcido es el llamado con el nombre de "éter"; éste, cuando muy opaco, es "neblina" y "oscuridad";
d y otros eídoses anónimos, originados por la desigualdad de los triángulos. Los géneros de Agua, son, primariamente, dos: uno, el género "líquido"; otro, el "fusible". En cuanto al líquido, por contener de los géneros de Agua todos los pequeños que estén siendo desiguales, resulta movible él de por sí mismo y por otro, a causa de la inuniformidad y de la idea de la figura.
e Mas el otro género, el de cuerpos grandes y uniformes, es más estable que el primero, y pesado por solidificado por uniformidad. Mas entrando en él Fuego y disolviéndolo, expulsa la uniformidad, y, perdida, participa más de movimiento. Pero, al hacerse bienmovible es impelido por el aire, adyacente y dispersado sobre tierra. Por desintegrarse sus masas recibió la denominación de "derretirse"; por extenderse sobre tierra, la
59a de "fluidez", según cada una de tales afecciones. A su vez: porque, al salirse el fuego del agua no sale hacia un vacío, el aire adyacente impelido mézclase con la masa líquida, aún bien movible, empujándola, y a sí mismo con ella, hacia los aposentos del fuego. Empero, la masa líquida, recobrando una vez más la uniformidad —ya que salido es el fuego, artífice de la inuniformidad— queda establecida en identidad consigo misma. A tal salida del fuego se llamó "enfriamiento"; mas a la confluencia, partido él, género de lo "solidificado".

De todas estas clases de aguas, las que denominamos "fu-
b sibles", la que resulta más densa procede de cuerpos los más

sutiles y uniformes; es un género monoeidético, con brillante y amarillo matiz de color, posesión la más preciada: "oro"; colado a través de piedra, se solidificó. Mas a ese retoño de oro, rígido por denso y negruzco, se llamó "adamante". Mas a ese género, próximo al oro por sus partes, poseedor de más de un eidos, en cuanto a densidad más denso que el oro, continente de pequeña y fina parte de tierra —resultando así más rígido, más ligero, por tener dentro de sí grandes intersticios:
c género de aguas, lustrosas y sólidas— cofundido, resultó "bronce". Empero, la parte de tierra mezclada con él al resepararse uno de la otra, hácese de por sí visible; llámase "orín".

En cuanto a los demás casos, no es ya nada complicado, dé entera cuenta y razón de ellos quien persiga la idea de explicaciones verosímiles. Por ella si uno, para reposar, pone de lado los razonamientos acerca de las eternas realidades, dándose a la consideración de los razonamientos verosímiles
d acerca de engendramiento, llegará a poseer placer sin remordimientos, haciendo de su vida moderado y sensato divertimiento.

Dejando lo presente de esta manera, discurramos sobre lo mismo a continuación según sus propias verosimilitudes, de estotra manera: del agua, mezclada con fuego, cuanta sea fina y fluida se llama "fluida" precisamente por el movimiento y por el camino según el que rueda sobre la tierra; además "suave", porque, siendo sus bases de menor asiento que las de la
e tierra, ceden. Cuando este género se queda a solas, separado ya de fuego y aire, hácese más uniforme; pero, al salirse ellos, se recomprime; y, solidificado así, la parte a la que, por encima de la tierra, le pase más esto, llámase "granizo"; mas la que encima de la tierra, "hielo"; a la que menos, por semisólida aún, si está por encima de la tierra, "nieve"; mas la que condensada encima de la tierra, proveniente de rocío, llámase "escarcha".

Pero la mayoría de los eídoses de aguas, mezclados entre
60a sí, tal género en conjunto, son los llamados "jugos", por colados a través de plantas terrestres; mas, resultando desemejantes unos de otros por las mezclas, los más de tales géneros se han quedado anónimos; fuera de cuatro, todos ellos de eídoses ígneos, especialísimamente ilustres, recibieron nombres de tales eídoses. "Vino", el calorífico del alma a la vez que del cuerpo. El suave y dispersor de la vista y, por ello, brillante y esplendente de ver, grasoso de apariencia, es el eidos de

"aceite"; brea, aceite de castor y aun el de oliva y otros de la
b misma eficacia. Mas el disolvente, hasta su natural estado, de
las constricciones bucales, proporcionando por tal virtud dul-
zura, recibió sobre todos y de todos la denominación de "miel".
Mas ese género espumoso, disolvente de la carne por quemarla,
secretado por todos los jugos, se denominó "agraz".

Eídoses de tierra: el colado a tavés de agua resulta cuerpo
pétreo de esta manera: cuando el agua mezclada con él se corta
durante la mezcla, transmútase en idea de aire; mas, hecho aire,
evádese a su propio lugar. Ahora bien: no quedó vacío al-
c guno sobre ellos, así que expulsa al aire adyacente, el cual, a
su vez, siendo pesado, expulsado y derramado al derredor de
la masa de tierra, grandemente la oprime y conjuntamente la
empuja hacia los sitios de los que asciende el nuevo aire. Pero
la tierra, comprimida por el aire de manera indisoluble por el
agua, da por compuesto "piedra"; más bella, la compuesta de
partes iguales, uniforme, transparente; más fea, la por lo opues-
d to. Mas el otro eidos de tierra: el totalmente exento de hume-
dad por la rapidez del fuego, resultó un compuesto más frágil
que el primero; a tal género hemos dado por nombre el de
"arcilla". Pero hay un caso en que, subsistiendo la humedad,
la tierra resulta fundida por el fuego; cuando se enfríe, resulta
el eidos de arcilla color negro. Pero hay un par de eídoses
que, de esta misma manera, quedan a solas, fuera de tal mezcla
de mucha agua, por ser de partes más finas de tierra, y salinos;
al llegar a estar semisólidos y, de nuevo, solubles por el agua,
el eidos purificador de aceite y tierra es del género "lejía";
mas el que se armoniza bien con las combinaciones propias
de la sensación bucal, resultó ser, según razón y ley, el cuerpo,
e amable para los dioses, de las "sales". Los eídoses, mezcla de
ambos, no son solubles por agua; mas sí, por fuego. Compó-
nense por algo así como esto: fuego y aire no derriten masas
de tierra, porque, siendo, de natural, sus partes más pequeñas
que los intersticios de su contextura, y pasando, no forzadas,
a través de grandes y amplios espacios, dejando insoluble a la
tierra, resultan infusibles; mas las partes de agua, por ser, de
natural, mayores, atravesándola a la fuerza, disuelven y derriten
a la tierra, porque caso de no condensarse a la fuerza, sola-
61 a mente el agua la disuelve; mas condensada así, sólo el fue-
go la disuelve, porque no queda entrada sino para el fuego.
A su vez, la condensación forzada del agua disuélvela sola-
mente el fuego; pero la menos fuerte, fuego y aire, ambos,

la disuelven; éste según los intersticios: aquél, además, según
los triángulos. Mas al aire, condensado a la fuerza, nada lo
disuelve, sino según sus triángulos elementales; pero, no for-
zado, solamente lo derrite el fuego. En cuanto a los cuerpos
compuestos por mezcla de tierra y agua, mientras el agua ocupe
los intersticios de la tierra y estén comprimidos a la fuerza,
por no tener entrada las partes del agua que de fuera advie-
b nen, circulan al derredor de su masa entera, dejándola sin
fundir. Empero, las partes de fuego, adentrándose en los inters-
ticios del agua, lo que el agua en la tierra, eso es lo que hacen
ellos en el agua; por lo cual sucede que éstas sean las solas
causas de que el cuerpo compuesto, derretido, fluya. En este
c caso, los cuerpos que tengan menos de agua que de tierra cons-
tituyen el género íntegro de "vidrio", y los eídoses de piedras
se llaman "fusibles". Pero los que tengan más de agua consti-
tuyen todos los cuerpos céreos y aromáticos.

Y quedan casi del todo declarados los eídoses, tan varia-
dos en figuras, combinaciones e intercambios; pero hay que
intentar dilucidar por qué causas adviénenles sus afecciones.
Pues bien: primero, todos los eídoses mencionados han de ser
siempre sensibles. Mas todavía no hemos discurrido acerca de
la generación de carne y de lo a ella perteneciente, ni de cuánto
del alma es mortal. Mas sucede que no se puede tratar sufi-
d cientemente de esto, aparte de cuánto sea sensible a tales afec-
ciones; ni de esto, sin aquello; pero, de los dos, a la vez, es
casi imposible. Así que se ha de comenzar por asumir uno de
los dos, revirtiendo otra vez a lo asumido. Pues, a fin de que
se hable de las afecciones a continuación de su generación,
séanos previo lo perteneciente a cuerpo y alma.

Primero pues; veamos en qué sentido llamamos "caliente"
a fuego, considerándolo de esta manera: parando mientes en
cómo se verifica el que fuego divida y corte nuestros cuerpos.
e Que tal afección sea algo de afilado, todos casi lo sentimos.
Mas, respecto a la finura de los lados, al afilado de sus án-
gulos, pequeñez de las partes y rapidez de su moción —en
todo lo cual es potente y corta siempre con cortadura fina lo
que encuentre— hase de contar, recordémoslo, con la génesis
62a de su figura que, sobre todo, es su naturaleza, y no otra, la
que dividiendo y desmenuzando en partes pequeñas nuestros
cuerpos nos proporciona, verosímilmente, esa afección que aho-
ra llamamos "caliente", y su nombre. La afección a ésta con-

traria está patente; sin embargo, que no quede, en modo alguno, sin explicación. Pues bien: al adentrarse en un cuerpo las partes más grandes de los líquidos que lo rodean, expeliendo las más pequeñas, no pudiendo éstas meterse en el sitio de
b aquéllas, comprimen nuestra humedad, de módo que, en vez de lo inuniforme y movido producen, con su acción, mediante uniformidad, inmovilidad y compresión. Mas lo así, extranaturalmente, comprimido, lucha, según su naturaleza, revolviéndose hacia lo contrario. Pues bien: en esta lucha y tal agitación consisten "temblequera" y "escalofríos"; y esta afección en conjunto y lo que la produce reciben el nombre de "frío".

Es "duro" todo aquello a lo que cede nuestra carne; pero "suave", a lo que cede a la carne; así que son correlativos. Mas cede cuanto es de base pequeña; pero lo que esté siendo de bases cuadrangulares; por grandemente basado re
c sulta eidos indeformable; y lo que llegue a máxima densidad es máximamente inextensible.

"Pesado" y "ligero" quedarían clarísimamente explicados examinándolos junto con la así llamada naturaleza de "abajo" y "arriba", pues que haya, de natural, dos ciertos lugares opuestos, ocupantes cada uno la mitad del universo —el de "abajo", hacia el que se dirige todo lo que tenga alguna masa corporal; otro, el de "arriba", hacia el cual va todo contra su
d querencia— de ninguna manera es correcto pensarlo, porque, siendo esférico el cielo en total, todos los extremos que resulten equidistantes del medio es preciso, naturalmente, que sean homogéneamente extremos; en cuanto al medio, por distar con igual medida respecto de los extremos en eso de oponerse a ellos, hay que pensar ser centro de todos. Pues bien: siendo de natural así el Mundo, quien ponga arriba o abajo alguno de los cuerpos mencionados, ¿no perecerá, y justamente, darles un nombre absolutamente inadecuado? Porque del lugar medio en él no es justo se diga el que ésta, de natural, ni "abajo" ni "arriba"; sino que está de por sí en el "medio". Mas el circuito no está ni en medio ni tiene parte alguna de sí mismo que, respecto de otra, sea más o menos diferente en eso de "hacia el centro" o hacia alguna de las opuestas. Pero respecto de lo que es, de natural y de toda manera, homogéneo, atribuyéndole nombres contrarios, ¿cuáles y de qué ma-
63a nera creería uno predicarlos bellamente? Porque si hubiera algo sólido, equilibrado, en medio de el Todo, no sería jamás arras-

trado hacia ninguno de los extremos, a causa de su total homogeneidad. Pero aun si alguien marchara en círculo al derredor de él, al detenerse, llamaría "abajo" y "arriba" muchas veces, antípoda él de sí mismo, a un mismo lugar. Porque se acaba, por cierto, de decir que el Todo es esférico de eidos, no es de sensato llamar a un lugar "abajo"; pero, a otro "arriba".

Pero respecto de dónde proceda el que se hayan denominado así, y el que nos hayamos acostumbrado, mediante ellos, a decir en quiénes realmente se hallan y a dividir de esta manera el Cielo íntegro, nos convendremos, necesariamente, en
b estos puntos, suponiendo estotros: si en ese lugar de el Todo que, como el más suyo, ocupa la naturaleza del fuego y hacia el que, condensado, iría sobre todo, se estableciera alguien y, teniendo poder para ello, separara partes del fuego y las pesara poniéndolas en los platillos, levantara la balanza, arrastrara al fuego, violentándolo, hacia ese desemejante: hacia el aire, es evidente que violentará más fácilmente parte pequeña que parte grande, porque, de dos partes levantadas simultáneamente por
c una fuerza, necesariamente seguirán a la fuerza la mayor más; la menor, menos, por tender hacia abajo; y la mayor se llamará "pesada", y llevada hacia "abajo"; mas la menor, "ligera", y hacia "arriba". Ahora bien: esto mismo es lo que hemos de notar hacemos en este nuestro lugar: la tierra; de pie sobre ella, separamos diversas clases de tierra, y, aun a veces, tierra pura; arrastrámosla, por fuerza, hacia ese desemejante: hacia el aire, y contra naturaleza, —que ambas se agarran de lo congénere. Pero lo más pequeño sigue más fácil y antes que lo
d más grande a quien los fuerce hacia lo desemejante. Lo hemos llamado, pues, "ligero"; y al lugar al que por fuerza lo llevamos, "arriba"; al caso contrario a éste, "pesado" y "abajo". Es necesario, pues, que se hayan de diferente manera cada uno respecto de sí mismo por ocupar las masas de los géneros lugar contrario unas a otras; porque lo que en un lugar está siendo ligero, respecto de lo que está siendo leve en el lugar contrario;
e y respecto de lo pesado, lo pesado, y de lo abajo, lo abajo y de lo arriba, lo arriba, encontraremos que todos ellos son contrarios, oblicuos y del todo diferentes entre sí en engendrarse y en ser. Ahora bien: acerca de todo esto hay que tener en cuenta una cosa: que es, para cada uno de ellos, el camino hacia lo congénere lo que lo hace, mientras se mueve, pesado; y al lugar, hacia el que se mueve, abajo; mas a lo que de otra manera

se ha, hacia lo otro. Pues bien: acerca de estos casos dense por señaladas éstas como sus causas.

A su vez, respecto de la causa de esas afecciones de "liso" y "áspero", cualquiera pudiera explicarla a otro, pensándolo
64a bien; porque lo áspero lo aporta dureza mezclada con irregularidad; lo primero, regularidad mezclada con densidad.

Empero, queda aún esa afección máxima entre las comunes a todo el cuerpo que es causa de los placeres y dolores en los casos recorridos y que contiene cuantas afecciones se poseen mediante las sensaciones de las partes del cuerpo y a las que acompañan a la vez, e intrínsecamente, padecimientos y
b placeres. Así, pues, aprehendamos las causas de tal afección concerniente a todo lo sensible e insensible, recordándonos de que anteriormente distinguimos entre la naturaleza bienmovible y malmovible, porque de esta manera, hemos de perseguir todo lo que intentamos captar; ya que cuando a lo, por naturaleza, bienmovible le sobreviene, aunque no sea sino ligera afección, unas partes transmiten, e círculo, obrando sobre otras, esa misma afección, hasta que, llegadas a la mente, anuncien el poder del agente. Mas, lo contrario, por asentado y no proceder en modo alguno según círculo, resulta él solo el
c afectado; mas no mueve a otra de las partes adyacentes, de manera que, no transmitiendo unas partes a otras la primitiva afección, quédase ella en ellos sin moverse hacia el viviente íntegro, resultando insensible el paciente. Tal es el caso de huesos, pelo y de cuantas partes tenemos mayormente térreas; el anterior, lo es de vista y oído sobre todo, por hallarse intrínseco en ellos ese máximo poder: el de fuego y aire.

Ahora bien: lo referente a placer y dolor ha de conce-
d birse de este modo: la afección que, innatural, violenta e intensamente nos sobreviene es dolorosa; mas la que a naturaleza nos devuelve, si intensa, es placentera; si mansa y poco a poco, resulta insensible. Mas lo contrario a estos casos, contrariamente: todo lo que adviene con facilidad, mas sin participar ni de dolor ni de placer, es máximamente sensible. Tales son las afecciones propias del campo visual que, como se dijo anteriormente, llega a hacerse, durante el día, un cuerpo connatural con el nuestro; que, efectivamente, no producen ellas ni cortes ni quemaduras ni padecimiento alguno doloroso, ni pla-
e ceres al revertir, una vez más, a su propísimo eidos; pero sí le son superlativas en intensidad y claridad las sensaciones de lo

que la afecte, y lo son las de cuantas cosas ella, con su rayo,
toque, porque nada hay de violento tanto en su difusión como
en su recogimiento. Empero, los cuerpos compuestos de partes
grandes, por ceder dificultosamente al agente y transmitir así
65a al todo, los movimientos, tienen placeres y penas; penas en caso
de alterarse; mas placeres, al revertir y establecerse en lo mismo.
Empero, los cuerpos que sufren de poco en poco de fluxiones
y evacuaciones, mas de rellenos súbitos y de mucho en mucho,
resultan insensibles a la evacuación; pero sensibles, al relleno;
no aportan, ciertamente, penas a lo mortal del alma, sino máxi-
mos placeres, caso evidente, el de los perfumes. Mas todo lo
b que se altera de golpe y revierte poco a poco y difícilmente a
estar en sí mismo, produce lo contrario a lo anterior, lo que re-
sulta patente respecto de quemaduras y cortes del cuerpo.

En cuanto a las afecciones comunes al cuerpo entero y a
las denominaciones que de ellas les vienen a los agentes, baste
con lo dicho. Mas de lo que pasa en nuestras propias partes,
sean las afecciones o las causas de que proceden, hemos de in-
c tentar hablar en la medida de nuestras fuerzas.

Primero, pues: hase de dilucidar, en lo posible, lo refe-
rente a los sabores, punto del que omitimos hablar anterior-
mente por ser afección peculiar de la lengua. También esto,
como otras muchas cosas, resultan de ciertas difusiones y reco-
gimientos; pero, además de esto, sírvense, algo más que las
otras afecciones, de aspereza y lisura. Porque cuantas partes
térreas se adentran por las venillas —que, cual tentáculos de
d la lengua, se extienden hasta el corazón— al caer sobre las
partes húmedas y suaves de la carne, y fundirse, contraen las
venillas y las secan; cuando son más gruesas, parecen ser as-
tringentes; pero si menos gruesas, ásperas. De ellas, las que
raspan las venillas y lavan toda la cavidad bucal, si lo hacen
más de lo conveniente y la atacan tanto tanto que disuelvan su
e propia naturaleza, cual es poder propio del natrón, reciben, todas
ellas, el nombre de "amargo"; pero las inferiores en virtud al
natrón, usadas moderadamente en cuanto a raspar, parecen sali-
nas; y, sin rudo amargor, nos resultan más agradables. Por otro
lado, las que participan del calor bucal, y son por él suavizadas,
inflamadas, y quemando ellas a su vez al calentador, son lleva-
das, por su ligereza, hacia arriba: hacia los sensorios de la cabe-
66a za, cortando cuanto caiga a su alcance, por estos poderes se llamó
a todo eso "pungente". A su vez, lo previamente afinado por

putrefacción, adentrado en las venas estrechas y hallándose conmensurado con las partes térreas y las de aire que allí se encuentran, llega hasta hacer que, moviéndose las más al derredor de las otras, fermenten; y, fermentadas, se depositen al derredor, e introducidas en unos huecos hagan otros, preparados para rodear a las que advinieran. Puesta así, al derredor del
b aire, una vacuola húmeda —a veces térrea, a veces pura— resultan vasitos de aire, vacuolas húmedas y periféricas; las de humedad pura circundan transparentes, teniendo por nombre el de "burbujas"; las de humedad térrea, movida y bullente allí mismo, reciben la denominación de "hervor" y "fermentación"; la causa de tales acaecimientos atribúyese a y llámase "ácido". Empero, acaece algo contrario a todo lo aquí dicho en caso de una condición previa y contraria: cuando la estructura de las
c partículas que se adentran en las húmedas sea, de natural, casera con el estado de la lengua, aceitándola, suaviza, por una parte, las gruesas; mas a las innaturalmente contraídas o derramadas, a éstas las concentra; a aquéllas, las relaja; y a todas asiéntalas máximamente en su naturaleza. A tal remedio, por resultar deleitoso y benéfico para todo padecimiento violento, se lo llama "dulce".

d Y de esto, de esta manera. Mas en cuanto a la facultad del olfato, no hay muchos eídoses; porque los olores, en conjunto, son un semigénero; pero ningún eidos ha llegado a tener la conmensuración adecuada para poseer un olor; que nuestras venas son, respecto de ellos, más estrechas de lo debido respecto de los géneros de tierra y agua; y demasiado anchas respecto de los de fuego y aire; por lo cual nadie jamás sintió un olor de ellos sino el de cosas humedecidas o putrefactas o derretidas o evaporadas, porque los olores se han engendrado precisamente en medio de la transmutación de agua en aire y del aire en agua; que están siendo todos los olores humo o neblina;
e de ellos, el de durante el paso de aire a agua, es neblina; el de agua a aire, humo; por lo cual todos los olores son más ligeros que el agua; pero más densos que el aire. Manifiéstanlo cuando, interponiendo algo en las vías respiratorias, conduce alguien hacia sí mismo violentamente el aliento, porque entonces no atraviesa con él olor alguno, sino que el aliento, privado de
67a olores, él solo pasa. Por esto las variedades de olores han quedado anónimas, por no proceder de eídoses, ni muchos ni simples; tan solamente se habla aquí de dos eídoses evidentes: el de lo deleitoso y el de lo penoso; no de ellos el rudo y vio-

lento asiéntase en toda esa cavidad que está entre nuestra cabeza y ombligo; el otro, aplaca esa misma cavidad y hácela revertir agradablemente a su natural estado.

Puestos a considerar esa parte nuestra —el tercer sensorio: el del oído— hase de hablar de qué causas ocasionan sus afec-
b ciones. En general, pues, afirmamos que "sonido" es ese golpe que, por virtud del aire y mediante orejas, encéfalo y sangre llega, transmitido, hasta el alma; mas el movimiento que de ella parte, iniciado en la cabeza, mas terminado al derredor del asiento del hígado, afirmamos ser el oír; todo ese movimiento, si es rápido, se oye cual "agudo"; si es más lento, cual "grave"; el uniforme, se oye cual "llano" y "liso"; mas el contrario,
c "áspero"; el intenso, "fuerte"; mas todo el contrario, "piano".

Pero de su sinfonía se tratará precisamente en lo a decir posteriormente.

Nos queda aún un cuarto género de sensorio que ha de dividirse por tener dentro de sí ese gran conjunto de variedades que, en total, denominamos "pigmentos": llama que de cada cuerpo fluye, poseedora de partículas coajustadas para sensación. En cuanto a la visión, anteriormente se habló de las
d causas de su engendramiento. Acerca, pues, de los colores fuera lo más conveniente discurrir sobre ellos aquí y con adecuado razonamiento. De las partículas, procedentes de otras cosas y que sobre la vista caen, unas son pequeñas; otras, mayores; otras, iguales a las partículas de la vista misma. Las iguales, pues, resultan insentibles; llamámoslas además "diáfanos". Pero las mayores y menores —éstas, recogedores de la vista; aquéllas, dispersoras— resultan hermanas con las calientes y
e frías, envoltura de la carne; y con las astringentes, envoltura de la lengua. Son afecciones idénticas todas las que llamamos antes "pungentes" por ser caloríferas, tanto las blancas como las negras, sólo que nacidas éstas en otro género, mas con diversas apariencias, por tales causas. Denomínaselas, pues, así: "blanco", a lo que dispersa la vista; a su contrario, "negro"; a esa moción más rápida y que, siendo de un género diverso de fuego, cae sobre y dispersa la vista hasta los ojos y traspasa
68a y disuelve violentamente los canales de los ojos, fluyendo de ellos, cual "bulto de fuego y agua", llamámoslo "lágrimas". Empero, por ser tal moción fuego —haciéndose encontradiza con la contraria, salta un fuego, cual relámpago; otro, adéntrase y se extingue en lo húmedo— surge, en tal revoltijo,

toda la variedad de colores. A tal acaecimiento llamamos "des-
lumbrancia"; pero a lo que lo produce hemos dado el nombre
b de "brillante y deslumbrante". Mas el género intermedio de
fuego, en llegando al humor vítreo y en mezclándose con él,
no resulta deslumbrante; sino que, por mezclarse el resplandor
del fuego con tal humor, da por resultado un color sanguíneo;
designámoslo con el nombre de "rojo". Lo brillante, mezclado
con rojo y blanco, resulta "amarillo". Pero, cuánto de cada uno
con cuántos, aun si alguien lo supiera no tiene sentido decirlo,
ya que nadie sería capaz de hablar de ello ajustadamente: ni
c según necesidad ni según verosímil razonamiento. Rojo, mez-
clado con negro y blanco, resulta "púrpura"; mas "violeta",
cuando, mezclados y requebrados, se los amasa bien con negro.
"Castaño", resulta de la mezcla de amarillo y gris; y "gris",
de la de blanco y negro; "ocre", de blanco mezclado con ama-
rillo. Blanco, al sobrevenir a brillante y caer en negro saturado,
termina en color "azul oscuro"; mas azul oscuro mezclado con
blanco, en "azul claro"; y castaño, con negro, en "verde".
En cuanto a los demás, resulta evidente, por estos casos, ase-
mejándolos a qué mezcla quedaría a salvo una verosímil expli-
cación. Mas si alguien, considerando esto, emprendiera el po-
d nerlo efectivamente a prueba, desconocería cuál es la diferencia
entre la naturaleza humana y la divina: que Dios es capaz de
saber y poder mezclar muchos en uno y, a su turno, disolver
uno en muchos; pero ningún hombre, ni lo hay ahora, ni tal
vez lo haya jamás, capaz de ninguna de esas dos cosas.

Pues bien: venidas ya al ser, necesariamente y de esta
e manera todas estas cosas, el Artífice de lo más bello y bueno,
al ir a producir un dios —el seipsisuficiente y más perfecto—
echó mano de las ya engendradas, y se sirvió de sus causas,
cual de auxiliares; reservándose él para sí distribuir lo de
"bien" entre todo lo producido. Pues bien: es preciso distinguir
dos eídoses de causas: uno el necesario, otro el divino; y buscar
69a en todas las cosas el eidos divino, a fin de adquirir vida bien-
aventurada en lo que nuestra naturaleza lo soporte; mas el
necesario, por mor del otro, pensar que, sin él, no es posible
ni percibir ni captar ni de alguna otra manera participar de lo
que es meta única de nuestros esfuerzos.

Pues bien: ya que, ahora, cual si fuésemos carpinteros
tenemos dispuesta la materia: los géneros, cribados de las cau-
sas con las que ha de tejerse el razonamiento restante, regrese-

mos, una vez más y por lo más corto, al principio, y rápidamente llegaremos al mismo punto del que partimos hacia aquí;
b e intentaremos poner a lo anterior un final y aun una cabeza, en armonía con nuestro mito. Como se dijo, pues, al principio, estando todas estas cosas en estado de desorden el Dios introdujo en cada una de ellas respecto de sí misma, y de unas con otras, conmensuraciones, tantas cuantas, y de la manera que, fuera posible para que resultaran proporcionales y conmensurables. Porque, entonces, ni participaban de algo de esto, a no ser por azar, ni había, en modo alguno, algo digno que decir de lo que ahora tiene nombre —cual fuego, agua y así de lo demás. Primero, pues, ordenó todo esto; después, construyó
c con ellos este Todo: un Viviente que en sí mismo los contiene a todos: mortales e inmortales. Y de las cosas divinas, El mismo hízose Artífice; pero ordenó fueran artífices en la generación de los mortales sus propios hijos.

Quienes, imitándole, tomaron el principio inmortal del alma; diéronle a continuación por contorno el cuerpo mortal, y por vehículo el cuerpo entero y domiciliaron en él otro eidos —éste, mortal— de alma: el continente en sí mismo de esas afecciones terribles e imprescindibles: primero, el deleite, máxi-
d mo cebo del mal; después, las penas, fuga de bienes; además, audacia y miedo, insensatos consejeros ambos; la corajina, mala de persuadir; la esperanza, buena de conducir. Y mezclando el gran Emprendedor, éstas con sensación irracional y con amor, compusieron, de inevitable manera, el género de lo mortal. Por esto, temerosos de mancillar lo divino, a no ser absolutamente necesario, trasladando, fuera de él, a otra recámara del cuerpo el domicilio de lo mortal, construyeron, a fin de que lo
e divino quedara fuera, un istmo y frontera para cabeza y pecho, colocando entre ellos el cuello. Así que, entre pecho y pecho —en el llamado "tórax"— pusieron preso lo que de mortal tiene el alma. Y porque hay una parte de él que es mejor, y otra, peor, hicieron una división en la cavidad del tórax, y cual
70a separando cámara de mujeres de cámara de hombres colocaron en medio de ellas de tabique el diafragma. A lo del alma que de valentía y coraje participa domiciliáronlo, por amante-de-vencer, más cerca de la cabeza, entre diafragma y cuello, a fin de que, obedeciendo a razón, dominara por la fuerza juntamente con la razón el género de los apetitos, cuando no quisieran a las buenas obedecer de ninguna otra manera a las órdenes y razones de la acrópolis. Al corazón —nudo de las venas, y

fuente de la sangre que, poderosa, circula por todos los miem-
b bros— colocáronlo en el cuarto de armas, a fin de que, cuando
hierve de ira el ánimo, anunciando la razón que alguna acción
perjudicial en algo suyo se le prepara —o desde fuera o tam-
bién por alguna de las interiores apetencias— rápidamente,
mediante todos los canales, todos los sensorios del cuerpo,
sintiendo las advertencias y amenazas, las obedecieran y de
todas maneras las siguieran, —dejando que sea lo mejor en
ellos lo que así, en todos ellos, domine. En cuanto a los
c latidos del corazón, al prever los peligros y despertarse el
ánimo, conociendo que tal hinchazón proviene, en los animo-
sos, del fuego, inventaron, cual socorro, e implantaron la idea
de pulmón. Idea, primero, suave y exangüe; después poseedora
internamente de alvéolos perforados, cual esponja, a fin de
que, al recibir aliento y bebida, se enfríe, aportando respiro y
alivio en la combustión. Por esto recortaron canales desde la
d traquiarteria al pulmón, y lo pusieron, cual almohadilla, al
derredor del corazón, a fin de que, cuando el coraje llegue,
en él, al colmo, golpeando en mullido, y enfriándose, sufra
menos y pueda someterse más, aun encorajinado, a la razón.

A la parte apetitiva del alma por comidas y bebidas, y
demás cosas de las que se tiene necesidad por la naturaleza
del cuerpo, la domiciliaron entre diafragma y linderos del om-
e bligo, arreglándola, en todo ese lugar, cual pesebre para la
alimentación del cuerpo; y atáronla aquí cual creatura salvaje,
mas necesariamente coadaptada para alimentar a cualquier gé-
nero mortal que hubiera de venir al ser. A fin, pues, de que
tal parte —amarrada constantemente al pesebre, y para que
haga el menor tumulto y ruido posible, domiciliada bien lejos de
la parte consejera— dejara a la superior en paz para aconsejarle
71a acerca de lo conveniente a todos: comunidad y privados, por
esto precisamente diéronle tal oficio en ese lugar. Mas sabiendo
que no llegaría a entender razón —aunque de alguna manera
participara de una cierta sensibilidad para razones, sin llegar
a serle natural el preocuparse de ellas, conduciríase, más bien,
tal parte del alma por eídolos y fantasmas, de noche y aun de
día—, queriendo Dios evitarlo compuso la idea de hígado y
púsolo dentro de aquella cámara; halló maneras de que fuera
b denso, suave, brillante, dulce, con algo de amargo, a fin de
que el poder de los pensamientos, que de la inteligencia parte
lo atemorizara cuando sirviéndose —como de espejo receptor
de improntas y presto exhibidor de eídolos— de esa parte de

amargor del hígado, le haga sentir una amenaza, rápidamente
difundida por todo él; apareciera entonces de biliosos colores
c y contrayéndose lo hiciese a todo él arrugado y grueso; mas en
cuanto al lóbulo, pasajes y puertas, a algunos los dobla, de
rectos que eran, y comprime; a otros, tapándolos y cerrándolos,
produciría dolores y bascas. Pero, a su turno, cuando un cierto
soplo de tranquilidad, procedente de la mente, dibuja los fan-
tasmas contrarios, dando así al amargor calma de movimiento
y de querer tocarse con la naturaleza a él opuesta, sirviéndose
del dulzor connatural al hígado mismo y restituyendo a todo
d su rectitud, suavidad y libertad, haría a ese lote de alma,
alojado cual contorno del hígado, plácido y sereno, en mesu-
rado pasatiempo nocturno, con adivinatorios ensueños, ya que
no le es dado participar de razón y pensamiento.

Recordándose, pues, nuestros compositores del mandato
paterno cuando les encargó hacer al género mortal lo mejor
que pudieran, rectificaron así lo débil en nosotros, poniendo
la adivinatoria en el hígado a fin de que, de alguna manera,
estuviera en contacto con la verdad. Que Dios dio precisa-
mente a la insensatez humana la adivinatoria, sea suficiente
señal el que nadie, en su juicio, echa mano de la adivinatoria,
e aun de la endiosada y verdadera, fuera del caso de que, por el
sueño, esté impedida la facultad de pensar o lo esté por en-
fermedad o desvaríe por algún trance de inspiración. Mas es
propio del sensato reflexionar sobre lo que recuerda se le dijo
en ensueños o despierto, mas bajo el poder de la adivinatoria
o del estado de inspiración. Y, respecto de todo lo que en
72a visiones vio, ha de discernir, mediante el razonamiento, qué
de malo o de bueno futuro, pasado o presente indican, y para
quién. Mas no es tarea de quien está aún en trance o permanece
en él, la de juzgarlo, durante él, aparecido o dicho; que, bien
y desde antiguo, se dice que eso de «obrar y conocer tanto lo
de uno mismo como a sí mismo sólo compete al sensato». Por
lo cual es ley que únicamente el género de los profetas se
siente a juzgar acerca de lo endiosadamente adivinado. Llá-
b manlos "adivinos" algunos que ignoran totalmente que no son
ellos adivinos, sino intérpretes de voces y apariciones; pero
muy más justamente se los denominaría "profetas de lo adivi-
nado".

Por esto es lo que es la naturaleza del hígado y está, de
natural, en el lugar que dijimos: en favor de la adivinatoria.

Más aún: viviente el individuo, proporciona el hígado los más evidentes signos; mas, privado aquél de la vida, hácese ciego
c y las adivinaciones resultan demasiado confusas para indicar algo claro.

A su vez, la contextura del órgano vecino al hígado, también asentado en las entrañas, a su izquierda, fue hecha en favor de él: para mantenerlo constantemente brillante y limpio, cual borrador —preparado y siempre listo y a mano— para espejo. Por lo cual cuando, al derredor del hígado llega a haber algunas impurezas por enfermedades del cuerpo, la
d huecosidad del bazo, tejido poroso y exangüe, las limpia y las absorbe a todas. De lo que proviene el que, rellenado por tales desperdicios, se haga grande y purulento; e inversamente, al quedar purificado el cuerpo, reduciéndose, se contraiga a su propio estado.

Así que, respecto de las partes del alma, cuántas tengan algo de mortal, y cuántas de divino, y dónde, con cuáles y por qué razón unas estén domiciliadas fuera de otras, solamente afirmaríamos ser esto verdad en caso de que, como se dice, «Dios lo dijera con nosotros». Quede dicho, por nosotros, lo verosímil; y tanto ahora, y aún más, si lo consideramos, hemos de correr el peligro de decirlo, —y quede dicho.

Persigamos de igual manera lo que a esto sigue; queda
e aún por decir lo referente a cómo se engendró el cuerpo. Lo mejor de todo fuera que se compusiera según un razonamiento-y-cálculo como éste:

Los Compositores de nuestro género conocían nuestra futura incontinencia en cuanto a bebidas y comidas, y que, a causa de nuestro avorazamiento, consumiríamos mucho más de lo moderado y necesario. A fin de que, pues, las enfermedades no destruyeran brevemente el género mortal y, aún imperfecto, llegara prestamente a acabarse, previendo los Compositores
73a todo esto pusieron al denominado "bajo vientre" cual receptáculo para tener lo superfluo de bebida y comida; y engendraron, arrollados, los intestinos para que, no pasando rápidamente el alimento, no necesitara el cuerpo pedirlo rápidamente una vez más; y por lo insaciable de la glotonería resultara, en definitiva, el género mortal íntegro falto de filosofía y de gracia, desobediente a lo más divino de lo que en nosotros hay.
b En cuanto a huesos, carnes y todo lo de tal naturaleza, la cosa es así: para todos ellos en conjunto el principio se halla en

la génesis de la médula, porque los vínculos de la vida, una
vez unida el alma con el cuerpo, reunificados en la médula
enraizaron el género mortal. Pero la médula misma se engen-
dró de otras cosas, porque, de los triángulos primarios, destra-
bados y lisos, aptos máximamente por su exactitud para dar
c fuego, agua, aire y tierra, separándolos Dios, aparte cada uno
en su género, y mezclándolos entre sí en conveniente medida,
puesto a inventar universal semilla para todo lo mortal, elaboró
de ellos la médula; y, después de ello, plantando los géneros
de alma, los vinculó con ella; y a la médula misma, ya en la
repartición inicial, la dividió sin más en tales y tantas figuras
cuantas iba a tener cada uno de los eídoses de alma. Y a esa
parte de la médula que iba a recibir en sí, cual campo, la semi-
lla divina, moldeándola redonda por todas partes, diole el
nombre de "encéfalo", ya que, al llegar a su perfección cada
d viviente, la vasija que lo rodeara había de ser la cabeza. Mas
lo que iba a contener lo restante y mortal del alma dividiolo
según figuras redondeadas a la vez que alargadas; al conjunto
llamó "médula"; y echando en ella los vínculos del alma en-
tera, cual áncoras, elaboró ya a su derredor nuestro cuerpo en
conjunto; no, por cierto, sin haber primero formado al derredor
de la médula un cobertizo, todo él, de huesos.

e Mas compuso lo óseo de esta manera: habiendo cernido
tierra, pura ya y suave, la hiló y humedeció con médula; des-
pués de lo cual la puso al fuego; después la sumergió en
agua; de nuevo, al fuego; y otra vez, al agua. Transplantán-
dola, pues, muchas veces de uno al otro consiguió hacerla
74a insoluble por ambos. Sirviéndose de ella, torneó, al derredor
del encéfalo, una esfera ósea; y dejó en ella una estrecha salida;
y al derredor de la médula de cuello y espalda moldeó vérte-
bras de hueso y las extendió cual espigones óseos, a partir de
la cabeza, a lo largo de todo el tronco. Y asegurada así toda la
semilla, la incluyó en cercado pétreo, añadiéndole articulacio-
nes, sirviéndose del poder de lo Diverso, cual intermediario en-
tre ellas, favorecedor de movimiento y flexión. Mas convencido
de que el comportamiento de la naturaleza ósea es más rígido
b e inflexible de lo debido, y de que, si más veces se la pasara
por fuego y de nuevo se la humedeciera, se pudriría, destru-
yendo prestamente su interior semilla, por esto se ingenió para
hacer el género de tendones y carne de manera que, con los
tendones, quedaron liados todos los miembros y, al contraerse
y relajarse al derredor de los espigones, resultara el cuerpo

flexible y extendible. A la carne, hízola protección contra ca-
lores; previsión, contra fríos; pero, además, para que fuera
algo así cual los vestidos acolchonados, que ceden suave y
mansamente ante los cuerpos. Hizo, por otra parte, que la
c carne tuviera dentro de sí misma humedad caliente, a transpirar
en verano y humedecer por de fuera a todo el cuerpo, propor-
cionándole doméstico frescor; mas, a su turno, en invierno,
defenderlo adecuadamente con tal fuego contra las heladas
que desde fuera le sobrevienen y circundan. Pensando en esto,
nuestro Modelador mezcló y coarmonizó agua, fuego y tierra,
cual si fueran cera; y, componiendo de ácido y salado un fer-
d mento, lo mezcló con ellos, y resultó constituida la carne,
jugosa y suave. A la naturaleza de los tendones la hizo de
una mezcla de hueso y de no fermentada carne, cual término
medio en poder entre ambos; como color, usó el amarillo. De
lo cual proviene el que los tendones posean un poder de mayor
tensión y rigidez que las carnes, por una parte; pero, por otra,
sea su poder más suave y fluido que los huesos. Circundando
Dios con ellos huesos y médula, religándolos entre sí con ten-
e dones, ocultolos después a todos ellos con carne.

A los más enalmados de los huesos los encerró en un
mínimo de carnes; mas a los internos con un mínimo de alma,
en muchas y densas. Además: en las junturas de los huesos,
a no ser que la razón mostrara claramente haber alguna nece-
sidad, insufló poco de carne a fin de que ni por hacer de
obstáculo a la flexibilidad volvieran a los cuerpos de mal
llevar, por dificultosamente movibles, ni por ser muchas y den-
sas y prensándose demasiado unas a otras produjeran, por
rigidez, insensibilidad; e hicieran a todo lo del pensamiento,
75a más tardo de memoria y más obtuso. Por esto, muslos, piernas,
región lumbar, los huesos de antebrazos y brazos, las demás
partes nuestras inarticuladas y los huesos interiores —que, por
la escasez de alma en la médula, están vacíos de inteligencia—
rellenolos a todos ellos de carnes; mas a las partes inteligentes,
menos, —fuera del caso en que compuso la carne misma en
favor de sensaciones, cual es el eidos de la lengua. Pero a la
mayoría de las partes, de aquella otra manera. Porque natura-
b leza que, por necesidad, ha de engendrarse y acrecerse no ad-
mite, en modo alguno, a la vez huesos densos, muchas carnes
y, en éstas, presta sensación. Que si todo esto quisiera coinci-
dir, lo tuviera sobre todo y más que todos la contextura pecu-

liar a la cabeza; y el género humano, por tener, a disposición
de sí mismo, una cabeza cárnea, con tendones y fuerte, pose-
yera tal vez una vida doble, múltiple, más sana y libre de
penas que la presente. Ahora bien: a los artífices de nuestro
c engendramiento, puestos a pensar si harían un género longevo
y peor o brevievo y mejor, les pareció ser de todo en todo
preferible vida corta y excelente a más larga y vulgar. Por lo
cual cubrieron la cabeza con hueso ligero; pero no con carnes
y tendones, ya que flexiones no iba a tener. Por todo lo cual
quedó unida al cuerpo de todo hombre una cabeza más y mejor
d sensitiva e inteligente, pero más débil.

Por esto también y de parecida manera, al poner Dios
los tendones en lo bajo de la cabeza los encoló, circular y
homogéneamente, al derredor del cuello; religó con ellos la
extremidad de las mandíbulas bajo el nacimiento del rostro; el
resto de los tendones distribuyólo entre todos los miembros,
conectando articulación con articulación.

En cuanto a esa nuestra potencia: la de la boca, los que
la arreglaron la hicieron tal cual ahora está dispuesta, con dien-
e tes, lengua y labios en vista a lo necesario y mejor; la entrada,
inventaron fuera para lo necesario; mas la salida, para lo mejor;
porque es necesario que todo cuanto entre proporcione ali-
mentación al cuerpo; pero el manantial de palabras que hacia
afuera fluye y a la inteligencia sirve es, de todos los manan-
tiales, el más bello y mejor.

Por otra parte, no era posible dejar que la cabeza fuese
solamente de simple hueso, a causa de lo inversamente extre-
moso en las estaciones; ni que, a su vez, por recubierta, resul-
tara estúpida e insensible para ver a causa de la masa de
carnes. Así a que, de la sustancia carneiforme, no reseca, se
76a separó una película más ancha, circundante, —la ahora llamada
"piel". Pero ésta, reunificada ella consigo misma por virtud
de la humedad que al encéfalo rodea, y desplegándose en
círculo, revistió la cabeza. Empero, ascendiendo por debajo de
las costuras la humedad, remojó tal película y la encerró sobre
la coronilla, cual lo hiciera un nudo. Mas las costuras resulta-
ron multivariadas en eidos por la potencia de los períodos del
alma y de la alimentación, siendo más cuanto mayores sean
b los conflictos entre ellos; y menos, cuando menores. Pues
bien: lo divino agujereó con fuego y circularmente toda esa
piel; mas, perforada y evadida la humedad a través de ella,

salió lo que había de líquido y caliente puro; mas lo mezclado, componente también de la piel, levantado por tales movimientos, se extendió grandemente hacia afuera con una finura igual a los agujeros. Empero, repelido, a causa de la lentitud, por el aire externamente circundante, se arrolló, a su vez, dentro y
c echó raíces bajo la piel. Así fue como pasó el nacimiento del género "cabello" en la piel; por cordiforme, congénere con ella; pero más rígido y denso que ella por constricción del frío; separado de la piel, cada pelo, enfriado, se constriñó. Con el cabello nuestro Hacedor hizo peluda la cabeza, sirviéndose de las causas dichas, con el pensamiento de que, en lugar de carne, tuviera que hacer él para el encéfalo de seguro y ligero techo, y proporcionara suficiente sombra y cobertura en verano e invierno; mas sin llegar a ser obstáculo alguno o
d impedimento para una buena percepción.

Y al derredor de los dedos, en ese entrelazamiento de tendones, piel y hueso, mezclada de los tres y secada, formose una piel, dura y común a todos ellos, fabricada ciertamente con ellos cual concausa, mas elaborada por la superlativa causa: la Inteligencia, en vistas a lo porvenir. Que nuestros Compositores sabían que de varones procederían mujeres y los demás
e animales; y sabían, además, que la mayoría de tales creaturas, y para muchas cosas, tendrían necesidad de los servicios de las uñas; por lo cual, en los recién engendrados hombres, hicieron nacer el tipo de uña. Pues por esta razón, y con tales designios, de la piel nacieron pelos, y uñas en las extremidades.

Pero cuando hubieron connacido todas las partes y miem-
77a bros del Viviente mortal, por necesaria consecuencia tenía que contener su vida, fuego y aire; y porque, disuelto y vaciado por ellos, perecería, inventaron los dioses una traza para socorrer al viviente. Porque, mezclando con la naturaleza humana otra naturaleza congénere con ella, siémbranla con otras ideas y sensaciones de modo que resulte viviente diverso. Por cierto, árboles, plantas y semientes hay, ahora, domesticados para nosotros por la labranza; que, antes, no hubo sino las especies silvestres, por más antiguas que las domesticadas. Ahora bien:
b todo lo que efectivamente participe del vivir, llamaríaselo correctamente y en justicia "viviente". Pues bien: el eidos de que estamos hablando —el tercer eidos de alma: del que se dice estar aposentado entre diafragma y ombligo, y no haber nada en él de opinión, razonamiento e inteligencia— participa,

no obstante, de sensación placentera y dolorosa, junto con
apetencias. Pasivo continuamente en todo, revolviéndose él
mismo en sí mismo al derredor de sí mismo, rechazando el
movimiento que de lo externo proceda, mas sirviéndose del
c casero, no está dotado por nacimiento, considerando tal natu-
raleza, para razonar sobre algo de lo suyo propio. Por lo cual,
ciertamente vive y no es sino viviente; mas quedó fijo y en-
raizado por carente de movimiento propio y espontáneo.

En habiendo implantado nuestros superiores en nosotros
los inferiores todos estos géneros de cosas como alimento,
canalizaron nuestro cuerpo mismo cortando canales, cual en
los jardines, a fin de que, como por afluyente manantial, se
irrigara. Y primero, bajo las junturas de la piel y de la carne
d recortó dos ocultos canales: dos venas espaldares, —que ge-
melo es, de hecho, el cuerpo, con derechas e izquierdas. A esas
venas las dispuso a lo largo del espinazo, encerrando ellas entre
sí la generante médula, a fin de que ésta floreciera cuanto
más mejor; y para que, al derramarse hacia las demás partes,
desde allí hacia abajo, con fácil fluencia, proporcionara uni-
forme riego. Después de esto, repartiendo las venas al derredor
de la cabeza y entreenlazándolas, las estiraron y torcieron
e en dirección opuesta, a unas de derecha a izquierda del cuerpo;
a otras, de izquierda a derecha, para que, junto con la piel,
sirvieran de vínculo entre la cabeza y el cuerpo, ya que la ca-
beza no estaba rodeada circularmente, en la coronilla, por
tendones; y aún más, a fin de que las impresiones sensitivas
que, de ambas partes del cuerpo provienen, llegaran bien claras
78a a todo él. Después ya de esto, dispusieron la irrigación algo así
como de esta manera que percibiremos más fácilmente convi-
niéndonos previamente en esto: que todo lo compuesto de
partes más pequeñas encierra las mayores, mas lo compuesto
de mayores no puede hacerlo con las menores. Ahora bien: de
todos los géneros es el fuego el de más pequeñas partes, por
lo cual se desliza a través del agua, tierra y aire, y de cuantas
cosas de éstas se componen; mas nada puede encerrarlo. Lo
mismo hay que pensar respecto de nuestro vientre: encierra,
cuando llegan a él, comidas y bebidas; mas no puede hacerlo
b con aire y fuego, por ser éstos de partes más pequeñas que las
constitutivas suyas. De éstos, pues, se sirvió Dios para la irri-
gación desde el vientre hacia las venas, entretejiendo, cual bu-
trino, un entramado de aire y fuego, con un par de butrinos
interiores en la entrada; de ellos, a uno lo retejió bifurcado;

a partir de los butrinos internos, extendió al derredor, y por todo el entramado, hasta sus extremidades, algo así como
c cuerdas. A las partes internas del tejido las compuso, a todas, de fuego; mas los butrinos internos y envoltura son aeriformes. Tomando lo cual, circundó con ello al viviente modelado, de esta manera: a ambos butrinos internos los hizo salir a la boca; mas, siendo un par, a uno de ellos lo hizo salir, por el camino de la traquiarteria, al paladar; al otro, a lo largo de la traquiarteria, al vientre. Mas reescindiendo al primero, a cada uno de los butrinos parciales dioles salida juntamente en los canales de la nariz, de manera que, cuando uno de los canales, camino de la boca, no marcha, las corrientes de éste y las de aquél se complementan. El resto de la envoltura del butrino
d hízola crecer al derredor de cuanto nuestro cuerpo tiene de hueco; e hizo que, a veces, todo esto por ser aire confluyera suavemente a los butrinos internos; mas, a veces, refluyen en él precisamente los butrinos internos. Por estar el cuerpo ahuecado, hizo que el tejido a través de él entre, y de nuevo salga; mas los rayos del fuego, encerrados dentro de él, hizo
e que acompañaran en cada una de esas direcciones al aire saliente; lo que, mientras el viviente mortal se conserve, no llegará a cesar. Pues bien: a este género de proceso, el Impositor de denominaciones, decimos, le impuso el nombre de "inspiración" y "expiración". Mas toda esta obra y afecciones tales se engendraron para alimentar y hacer vivir irrigado y enfriado a nuestro cuerpo; porque, al entrar y salir la respiración, síguela, coadaptado, el fuego interior; mas al oscilar
79a y pasar a través del vientre se apodera de los alimentos y bebidas; los disuelve entonces, los desmenuza, condúcelos a través de las salidas por las que pasa; los encamina hacia las venas, cual de fuente a canales; y hace fluyan las corrientes de las venas a través del cuerpo, cual de tubería.

Pero una vez más consideremos cómo pasa la respiración, y sirviéndose de qué causas llegó a ser lo que ahora es. Pues es así: puesto que no existe de ninguna manera vacío en el
b que pudiera adentrarse cosa alguna de las que se mueven, nuestro aliento se mueve hacia afuera, por lo cual es ya evidente para cualquiera el que no se adentra en un vacío, sino que expele de su sitio a lo adyacente; lo así expelido expulsa siempre a lo adyacente; y, por tal necesidad, todo lo expulsado lo es hacia el sitio de que el aliento salió; entrando allí y re-

llenándolo, sigue al aliento; y todo esto pasa simultáneamente,
c cual rueda giratoria, por no existir, de ninguna manera, el vacío.
Por lo cual la región de pecho y la del pulmón, emitido el
aliento, rellénase de nuevo por el aire que rodea al cuerpo
que se filtra al interior a través de las carnes ahuecadas y se
lo fuerza a circular. A su vez, el aire rechazado, que a través
del cuerpo sale, fuerza a circular a la inspiración por el camino
de la boca y el doble camino de las narices. Hase de poner
d cual causa principal de esto ésta precisamente: todo viviente
tiene sumamente calientes las partes interiores que la sangre y
las venas rodean, cual si tuviera en sí mismo fuente de fuego.
Y, en efecto, asemejamos a esta región con la trama de butrino:
en que toda ella estaba entretejida y distendida en el medio por
fuego, y lo demás de ella: todo lo externo, por aire. Ahora
bien: hase de convenir en que, por naturaleza, lo caliente va
hacia afuera, a su propia región, cual hacia su congénere. Mas
por haber dos salidas, una hacia afuera: por el cuerpo; otra,
por la boca y narices, cuando el fuego tira por una dirección
e empuja al aire al derredor de la otra, que, así empujado, al
caer sobre él el fuego, se calienta, mientras que el aire saliente
se enfría. Mas cambiando así de lugar el calor y haciéndose
más calientes las partículas que van por la otra salida, incli-
nándose de nuevo lo así más caliente en tal dirección, llevado
hacia su misma naturaleza, empuja al aire hacia la otra.

Mas el aire, pasando por lo mismo y devolviendo eso
mismo, forzado por ambos procesos hace, cual rueda llevada
de aquí a aquí, que se produzcan la inspiración y la respiración.

Además: de esta manera hemos de perseguir las causas
de lo que pasa en las ventosas medicinales, y las causas de la
deglutición y las de los proyectiles —de los que, disparados,
80a se levantan de la tierra, y de los que recaen sobre ella; y qué
sonidos parecen veloces y lentos, agudos y graves, pareciéndo-
nos unas veces discordantes a causa de la desemejanza del
movimiento que en nosotros producen; otras, acordes, por la
semejanza. Porque los sonidos más lentos alcanzan a los movi-
mientos de los precedentes y más veloces cuando éstos están
ya para cesar y han llegado a velocidad semejante a aquella
b con la que los más lentos, cuando más tarde con ellos colidan,
los mueven; mas, por alcanzarlos y no imprimirles movimiento
diferente, no los perturban; sino que comienzan por impri-
mirles una moción más lenta, concorde con la del más veloz,

al ir la de éste cesando; al llegar por el contacto a semejanza resultó una mezcla de agudo y grave que, surgida por imitación de la armonía divina en las mociones mortales, proporciona a los ininteligentes placer, mas a los inteligentes intelectual delicia.

Además: en cuanto a todas las corrientes de aguas, caídas
c de rayos, maravillas de atracción por el electrón y piedra heraclia, no hay, por cierto, en nada de todo esto atracción alguna; mas por no darse el vacío y girar estos cuerpos unos al derredor de los otros, separándose y reuniéndose, cambiando todos de sitio va cada uno al propio, resultará claro, para quien tales maravillas investigue debidamente, que pasan por entrelazamientos mutuos.

d Además: lo de la respiración —que es de donde el razonamiento partió— procedió, como anteriormente se dijo, de la misma manera y por los mismos medios: el fuego corta los alimentos; oscila interiormente al seguir al aliento, y rellena, en tal oscilación conjunta, las venas del vientre, por entrometer en ellas lo dividido por él mismo; y por esto, en todos los vivientes, las corrientes de la alimentación llegaron a fluir por el cuerpo entero. Por recién cortadas y por compuestas de partes congéneres —unas, de frutos; otras, de cereales— Dios las insertó en nosotros para esto precisamente: para ser
e alimento. En virtud de tal mezcla tienen multivariados colores; mas casi siempre el colorante corriente es el rojo; producido, naturalmente, por ser el fuego el que los divide y deslíe. Por lo cual el color de la corriente que por el cuerpo fluye tomó ese aspecto que describimos; lo llamamos "sangre", nutrimento de las carnes y del cuerpo entero; regadas por ella, cada parte
81a del cuerpo rellena el fondo de lo vaciado. Mas el proceso de tal relleno y evacuación verifícase de igual manera a como en el Todo se mueve todo: que todo lo congénere se mueve hacia sí mismo. Porque lo que exteriormente nos circunda está de continuo disolviendo, repartiendo y enviando a cada eidos lo a él afín. A su vez, las partículas de sangre, desmenuzadas en nuestro interior y circundadas, cual bajo cielo, por la contextura de cada viviente, tienen que imitar la moción de el
b Todo. Llevada, pues, cada una de las partículas, internamente desmenuzadas, hacia su congénere, rellena de nuevo lo entonces vacío. Cuando sale más de lo que afluye, destrúyese todo viviente; pero cuando menos, acrécese. Pues bien: al estar nueva

la contextura del viviente entero —por tener aún recientes los
triángulos, cual si hicieran de puntales— adquiere fuerte y
mutua cerradura, resultando suave de contextura su masa en-
c tera, por recién engendrada de médula y alimentada de leche.
Ahora bien: los triángulos contenidos en ella, provenientes
de fuera, y de los que se hacen los comestibles y bebibles, por
ser, respecto de sus propios triángulos, más viejos y débiles,
los divide y domina con los nuevos, y hace se agrande el
viviente por alimentarlo de muchas y semejantes sustancias.
Pero cuando la raíz de los triángulos se debilita por haber
luchado mucho y durante mucho tiempo de muchas maneras,
d no puede ya divivir los triángulos entrantes de la alimentación,
haciéndolos semejantes a los suyos; aunque resulten ellos fá-
cilmente divisibles por los que de fuera entran. Dominado
en esto, todo animal decae; y tal acaecimiento denomínase
"vejez". Finalmente, cuando los vínculos de los triángulos en
la médula, antes coajustados, no resisten ya, deshechos por el
trabajo, aflojan, a su vez, los vínculos del alma; desatada
naturalmente así, vuélase con placer; porque todo lo que va
e contra la naturaleza es doloroso; mas lo que pasa según ella es
placentero. Pues bien: la muerte, la que adviene por enferme-
dades y heridas, es dolorosa y violenta; mas la que, con la
vejez, va hacia un fin natural, resulta ser la menos penosa de
las muertes, y pasa más bien con placer que con pena.

De qué provengan las enfermedades es, de alguna ma-
82a nera, claro para cualquiera. Porque, siendo cuatro los géneros
de los que se integra el cuerpo —tierra, fuego, agua y aire—
el exceso y el defecto antinaturales de ellos y el traslado de la
propia a extraña región, o, puesto que de fuego y de los
demás hay, de hecho, más de un género, cualquier viviente
que admita lo no conveniente a sí mismo, todo ello y lo a esto
parecido aportará disenciones y enfermedades. Porque todo lo
b que adviene o se cambia contra naturaleza, de frío que antes
estaba se calienta; de estar seco, hácese después húmedo; lo
ligero, pesado; y sufre toda clase de transformación y de todas
las maneras. Porque, en efecto, afirmamos que solamente lo
mismo, añadido a y sustraído de lo mismo, de la misma mane-
ra y según razón, permitirá que lo mismo permanezca sano y
salvo, en sí mismo. Mas lo que desborde esto en algo, saliendo
o entrando, traerá consigo múltiplemente variadas alteracio-
nes e infinitas enfermedades y corrupciones. Ahora bien: por

haber contexturas secundarias, constituidas según naturaleza, surge una segunda clase de enfermedades a considerar por
c quien quiera comprenderlas. Porque estando cointegrados de aquellos géneros, médula, huesos, carnes y tendones —y aun la sangre, aunque de otra manera, de ellos ha surgido—, la mayoría de las demás enfermedades sobrevienen como las anteriores. Empero, las máximas resultan graves por esto: cuando el proceso del engendramiento de las contexturas secundarias se invierte, precisamente entonces se corrompen, porque, naturalmente, carnes y tendones engéndranse de la sangre; los tendones, de la fibrina, por su parentesco; mas las carnes,
d de ese coagulante que se coagula apenas separado de la fibrina; lo que de tendones y carnes sale, por ser a la vez, viscoso y grasoso, encola la carne con la sustancia de los huesos y además, alimentándolos, aumenta el hueso mismo que rodea a la médula. Pero, a su vez, lo rezumado a través de la densidad de los huesos resulta ser el género más puro, suave y grasoso de triángulos; filtrado y goteado por los huesos humedece la
e médula. Producida cada una de estas cosas según este orden, sigue, por secuela, casi siempre la salud; mas si según el inverso, las enfermedades. Porque cuando, corrompida la carne, envía a su vez lo corrompido a las venas, juntándose con el aire, la sangre, abundante y grandemente variada en las venas, varía de colores y amargor, y aun de propiedades acres y salinas, y contiene bilis, suero y flegmas de toda clase. Porque todo lo invertido y corrompido comienza por destruir la sangre misma y, no aportando ya alimento alguno al cuerpo, pasa
83a a todas las partes mediante las venas, sin mantener ya el orden de los naturales períodos; pues estando en enemistad cada cosa consigo misma, por no gozar ninguna de sí misma, y en guerra con lo que del cuerpo está constituido y asentado en su local, lo están corrompiendo y disolviendo. Cuanto, pues, de lo más antiguo de la carne se disuelva, hácese indigestible y ennegrece por antigua combustión; mas, recomido por todas partes, resulta amargo y cae pesado a todo lo que del cuerpo
b no esté aún corrompido. Entonces, lo negro de color adquiere, en vez de amargor, acritud, diluyéndose más lo amargo; pero, otras veces, el amargor, impregnado en sangre, adquiere color más rojo; pero mezclado con éste lo negro, el de verdusco. Pero a veces se mezcla el color amarillo con lo amargo, cuando la carne nueva se derrite por obra del fuego que rodea a la llama.

c El nombre común a todo esto es el de "bilis", dado o por algunos médicos o por alguien que, siendo capaz de mirar casos muchos y desemejantes, vio, no obstante, en ellos un determinado e intrínseco género digno de aplicarse, cual nombre, a todos. Los demás casos que se dicen ser eídoses de bilis adquirieron, según el color, la propia designación.

En cuanto al suero: el cuajo de la sangre es suave; pero el de bilis negra y ácida resulta agrio cuando se mezcla, por el calor, con el poder de la sal; se lo llama "flegma ácida". Mas el mezclado con aire y producido por putrefacción de carne fresca y tierna, ventoso y encerrado por un fluido, formándose,
d a causa de esto, burbujas, una por una de ellas invisibles por pequeñas, dando, no obstante, el conjunto de ellas un bulto visible, con un color que parece a la vista blanco por la espuma producida, —de toda esta putrefacción de la carne tierna coimpregnada de aire diremos que es "flegma blanca".

A su vez: el suero de flegma recién formado es "sudor"
e y "lágrimas" y todo lo demás derramado por el cuerpo en sus diarias purgas. Todo esto llega a ser instrumento de enfermedades cuando la sangre no se rellena de alimentos y bebidas naturales, sino que recibe, contra las leyes de la naturaleza, el material de lo a ella contrario. Al descomponerse, pues, bajo el poder de las enfermedades partes sueltas de la carne, mas permaneciendo sus bases, el poder de tal ataque redúcese a la mitad, porque tiene cómo recobrarse fácilmente.

84a Pero siempre y cuando el vínculo de carnes con huesos enferma y ya no se separa ella misma de ellos y de los tendones, haciendo de alimento al hueso, mas de vínculo respecto del hueso, pero resulte gruesa y salina en lugar de grasosa, suave y viscosa, por reseca a causa de mal régimen, —entonces, a todo lo que tal pase se desmorona, a su vez, bajo las carnes
b y los tendones, retirándose de los huesos. Mas las carnes, desprendidas de las raíces, dejan los tendones desnudos y rellenos de salmuera; mas, recayendo ellas a la corriente sanguínea, agravan más las anteriormente mencionadas enfermedades. Pero, graves y todo como son, para los cuerpos, tales padecimientos, resultan aun mayores los a ellos precedentes: cuando el hueso no recibe, a causa de la densidad de la carne, suficiente inspiración, calentado por el moho, decae y no admite alimento; sino, al contrario, desmoronándose, revierte a alimento que, entonces, pasa a las carnes; la carne, cayendo sobre

c la sangre, hace gravísimas todas las anteriores enfermedades.
Pero lo peor de todo: cuando la sustancia de la médula enferma o por deficiencia o por algún exceso, trae por última secuela las mayores y más potentes causas de muerte al fluir necesariamente en sentido inverso la naturaleza entera del cuerpo.

Al tercer eidos de enfermedades hay que dividirlo, según
d su origen, en tres clases: el que procede de aire; el que, de flegma; el que, de bilis. Porque cuando el pulmón, distribuidor del aire para el cuerpo, no mantiene libres las salidas, taponado por mucosidades, entonces el aire por una parte no saliendo, mas, por otra, entrando más de lo conveniente, corrompe las partes privadas de respiración. Pero, por disolver y distorsionar las venas mismas, y disolver el cuerpo y tener en mitad de él al diafragma, queda el pulmón encogido, y prodúcense, por ello, millares de enfermedades dolorosas, acompa-
e ñadas de gran sudor. Mas, frecuentemente, al desintegrarse en el cuerpo la carne, el aire producido, no pudiendo salir trae los mismos padecimientos que los aires que de fuera han entrado; que llegan a máximas cuando, rodeando el aire los tendones y las venas adyacentes e hinchándolos, estira los grandes tendones y los tendones contiguos hacia atrás respecto de aquéllos. En efecto: de padecer tal tensión conjunta se denominaron tales enfermedades "tétanos" y "retrotétanos". Aun
85a el remedio de ellas es rudo, porque las solventan, sobre todo, ataques de fiebre.

También la flegma blanca resulta peligrosa a causa del aire recogido por las burbujas; mas, si tiene respiraderos hacia afuera del cuerpo, resulta más benigna; pero motea el cuerpo de manchas blancas y cría las enfermedades del mismo género que ellas. Pero mezclada con bilis negra y, difundiéndose por las circunvoluciones de la cabeza, que son las más divinas, las perturba; durante el sueño actúa más benignamente; pero, al atacar a los despiertos, resulta más dificultosa de eliminar. Mas por ser enfermedad de naturaleza sagrada llámasela con
b toda justicia "sagrada". La flegma acre y salina es manantial de todas las enfermedades que resulten catarrales; y han recibido toda clase de nombres porque los lugares a que fluyen son de toda clase.

Cuantas enfermedades se llaman "inflamatorias" —por lo de quemarse e inflamarse el cuerpo— todas ellas se originan de bilis. Pues bien: al darse un respiradero exterior, y hervir,

emite toda clase de erupciones; mas, encerrada dentro, produce muchas enfermedades de estilo "quemaduras de fuego". Pero
c la mayor de todas es cuando la bilis, mezclada con sangre pura, saca a la fibrina del lugar propio, que es estar diseminada por la sangre para que mantenga coajustadas delgadez y densidad y no se derrame, por el calor, cual líquido desde lo poroso del cuerpo ni resultando difícilmente movible por demasiado densa,
d dé vueltas y vueltas en las venas.

Lo oportuno en esto lo conserva la fibrina por la génesis misma de su naturaleza. Cuando se la recoge de sangre muerta y conservada en frío, derrámase lo demás de la sangre; mas, si se la deja, consolídase prestamente con el frío circundante la sangre. Por tener, pues, tal poder la fibrina sobre la sangre, la bilis —que procede naturalmente de sangre vieja y, a su turno, partiendo de la carne, se disuelve en ella— al caer, caliente y húmeda, poco a poco al comienzo, sobre y dentro de ella, la solidifica por tal poder de la fibrina; pero, consolidada
e y violentamente enfriada, trae consigo internos fríos y temblor. Mas cuando la bilis afluye más abundante, dominando con su propio calor a la fibrina, agítala hasta desordenarla con su hervor y, si llegara a dominarla suficientemente hasta el final, penetrando hasta la sustancia de la médula y quemándola, desataría de por sí las amarras del alma, cual si fuera nave, y la pondría en libertad. Mas cuando es poca la bilis y el cuerpo resiste a la disolución, ella es la dominada y o bien derrámase por todo el cuerpo o es expulsada a través de las venas hacia el vientre inferior o superior; y expulsada así del cuerpo cual
86a fugitiva de ciudad en guerra civil, produce diarreas, disentería y todas las enfermedades de tal clase. Pues bien: cuando el cuerpo se enferma sobre todo por exceso de fuego, se producen constantes quemaduras y fiebres; cuando por el de aire, fiebres diarias; cuando por el de agua, tercianas, ya que ésta es más lenta que aire y fuego; pero cuando por el de tierra —que es, en cuarto lugar, el más lento de estos cuerpos— por purgarse en períodos temporales de a cuatro, produce las cuartanas, —difíciles de curar.

b Y tal es la manera como vienen a engendrarse las enfermedades del cuerpo. En cuanto a las del alma, provenientes de tal estado del cuerpo, la manera es ésta: convengamos en que "demencia" es enfermedad del alma. Pero hay dos géneros de demencia; el uno, la locura; el otro, la ignorancia. Cual-

quier paciente de tal padecimiento tiene uno de los dos; llámeselos "enfermedad". Hase de mantener que placeres y penas excesivos son las máximas enfermedades del alma; porque cuando un hombre está gozoso en demasía o, por el contrario,
c padeciendo en demasía penas, tiende a agarrar, como y cuando sea, una cosa y huir de otra; no es capaz ni de ver ni de oír correctamente nada; se debate, más bien; y entonces, menos que nunca, es capaz de razonamiento alguno. En quien se produce en la médula semen abundante y a riadas —cual árbol recargado de frutos más de la ajustada medida— se dan y llega a tener, por eso, muchas congojas, pero también muchos placeres en los apetitos y en los consiguientes resultados, llegando a estar, por tan grandes placeres y penas, enloquecido la mayor
d parte de la vida; enferma e insana el alma por culpa del cuerpo. Se lo reputará no por enfermo, sino por voluntariamente malo. Pero la verdad es que la incontinencia en lo afrodisíaco —causada, en su mayor parte, en ese estado de fluidez a raudales de algo corporal por la porosidad de los huesos— ha llegado a ser enfermedad del alma. Y, en efecto, todo lo que, en tono de reproche y cual si fuera maldad voluntariamente querida, se llama "incontinencia en el placer", no merece, en rigor, reproche, porque nadie es voluntariamente malvado; que el mal-
e vado se hace malvado a causa de un cierto estado habitual malo del cuerpo y malacrianza; ambas cosas, odiosas a todos y que sobrevienen al que no las quiere. Y una vez más: respecto de las penas, efectiva y parecidamente el alma adquiere, mediante el cuerpo, muchos males.

Porque cuando los hombres procedentes de flegmas ácidas y salinas, y cuantos son amargos y biliosos, errando a través del cuerpo no consiguen ventilación encerrados dentro, mezclando sus propios vapores con el movimiento del alma, que-
87a dan confundidos, causando en el alma enfermedades de toda clase, —mayores y menores, pequeñas y grandes. Metidos tales humores en las tres regiones del alma, a la que cada uno de ellos ataque la motea de los eídoses de carácter y genio difíciles; la motea de atrevimiento y cobardía, y, a la vez, de desmemoria y tontería. Además de esto; cuando, con hombres de
b tal condición, resultan parecidamente malos regímenes políticos, y hácense malos discursos, privados y públicos, en las ciudades; además, cuando no se aprende desde la niñez ninguna lección que lo remedie, todos los malos llegamos a ser malos

de esta manera: por dos causas involuntarísimas. Por ello hay
que encausar siempre a los progenitores más bien que a la
progenie, a los criadores más bien que a las criaturas; hay que
esforzarse —como una pueda, mediante crianza, tareas y en-
señanzas— en huir de la maldad; pero agarrar lo contrario.
Pero esto, por cierto, es asunto de otra clase de razones.

c De nuevo, a lo complementario de esto: lo concerniente
a los remedios de cuerpo y mente, por qué causas se obtengan,
ha una vez más de dársele verosímil y adecuado tratamiento,
porque es más justo se razone sobre lo bueno más detenida-
mente que sobre lo malo. En efecto: lo bueno es bello; mas
lo bello no es des-mesurado; así, pues, viviente que haya de
ser bello tiene que ser con-mensurado. Empero, de las con-
mensuraciones, unas, las pequeñas, las discernimos sensible-
mente y sobre ellas razonamos; pero con las más importantes
d y grandes nos comportamos irracionalmente. Porque, respecto
de salud y enfermedad, virtud y vicio no hay con-o-desmesura
mayor que la del alma misma respecto del cuerpo mismo.
Nada de esto consideramos; ni pensamos en que cuando un
eidos más débil e inferior hace de vehículo de un alma fuerte
y en todo grande —y cuando, al revés, pasa en esto lo con-
trario— el viviente, en cuanto todo, no es bello, porque está
desmesurado respecto de las máximas con-mensuraciones. Em-
pero, el viviente que se haya de opuesta manera resulta para
quien pueda mirarlo el más bello y amable de todos los espec-
e táculos. Al modo, pues, que un cuerpo, patilargo o asimétrico
respecto de sí mismo por cualquier otro exceso, es feo, a la vez
que, en trabajos comunes es para sí mismo causa de gran
fatiga, de muchas torceduras y caídas por la torpeza de movi-
mientos, o sea: de males por miles, esto mismo hay que pensar
también respecto de ese conjunto de ambos que llamamos
"viviente": que, cuando en él, por estar el alma en gran
apasionamiento, resulta más fuerte que el cuerpo, remeciéndolo
íntegro rellénalo interiormente de enfermedades; y cuando el
88a alma se da intensamente a aprender e investigar, lo deshace;
a su vez, cuando el alma dada, en público o en privado, a en-
señar y discutir con razones, le sobrevienen controversias y
rivalidades, inflama al cuerpo, lo destroza y acatarra; engaña
a la mayoría de los llamados médicos, haciendo que encausen
a lo que no es causa.

Además: cuando un cuerpo, grande y rebosante de alma,
resulta unido por nacimiento con entendimiento pequeño y

débil —por haber en la naturaleza humana dos apetencias: la
b de alimentación por parte del cuerpo, la de sapiencia por parte de lo más divino de lo nuestro— predominan los movimientos de la parte más potente y acrécense los de ella; mas hacen a lo del alma obtuso, tardo y desmemoriado, produciendo en ella esa máxima enfermedad: la ignorancia. Para ambos, no hay sino una manera de salvarse: no mover al alma sin el cuerpo, ni al cuerpo sin el alma, a fin de que, protegidos ambos, re-
c sulten equilibrados y sanos. El matemático o cualquiera de los que se ejercitan en algo cuidadosa e intensamente mediante el entendimiento han de proporcionar al cuerpo movimiento, tratado según la gimnástica; mas quien modele solícitamente el cuerpo, ha de recompensar, a su vez, los movimientos del alma, sirviéndose de música y de toda clase de filosofía, si quiere ser, con justicia, llamado "bello"; y, a la vez, con rigor, "bueno".

Pero, según esto mismo, hay que cuidar también de las
d partes, imitando el eidos de el Todo. Porque, quemado o enfriado interiormente el cuerpo por lo que en él entra, y, en otra vez, resecado o humedecido por lo de fuera, y sufriendo las secuelas de ambos movimientos, siempre que, estando en reposo, entregue el cuerpo a tales movimientos, dominado por ellos perece del todo. Pero, si alguien imita lo que hemos llamado "criador y nodriza" de el Todo, y no deja sobre todo y jamás que el cuerpo quede en reposo, sino que lo mantiene en movimiento y, produciendo continuamente en él algunas
e vibraciones, lo defiende contra los movimientos internos y externos naturales y haciéndolo vibrar moderadamente arregla ordenadamente entre sí y según afinidades mutuas cuanto de errante pasa en el cuerpo y sus partes —a tenor del precedente razonamiento hecho al hablar nosotros de el Todo— no permitirá, poniendo un contrario junto a otro contrario, que se produzcan en el cuerpo guerras y enfermedades, sino que,
89a poniendo amigo junto a amigo, aportara, obrando así, salud.

En cuanto a los movimientos, el mejor lo es el de sí mismo por sí mismo, porque es el máximamente congénere con el movimiento intelectual y el de el Todo. El que por virtud de otro, es inferior; mas es pésimo el que, estando el cuerpo descansando y en reposo, lo mueve mediante otros y parte a parte. Por lo cual, respecto de las purgas y recomposiciones del cuerpo, el mejor es el gimnástico; el segundo, el oscilatorio, tanto

en botes como en cualesquiera translados que no produzcan cansancio. El tercer eidos de movimiento —útil alguna vez para quien no tenga más remedio; pero, por lo demás, de manera
b alguna aceptable para quien tenga entendimiento— es el medicinal que resulta de purgas con drogas; porque no se ha de irritar con drogas enfermedades que no ofrezcan gran peligro; porque toda recomposición de una enfermedad se parece, de alguna manera, a la naturaleza del viviente. Y porque la constitución de las enfermedades tiene, desde su origen, determinados tiempos de vida, cada una y su género entero, también el viviente, por ser tal, nace teniendo predeterminada la vida —aparte de lo que, por Necesidad, le pase— porque, ya desde
c el comienzo, los triángulos de cada uno se coajustan de modo que su poder baste para un cierto tiempo, que, tal vez, no llegue la vida a vivirlo hasta el límite. Y de la misma manera respecto de la constitución de las enfermedades; siempre que alguien, con drogas, las destruya contra lo predeterminado en el tiempo, es como si quisiera que las enfermedades de pequeñas se hagan grandes y a la vez de pocas muchas. Por lo cual, en la medida en que uno disponga de tiempo, ha de
d educarlas con dieta; pero no irritar, con drogas, a un mal rebelde.

Respecto del viviente, cual todo, y de esa su parte: la corporal, cómo uno vivirá, sobre todo, de manera racional educándose y siendo educado por sí mismo, dese por dicho. Empero, más y primero, se ha de preparar, en lo posible, al futuro educador para que sea superlativamente bello y bueno en tal pedagogía. Mas discurrir acerca de esto con rigor, resultara ello solo y de por sí suficiente trabajo; pero, como acce-
e sorio y secuela de lo anterior, no sería consideración fuera de propósito terminar el razonamiento de esta manera: conforme a lo que hemos dicho muchas veces: que hay domiciliados en nosotros, y en tres lugares, tres eídoses de alma, cada uno, de hecho, con sus propios movimientos, hablemos también ahora, así y brevemente, de ellos. El eidos inactivo y en reposo de sus propios movimientos llega a ser necesariamente el más débil; pero el que en ejercicio, el más fuerte. Por lo cual se ha de procurar que sus movimientos relativos resulten con-
90a mensurados. Respecto del eidos más señorial de nuestra alma hay que considerar esto: que Dios nos lo ha dado a cada uno cual "daimonio"; que este eidos de alma, tal afirmamos, habita en el ápice de nuestro cuerpo; y que —diciendo que nos

levanta, por no ser planta terrenal sino celeste, de la tierra
hacia el cielo, pariente nuestro— hablaríamos correctísima-
mente; porque, suspendiendo de él —origen primero de nues-
tra alma— cabeza y raíz, lo divino enderezaría el cuerpo
b entero. Pues bien: en quien se entregue a las apetencias y
rivalidades y en ello ponga gran trabajo engendráranse, por
necesidad, opiniones, mortales todas ellas. Y aún más: en la
medida en que le es posible sobre todo al mortal, nada le
faltará para ser mortal, ya que así ha crecido. Pero quien se
haya esforzado en aprender y pensar verdadero, y ejercitádose
muchísimo, más que en ninguna otra cosa suya, en esto, de
toda necesidad pensará lo inmortal y lo divino, caso de acertar
con la verdad, en la medida que cabe participe de la inmorta-
c lidad la naturaleza humana; nada le faltará en esto. Mas por
el continuo cuidado de lo divino y por tener bien y decorosa-
mente tratado al daimonio, su cohabitante, será bienaventurado
de distinguida manera. Ahora bien: para todos y en todo lo
único a cuidar es dar a cada uno alimentación y movimientos
apropiados. Con la parte divina en nosotros nos son movimien-
tos emparentados los discursos y revoluciones de el Todo.
d A ellos ha de seguirlos cada uno, rectificando las revoluciones,
distorsionadas en la cabeza por el nacimiento; aprendiendo
bien aprendidas las armonías y revoluciones de el Todo; que,
a tono con la prístina naturaleza, el pensante se asemeja a lo
pensado; asemejado, conseguirá ese fin: el de vida óptima
propuesta, para el presente y futuro, a los hombres por los
dioses.

e Ahora bien: lo que, desde el principio, se nos asignó:
"discurrir sobre el Todo hasta la génesis de la naturaleza hu-
mana" parece estar casi terminado, porque, acerca de los demás
vivientes, cómo se engendraron, basta con breve recordatorio,
pues no hay necesidad alguna de alargarse; tal sería la manera
de tratar de todo ello que uno tendría por la más adecuada.
Sea, pues, dicho de esta manera:

De los varones engendrados, cuantos fueron cobardes y
pasaron la vida en injusticias, cambiaron en la segunda gene-
ración, y según verosímil razonamiento, su naturaleza por la
91a de mujeres. Y en ese mismo tiempo, y según eso mismo, dis-
pusieron los dioses el amor conyugal, creando en nosotros un
viviente animado; y otro, en las mujeres, e hicieron a cada
uno de esta manera: con el pasaje de salida para la bebida

—por donde los fluidos que a través del pulmón y por debajo de los riñones llegan y se descargan, oprimidos por el aire en la vejiga— perforaron los dioses un hueco en la recondensada médula que de la cabeza desciende por el cuello y a lo largo
b del espinazo, —a la que anteriormente llamamos "esperma". Mas la médula, por estar animada y tener un respiradero, insertó en la salida misma de este viviente apetencia de emisión, llevando a su final la querencia de engendrar. Por lo cual, en los varones, resultó la región natural de las partes pudendas, desobediente y autócrata, cual viviente sordo a razón, dominadora; tal es su empeño: dominar en todo por sus querencias de tábano. Mas en las mujeres, a su vez, y por las mismas causas, cuando las llamadas "matriz" y "útero": viviente in-
c terior anhelante de hacer hijos se queda infructífero durante mucho tiempo, fuera de tempero, llévalo a mal y de mala gana yerra de todas las maneras por el cuerpo; tapona las salidas del aliento, y no dejando respirar mete al cuerpo en extremados atascos y trae consigo enfermedades, muchas y variadas, hasta que conjugándolos a ambos la apetencia y el amor, cortando el fruto, cual de árboles, y sembrando en la
d matriz, cual in labrantío, vivientes invisibles por su pequeñez e informes, y separándose de nuevo, crezcan dentro hasta grandes, después de lo cual, venidos a luz, quede terminada la génesis de los vivientes.

Así es, pues, como las mujeres, y todo lo femenino, se engendró.

Mas el linaje de los pájaros provino —por transformación en plumas de los pelos— de los varones, inofensivos por cierto, mas ligeros; razonadores sobre lo Alto, pero, convencidos, por su simplicidad, de que, acerca de lo Alto, las demostraciones más seguras son las obtenidas mediante la vista.
e En cuanto al linaje pedestre y salvaje: procedió de los hombres que en nada se sirvieron de la filosofía ni siquiera se fijaron en la naturaleza de los cielos, porque ni tan sólo se sirvieron de las circunvoluciones cerebrales, sino que siguieron, cual guías del alma, a los pectorales. Por tales ocupaciones, pues, los miembros anteriores y las cabezas tienden, arrastrados por su parentesco con la tierra, a apoyarse en ella y a adquirir cráneos alargados y multiformes en la medida en que las circunvoluciones se redujeron por falta de ejercicio; y, de ellos, el género cuadrúpedo y multípedo procedió, naturalmente, de tal previo, po-

niendo Dios más bases en los más amantes, para que así ten-
92a dieran más hacia la tierra. Mas, por cuanto en los superlativamente amantes de ellos y, en general en los que extienden su cuerpo entero sobre la tierra, ya no hay necesidad alguna de pies, hiciéronlos los dioses nacer ápodos y reptantes sobre la tierra. El cuarto género: el acuático, se engendró de los hom-
b bres superlativa y máximamente insipientes y tontos, a los que sus remodeladores no juzgaron dignos ni aun de respiración pura, por tener impura el alma con toda clase de maldad; en vez, pues, de aire para respiración sutil y pura los echaron al agua, a respirarla turbia y profundamente. De ese se engendró la tribu de los peces, la de las ostras y en conjunto la de todo lo acuático, correspondiendo justicieramente a superiorísima ignorancia inferiorísima estancia. Y según esto, efectivamente,
c todos los vivientes, entonces y ahora, cámbianse unos en otros, por alternancia en pérdida o ganancia de razón y sinrazón.

Pues bien: afirmemos ahora que ha llegado ya a su final nuestro razonamiento sobre el Todo; porque habiendo recibido en sí los vivientes, mortales e inmortales, completó así *este Mundo*, resultó ser viviente visible, comprehensor de lo visible, dios sensible, imagen del inteligible, superlativamente grande, bueno, bello y perfecto: *este Cielo*, que está siendo uno y unigénito.

NOTAS AL TIMEO

17 c.

"πολιτεία" se traduce aquí por "régimen político"; no, por "constitución" que tiene ya un sentido jurídico bien determinado, mientras que πολιτεία es "régimen" de vida ciudadana (πόλις) que abarca moral, derecho, reglamentos, consejos, historia... como se verá, o leerá. Podría tomarse directamente la palabra, y decir "politeía", —cual se ha adoptado la de "política". En todo caso se ha perdido irremisiblemente la vinculación verbal— significacional entre πόλις, πολιτεία, πολίτης.

17 d.

"quehacer", ἐπιτήδευμα, fuera más ajustado decir: ocupación-y-preocupación, quehacer-y-cuidado (Cl. 1). En cuanto a "arte", τέχνη, es palabra "acorde"; resuena en ella perceptiblemente lo de artesanía-artístico. Obras de "arte" son, y han de ser, a la una, buenas (ἀγαθόν; buenos artefactos-utensilios)-y-bellas (καλόν).

"briosa", θυμο-ειδές: de eidos "ánimo", brioforme.

18 a.

"gimnástica" (γυμναστική): arte gimnástica que abarcaba, a la una, ejercicios corporales determinados y aun preparación para "concursos atléticos", "ἀγωνία", medicinales, —lugar de reunión, de conversación, de diálogo entre jóvenes, viejos; pedagogos (esclavos o sirvientes, al cuidado de los jóvenes).

"música" resonaba ("acorde", Cl. 1.6) a Musas (diosas), "educación" en ritmo, armonía, número, danza, canto..., dirigidos al alma más que al cuerpo.

18 b.

"moderado", μέτριος. Para el valor de esta palabra Cf. Cl. 1.5.

18 c.

"inventando trazas", μηχανωμένους, "maquinando". "Máquinas", μηχανή, resuena cual "acorde" (Cl. 1), a artefacto, traza, maña, maquinación, mecanismo, trampa, —más o menos a una de esas, o varias notas, según el contexto; pero sin excluir ninguna del "timbre". Ahora, "máquina" suena, casi unisignificacionalmente a "mecanismo seguro, de eficiencia específica".

18 e.

"Suerte", Τύχη, Cf. Cl. 1.6, para uso de mayúscula.

20 a.
riqueza", οὐσία (Cl. 1, 2).

21 a.
"A la diosa, en su festival", a la diosa Bendis (Diana), en la Panatenea menor, de principios de junio, inmediatamente después de la Bendideia.

21 b.
La Apaturia era una fiesta, de octubre, en honor de Baco (Dioniso). En el tercer día de ella se registraba oficialmente a los niños (κούροις) nacidos durante el año. De ahí el nombre de la fiesta κορεῶτις. O de que se los rapaba (κείρειν), o de que durante ella se sacrificaba un cordero (κούρετον).

24 b.
"orden cósmico", κόσμος. Palabra "acorde" (Cl. 1): orden-adorno, orden adornado, adorno ordenado; por estar siéndolo ejemplarmente, cual ejemplar (παρὰ-δεῖγμα), al Todo (τὸ Πᾶν) de todas las cosas (τὰ πάντα) se lo llama "Mundo", —κόσμος. Así que δια-κόσμησις es tal orden adornado; organización total (σύμ-πασαν), y coordinación (o sintaxis; σύν-ταξις).

31 b.
"en cuanto a unicidad", κατὰ τὴν μόνωσιν. La palabra μόνωσις es "acorde" (Cl. 1) de único-firme-solitario (μόνος, μένειν). Apenas uno llega a ser "único" queda abierto a dos: uno-y-dos, a tres; uno-dos-tres, a cuatro; ... y así al indefinido o ilimitado (ἄπειρον). De nuevo ἄπειρον es "acorde" de indefinido-ilimitado-infinito.

Si de "uno" no se quiere pasar, o desatar, la serie numérica infinita (indefinida-ilimitada-imperfectible) hay que hacer que tal "uno" sea único: "engendrado primogénito y unigénito" (μονογενές); tal es Cielo.

De 1 se pasa necesariamente a 2; de 2, a 3; de 3 a 4 ...; cada uno tiene que abarcar o contener (περὶ-έχειν) los anteriores. El Creador o Hacedor (ὁ Ποιῶν) del Mundo sabía muy bien tal necesaria ley aritmética, que era ley de lo real; y sabía que el punto de peligro se hallaba en "el primero". Si el primero es "único", queda excluida la serie numérica. Cielo, su primera creatura, la creó "ésta", precisamente (ὅδε), una (ἕν), unicogénita (μονογενές).

31 c.
Nótese la actuación, o necesidad, extramatemática que ejerce un término medio entre dos. El medio aritmético o geométrico —cual 2 entre 1, 3; 3, entre 2, 4, etc., no hace de vínculo (δεσμός); está, simplemente, entre ellos, simple e indiferentemente, sin unirlos y sin unirse él con ellos. 2 ni coajusta, conduce (συν-άγαγῶν) hacia sí al 1, 3, etc. Además "bello" (καλῶς) no

tiene sentido matemático para nosotros: lo tenía, y fuerte, para ellos. El medio hace de dos cosas un "par": μέσῳ, ἀμφοῖν, según los griegos. Par, pareja (ἀμφοῖν) es algo distinto de "dos". 2 como medio (puramente aritmético) entre 1, 3, no hace de 1, 3 un "par". Para hacer un Mundo, superlativamente uno, bello y bueno hace falta vincular sus partes de modo que cada dos formen un "par"; cada tres, una tríada, etc. En "Argumento" se hallarán más detalles (2.1, 2.2).

Número (ἀριθμός), masa (ὄγκος), potencia (δύναμις) parecería, dícese, referirse "número", a simples números, —cual 1, 2, 3, 4, 5...; "masa", a números cúbicos cual 2^3, 3^3, 4^3...; "potencia", a 2^2, 3^2, 4^2, etc.; y a los términos medios que entre ellos pueden formarse. Según se indica en "Argumento", el término medio, sea respecto de números (lineal), de planos, o de volúmenes no puede tomarse aquí dos veces como en una proporción aritmética continua $\frac{a}{b} = \frac{b}{c}$; $\frac{a}{b} = \frac{b}{c} = \frac{c}{d}$, etc., porque precisamente, el medio que hace de vínculo ha de ser sencillo, bien uno, para coajustar consigo los extremos. Así que $b^2 = ac$, $b = \sqrt{ac}$ no tienen sentido para el griego Timeo, puesto a describir *el* Mundo, y su formación y su permanencia.

Empero, "masa" pudiera referirse a elementos cual Tierra (T) y Agua (A); "potencia", a Aire (A′) y Fuego (F).

$$(F \rightarrow A' \leftarrow A)$$
$$(A' \rightarrow A \leftarrow T)$$

Para el griego no tienen sentido, ni solución, proporciones cual:

$$\frac{2^3}{x} = \frac{x}{3^3}; \quad \frac{2^2}{x} = \frac{x}{3^2}, \text{ etc. O sea:}$$

$$x^2 = (2 \cdot 3)^3; \; x = \sqrt{6^3}, \text{ etc.}$$

32 b.

"κατὰ τὸν αὐτὸν λόγον", "ἀναλογία", véase Cl. I.1: Argumento 2.1. Respecto de κατὰ τὸν λογισμόν τόνδε, λογισμός une más definidamente *cuenta* con razón. Es cálculo racional, o razón calculada (λόγος, λογισμός).

34 a.

El movimiento circular está, aquí, filosóficamente caracterizado por identidad triplicada o trirreforzada κατὰ ταὐτὰ ἐν τῷ αὐτῷ καὶ ἐν ἑαυτῷ, identidad reforzada a cada rotación (στρεφόμενον). Girar no es simplemente repetir *n* veces un período (un camino ὁδός, circular περὶ) sino reidentificarse a sí mismo por sí mismo; repetirse a sí mismo. Al contrario de los otros seis movimientos (derecha-izquierda, izquierda-derecha; arriba-abajo; delante-detrás).

Se los rechaza para movimiento de Mundo, por su falta de identidad. Son lineales, —de una dirección y dos sentidos inversos cada uno, discontinuos por tanto.

34 b.

Refuerzos constantes de identidad: αὐτὸν αὑτῷ (dos veces aquí).

"de éstas" (las naturalezas de lo Idéntico y de lo Diverso, que son, por ser eídoses, impartibles, ἀμερεῦς).

35 b.

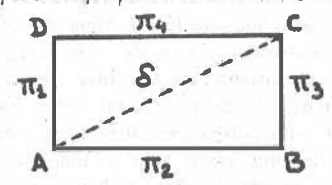
"Lote" (Μοῖρα, μοῖρα) no es simplemente "lote"; es lote resonante a las Moiras, o Parcas (Cl. 1.6). La resonancia o notas del "timbre" del diálogo —a matemáticas y religión— caracteriza un diálogo griego.

36 a-e.

Véase "Argumento", Parte primera, E.

El movimiento del círculo (franja) externo (C_1) es el propio de Idéntico, —de la Esfera celeste, el diurno: repetido, reidentificado cada día, él mismo a pesar de la multitud de días, años... Pero una esfera (o círculo-franja) puede rodar en cualquier dirección y sentido, indiferentemente. El Hacedor decidió, y lo echó a rodar lateralmente, hacia la derecha (κατὰ πλευράν ἐπιδεξία). "Lateralmente" no es según un lado, o recta: ya que recta, y moverse en recta, es una de las figuras y uno de los movimientos excluidos del Cielo: del alma del Mundo (34 a). El círculo (franja) interior (C_2) —el de lo Diverso— tampoco puede moverse según ninguna recta, —no cabe hablar de lado y diagonal (διάμετρον) de un paralelogramo.

Las palabras πλευρά y διάμετρον deben tener aquí otro significado que en



Además caben en cada una de las dos dimensiones (AB, AD; AB, BC) dos sentidos: en π_1, (AD, DA); en π_2, (AB, BA), etc. En la diagonal (diámetro) (AC, CA).

1) Primera oposición entre los sentidos de rotación de ambos círculos (C_1, C_2): hacia la derecha, hacia la izquierda, o mejor, se halla su movimiento establecido, firme, en la derecha (ἐπί δεξία), el uno (C_1); en la izquierda (ἐπ' ἀριστερά), el otro (C_2). Los dos son de rotación, circulares; sólo que el sentido de su rotación es inverso; con privilegio fase C_1, hacia "derecha".

Privilegio extracientífico, según nuestros criterios. Derecha-izquierda no hacen aquí oposición correcta (como en una línea). La rotación trasciende o anula tal posición. Diríamos ahora: C_1 circula en el sentido de las agujas de reloj; C_2, en sentido contrario. C_1, C_2 circulan en sentido inverso.

2) La oposición lateral-diametralmente, tampoco puede tener sentido riguroso, referida a círculos. En el típico cuadrado unidad, el lado vale 1; la diagonal (mejor, el diámetro: "diagonal" no existe en griego con significación matemática) vale (dicho en nuestro lenguaje) $\sqrt{2}$, número irracional (o alógico, ἄλογος, en terminología griega), por inconmensurable con la unidad (Cf. para μέτρον, Cl. 1.5). Asi que "diámetro" es término atribuible al círculo C_2; "lado", al C_1. (Tal vez haya que interpretar διά-μετρον como "oblicuamente", respecto de πλευρά) cual derecho. (Cf. πλαγία, 39 a). Ninguno de ellos se mueve según ninguna recta, ni lateral ni diametral. El Mundo en conjunto no se mueve, no puede moverse en sí-para sí-consigo, sino en círculo. Significa, pues, verosimilmente, la frase "rodar lateralmente", atribuida a C_1, que C_1 es la unidad de medida de longitud; su circunferencia es de "longitud-unidad" (unidad de medida); que C_2 se mueva "diametralmente" significaría que la longitud de su circunferencia es número irracional, semejante a $\sqrt{2}$, —a la "diagonal" del cuadrado unidad. Ya que numéricamente $\sqrt{2} > 1$, el que la longitud de C_1 sea unidad sólo puede tomarse en sentido de "norma", "de primaria", al modo que, en cualquier orden, unidad de medida (metro, litro, gramo...) conserva su carácter de "norma", de "medidora", aun respecto de magnitudes mayores.

Teniendo presente las modificaciones que los eídoses de Idéntico y Diverso imponen a todo lo matemático-físico-astronómico que aquí se dice, adviértase para terminar este punto: a) Doblar cada una de las franjas en círculo y juntar los extremos de cada una puede ser tomado casi literalmente, dado el valor clásico filosófico-matemático-físico de "círculo" (banda circular). b) Entre las dos bandas, una interior (C_2) a otra exterior (C_1) cabe contacto (ξυνάψας), mas no unión; no sólo porque tal unión impediría la rotación de ellas en sentido diverso, sino porque no cabe unión entre Idéntico y Diverso. c) La relación de inclinación entre lado y diámetro pudiera aludir a la inclinación entre ecuador celeste y eclíptica. Timeo ni siquiera menciona por sus nombres a los "planetas", seis en seis círculos desiguales, según 2, 4, 8; 3, 9, 27; intervalos dobles y triples ya introducidos (35 b). Lo importante a hacer resaltar es: 1) la introducción de geometría-aritmética en Astronomía de origen divino y entre dioses "visibles"; 2) que todo ello, a pesar del contacto entre I, D, contrariedad de sentidos de rotación, de inclinaciones, de series numéricas divergentes-una de otra (2, 4, 8; 3, 9, 27) está llevado según cuenta-y-razón "ἐν λόγῳ φερομένους". La cuenta se lleva según enteros. El 1 se reserva para el C_1. 3) Por la preeminencia en dignidad y tiempo del

alma el Dios crea en ella el molde "geométrico-aritmético-cinético" antes de crear e introducir "cuerpo", o todo lo corporiforme (σωματο-ειδές), dentro de C_2, cual el propio relleno de tal molde.

37 a, b, c.

El Alma del Mundo —tanto en su extracuerpo (C_1) como en su intracuerpo (C_2)— va diciendo (λέγει) durante su rotación lo que son o están siendo las cosas en cuanto a identidad y diversidad; y es tal razón empalabrada y palabra enrazonada (λόγος, Cl. I) verdadera (ἀληθής); habla sin sonido y sin eco.

37 d.

"coordinar", διακοσμῶν, al ordenar decoradamente o decorar ordenadamente: hacer, pues, de Cielo Mundo (κόσμος, Cl. I). Uno de sus adornos ordenadores, según número, es el Tiempo. "Adorno" por lo que tiene de εἰκών: de imagen o icono; no, de realidad de verdad (ὄντως); "ordenador", por ordenar según números-medidas concretas; días, años... "Tiempo es eterno (eternamente) icono progrediente según número", κατ' ἀριθμὸν ἰοῦσαν αἰώνιον εἰκόνα.

"Eternidad permanece en unidad" (μένοντος ἐν ἑνί). Tiempo es imagen trans-eúnte (ἰοῦσαν) según número (1, 2; 2, 1); para día-noche; repetidos tales pares (apareados) indefinidamente (1, 2... 12), para meses; repetidos (1, 2... 12; 12, 11... 2, 1) indefinidamente...; mas son imágenes o iconos del I (primario, único) de Eternidad. 1 día es imagen de I; 1 mes es icono de I; 1 año, lo es de I, y así indefinidamente, "eternamente" o "eterniformemente". I (o unidad primaria, y, por primaria, única, extraserie) asegura las unidades (pares, docenas, año) de sus imágenes, 365 días - *1* año, imagen de I (Eternidad); 30 días - 1 mes; *1* mes, imagen de I (eternidad) *1* día, imagen de I, etc.

Para que 1 día, 1 mes, 1 año sean "imágenes" de I, es preciso que, de alguna manera, sean "permanentes", respecto de sus partes —día, noche; treinta, trescientos sesenta y cinco. Algo así cual "tres veces uno" son "tres de una vez". 1 + 1 + 1 = 3; "veces" (vez) es forma temporal; es la manera (original) como el tiempo fracciona (hace sucesiva) una magnitud. El tres tiene, a la vez, en una vez, necesariamente, sus tres unidades. Mas tal fraccionamiento en "veces" no rompe la unidad superior, propia del tres, —de 5, 6... de un número cualquiera.

"Tres veces 1 = 3 de una vez". Eso "de una vez" es propio de tiempo (de algo temporal) en cuanto imagen de la unidad permanente de eternidad: que es estar siendo todo "de una vez". Tal unidad no impide el que haya imágenes suyas, consistiendo lo de "imagen": 1) en "ser en veces" otro lo que ella es "de una vez", "a la vez"; 2) en que resulten en otro de sus veces

"una vez" superior, —de 365 días, o 1 día 365 veces, resulte 1 año (algo que está siendo de una vez, a la vez, etc.).

En lenguaje nuestro:

$$1 . n = n . 1 = n$$

1 en *n* veces es igual a *n* de una vez; igual al número *n*, —así en bloque propio ya.

Solamente así tiempo resulta "imagen", "eternamente" imagen de Eternidad.

37 e.

Día, noche, mes, año (repetidos, circularmente) son partes (μέρη) de Tiempo. Son partes; no, partecitas (μόριον). Son ellos partes naturales de Tiempo, de un tiempo imagen de Eternidad, que es Unidad —a la vez y en una vez— de todo. Hora, minutos, segundos... serían partículas, partes innaturales, o contranaturales de T y de E. La unidad (I) de E no deja ir más allá (de día, noche...), *si* tiempo ha de ser (estar siendo) realmente "imagen" de E.

Apenas no se exija definir el T cual "imagen" real de E, —sino se lo defina por relación a otra cosa: Luna, Sol... conconexos con E— el fraccionamiento (el número de veces) de T aumentará indefinidamente. Día, 24 horas; hora, 60 minutos; minuto, 60 segundos; segundo... Ni minuto, ni segundo, ni milésimas de segundo... son "imagen" de E: de I.

La correlación: era-es-será no vale de E. Son eídoses que le han nacido a T (χρόνου γεγονότα εἴδη): eídoses "naturales de T".

38 a.

La circulación de C_1 y C_2 produce o exige que las partes propias de un T que sea imagen de E se cierren en círculo, imiten a la E de C_1, C_2 circulando según número: χρόνου αἰῶνα μιμουμένου καὶ κατ' ἀριθμὸν κυκλομένου· Dan círculo (de 1er. grado) "día-noche"; treinta de tales círculos dan un círculo superior (de 2º grado): El Año...

Esta exigencia de "cerrarse en círculo", y el hecho de que el T se componga de partes "cerradas en círculo", —de 1º, 2º, 3º...— grado, proviene, o es, de su carácter de "imagen" de E.

Toda periodicidad (κύκλος, κυκλόμενος) es de alguna manera "circular". Y "círculo" es "de una vez" todos sus componentes. En nuestro lenguaje: cada una de los 400 billones de vibraciones por segundo de "rojo" es lo que es "de una vez", —aunque sea una-de-los 400 billones de "perío-odos", cada uno completo. Percibidos "a la vez", "a la una" y "en uno" son "el rojo visto", lo visto cual rojo.

Digamos con Timeo: "Tal vez no sea conveniente oportunidad discutir eso, ahora y con rigor" (38 b).

38 c.

Sol queda incluido entre los planetas por pertenecer a la franja de lo Diverso. Sol y Luna, y los cinco astros restantes, sirven para "definir (διορισμόν) y guardar (φυλακή) los números de Tiempo. El Sol define (aun geométricamente) su trayectoria (ὁ περίοδος) como circular, y la guarda o es su guardián: día-noche-noche... (1, 2; 2, 1; 1, 2, 2, 1...) (1, 2, 3... 365 días) —(1, 2, 3... 365 días)...; día, mes, año, son números propios (1, 30, 365...) de Tiempo; no, otros números. Sol, Luna los definen geométricamente y los observan numéricamente.

38 d.

La *diversidad* de direcciones de rotación y de velocidad proviene, en su razón primaria, de la inclusión de Sol, Luna, Mercurio, Venus... en la franja de lo Diverso. Esta es la razón misma por la cual (κατὰ ταὐτά) les pasa eso.

39 b.

"medida evidente", μέτρον ἐναργές. Cf. Cl. I. 5. "Medida" es "medida-y-unidad (de medida)". Para que tal medida sea patente, deslumbrante, colocó Dios "Luz" (Φῶς) en el círculo...; tal medida (unidad) hace que participen de Número los vivientes: del Número del Año, que es la unidad de medida propia de Sol, definida por su órbita (circular) anual. *Un* año, o Año, es unidad de que participan los vivientes (a quienes va bien tal número total de días, meses): es un periodo de vida y funciones, repetible. Vivientes y Sol han aprendido tal unidad —a serla y vivirla— del movimiento de Idéntico.

39 d.

"el número perfecto de Tiempo" colmará el Año Perfecto: τέλεος ἀριθμός χρόνου τὸν τέλεον ἐνιαυτὸν πληροῖ. "Número perfecto" no indica número perfecto aritmético. Los números perfectos (aquellos que son igual a la suma de sus divisores, cual el mínimo de ellos, el 6, $6 = 1 + 2 + 3$) son 6, 28, 496, 8128, 33556336, etc. El número perfecto de Tiempo —no, de aritmética— parece ser el de 36.000 (o 30.000) años corrientes, aunque Timeo no lo menciona explícitamente; indica su caracterización: "una" recapitulación, reversión y conmensuración de los ocho periodos con el periodo de círculo de lo Idéntico. Al cabo de tal número perfecto de Tiempo, el Mundo llega a estar siendo semejantísimo (lo más posible: ὡς ὁμοιότατον, no cabe más en el círculo de lo Diverso) al Viviente perfecto e inteligente.

40 a, b.

El movimiento circular es propio de los vivientes celestiales (dioses) por una razón ontológica: por su doble potencia de identidad en lugar: ἐν ταυτῷ κατὰ ταυτά, y otra de doble pensamiento: περὶ τῶν αὐτῶν τὰ αὐτὰ ἑαυτῷ διανοουμένῳ. Rotación-y-reflexión. Además de tal rotación seipsirreflexiva men-

tal poseen un movimiento hacia adelante (πρόσθεν), no lineal, impuesto a la fuerza (κρατουμένῳ) por la Revolución de lo Idéntico y Semejante. Que es la Revolución, o Circunvolución (περὶ-φορά) perfecta, que no va hacia adelante en modo alguno.

40 d.

"ayuda visual de instrumentales imitaciones", δι' ὄψεως τούτων τῶν μιμημάτων parece referirse a instrumentos cual planetarios, o procedimientos cual el de las dos franjas descrito en 36 c. También pudiera querer decir Timeo, sencillamente, refiriéndose a los dioses visibles (Sol, Luna, Mercurio, Venus...): "hablar según cuenta y razón" (λόγος, Cf. I, 1) de sus conjunciones, oposiciones... fuera trabajo vano sin la vista de ellos, que son a su vez (αὖ) imitaciones "del círculo de lo Idéntico", y su movimiento es perfecto. Ellos (hechos de Fuego) nos dan a ver éstas sus conjunciones... que son, a su vez, ellas mismas imitaciones de...

41 e.

"órganos de Tiempo", ὄργανα χρόνου, o instrumentos que lo miden son los astros, —Sol, Luna...; y luminosamente lo ostentan medido. Ellos son "relojes" divinos, imitación de El Gran Reloj: el del círculo de lo Idéntico.

43 a.

"las almas están liadas con grande río", —de las seis clases de movimiento, ni dominante sobre ellas ni dominado por ellas, dejando, por tanto, un campo a Suerte, Azar (ἀτάκτως, τύχοι, ἀλόγως). Composición, o componendas, entre Necesidad (racional, λόγος) y Azar (τύχη). Tal es la realidad con la que el Alma está liada (ἐν-δεθεῖσα). Y de ello surgen "sensaciones" (αἰσθήσεις) tales, resultantes de Necesidad y Azar. Parentesco verbal entre αἴσθησις y ἀΐσσειν (flechar, disparar).

43 d.

Frenan o lían el movimiento de Idéntico que en ellas hay, además del Diverso. No, el movimiento de Idéntico, propio de la Esfera celestial (externa).

44 e.

Al cuerpo señala Timeo tres funciones artificiales: es vehículo (ὄχημα), es mecanismo (μηχανή, divino por su origen); es casa o habitación (οἴκησις) del alma.

45 a.

Rostro, πρόσωπον, órgano para (πρός) ver (ωπον) y para ser visto por otros. Los ojos son portaluces (φώσφορα, fósforos), productores o emisores de luz propia "luz plácida, casera de cada día". Fuego que no quema. A con-

tinuación viene una explicación científica (verosímil, Cf. "Argumento", Advertencia segunda) de visión y visto.

45 c.

De la luz que sale de los ojos del cuerpo y de la que sale de los cuerpos surge "un cuerpo" (ἓν σῶμα) familiar (οἰκειωθέν), por ser de dos luces. Mas es "cuerpo" tal luz compuesta.

46 c.

espejo, liso, mas elevado de parte y parte, o sea, "cóncavo" de curvatura, frente a espejo liso-y-llano.

48 e-49 a.

Para la significación de εἶδος, ἰδέα, véase Cl. III.1.

49 d, e.

Grados descendentes de designación de tres grados descendentes de ser, de estar siendo: τόδε, τοῦτο, τοιοῦτον: esto precisamente, esto, tal. Para lo que está siendo (ὄντα) lo que es (Agua, Aire...) de manera firme (μόνιμα βέβαιον), τόδε, τοῦτο; para lo que esté siendo (agua, aire...) de varias maneras, es decir, engendrándose, decir de ello que es "tal" (o cual). Agua, quisiagua; Fuego, quisifuego...

51 b, c.

Para la fuerza de las frases técnicas "αὐτὸ ἐφ' ἑαυτοῦ, αὐτὰ κατ' αὑτά" véase Cl. II.2; III.1; "ella en cuanto ella misma", etc.

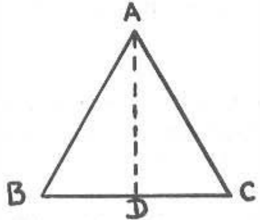
52 c, d.

Cual son diversos εἶδος y εἰκών entre sí, aunque correlacionados unilateralmente (o asimétricamente). Imagen es *imagen de* un eidos. Eidos es *dechado de* sus imágenes. Imagen-dechado es una correlación, con peso de ser cargado en eidos. Este es ser (ὄν, ὄντως, ὄντως ὄν); la imagen es "quisiser", τοιοῦτον; para ser real "ha de agarrarse de una u otra manera (ἁμωσγέπως) de 'esencia' (οὐσίας)"; de ente que sea ente en propiedad.

53 b.

"arrancar a organizarse el Todo", ἐπεχείρετο κοσμεῖσθαι; emprender, tomar en sus manos (ἐπὶ-χείρ), el Todo organiza*se*: ordenar*se* adecuadamente o adornar*se* adecuadamente; además "se", es decir: hacerse tal el todo a *sí mismo*, por *sí mismo* ordenado y adornado; y no quedarse en "ser ordenado por otro", ni aun por Dios, sino, si de El provino, el ordenar, el Todo, precisamente por ser Todo y para ser Todo, ha de reobrar, recobrar*se*, y ordenarse él por sí mismo. A. acción-pasión —ser ya en sí y de por sí. Reabsorber fase pasiva. Ser hecho *ser*, es *serse*. Más adelante se dice "*se* dio configuración mediante eidoses y números" (δι-εσχηματίσατο).

53 a, d.



El triángulo ABC equilátero (AB = BC = CA) tiene el ángulo (BAC) dividido por la mitad por la perpendicular AD. Resultan, pues, dos triángulos ABD, con un ángulo recto BDA, y ADC con un recto (CDA). En el triángulo ADB, vale AB = 2BD. La perpendicular AB bisecciona el ángulo BAC y el lado BC = AB. $(AB)^2 = (BD)^2 + (AD)^2$ (Timeo lo da por conocido); luego $(2BD)^2 = 4(BD)^2 = (BD)^2 + (AD)^2$; luego $3(BD)^2 = (AD)^2$. (Se da por conocido).

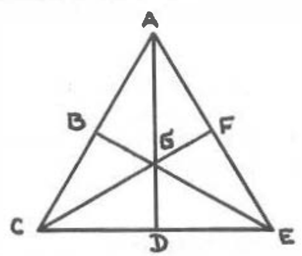
Nótense los puntos siguientes: 1) ἐπίπεδον es superficie plana, llana para los pies (ἐπι-πεδον, ποῦς). A ella se contrapone, y con ella se complementa, βάθος que es profundidad. No emplea Timeo, tal vez no se usaba aún, el término ἐπιφάνεια, cual "género" para "superficies" planas y curvas; esa palabra indica lo aparente (a luz, φάνεια, φαίνεσθαι, φάος) de los cuerpos: lo que está por encima de ellos (ἐπί); y se contrapone y complementa con στερεόν que es lo sólido-y-privado (de luz). Timeo habla de "base plana", base para apoyar el pie, τῆς ἐπιπέδου βάσις. Lado, πλευρά, es también —como "plano" y "profundo"— palabra corriente, de inmediato uso vulgar, real. Lo mismo ἰσόσκελες: de "piernas" iguales. 2) "según cuenta-y-razón", ἀνά-λόγον. Cf. I. 1. Para el sentido de "en medio" (ἐν μέσῳ), véase "Argumento" (2.1).

54 b.

"el cuadrado", κατὰ δύναμιν, del lado mayor. "Lo que puede" una línea (un lado) es dar un cuadrado, un plano delimitado. Véase la justificación de este sentido en el diálogo "Teeteto", Argumento. El valor de la línea (recta) puede ser, en términos nuestros, $\sqrt{2}$ (un número alógico o irracional). Mas "puede" pasar a racional multiplicándolo por sí mismo ($\sqrt{2} \cdot \sqrt{2} = 2$). $\sqrt{2}$ (la línea) está "en potencia" de llegar a ser racional (2) por multiplicación de ella por sí misma (una vez): "puede" un cuadrado. La diagonal (o diámetro) del cuadrado de lado unidad vale $\sqrt{2}$; su carácter de alógico lo pierde "cuadrándolo" $(\sqrt{2})^2$, en nuestra escritura, —falsa, helénicamente, si se pretende designe un puro número; el griego elimina tal carácter no por medios aritméticos sino geométricos, pues en geometría se engendra. Igual diríamos de la escritura $3(BD)^2 = (AD)^2$. Falsifica, o encubre, el sentido griego.

54 e.

La figura a que se refiere Timeo es



El triángulo equilátero engendrado de seis escalenos es el (ACE).

Los demás detalles técnicos los aclara cualquier manual de geometría, al tratar de los poliedros regulares. Por comparación se notarán las deficiencias científicas, y las dificultades de expresión, —en la explicación de Timeo. Igualmente se halla en los manuales lo referente a la inscripción de los polígonos y poliedros regulares dentro de circunferencia o esfera.

Nótese qué criterios, extramatemáticos, predominan en estas elecciones, de entre lo científicamente posible: igualdad (ἴσον de lados, ángulos...), perfección cerrada (ἀποτελεσθεισῶν) de figuras, eidos, semejanza (ὅμοια), inclusión en la figura perfecta: circunferencia, esfera (ὅλου περιφεροῦς, de lo que da una "periferia total"); circunvolución encerrante (περι-ἐχομένης). Procedimiento sometido a armonía y melodía (συν-αρμοσθείσης ἑκάστης ἐμμελῶς), límite definiente (πέρας).

57 a.

Nótese que semejanza e identidad de algo consigo mismo (ταὐτόν αὑτῷ) hace a una realidad (del género que sea, γένος) cerrada, —ni puede obrar sobre otro, ni otro sobre ella.

58 a. b.

El período o circunvolución propia del Todo —franja exterior e interior— es rotación que abarca y delimita (συμπεριέλαβεν) todos los géneros —sencillos y compuestos— tiende, de natural (πεφυκυία) a concentrarse (συν-ιέναι) en sí misma (πρὸς αὑτήν), y por tanto comprime todo de manera que no quede región alguna vacía.

Lo cual sucede no por virtud de la circularidad geométrica del movimiento, sino por la conexión entre círculo e identidad, —identidad identificante (αὐτὴ πρὸς αὑτήν). Girar no es simplemente dar una o más vueltas; es volver uno mismo a sí mismo por sí mismo: identificarse y reidentificarse a cada vuelta.

59 b.
"adamante", ἀδάμας. Hematita, platino (?); siempre metal más duro y oscuro que el oro.

69 b.
Con-mensuraciones, συμ-μετρίας. El significado actual, y desde siglos, de "simetría" —tanto en geometría actual, como en su uso corriente— ocultaría su sentido griego, Cl. I.6. Tampoco es admisible "proporción", por su predominante significado aritmético-puro.

76 a.
"reunificada ella consigo misma", συν-ιόν αὐτὸ πρός αὐτόν; desplegarse "en círculo" (κύκλῳ). Nótese una vez más la introducción de la potencia real de la identidad y del círculo, cual logos explicativo y constitutivo de lo real, aun de "piel"....

77 a.
"inventaron los dioses una traza", θεοί μηχανῶνται, una máquina —mecanismo— artimaña (Cl. I). Por no hallar ellos una razón (λόγος), causal (γὰρ...) o final (ἵνα), tuvieron que emplear una artimaña: un tipo inferior a razón. Fase de "artimaña", de "mecanismo" pre-e-infrarracional.

77 b.
"revolviéndose él mismo en sí mismo al derredor de sí mismo", αὐτῷ ἐν ἑαυτῷ περὶ ἑαυτό. Una vez más la conexión típica —verbal y pensamental— entre círculo, identidad y potencias de identidad. Frase típicamente "académica".

79 c.
"por no existir, en manera alguna, el vacío", διὰ τὸ κενόν μηδὲν εἶναι. (Cf. 58 a, b, nota). La rotación del Todo lo hace imposible. La frase, pues, no dice "por ser nada (μηδέν) el vacío", por ser nonser.

80 c.
ἤλεκτρον, ámbar; piedra heraclia, imán. Los fenómenos o afecciones (παθήματα) descritos aquí parecían aún "maravillas", τεθαυματουργημένα. Mas pasan por entrelazamientos, entretejimientos mutuos (συμ-πλεχθεῖσιν). (Por interacción de sus campos y líneas de fuerza, diríase ahora. Campo electro-magnético).

82 b.
Una vez más la fórmula de identidad potenciada, con efectos reales de hacer ser "sano y salvo" (σῶν ὑγιὲς) al viviente. Μόνως ταὐτὸν ταὐτῷ κατὰ ταὐτὸν καὶ ὡσαύτως. Toda adición y sustracción han de hacerse ἀνα-λόγον, según cuenta-y-razón. Frases, típicamente "académicas".

83 c.

Nótese la frase, típicamente "académica", —"capaz de mirar (βλέπειν) casos muchos y semejantes, y ver (ὁρᾶν), no obstante, en ellos un determinado e intrínseco (ἓν γένος ἐνόν) género, digno (ἄξιον) de recibir el mismo nombre".

86 c.

Sobre ἄμετρον, συμμετρία, ἀμετρία, véase nota 69 b. Además Cl. I. 5. "irracionalmente", ἀλογίστως: sin saber dar "cuenta-y-razón" de algo (Cl. I.1).

87 e.

"conjunto de ambos", συν-αμφότερον. Cuerpo y alma no son, simplemente, *un* compuesto de *dos*; sino, algo más, mejor y diferente: forman un par, una pareja (ἄμφω).

88 c.

"gimnástica" (la arte...) abarca más que "gimnasia". Ejercicios corporales en vistas a concursos, a salud. Consultorio médico-y-gimnasio. Lugar de reunión, y diálogos, entre jóvenes, viejos, amigos, enamorados; pedagogos (esclavos) a servicio y vigilancia de los jóvenes.

90 a.

"daimonio", δαίμονα. Por ser los daimonios seres intermedios entre dioses y mortales —a veces, hijos de diosa o dios, con mortales; a veces, héroes...—, el eidos más señorial (κυριώτατον) de nuestra alma nos ha sido dado por dios para elevarse ella de por sí de lo mortal a lo divino. (Escribimos "daimonio", en vez de "demonio", para evitar el sentido actual, de siglos, irreformable ya de esta palabra).

CRITIAS

Lugar y tiempo del (fingido) diálogo hablado: Atenas. Hacia el 410 a.C.

Personas:

TIMEO. De Locris (Italia). Astrónomo, matemático (¿pitagórico?), especializado en Cosmogonía.

CRITIAS. Ateniense. Pariente de Platón. Poeta y orador. Presidente de los 30 tiranos (404 a.C.).

HERMÓCRATES. General siracusano.

SÓCRATES. Ateniense. De unos 60 años. Filosofante dialéctico. Oyente interesado y respetuoso de la exposición de Critias, cual lo fue ya de Timeo (en el *Timeo*).

Lugar y tiempo del diálogo redactado para publicación. Atenas. Academia. Diálogo inacabado; ¿perdido el final? ¿Redactado por alguno de los miembros de la Academia que trabajaron, con Platón de presidente, el *Timeo*? Hacia 340 (?).

Advertencias

1) Según el diálogo "Timeo", Timeo, Critias y Hermócrates han convenido en qué tema ha de tratar cada uno a fin de corresponder a la invitación que, a su casa, les hiciera Sócrates el día anterior, en que desarrolló el tema de "cuál es el mejor régimen político (πολιτεία), y cuáles los mejores varones para realizarlo".

A Timeo le correspondió tratar de "la Naturaleza de el Todo, principiando por el origen del Mundo y terminando en la naturaleza del hombre". Critias, político de profesión y ateniense, se propuso probar que los ciudadanos mejores, y el mejor régimen político, fueron, por esto y en realidad (ὄντως), los antiguos ciudadanos de Atenas —la que luchó y venció a los Atlántidas antes de que la Atlántida se hundiera— y que lo son "los ciudadanos y atenienses existentes", —no, los que Sócrates había, el día anterior, creado y descrito "de palabra" y "en la palabra" (τῷ λόγῳ).

En "Timeo", Critias prepara el futuro discurso sobre tal preeminencia —antigua y actual— de los atenienses mediante un breve relato de la leyenda, o mito, de la Atlántida, relato hecho por Solón a su familia y, en ella, conservado. En "Timeo" tal relato hace, en boca de Critias, de preludio al tema de Timeo. Termina Timeo su largo discurso; y pasa la palabra, entonces mismo, a Critias. Critias resume (108 e-109) lo dicho, aquel mismo día, cual introducción al discurso de Timeo, y pasa a demostrar detenidamente su propio tema, de manera, digna y apropiada, a político: Atenas, país elegido y Ciudad fundada por dioses. Demostrar que los atenienses primitivos y los actuales son los mejores —y su régimen político, el mejor— requiere, por comparativo y superlativo, un término de comparación y contraposición: la Atlántida y los Atlántidas. Describir a la primera geográficamente, con todo detalle y con toda la ostentación de sus innumerables riquezas; explicar el régimen político de los segundos, con no menor detalle y ponderación —todo ello durante la época de su mayor esplendor—, y terminar dando razón de su decadencia moral, antes de que les llegara, a ella y a ellos, la catástrofe final, constituía la primera parte del discurso de Critias.

Por las causas que sea, la explicación de la decadencia moral de la Atlántida y Atlántidas queda inconclusa, justamente cuando "el dios de los dioses: Júpiter, que reina según leyes" iba, tal vez, a explicar a los dioses, convocados a asamblea, qué castigo material sobrevendría intempestivamente a la isla, a sus reyes y sus varones, después del castigo moral y mortal para sus guerreros: el de ser derrotados por los atenienses.

La segunda parte del discurso de Critias debía ser, a tenor del plan general, y previo, de "Timeo", un panegírico de las virtudes políticas y guerreras de los antiguos atenienses; y una exhortación, con la natural dosis de adulancia política, a los atenienses actuales, herederos de aquellos otros, y obligados émulos de ellos.

El lector puede añadir la suya y las muchas y sutiles conjeturas que se han hecho sobre lo faltante del diálogo.

Falta también, íntegro, el discurso de Hermócrates.

2) A este diálogo se han puesto aquí solamente las notas imprescindibles para un lector no especializado ni dedicado a especializarse —en geografía, historia, política... de la Grecia antigua y prehistórica.

ΚΡΙΤΙΑΣ
ἢ
ΑΤΛΑΝΤΙΚΟΣ

ΤΙΜΑΙΟΣ ΚΡΙΤΙΑΣ ΣΩΚΡΑΤΗΣ
ΕΡΜΟΚΡΑΤΗΣ

ΤΙΜΑΙΟΣ. Ὡς ἄσμενος, ὦ Σώκρατες, οἷον ἐκ μακρᾶς 106
ἀναπεπαυμένος ὁδοῦ, νῦν οὕτως ἐκ τῆς τοῦ λόγου δια-
πορείας ἀγαπητῶς ἀπήλλαγμαι. Τῷ δὲ πρὶν μὲν πάλαι ποτ᾽
ἔργῳ, νῦν δὲ λόγοις ἄρτι θεῷ γεγονότι προσεύχομαι, τῶν
ῥηθέντων ὅσα μὲν ἐρρήθη μετρίως, σωτηρίαν ἡμῖν αὐτὸν b
αὐτῶν διδόναι, παρὰ μέλος δὲ εἴ τι περὶ αὐτῶν ἄκοντες
εἴπομεν, δίκην τὴν πρέπουσαν ἐπιτιθέναι. Δίκη δὲ ὀρθὴ
τὸν πλημμελοῦντα ἐμμελῆ ποιεῖν· ἵν᾽ οὖν τὸ λοιπὸν τοὺς
περὶ θεῶν γενέσεως ὀρθῶς λέγωμεν λόγους, φάρμακον ἡμῖν
αὐτὸν τελεώτατον καὶ ἄριστον φαρμάκων ἐπιστήμην εὐχό-
μεθα διδόναι, προσευξάμενοι δὲ παραδίδομεν κατὰ τὰς
ὁμολογίας Κριτίᾳ τὸν ἑξῆς λόγον.

ΚΡΙΤΙΑΣ. Ἀλλ᾽, ὦ Τίμαιε, δέχομαι μέν, ᾧ δὲ καὶ σὺ
κατ᾽ ἀρχὰς ἐχρήσω, συγγνώμην αἰτούμενος ὡς περὶ c
μεγάλων μέλλων λέγειν, ταὐτὸν καὶ νῦν ἐγὼ τοῦτο παραι-
τοῦμαι, μείζονος δὲ αὐτοῦ τυχεῖν ἔτι μᾶλλον ἀξιῶ περὶ τῶν 107

106 a 2 : διαπορείας fortasse A -πορίας A²F || b 9 μέν, ᾧ δὲ καὶ A : μὲν ὧδε, ὃ F || 107 a 1 μείζονος A : μειζόνως F Hermann, Schneider (1, p. 6), Burnet.

CRITIAS

Personajes:

TIMEO, CRITIAS, SÓCRATES, HERMÓCRATES

106a TIMEO. Con cuánto placer, Sócrates, cual descansando de largo camino, doy por terminada ahora, así, contento, la peregrinación del razonamiento. Al dios, nacido precisamente ahora por la palabra, aunque, tal vez desde bien antes, por la obra, ruego que nos dé conservar de lo dicho lo mesurada-
b mente dicho; mas, si, involuntariamente, acerca de ello algo fuera de tono dijimos, nos imponga el debido y justo castigo. Mas justo castigo es entonar al desentonado. Para que, pues, en lo restante hablemos correctamente acerca de la génesis de los dioses, pidámosle nos dé esa droga la más perfecta y mejor de las drogas: la ciencia. Hecha nuestra plegaria, entreguemos a Critias, según lo convenido, la continuación del razonamiento.

CRITIAS. Lo acepto, Timeo; de lo que aun tú necesitabas,
c cuando, al comienzo pediste comprensión por la grandeza de lo que estabas a punto de tratar, eso mismo solicito también yo ahora, y hasta juzgo lo obtendré aun mayor por lo que estoy
107a a punto de decir. Aunque casi casi sé que la petición que estoy a punto de hacer, es grandemente presuntuosa y más ruda de lo debido; hay, no obstante, que expresarla. Porque, que lo dicho por ti no estuvo bien dicho, ¿quién en su sano juicio, se empeñaría en decirlo? Pero que lo que se va a decir necesite, por ser más difícil, de mayor comprensión, esto es precisamente lo que, de intento se ha de mostrar. Porque, Timeo, hablar satisfactoriamente a los hombres sobre los dioses parece más fácil que a nosotros sobre los mortales. Porque la inexperiencia y grande ignorancia de los oyentes acerca de cómo es, realmente,
b algo, proporciona gran evasiva a quien se ponga a hablar de ello. Mas, respecto de los dioses, sabemos cuál es nuestra posición. Pero a fin de explicar más claramente lo que digo, seguidme en esto: porque lo que nosotros decimos resulta, nece-

sariamente, imitación y semejanza. Vemos esos eídolos que de los cuerpos divinos y humanos hacen los pintores; mas en punto a la facilidad y dificultad con que a quienes los ven les
c parecen suficientemente imitados, advertimos que, respecto de tierra, montes, ríos y bosques, cielo en conjunto y cuanto en él circula y se mueve, comenzamos por contentarnos con que cualquiera de ellos sea capaz de imitarlos, por poca que sea la semejanza. Además: que, por no saber ellos acerca de todas esas cosas nada de riguroso, ni ponemos a prueba ni discutimos lo pintado, sino que, en estos casos, nos basta con una silueta
d difuminada y engañosa. Pero cuando un pintor se pone a hacer semblanzas de nuestros cuerpos, prestamente percibimos lo que falta en ellas, a causa de nuestro constante y familiar reconocimiento; y resultamos severos críticos de quien no nos proporcione íntegramente todas las semejanzas. Pues bien: lo mismo se ha de ver que sucede respecto de los razonamientos; que, en lo referente a lo celestial y divino, nos contentamos con que lo dicho en ellos se les parezca, aunque sea poco; mas examinamos rigurosamente lo mortal y lo humano. En cuanto a lo dicho en la presente improvisación, es necesario ser indul-
e gente si no pudiéramos cabalmente cumplir; porque hace de pensar que no es fácil sino dificultoso representar aceptablemente lo mortal. Queriéndoos recordar esto y pidiéndoos com-
108a prensión, no menor sino mayor, hacia lo que estoy en trance de decir, dije, Sócrates, todo esto. Si pareciere, pues, que he pedido justicieramente tal don, dadlo de buena gana.

SÓCRATES. ¿Cómo no iremos a darlo, Critias? Además: désele, de parte nuestra, eso mismo al tercero: a Hermócrates. Porque es claro que, un poco más tarde, cuando le toque hablar pedirá lo mismo que vosotros. A fin, pues, de que nos aporte diferente comienzo, y no se vea forzado a repetir el mismo,
b cual si tuviera ya indulgencia para entonces, que hable. Te digo de antemano, querido Critias, cuál es el estado mental de los espectadores; que, ante ellos, quedó con admirablemente buena opinión el anterior poeta, de manera que necesitarás de alguna, y aun grandísima, indulgencia si has de ser capaz de aceptar esto.

HERMÓCRATES. Por cierto, Sócrates, que estás advirtién-
c dome también a mí lo mismo que a éste. Pero, puesto que varones pusilánimes jamás alcanzan un trofeo, Critias, es preciso, varonilmente, proceder a hablar, e, invocando a Peón y

a las Musas, sacar a luz y celebrar, por buenos, a tus antiguos ciudadanos.

CRITIAS. Querido Hermócrates, por colocado el último, y tener otro por delante, estás aún con ánimos. Cuál sea el talante del asunto, él mismo te lo declarará. Hay que confiar, pues, en ti, avisado como estás y animoso; pero además de los
d dioses mencionados, hay que invocar a otros y sobre todo a Mnemosine, porque lo más importante de nuestros razonamientos depende, casi casi íntegramente, de esta diosa. Porque si recordamos satisfactoriamente y referimos lo dicho entonces a Solón por los sacerdotes, y lo que él trajo acá, casi casi estoy cierto de que parecerá a los espectadores presentes haber llevado a término de ajustada manera lo que nos concierne. Hagámoslo, pues, ya; y no lo aplacemos más. Primero que todo
e recordemos lo capital: que son nueve veces mil años desde que, según los recuerdos, ocurrió la guerra entre los habitantes más allá de las columnas de Hércules, y todos los que dentro de ellas están. De ello hase de hablar determinadamente ahora. Refiérese, pues, que en los de una parte mandaba esta nuestra Ciudad y que guerreó toda esa guerra; en los de la otra, mandaban los reyes de la isla Atlántida que, afirmamos, era entonces una isla, mayor que Libia y Asia; pero que, ahora, hundida por terremotos resulta, por el barro, intransitable para quienes desde acá salen a navegar más allá del confín del océano, de manera que tal barro pone ya impedimento para mar-
109a char. En cuanto a los numerosos pueblos bárbaros, y a las tribus de helenos entonces existentes, el discurso particularizado de nuestra leyenda pondrá de manifiesto, desarrollado, lo que en cada una de esas partes acaeció. En cuanto a los atenienses de entonces y a los enemigos con quienes guerrearon es necesario, ya desde el comienzo, describir primero las fuerzas de cada uno de ellos y sus formas políticas. Pero, más que de ellos, prefiramos hablar, ante todo, de lo de aquí.

b Pues bien; repartiéronse los dioses la tierra entera según regiones; no, según contienda; pues no fuera correcto decir que los dioses ignoraran los derechos de cada uno de ellos, ni que, conociendo lo que a otros se debía más, intentaran unos apoderarse de algo para sí mismos mediante disputas. Y en alcanzando que alcanzaron lo querido según esa justicia de las Suertes pusieron su casa en las respectivas regiones y, en habiéndola puesto, nos criaron, cual pastores a rebaño, para

posesiones y creaturas suyas; mas no, violentando cuerpos con
c cuerpos, al modo de los pastores que conducen sus ganados a golpes, sino por lo que resulta máximamente versátil un viviente: dirigirlo según sus pensamientos desde la proa, echando mano, cual de timón, de la persuasión del alma. De esta manera condujeron y gobernaron todo lo mortal. Pues bien: otros dioses, con otras regiones por Lote suyo, las organizaron de otra manera; mas Vulcano y Atenea —por comunidad de naturaleza: fraternal, por del mismo padre, a la vez que coincidentes en lo mismo por su amor a la sabiduría y a las artes— tomaron, como un solo Lote para ambos, esta región, por
d apropiada y adaptada, naturalmente, a virtud y a sapiencia; e, introduciendo en ella, como nativos, varones buenos para pensar, les impusieron el ordenamiento político. De tales varones se han salvado los nombres; mas, por la repetida destrucción de sus sucesores y la longitud de los tiempos, las obras desaparecieron. Porque, como anteriormente se dijo, la estirpe que, en cada caso quedó, fue un resto montaraz e iletrado, que, de los regentes en el país, solamente había oído los nombres y, fuera de esto, poco de las obras. Cierto que, por afecto, pusieron los nombres de ellos a sus hijos; mas, por no saber las
e hazañas y leyes de los antecesores —sino de oídas y vagamente de cada uno de ellos— y estar durante muchas generaciones carentes de lo necesario —tanto ellos como sus hijos, no pensando ni hablando sino de sus necesidades— no se preocuparon
110a de lo que anterior y antiguamente pasó; porque mitología e investigación de lo antiguo cosas son que llegan a las ciudades juntamente con el ocio, —cuando a algunos les parecen estar ya provistas las necesidades de la vida; pero no, antes. Esta es, pues, la manera como los nombres de los antiguos se salvaron, y no sus obras. Y de esto que digo voy a dar un testimonio: Cuenta Solón que los sacerdotes egipcios, al relatar la guerra de aquellos tiempos, hicieron, entre otros, recuerdos de Kekrops, Erecteo, Erictón y Erysictón sobre todo, y de los nombres de los anteriores a Teseo, —y parecidamente de los
b de las mujeres. Además: la vestimenta y estatua de la diosa son indicio de que eran entonces comunes las ocupaciones de mujeres y varones en asuntos de guerra; así que, según tal ley, las imágenes votivas representaban, para los de entonces, armada a la diosa; que cuantos animales, hembras y machos, pacen
c juntos son, naturalmente, capaces de ejercitar, en común, todo lo pertinente a la virtud de la especie.

Pues bien: entonces, en esta región, aparte de otras clases
de ciudadanos, ocupados en artesanía y producción agrícola de
alimentos, habitaba la clase militar, procedente de aquellos va-
rones divinos, y, desde el comienzo, separada; tenía todo lo
conveniente para alimentación y educación; nada de privado
d poseía nadie, convencidos de que todo era común propiedad
de todos ellos, no juzgando haber de recibir de los demás
ciudadanos sino tan sólo la alimentación suficiente, ocupán-
dose en todas las ocupaciones mencionadas ayer: las que se
atribuyen a los propuestos de "guardianes". Además: lo re-
latado acerca de nuestra región es fiel y verdadero; primero,
que tenía entonces sus límites delimitados por el istmo y hacia
lo demás del continente, hasta las cumbres del Citerón y de
Parnes; por la derecha descendían los límites hasta Oropía;
e por la izquierda, hacia el mar, deslindando al Asopo; que esta
tierra superaba a todas las demás en fertilidad; por lo que era
entonces capaz esta región de mantener un gran ejército, exento
de las faenas del campo. Gran testimonio de fertilidad: lo que
queda de tal tierra rivaliza, aun hoy, con cualquiera en produc-
tividad variadísima, en abundancia de cosechas y de pastos
para todos los animales. Pero, entonces, además de la bella
111a calidad, llevaba todo eso en grandes cantidades. Pues bien:
¿en qué grado es esto fiel, y en qué sentido llamar correcta-
mente a ésta resto de aquella tierra? De lo demás del conti-
nente, esta tierra está, cual promontorio, extendida grande-
mente hacia el mar; el mar, que cual copa la rodea, se da el
caso de ser, en la orilla misma, profundo. Pues bien: después
de muchos y grandes cataclismos, sucedidos durante nueve mil
años —porque tantos años han pasado desde aquel tiempo hasta
ahora—, lo que, durante tales tiempos y calamidades, ha bajado
b de las alturas ni siquiera ha formado, como en otros lugares,
sedimento digno de mencionarse y deslizándose continuamente
a su derredor, desaparece en lo profundo. Como en las islas
pequeñas, se ha reducido ya lo de ahora, respecto de lo de
entonces, o algo así como huesos de cuerpo enfermo; de la
tierra se ha ido cuanto de pingüe y suave había a su derredor,
quedando tan sólo el mero cuerpo de la región. Empero, en-
c tonces, intacta aún la región tenía montes y arables alturas; y
las llanuras, ahora denominadas "eriales", teníalas rellenas de
pingües tierras; tenía en los montes grandes bosques de los
que, aun en día, quedan patentes señales; de tales montes, al-
gunos no tienen sino alimento para abejas; pero no hace mucho

tiempo tenían árboles de los que las vigas, cortadas para los
mayores edificios cual techo, están aún sanas. Había muchas
otras clases de árboles, altos y de cultivo; y para los ganados,
llevaba pastos sin cuento. Además: las lluvias anuales, regadío
de Júpiter, no se perdían, como ahora descendiendo de una
d tierra, desnuda, hacia el mar; que la tierra tenía mantillo y lo
retenía para sí; y tamizando el agua mediante una capa de
tierra arcillosa y encaminándola, desde las alturas, hacia las
hoyas proporcionaba a todos los lugares abundantes manan-
tiales de fuentes y ríos, de los cuales, aun ahora, quedan, en
las primitivas fuentes, capillas, —que son signos de ser verdad,
acerca de la región, lo que de ella ahora se dice.

e Tal era, pues, el estado natural del resto de la región;
hermosamente labrada, como es verosímil, por verdaderos agri-
cultores, dedicados precisamente a esto; amantes-de-lo-bello y de
buen natural, en posesión de óptima tierra, abundantísima agua;
y, sobre tal tierra, de estaciones proporcionadísimamente co-
ajustadas. En cuanto a la ciudad, estaba entonces dispuesta de
112a esta manera: primero, la acrópolis no era entonces lo que es
ahora; porque, ahora, bastó con una noche, extraordinariamente
lluviosa, para derruirla y dejarla desnuda, al derredor, de tierra,
al coincidir terremotos con la tercera inundación, extemporá-
neamente sobrevenida y desastrosa en tiempos de Deucalión.
Pero anteriormente, en más remotos tiempos, se extendía, des-
cendiendo, hacia el Erídano y el Ilsio, y abarcaba interiormente
el Pnyx y el Lycabeto, teniendo por límite al Lycabeto por la
parte opuesta al Pnyx. Toda ella tierra bien abonada y, a ex-
cepción de pocos lugares, plana arriba. Las partes externas,
b bajo sus laderas, estaban habitadas por los artesanos y por los
labradores próximos a sus campos. Pero las partes altas habitá-
bala sola y propiamente la clase militar, al derredor del templo
de Atenea y Vulcano, circundados por una cerca, —cual jardín
de una casa. Hacia el norte de ella construyeron las casas co-
munes y arreglaron las comensalías invernales, para tener a
disposición de ellos y de los sacerdotes, mediante tales edifi-
caciones, todo lo conveniente al régimen común, —sin oro y
c sin plata, que de ellos no se servían para nada y nunca. Por
el contrario, persiguiendo el término medio entre ostentación
y mezquindad edificaron para sí decorosas mansiones que ellos
y los hijos de sus hijos al envejecer las transmitieran, siempre
y tal cual, a otros semejantes a ellos. De las partes que daban
hacia el sur, jardines, gimnasios y comensalías, las apropiadas

a verano las usaban para ello. Junto al presente lugar de la
acrópolis había una fuente que, cegada por terremotos, ha que-
dado reducida a pequeños arroyos a su derredor; pero a todos
d los de entonces proporcionaba abundante corriente, atemperada
para invierno y verano. Tal era su vivienda; guardianes de sus
propios ciudadanos; comandantes de los demás griegos, por vo-
luntad de éstos; mas vigilando ellos mismos que el número de
varones y mujeres, capaces de guerrear ya, y más adelante, fuera
e lo más posible, y en todo tiempo, el mismo: al derredor de dos
veces diez mil.

Pues por estas sus cualidades y por administrar según ellos
justicieramente su propio país y la Hélada hiciéronse famosos
en toda Europa y Asia, tanto por la belleza de los cuerpos
como por la variada y total virtud de sus almas; y de todos los
hombres de entonces, los más renombrados. Pero para que no
se pierda la Memoria de lo que, siendo niños, oímos, acerca
de los que contra ellos guerrearon —qué pasó y desde el co-
mienzo, cómo surgió—, os daremos ahora, como a amigos, una
palmaria y común exposición.

113a Empero, antes del relato, hay que dejar en claro un detalle,
a fin de no os sorprenda al oír dar muchas veces a varones
bárbaros nombres griegos, porque estaréis informados de la
causa de ello. Cuando estaba pensando Solón en servirse, para
su poema, de este relato, se halló, puesto a informarse del
poder de los nombres, con que aquellos primeros egipcios, al
escribirlos, los trasladaron a su propia lengua. A su vez, reto-
mando él mismo el sentido de cada uno de los nombres y, re-
conduciéndolos a nuestra lengua, los transcribió. Tales escritos
b estuvieron en poder de mi abuelo y están ahora en el mío, y
cuando niño, me los aprendí cuidadosamente de Memoria. Si,
pues, oís unos nombres tales y como los de aquí no os sorpren-
dáis por nada, porque tenéis conocida la causa de ello. Del
largo relato, el comienzo fue, más o menos, entonces así:

Conforme anteriormente se dijo acerca del reparto de los
dioses, que se distribuyeron la tierra entera, aquí en lotes gran-
c des, allá en pequeños, arreglando para sí santuarios y sacrifi-
cios, parecidamente, por cierto, habiendo caído cual Lote a
Neptuno la isla Atlántida, puso en ella casa para sus hijos,
engendrados de una mujer mortal en cierto lugar, descriptible
así, de la isla: bordeando el mar y extendiéndose hasta la mitad
de ella, había una llanura de la que se dice haber sido la más

bella de todas las llanuras y de gran fertilidad. Cerca de la llanura, hacia su mitad, distante como cincuenta estadios, había un monte, bajo por todas partes. En él habitaba uno de los varones engendrados, al principio, de la tierra; Evenor, de nombre; cohabitaba con su mujer, Leucipa. Engendraron una
d hija, unigénita: Clito. Llegada ya la doncella a estar en sazón para varón, murió la madre, y también el padre. Neptuno llegó a apetecerla y se casó con ella; y para dejar bien cercado el cerro en que habitaban cavó al derredor circular foso; hizo además cinturones de mar y tierra, alternados y circundantes unos a otros; unos más pequeños; otros, más grandes; dos de ellos, de tierra; tres, de mar, cual si los torneara a partir de la mitad de la isla; equidistantes por todas partes, de modo que
e resultaran intransitables para los hombres, que no había entonces aún ni navíos ni navegar.

Neptuno mismo, por ser dios, ordenó bella y fácilmente la isla en su centro, haciendo brotar de la tierra dos clases de agua, una que sale caliente de la fuente; otra, fría; y producir de la tierra alimento abundante y omnivariado. Engendró cinco pares de hijos gemelos; y los crió; y habiendo dividido la isla Atlántida entera en diez partes, al primogénito entre los más
114a viejos asignó la mansión materna y el lote circundante, por ser el mayor y mejor; levantolo, además, a rey de los otros; los otros, a gobernantes, dando a cada uno de ellos el gobierno de muchos hombres y un lugar de gran extensión. A todos impuso nombres; pero al de mayor edad y rey impuso el que a toda la
b isla y a todo el mar da nombre: el de Atlántico, que Atlas era el nombre del rey que entonces reinaba. Al gemelo, nacido en pos de él, y a quien tocó por lote las extremidades de la isla que dan a las columnas de Hércules, hasta esa parte de la región gadírica que tiene ahora por nombre, según el de tal región, en griego "Eúmelo", mas el local de "Gadir", dio por nombre aquel con que, efectivamente, se llamaría a tal región. Del par de los nacidos en segundo lugar, llamó a uno de ellos
c "Amfere"; al otro, "Evemón". Del tercer par: al nacido primero, "Mneseo"; al que siguió, "Autóctono". Del cuarto par: "Elasipo", al primero; "Méstor", al posterior. En el quinto par: al anterior puso por nombre "Azaes", al posterior, "Diaprepes". Todos: ellos y sus descendientes, durante muchas generaciones, vivieron allí y gobernaron sobre muchas islas de las de tal mar. Más aún: como anteriormente quedó dicho, extendieron su gobierno hasta Egipto y Toscania, —por la parte de

d dentro, respecto de aquí. Pues bien: otra progenie, numerosa y respetada, nació de Atlas; mas, siempre, fue el más viejo quien, como rey, entregaba al más viejo de sus descendientes la realeza, conservándola así durante muchas generaciones. La cantidad de riqueza que poseían era tanta que no la hubo igual en poder de cualquiera de los reyes anteriores, y no es fácil que la haya, posteriormente, mayor. Disponían de cuantas cosas ha de haber en una ciudad y de cuantas es preciso haya en el resto del país. Por gobernar, les entraban de fuera muchas cosas; pero las más, las requeridas para la vida, se las propor-
e cionaba la isla misma; primero, todo lo que de metales duros y fusibles extrae la minería; además de lo que ahora no pasa de ser un nombre, pero era entonces algo más que nombre: el "oricalco", clase de mineral extraído de muchos lugares de la isla, y, a excepción del oro, el más precioso de los de entonces. Cuantas maderas un bosque ofrece para los trabajos de carpinteros, todas ellas las llevaba la isla en abundancia; y en cuanto a animales, criaba en cantidad suficiente los mansos y los salvajes. Además: había en ella una raza, numerosísima, de elefantes, porque había pasto —aparte de para esos animales que se apacientan en pantanos, lagunas y ríos, de los que en
115a montes y de los que en llanuras— para todos abundante; lo había hasta para ese animal que es, por naturaleza, el más corpulento y más voraz. Además de esto: cuanto de aromático produce ahora la tierra —proceda de raíces, hierbas, árboles o gomas líquidas, flores o frutos— lo llevaba ella y lo criaba bien. Pero también los frutos de cultivos y los secos —que usamos como alimento y cuantos nos sirven para comidas— a sus clases llamamos "vegetales"; y también ese fruto de leños que nos trae bebidas, alimentos y perfume; y esotro fruto de
b cáscara, difícil de conservar y que nos sirve para jugos y deleite; y cuantos para aliviar la pesadez de estómago, ofrecemos, cual agradable postre, al cansado. Todo lo cual: sagrado, bello, admirable e infinito en cantidad llevaba entonces la asoleada isla. Tomando, pues, de la tierra todo esto, edificaron los santuarios, las mansiones reales, los puertos, los muelles, embelleciendo
c también todo lo restante del país, según el orden siguiente:

Sobre los cinturones del mar, circundantes la antigua ciudad maternal, comenzaron por echar puentes, haciendo así camino hacia afuera y hacia las mansiones reales. En cuanto a éstas, hiciéronlas, desde el principio, en la morada misma

del dios y de los antepasados. Uno las recibió de otro; embe-
llecía lo ya bello; poníase siempre a superar a su antecesor,
hasta que consiguieron hacer una mansión deslumbrante para
la vista por la magnificencia y belleza de las obras. Comenza-
d ron, pues, por cavar, desde el mar, un canal de tres pletros
de ancho, cien pies de profundo, largo de cincuenta estadios,
hasta el cinturón más externo. De esta manera hicieron, desde
el mar, una entrada navegable hacia él, cual hacia puerto,
abriendo un boquete suficiente para que entraran las mayores
naves. Además: en los cinturones de tierra que separaban los
de mar, abrieron, a la altura de los puentes, pasajes, lo sufi-
e ciente para pasar de uno a otro una trirreme, y los entecharon,
de modo que la navegación resultó subterránea, porque las
orillas de los cinturones de tierra se elevaban a altura sufi-
ciente sobre el mar. El mayor de los cinturones —el perforado
hacia el mar— tenía de ancho tres estadios; el siguiente cin-
turón de tierra era igual de ancho. De los dos cinturones segun-
dos: el de agua era dos estadios de ancho; el seco, igual a su
vez al líquido anterior; mas era de un estadio el cinturón que
circunfluía la isla central misma. La isla, lugar de las mansio-
116a nes reales, tenía de diámetro cinco estadios. A la isla, a los
cinturones y al puente —ancho de un pletro— rodeáronlos,
por todas partes, de un muro circular de piedra; y pusieron
torres y puertas sobre los puentes en todos los lugares de trán-
sito del mar. Sacaron la piedra de canteras bajo y al derredor
de la isla central y bajo los cinturones exteriores e interiores;
b piedra blanca, una; otra, negra; otra, roja. A la vez que las
extraían, excavaron dos cavidades para dársenas interiores; por
techo, la cantera misma. De los edificios, unos eran sencillos;
otros, por la mezcla de piedras, resultaban tejido, variado juego
de colores, lo que les proporcionaba un connatural deleite.
Al muro circundante del cinturón más externo lo revistieron,
en todo su derredor, de cobre, usándolo cual enlucido. Mas
a la parte interior del mismo muro recubriéronla de estaño;
c pero al cinturón, circundante de la acrópolis misma, con ori-
calco, de ígneos reflejos.

Las mansiones reales, dentro de la acrópolis, estaban dis-
puestas de la siguiente manera: en el medio mismo se levan-
taba el templo consagrado a Clito y Neptuno; inaccesible y
circundado de áurea valla. Allí, al principio, fue concebido y
nació el linaje de las diez familias reales. Allí, cada año, venían
de los diez lotes a ofrecer, a cada uno de Aquéllos los sacri-

ficios propios de la estación. El templo de Neptuno mismo
d estaba ahí, —de largo, un estadio; de ancho, tres pletros; de
alto, lo coajustado, además, a la visión; su eidos tenía algo de
bárbaro. Todo lo exterior del templo revistiéronlo de plata,
a excepción de los pináculos; pero a éstos, de oro. En cuanto
a lo interior: daba el techo la apariencia de ser, todo él, de
marfil, moteado con oro, plata y oricalco. Revistieron a todo
de demás: muros, columnas y pavimento de oricalco. Mas pu-
sieron estatuas de oro: el dios, de pie sobre su carroza, cochero
de seis alados caballos; y él mismo, de tal magnitud, que tocaba
con la cabeza el techo. A su derredor, cien nereidas sobre
e delfines, tantas en número creían los de entonces ser ellas.
Pero había dentro además muchas otras estatuas, exvotos de
particulares. Al derredor del santuario, en el exterior, estaban
las imágenes de oro de todas las mujeres de los diez reyes y de
cuantos descendientes engendraron; además de muchos otros y
grandes exvotos de reyes y particulares, tanto de la ciudad
117a misma como de los extraños sobre los que mandaban. Por su
magnitud y labores, el altar respondía a la disposición general;
las mansiones reales, parecidamente, eran las adecuadas a la
magnitud del reino; y adecuadas, además, al ornamental am-
biente del santuario. En cuanto a las fuentes: de la de agua
fría y de la de caliente —abundantes, por la cantidad; mas,
por su delicia y virtud, admirablemente adaptadas para el uso
de ambas— servíanse, disponiendo a su derredor edificios y
plantíos de árboles, apropiados a las aguas; y colocando, a su
b derredor también, embalses, unos, abiertos al cielo; otros, cu-
biertos, para baños calientes en invierno, —aparte los baños
reales y los de los particulares; además, unos para mujeres,
otros para caballos y los demás animales de carga, dando así
a cada uno el adecuado ambiente. Al agua sobrante la conducían
al bosque sagrado de Neptuno, que, por la virtud de tal tierra,
tenía árboles muchos y variados en belleza y divinoide altura;
y dirigían el agua, mediante canales a lo largo de los puentes,
hacia los círculos exteriores. Estaban allí edificados muchos
c santuarios, y de muchos dioses; había muchos jardines y muchos
gimnasios, los unos para hombres; mas los de para caballos
estaban separados, en cada una de las islas, de los cinturones.
Aparte de lo demás, y hacia la mitad de la mayor de las islas,
tenían reservado para ellos un hipódromo, ancho de un estadio;
pero la longitud de la circunferencia íntegra permitió carreras
ecuestres. Al derredor de él, de parte y parte, estaban los

d cuarteles propios para el cuerpo de lanceros reales. Pero los más fieles estaban de guarnición en el cinturón más estrecho y más próximo a la acrópolis. Pero a los que de entre todos ellos se distinguían por la fidelidad se les habían dado habitaciones dentro de la acrópolis y al derredor de los reyes mismos.

Los muelles estaban repletos de trirremes y de cuantos aparejos les son convenientes; todo, bien abastecido.

Lo concerniente a la mansión de los reyes estaba dispuesto de esta manera: después de atravesar los puertos exteriores, tres en número, y partiendo del mar, corría circularmente un muro, distante, por todas partes, cincuenta estadios del cinturón mayor y del puerto, y se cerraba hacia la boca del canal que
e da al mar. Pues bien: todo este muro estaba cubierto de muchas y apretujadas casas. La entrada y puerto principal, rebosaban de naves y mercaderes, venidos de todas partes; produciendo su multitud, día y noche, toda clase y variedad de algarabía, tumulto y ruidos.

Lo referente a la ciudad y a la mansión antigua, casi casi
118a como entonces se refería, así ahora queda recordado. Intentemos hacer memoria del estado del resto del país y del eidos de su organización. Primero, pues: estaba todo el lugar a gran altura, cortado desde el mar. Mas los alderredores de la ciudad eran, en total, un llano, que la circuía, estando él, a su vez, circundado de montañas, extendidas hacia el mar; llano suave y de un nivel rectangular en conjunto. De tres mil estadios
b cada lado, de dos mil en el medio, partiendo del mar hacia arriba. El lugar mismo de la isla entera estaba vuelto hacia el sur, al abrigo de los vientos del norte. Las montañas que lo circuían eran entonces alabadas por sobrepasar a las actuales en número, magnitud y belleza; con muchas aldeas, ricas en habitantes, ríos, lagunas y praderas, capaces de alimentar cumplidamente a todos los animales domésticos y salvajes; madera, variada en cantidad y calidad, abundante para todas y cada una de las obras. Pues bien: a esta llanura trabajáronla, durante
c mucho tiempo, naturaleza y muchos reyes, de esta manera: principió por ser, dicho una vez más, un cuadrángulo, en conjunto rectilíneo y alargado; cuando fallaba en esto, rectificábanlo cavando a su derredor un foso; lo que sobre la profundidad, latitud y longitud del mismo se cuenta, resulta increíble, si se hiciera de tal tamaño, a mano, tal obra, junto con los demás trabajos. No obstante, hay que relatar lo que hemos oído.

La profundidad del foso se la excavó un pletro; la anchura,
d un estadio por todas partes; y, por excavado al derredor de
toda la llanura, resultó ser su longitud diez mil estadios.
Recibía el foso las corrientes que de las montañas descendían;
hacíalas circular por la llanura y llegar desde diversas partes
a la ciudad, enviándolas de esta manera a desembocar al mar.
Desde lo alto de la ciudad salían cortados en la llanura canales
rectilíneos, anchos de unos cien pies, que, a su vez, desembo-
caban en el foso junto al mar. Distaba uno de ellos de otro
cien estadios. Acarreaban a la ciudad la madera de los montes
e y transportaban en barcos los otros productos estacionales, de esta
manera: excavando, a partir de estos canales, pasos navega-
bles y oblicuos de un foso a otro y hacia la ciudad. Por cierto,
recolectaban la tierra dos veces al año, aprovechando en in-
vierno las aguas de Júpiter; mas en verano, las que daba la
tierra, dirigiendo las corrientes desde los canales. En cuanto
al número de varones útiles, en la llanura, para la guerra,
119a estaba ordenado el que cada lote proporcionara un varón para
comandante; la magnitud del lote era de diez por diez estadios
y el total de los lotes era de sesenta mil. Mas el número de
hombres en los montes y el resto de la región dícese era in-
menso y estaban repartidos todos ellos según lugares y aldeas
en tales lotes a órdenes de los comandantes. Estaba ordenado
el que el comandante proporcionara para la guerra una sexta
parte de "carro-de-combate", —para un total de diez mil carros;
b dos caballos y dos hombres montados; además, una pareja de
caballos, pero sin biga; y en ella, dos montados, —uno para
descender, armado de pequeño escudo; otro, montado en ella,
de cochero de ambos caballos; dos hoplitas, dos arqueros, dos
honderos, —dos de cada clase; mas tres infantes lanzapiedras
y tres jabalineros, —tres de cada clase; cuatro marineros, para
completar la dotación de mil doscientos navíos. Así estaba
organizado el aparato guerrero de la ciudad real; el de las
otras nueve, diverso para cada una; referir lo cual se llevaría
mucho tiempo.

c Lo concerniente a magistraturas y cargos honoríficos esta-
ba, desde el principio, organizado de esta manera: cada uno
de los diez reyes mandaba en su propio Lote, según fuera su
ciudad, sobre varones y la mayoría de las leyes, castigando y
dando muerte a quien quisiera. Empero, el poder de unos sobre
otros, y sus relaciones, regulábanse por los decretos de Nep-

tuno, tal cual la ley se los transmitía y las inscripciones escri-
tas por los primeros reyes en la columna de oricalco que en
d mitad de la isla y en el santuario de Neptuno estaba colocada.
Por cierto que allí se reunían una vez cada cinco, otra cada seis
años, alternativamente, —con distribución equitativa para par e
impar. Reunidos, deliberaban sobre los asuntos comunes y exa-
minaban si alguno había faltado en algo, y juzgaban. Mas al
ir a juzgar, comprometíanse, entre sí, primero a lo siguiente:
Estando ya sueltos los toros en el precinto sagrado de Neptuno,
e y los diez reyes a solas, habiendo rogado al dios que escoja la
víctima a él más grata, poníanse a cazar, sin hierro, con palos
y redes. Al toro que cogieran, llevándolo a la columna dego-
llábanlo sobre su tope, sobre la inscripción. En la columna,
además de las leyes estaba grabado un juramento, imprecando
grandes maldiciones sobre los desobedientes. En habiendo he-
120a cho el sacrificio según sus leyes, consagrarían todos los miem-
bros del toro, y, mezclando sangre en una copa de vino, vertían
sobre cada uno de ellos un cuajarón de ella; lo demás, echábanlo
al fuego, una vez purificada a su derredor la columna. Después
de esto, sacando de la copa sangre con cucharas doradas, y
haciendo libación con ella sobre el fuego, juraban sentenciar
según las leyes inscritas en la columna y castigar a quien los
hubiera anteriormente transgredido, y, para adelante, no trans-
gredir, voluntariamente, nada de lo escrito, ni gobernar, no
obedecer a quien mandare, a no ser que ordene según las leyes
b del padre. Hecha tal invocación, cada uno en nombre propio
y en el de su descendencia, bebía la sangre y depositaba la
cuchara, como exvoto, en el santuario del dios; pasaba un
tiempo entre cenar y otras necesidades; mas, al llegar la oscu-
ridad, y enfriado el fuego de los sacrificios, revestidos todos
ellos de estolas, profundamente azules, superlativamente bellas,
sentábanse en tierra, junto a las cenizas de lo ritualmente sa-
crificado; de noche ya, y apagado todo fuego al derredor del
c santuario, eran juzgados y juzgaban, en caso de que alguno de
ellos acusara a otro de alguna transgresión. En habiendo juz-
gado, inscribían, llegada ya la luz, lo juzgado en tabla dorada,
dedicándola, junto con las estolas, a memorial. Había, además,
otras muchas leyes sobre los privilegios de cada uno de los
reyes, siendo los mayores no hacer jamás armas unos contra
otros y ayudarse todos entre sí en caso de que alguno de
ellos, en cualquier ciudad, intentara derrocar al linaje real;
d deliberar en común, como los antepasados, sobre lo concer-

niente a guerra y demás asuntos, dando la hegemonía al linaje de los Atlas. Un rey no era señor de condenar a muerte a uno de su linaje si no con el parecer de más de la mitad de los diez.

Pues bien: a esta potencia, tal y tanta, en aquellos lugares existente entonces, la organizó el dios y la dirigió contra esta
e nuestra región, bajo, como se dice, un pretexto cual éste: durante muchas generaciones, y mientras predominó en ellos la naturaleza del dios, fueron obedientes a las leyes y se mantuvieron afectos a su congénere: lo divino. Eran los suyos pensamientos verdaderos y grandiosos en todo; con sapiente mansedumbre se enfrentaban a los continuos azares, y tratábanse unos con otros. Por lo cual, a excepción de la virtud, tenían en poco a todo lo presente; y les era fácil llevar, cual si fuera
121a un fardo, la ingente masa del oro y de sus demás posesiones. No los emborrachaba la riqueza con el lujo de manera que, por no dominarse a sí mismos, tambalearan. Por sobrios, veían agudamente que todos esos bienes se acrecen por una amistad general acompañada de virtud; mientras que, por excesivo empeño y estimación, se estropean ellos y, con ellos, perece la virtud. Por efecto de tal razonamiento y de la permanencia de la naturaleza divina, se acrecentó en ellos todo lo que anteriormente describimos. Mas, al debilitarse en ellos el lote de divinidad, por mezclarse repetidas veces con mucho de lo mortal, llegó a predominar el carácter humano. Entonces, no pu-
b diendo ya mantener su estado presente, se desfiguraron; al capaz de ver, parecieron feos, por haber destruido lo más bello de lo más estimable. Empero, a los incapaces de ver cuál es la vida verdadera para la felicidad, les parecieron ser, precisamente entonces, suprema y totalmente bellos y bienaventurados, —rellenos de opulencia injusta y de poder.

Pero Júpiter, dios de dioses, que, según leyes, gobierna, capaz de percibir eso, y comprendiendo el miserable estado de tan bien dotado linaje, determinó imponerles justo castigo, a fin de que, entrando en razón, se morigeraran. Convocó, pues, a todos los dioses a la mansión, la más digna de ellos;
c la que, situada en el medio del mundo entero, tiene vistas sobre todo cuanto participa de engendramiento; y, en habiéndolos reunido, dijo . . .

NOTAS A CRITIAS

106.

La terminología musical —resonante a las diosas Musas— abunda en estas frases iniciales del diálogo, dándoles una de las notas típicas del tono griego: μέλος. ἐμμελῆ, πλημ-μελοῦντα. Decir algo "mesurada-y-mensuradamente" (μετρίως, Cl. I. 5), es cantar a tono del tema o melodía; lo otro es des-afinar.

108 b.

"de los espectadores"; literalmente, del teatro (τοῦ θεάτρου).

108 d.

Mnemosine, la diosa de la Memoria (Μνημ-οσύνη). Así que "memoria" es palabra "acorde" (Cl. I); en ella resonaban, perceptiblemente, para el griego, memoria-y-la diosa Memoria, aquella cual don de Esta; toda memoria era algo "divino" y remitía a lo divino: a una divinidad con nombre propio. Funciones psicológica-y-teológica de "memoria".

Para recordar la nota de "divino" se pone mayúscula inicial en ciertas palabras. Así: Música, Memoria, Lote, Suerte...

111 e.

Las palabras "bello", "orden adornado", "mesura-mensura", "bello y óptimo" dan al párrafo su "tono", casi obsesivo para el griego. Belleza-bondad-mesura. Aun los labradores eran amantes-de-lo bello.

115 ss.

Para hacerse algún cargo de las medidas: el pletro equivale aproximadamente a 30 metros; el estadio, a 6 pletros, o 180 metros.

CRATILO

(O SOBRE LA RECTITUD DE LOS NOMBRES)

Lugar y tiempo del diálogo hablado. Atenas. Hacia 405 a.C.

Personas:

HERMÓGENES. Ateniense. Hijo de Hipónico y hermano de Calías, el Rico. Joven. Parmenídeo. Discípulo de Sócrates y de

CRATILO. Heraclitiano. Joven (440 d, e). Ateniense.

SÓCRATES. Ateniense. Hacia 420 fue oyente de la lección —"de precio un dracma"— que Pródico, sofista, daba "sobre la rectitud (ὀρθότης) de los nombres". No pudo pagar la de cincuenta dracmas sobre el mismo tema (384 b, e). Aquí escucha sobre este tema, y discútelo, con oyentes que oyeron la lección completa. Dirige el diálogo con la maestría, sutileza, ironía y ocurrencia del "Teeteto" (400 a.C.). "Para mi edad", dice hacia el final del diálogo, "este punto es demasiado sutil" (429 d). ¿Tendría unos 64 años?

Lugar y tiempo del diálogo transcrito. Hacia 386 a.C. (¿Academia?)

ARGUMENTO

PRIMERA PARTE

Primera etapa (385 a - 390 d, e)

I.1. *Cuestiones iniciales:*

1. Contextura relacional. A los entes (τὰ ὄντα) se les imponen (θῆ, κεῖται) nombres (ὀνόματα) a fin de que, al llamarlos (καλεῖν) con éstos, nos sirvan éstos (ὄργανον) precisamente en descubrirnos (ἀλήθεια) lo que aquellos son (ὡς ἔστιν).

A nuestros sirvientes —servicio doméstico (οἰκ-έτης)— les imponemos (ponemos, cambiamos) nombres propios para que, cuando los llamemos con ellos, nos sirvan en... (384, d, e). El cambio de nombres no afecta al servicio peculiar de cada uno: cocinero, barrendero... lector... Hacen el mismo servicio, y con igual eficiencia, sea cual fuere el nombre impuesto. Y lo hacen "necesariamente", por ser sirvientes. Llamar con nombres —no con gestos...— es una ocurrencia, un invento que ha pasado a ser ley (νόμος) de "casa" (οἰκο-νομία) y costumbre (ἔθος). Poner nombre a un sirviente es im-ponérselo. Llamarlo con él es ponerlo a servir. Palabra eficaz.

¿Rige la misma estructura respecto de todo ente? Hermógenes cree que sí; Sócrates le dice: "Tal vez tengas razón". Pongámoslo en consideración (385 a).

Contexto de "cuestiones".

1. Lo que vale de sirviente, ¿vale de todos y cada uno de los entes?

2. Ponerles e im-ponerles nombres a los entes, ¿es tan acto y facultad del Hombre, cual es respecto de sus sirvientes acto y facultad de su Señor?

3. Al sirviente se le pone-e-impone nombre "propio"; ¿hay nombres propios con que llamar a los entes, en cuanto tales?

4. Con ellos se los llama a que sirvan, ¿en cuanto entes?

5. ¿Cuál es el servicio de un ente, en cuanto ente?

6. Tal sirviente-ente, ¿"tiene que" darse por enterado del servicio que de él se pretende, y "necesariamente" ejecutarlo?

Respuestas iniciales, a poner a prueba durante el diálogo, —por Sócrates y Hermógenes, sobre todo.

a) Si el hombre fuera "medida" de todas las cosas, como dice Protágoras —y Sócrates se lo recuerda a Hermógenes— tendría la facultad de ponerles, de imponerles y de cambiarles de nombre, según su opinión y voluntad. Mas es opinión concorde de Sócrates y Hermógenes aquí (386 a) el que tal tesis no es aceptable; sino la de que "las cosas (πράγματα) tienen, ellas de por sí, una cierta firmeza de esencia (οὐσία)". Por tanto las cosas no están a servicio del Hombre-medida, pues tienen ellas "esencia", —propiedad privada inalienable sobre lo que son; tiene ser que es "suyo" (386 e) (καθ' αὑτά, πρὸς τὴν αὑτῶν οὐσίαν ἔχοντα ᾗπερ πέφυκεν) (Cl. I.2).

b) Poseen las cosas acciones y pasiones naturales (387 a, b): de cortar y ser cortadas y con qué; de quemar, de ser quemadas y con qué... y a ello hay que acomodarse para obrar nosotros correctamente (ὀρθῶς). Si se va contra su naturaleza, se yerra y no se hace nada. Error (falsedad) e ineficiencia.

c) Las cosas tienen naturales maneras de hablar ellas (πέφυκε λέγειν), de ser habladas (λέγεσθαι) y con qué (ᾧ) se hable de ellas; de modo que si de tal manera y con tal (instrumento) se habla de ellas quien de ellas hable hablará correctamente, "hará" algo bien determinado (πλειόν τι ποιήσει) y "hablará" (ἐρεῖ); mas si no, errará y no hará nada (387, c, d).

Las cosas han nacido (πέφυκε) con una manera (ᾗ) propia de hablar; y prefijan el modo como se ha de hablar de ellas, y lo que de ellas se ha de decir y con qué medio (instrumentos) se las pone en acto de hablar (se las hace hablar, ποιήσει): nosotros de ellas, y ellas a nosotros.

d) Las cosas han nacido (πέφυκε, 387 d) con natural manera de nombrar (dar ellas nombres, ὀνόματα) y de ser nombradas y con qué, no como queramos nosotros, —cual Señores de sirvientes. Si a ello nos atenemos haríamos (ποιοίμεν) algo grande (πλέον) y perfecto, y realmente daríamos nombres o de-nominaríamos.

e) El nombre (ὄνομα) es un instrumento (ὄργανον) cuya función es doble: instruirnos unos a otros y dis-cernir en las cosas su naturaleza (ᾗ ἔχει, 388 b). "Así que Nombre es instrumento instructor (διδασκαλικόν) y discernidor de la esencia (οὐσία)".

Función social a la una con función óntica. Pedagogía-y-óntica; mas con predominio de la óntica: de la esencia (οὐσία) de cada cosa. Dis-cernir en cada cosa lo que tiene de cosa de uso o de útil (πράγματα) frente a lo que, ella misma, tiene de propio (οὐσία), —sirva o no sirva, ya que su esencia no está sometida al hombre en cuanto medida; ella no es sirviente; es ente. Instruirnos es, dicho integralmente, instruir-nos-acerca de lo que una cosa tiene de ente, de esencial. Nombres, pues, —diríamos ahora— no es una categoría gramatical; es una categoría onto-lógica.

f) El hombre, en cuanto simple hombre, no es el Señor de las cosas en cuanto entes, —Señor de (su) esencia. Así que no tiene facultad para poner-les, im-poner-les y cambiar-les de nombre. Por ser "nombre" un instrumento especialísimo, solamente un artesano-artífice (Cl. I) puede ser su productor. Y solo él lo pone a la disposición pública para instruirnos. Tal artesano-artífice de nombres es el legislador: que es, entre los hombres, el más raro de los artesanos-artífices (δημιουργός) (389 a). El legislador es artífice nominador (ὀνοματ-ουργός), o nominifactor.

g) Mas produce (ἔργον, οὐργός) nombres; no al arbitrio, cual Señor de sirvientes, sino para por los nombres, cual instrumentos (ὄργανον, ἔργον), instruirnos sobre la esencia de las cosas. Ha de tener la mirada (βλέπειν) puesta en "qué es Nombre" (πρὸς αὐτὸ ἐκεῖνο ὅ ἔστιν ὄνομα, 389 d) y según "qué es" Nombre "hacer" (ποιεῖν) nombres e imponerlos (τίθεσθαι). Así y sólo así llegará a ser Señor de Nombres

h) ¿De qué material fabricar tal instrumento?: el Nombre; y según "Nombre", ¿los nombres? —De sonidos y de sílabas. Tal material es, dentro de ciertos límites, variable; que ya el herrero no emplea la misma clase de hierro para hacer el mismo instrumento; no obstante ello, si le da la misma "idea" (ἰδέα) (Cl. III.1) a ese vari*able* material el instrumento resultará bueno (correcto ὀρθῶς ἔχει, 390 a), hágalo así un griego o un bárbaro. Lo decisivo y eficaz es "dar el eidos de Nombre, adecuado a cada cosa, en sílabas, —sean las que fueren" (390 a).

i) El Señor-hombre sobre sirvientes-hombres cuyos servicios al Señor —y según sus deseos y voluntad los prestaban necesariamente al llamarlos él con nombres puestos e impuestos, y cambiables por él— ha quedado descalificado como "tipo" sugerente para creación y uso de nombres: 1) El Señor es, ahora, el Ente, —lo que de "ente" (esencia) tiene cada cosa; 2) El sirviente es el hombre, con la función

de decir lo ente de las cosas, que es lo que ellas "dicen" de sí mismas, y lo que de ellas ha de "decir" el sirviente; 3) Y ha de decirlo, no para sí, en cuanto particular, sino para todos: para instrucción social; 4) Instrucción social es tarea de "legislador"; no, de un cualquiera (παντὸς ἀνθρώπου, 388 e). Mas tal tipo de legislador se define, y queda sometido a (1, 2, 3). Y además, a dos condiciones: 5) material necesario: sonidos y sílabas, como género; más sus especies son variables y cambiables al arbitrio del legislador. Es material genéricamente "necesario" porque las cosas mismas, en cuanto entes, hablan ellas (λέγειν) y se dan nombres (ὀνόματα), y según ellos se ha de hablar de ellas y se las ha de de-nominar en cuanto entes; pero es material "específicamente" libre (5). Mas dentro de los límites de especificación libre, el uso de tal libertad del legislador —aun cumplidos (1, 2, 3, 4, 5)— ha de estar sometido a un usuario distinguido: el dialéctico, al modo que quien en definitiva juzga de si una lira o un barco están bien hechos no es el fabricante —aunque los haya hecho mirando al eidos correspondiente—, sino sus usuarios específicos, constantes y virtuosos: el citarista y el piloto. Estos son los que han de dirigir el trabajo de los correspondientes artesanos-artífices. ¿Quién es respecto del legislador nominador el usuario peculiar que ha de guiarlo en la fabricación misma de nombres y en mirar hacia el eidos de Nombre (εἶδος τοῦ ὀνόματος, 390 a)?

El dialéctico: que es quien sabe qué se ha de preguntar y qué se ha de responder; aquí, preguntar por "qué es" (esencia) de Nombre, y juzgar por la respuesta si los nombres puestos (fabricados) por el legislador responden a la pregunta sobre "ente" de las cosas y valen para "instruirnos" en esos unos a otros; y juzgar sobre ambas cosas usándolos el dialéctico en cuanto tal.

"Mas es propio, por cierto, del legislador imponer nombres teniendo por superintendente (ἐπὶ-στάτην) a varón dialéctico, si es que ha de imponerlos bellamente" (390 d), —dice Sócrates a Hermógenes.

"Así es", responde éste.

Luego, "dice Verdad Cratilo al decir que hay nombres naturales para las cosas; que no cualquier artesano lo es de nombres, sino tan sólo el que, poniendo la mirada en el nombre natural a cada cosa, sea capaz de imponer el eidos del mismo a letras y sílabas". (390 e).

Hermógenes no tiene nada que objetar; mas, para convencerse, pide a Sócrates le explique en qué consiste esa "justeza natural" del nombre. Sócrates lo hace con unos ejemplos en la

I.2. *Segunda etapa.*

Advirtamos la contextura general de algunas clases de ejemplos.

2.1. "El nombre Héctor está correctamente (ὀρθῶς) puesto a Héctor porque lo significado por Héctor es una propiedad exclusiva (οὐσία) de Héctor".

El significado del nombre "Héctor" es el de "Mantenedor" (ἔχει): significado presente inmediatamente ante el griego que lo oía o decía, —y no, cual aquí, en castellano, mediante traducción inevitable que separa "Héctor" en dos: ruido o sonido, y significado; y se comienza, en castellano, por oír el ruido o sonido, y, después o nunca se llega a vincularle el significado. Y aun cuando se lo vincule, como aquí, se lo hace forzadamente —por hábito adquirido, cual en un filólogo conocedor de griego; y no, inmediata o espontáneamente, cual en un griego clásico. Esta separación entre sonido y significado —o palabra, reducida a sonido típico, y significado vinculado artificiosamente con tal palabra sonante— afectará a todos los ejemplos, y es esencial a toda "traducción".

Así que la fuerza de los ejemplos traídos por Sócrates (griego) a Hermógenes y Cratilo (griegos), y la fuerza de ellos, traducidos al castellano actual, son las dos no sólo de diferente grado —inmediata aquélla, mediata ésta—, sino de diverso tipo: natural (de lenguaje materno) y artificioso (de lenguaje gramaticalmente aprendido mediante otro lenguaje, materno).

Es hablar en castellano (meta-lenguaje) —con palabras cuyo sonido está, por ser lenguaje maternal (natural: desde nacimiento) vinculado sin más intermediario con su significado que está remitiendo ya, sin más, a la cosa correspondiente— sobre palabras de lengua griega (lenguaje objetal) que se comienzan por deletrear, aprender a leer, cual sonidos (ciertamente; y no, cual ruidos) y se aprende a referirlos a un significado, dado sin más en castellano; mas no dado, sin más, en el sonido (griego).

Con esta advertencia, capital y decisiva, volvamos a leer la traducción del primer ejemplo. Entre "nombre" (Héctor) y Héctor (hombre) hay, aun para el griego una distinción espontánea implícita que Sócrates convierte en explícita para los fines de explicación (instrucción). Hace Sócrates —diríamos actualmente— metalenguaje (en griego) del lenguaje (griego); por tanto reflexión natural sobre algo natural, equivalente a la de sentir y sentir*se*, ver y mirar*se* vidente, pensar y notar*se* pensante... La justeza (ὀρθότης, ὀρθῶς) del nombre

consiste en que lo significado por él (según el uso natural, nativo, inmediato, dado desde nacimiento en ámbito griego) sea propiedad exclusiva (οὐσία), o esté siendo algo poseído o sido de manera ejemplar, exclusiva, por esa persona única que consta ya, sin más, previamente, que fue Héctor.

Vinculación entre gramática (natural) y óntica (natural), dada en la unidad inmediata de sonido —significado del sonido— y cosa significada dada también, en su orden real (οὐσία). Mas es preciso que el significado del nombre sea propiedad (οὐσία): algo apropiable por un ente; y, aquí, apropiado por una realidad de una manera exclusiva, ejemplar, antonomástica. Héctor es "*El* Mantenedor", por excelencia; por tanto, único. Hombre es propiedad: algo apropiable y aun apropiado por Héctor; mas no es propiedad suya exclusiva o distinguida; no es su οὐσία o esencia; lo es por igualdad de él y de los demás; y lo es de él, mas en cuanto él es, o está siendo, hombre de la misma manera que los demás griegos y bárbaros. "Hombre" no es, pues, ni puede ser "nombre" (correcto) de Héctor, aunque no se llamara "Héctor" sino "Antropos". Vinculación entre *corrección* (ὀρθότης) lingüística (filo-lógica) y *verdad* (ἀλήθεια) (filo-sófica).

2.11. Igual vale, dice Sócrates, de nombres propios compuestos, cual "Astiánax", dado a Héctor por los troyanos.

"Astiánax" es nombre propio de Héctor, ajustadamente (correctamente, ὀρθῶς) puesto (por los troyanos), porque Héctor fue, de una manera real y exclusivamente suya (οὐσία) *el* Defensor-de-la-Ciudad (única propia, οὐσία, de ellos).

Es, pues, "Astiánax" nombre propio de Héctor "ajustado verdaderamente". Y estaría (o sería) falsa —e incorrectamente dado y llevado— si: 1) si Héctor no hubiera sido *defensor* de Troya; 2) o si no hubiera sido de una manera excelente, única, defensor: *el* Defensor; 3) y, claro está o lo estaba para ellos —Sócrates, Hermógenes y Cratilo— que Troya, Héctor... habían *sido reales* (οὐσία, ὄν): *realmente existió "Troya"* (cual singular Ciudad, única) y *existió* Héctor cual persona *real*, única, *capaz* de poseer de manera *real* única, y *poseer* de esta manera, cual *real* propiedad privada, la de "Defensor"; 4) o si los troyanos (reales) hubieran dado tal nombre-significante-y-singularizante a más de una persona, etc.

La ley de colación correcta-verdadera de nombres propios vale para nombres simples y para nombres compuestos.

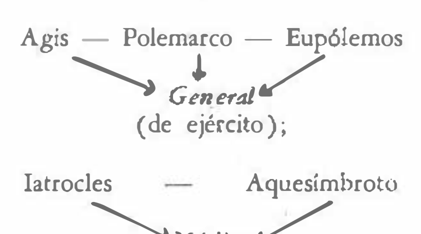
2.2 *Primera regla de sustitución* válida para nombres propios para palabras designativas de un singular: de un "*el*...", "*éste*...".

Si un nombre común —cual los de "león", "caballo", "hombre", "rey"...— está correcta y verdaderamente puesto a un individuo, lo llevarán (se transmitirá) correctamente a sus descendientes por vía de generación (real, óntica) (393 b, c).

2.21. *Segunda regla de sustitución.* "Añadir o quitar letras, —por tanto sílabas— no tiene importancia, mientras se mantenga en su fuerza (ἐγ-κρατής) el que la esencia de la cosa quede patente en el nombre" (393 d, e - 394 a, b, c).

Según esta regla "Astiánax" y "Héctor" no tienen más letras común que la *t*; mas el poder (δύναμις) del nombre es el mismo e indican lo mismo (394 b, c). "Esencia de la cosa" significa aquí: si el nombre es "propio", designe algo único (individuo privilegiado) que posea de manera única (propiedad privada inalienable, οὐσία) lo significado por el nombre "propio"; y si el nombre es "común", conserve ésta su esencial comunidad —o comunicabilidad a descendientes (engendrados)— a pesar del cambio de letras o sílabas.

Otros ejemplos



El eidos de nombre (396 a) que el legislador dialéctico ha de conservar de esos —tres o dos— nombres o epítetos es el mismo. La esencia de "Jefe", "Comandante", "Grancapitán" es ser "General"; tal es *el* significado: lo que indican (σημαίνει) los *tres* "sentidos" de las *tres* palabras. O "Sanador", "Salutífero" son dos palabras, cuyo sentido es el mismo: o remiten a un solo significado: "médico", que es la esencia o eidos de ellas. Además de la variedad de letras y sílabas —sustitución admisible según 2.21— es admisible la pluralidad de sentidos, mientras todo ello conserve, o apunte, hacia el mismo eidos, esencia, —o significado. Así que

2.22. *Tercera regla de sustitución:* Es correcto cambiar el nombre "propio" de la esencia o del eidos por otros nombres con sentido propio si apuntan o conservan el nombre "propio" de ella o de él.

Llamar "Sanador", "Salutífero"... a "médico" es pasar a engendros (ἔκγονος) de esencia. "Jefe", "Comandante", "Grancapitán" son descendientes de "General". Vale, pues, así extendida, la 2.21.

Lo cual equivale a señalar un límite a la inventiva o arbitrariedad de nombres de lo mismo, sin eliminarla. Libertad de sentidos, mientras apuntan todos —sean dos, tres, cinco...— a *el* significado.

"A" es jefe, luego es "General"; "B" es "Sanador", luego es "Médico". Naturalmente, es previo el conocer algo: o los sentidos de "Jefe", "Comandante"... y descubrir su significado o esencia: "General". O comenzar conociendo (y diciendo) "General", y descubrirse diciendo "Jefe", "Comandante".

2.3. *Genealogía de nombre, cual fusión de frase:* ἐκ ῥήματος ὄνομα γέγονεν (399 a, b, c).

Sócrates se siente —antes de señalar esta nueva manera de genealogía de "nombres"— "ingenioso o sutil" (κομψός); y, "si no toma precauciones", se sentirá "más sabio de lo debido". Tal ataque de sabiduría se lo ha atribuido anteriormente (396 d) a Eutifron.

El nombre "ἄνθρωπος" ("Hombre") es una refundición —con eliminación de ciertas letras, adición de otras— de una frase "ἀναθρῶν ἃ ὄπωπε": "el que mira lo que vio". "Hombre" es "El Re-mirador". La traducción es aquí irremediablemente, doblemente, infiel, o impotente. El griego corriente sabía, y empleaba, correctamente, el sentido corriente de "ἄνθρωπος", —o alguno de sus sentidos, más o menos vagos y vagamente remitentes a su significado. Mas, podemos suponer, por la actitud de ignorancia de Hermógenes ante la pregunta de Sócrates: ¿por qué a los hombres (ἄνθρωποι) se los llama "Hombres"? ("ἄνθρωποι", 398 c), que ninguno sabía la respuesta dada por Sócrates: "ἄνθρωπος" es refundición en una palabra (nombre) de la frase "ἀναθρῶν ἃ ὄπωπε".

Cual la mayoría de los que saben el significado de la palabra (nombre) "correvedile": "quien va y viene llevando chismes, habladurías...", no sabe que es un nombre surgido por refundición de la frase imperativa: "corre, ve y dile" esto a...

Sócrates parece suponer —"entre serio y broma" (406 a)— que tal frase precedió a su refundición en forma de "nombre". No es del todo inverosímil el que aun el griego corriente percibiera en ella lo de "ver, mirar, remirar", —actitudes tan griegas, según nuestro modo de pensar sobre el griego y lo griego.

Mas, sea de esto lo que fuere, nos encontramos, o nos pone Sócrates, ante un tercer caso de corrección de nombres: .

Regla 2.31. *Nombre que sea* (provenga de) *refundición de una frase correcta es correcto.* Caso de (2.2), ampliado a genealogía por refundición de lo mismo. La refundición puede afectar al número de letras (2.21) y a la forma de la frase; perder su forma o modo imperativo...

Además vale (2.22):

ἄνθρωπος — ἀναθρῶν ἃ ὄπωπε,
ἄνθρωπος — ἄνω ἀθρεῖν (El-Altamirador).
ἄνθρωπος — ἔναρθρον ἔχειν ἔπος (El-de-habla-articulada, El Membrihablante), etc., etc.

Se trata de un "tipo" o paradigma.

Otros casos: la frase "δι' ὃν ζῆν" (396 a), —"por quien se vive"—, se deshace en dos nombres: Δία y Ζῆνα, nombres propios de Júpiter.

Δία, refundición de "δι' ὃν"; Ζῆνα, de ζῆν.

Esta precedencia —temporal y pensamental— de "frases" (típicas) sobre "nombres", y origen de nombres re-sonantes aún a frases es un modelo de procedencia filosófico-lingüístico, propio de legislador dialéctico, —de gramático que sea legislador dialéctico y de legislador dialéctico en gramática.

La frase "φύσιν ὄχει καὶ ἔχει" ("conduce y mantiene Naturaleza") es el progenitor del nombre φυσέχην, que, adeliñado (καλλωπιζόμενον) resulta ψυχή (alma). (400 a). La imposición de "embellecimiento" (417 e), eufonía... son procedimientos admisibles por legislador dialéctico.

Léanse, y medítense, otros ejemplos de este y anteriores procedimientos admisibles y eficaces, desde 395 - 421.

Terminemos este punto con el estudio de tres nombres: el de Nombre (ὄνομα), el de Verdad (ἀλήθεια), y el de Ente (ὄν, οὐσία) (421 a, b). Antes de comenzar Sócrates el estudio detallado —y en ejemplos— de la "justeza natural de nombres" ha puesto por norma al legislador-dialéctico.

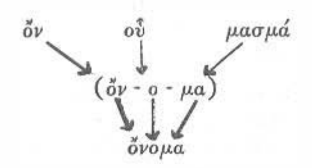
"Dar a sílabas el adecuado eidos de Nombre" (390 a); y al artesano-artífice-artista (Cl. I) (δημιουργός) de nombres, "mirar hacia el nombre 'natural' de cada cosa; e imponerle tal eidos suyo a letras y sílabas" (390 e).

Se trata ya de los "nombres máximos y más bellos": los de Verdad y Ente, y, en especial, del de Nombre mismo. ¿Por qué Nombre tiene tal nombre? Por ellos comenzó el diálogo (385 - 390). Con ellos termina la primera parte del diálogo.

Ὄνομα (Nombre) es refundición de la frase "ὂν οὗ μασμά" (ἐστιν): "esto: de lo que se trata". "Nombre" es (indica) (ha de indicar) "aquello-de-que-se-trata" (o se escudriña: μάτεσθαι). Nombrar es acción típica (387 a, b, c, d, e) de remitir al sujeto de que se trata, ponerse a escudriñarlo, discernir (διακριτικόν) su esencia dentro de todo lo que una cosa tiene (388 b, c). Toda esta frase «acción... tiene», entendida como unidad, a la una —si no, no se la entiende— es reductible a estotra, pronunciada en tono directivo al conocedor y hablador:

«¡a lo que se trata!»; «¡al Asunto!»; «¡a pensar y hablar de lo que se trata!». A eso vamos (pensamos y hablamos) al decir, y por decir, «Nombre». Y Nombre nos lleva a eso precisamente. Tal es su típica acción, —cual la de tejer, lo es de lanzadera; cortar, de cuchillo, etc.

Pero todo esto es incapaz, en castellano, de reproducir la fuerza peculiar que vincula la "frase"



(nombre).

La vinculación de tal frase a tal nombre es doble: 1) por significado; 2) por conservación de letras y sílabas. La traducción puede, cuando más, salvar (1) agregando por decisión significado de la frase al sonido de la palabra:

(*Frase*) ¡A lo que se trata!

(*Nombre*) Nombre. Mas se pierde sin remedio (2). Así que un nombre es falso (incorrecto) si no remite inequívocamente al ente de que se está tratando. "Tratando", es decir: "escudriñando" (μαίεσθαι); y no "tratando", en plan de uso (πρᾶγμα). El nombre de ἀλήθεια, Verdad, es de igual contextura y genealogía:

(*Frase*) θεία ἀλή (decurso divino)
↓
(*Nombre*) ἀλήθεια

("Dioses", θεοί, es pariente genea-lógicamente de θεῖν, correr, 397 b).

Cuando se toma, no en vano, sino en serio, el nombre de ἀλήθεια ha de pensarse y pronunciar la frase ἄλη θεία. Y al revés: *El* decurso divino es *La* Verdad. O las cosas tienen de "verdad" lo que tengan (οὐσία) de (o en) decurso divino. Recuérdese que poner e imponer nombres, y, por ello, significados propios, es facultad, no de cualquier hombre, sino de legislador dialéctico. Aquí ha mandado, para instrucción social, que ἀλήθεια se pronuncie y entienda cual refundición de una frase θεία ἀλή, —y al revés: que al oír esta frase se pase a su "contracto"; a ese nombre, pues es derivado (ἐκ-γονος) de ella.

Van, pues, dos imperativos lingüístico-filosóficos del legislador dialéctico, garantizados por una conexión de los elementos (letras) de frase y nombre (suyo). El mandato: pásese (piénsese y háblese) de

frase: *decurso divino* a

nombre: *Verdad* puede imponerse, tal vez, por alguna autoridad; mas no puede verificarse o confirmarse sobre parentesco de los elementos (letras, sílabas) de frase y nombre.

El legislador dialéctico es, según Sócrates, filó-logo y filó-sofo, que se está sirviendo —por una buenaventura histórica— de una lengua natural (materna) que, con leves retoques, resulta instrumento de un lenguaje tal que, al pronunciar un "nombre", hace pensar (y decir con letras y sílabas) en una "frase" que incluye esas mismas letras y sílabas, más otras eliminables según reglas, ya explicadas e impuestas (2.11, 2.21, 3.31, etc.).

Continúa Sócrates exponiendo el eidos complementario de Verdad: el de "falso" (ψευδές), según el mismo procedimiento:

frase: καθ'-εὕθουσι
ψ-εύδουσι
nombre: ψεῦδος

Si "Verdad" es (dice) lo que una cosa (πρᾶγμα) posee (o está) en "decurso divino", "falsedad" indica (remite pensamiento y palabra a) "retención" (de tal decurso). De nuevo, el legislador "manda", según lo dicho en el párrafo anterior: al decir "falso", "falsedad" piénsese y pronúnciese la frase. . . y termínese diciendo el nombre. . ., guardando su parentesco lingüístico.

El lenguaje, así re-aprendido y re-formado, fuera, por cierto, ejemplarmente instructor en onto-logía y en filo-logía.

El nombre, además de sus funciones anteriores, ha de hablar y hacer pensar en "ente" (ὄν), no-ente (οὐκ ὄν); "esencia" (οὐσία). ¿Qué significa —o hacia qué hace signos (σημαίνει)— "ente", "no-Ente"?

"Verdad" indicaba "de-curso" (ἄλη) y, por ser "divino" (θεῖα, θεός, θεῖν), mejor y más, y supremamente fluyente. Lo verdadero de una cosa es su fluencia: lo que de "divina fluencia" posea. Pues bien: dice Sócrates que ὄν (ente) es reducción (lingüísticamente permisible, 2.21) de ἰόν; yente (de *ir*), omitiendo la i (yota). Así que su significado y sus componentes literales básicos son los mismos por igualdad de genealogía:

frase ἰόν (lo que está yendo), y si está verdaderamente yendo, lo está con fluencia divina; manda el legislador —y ha comenzado por mandárselo a sí mismo— que se pase de ἰόν y se diga y piense ὄν: (lo que una cosa está siendo, lo está siendo "verdaderamente", si y en la medida con que lo esté siendo fluyente "a lo divino"). De ἰόν a ὄν.

De "ente" a "yente". (De transeúnte a [trans]-e-[ú]nte: ente). Así que οὐκ ὄν (no-ente) es lo "no-yente", οὐκ ἰόν (421 c): lo que no deja pasar (trans-ir).

"Varonilmente", Sócrates, "has escudriñado todo esto", exclama Hermógenes.

Se ha reducido —o re-conducido en lo anterior— ὄν a ἰόν (ente a yente); ἀλήθεια a ἄλη y θεία; θεία a θεῖν (Verdad, a divinifluencia; Dioses, a Fluyentes); ὀν-ο-μα a ὄν (Nombre, a ente: precisamente a éste de que se trata), etc., etc.

Pues bien: ¿cuál es la justeza de tales nombres? Si unos se reducen a otros, y éstos a otros, y estotros a otros, ¿no llegará un paso en que el respondiente termine por negarse a responder? (421 e). ¿Cuándo, con justicia, se negará? ¿No será cuando llegue a nombres que sean cual "elementos" (στοιχεῖα) de los demás nombres y frases? Estamos en la segunda parte del diálogo:

SEGUNDA PARTE

Primera etapa (421 c - 427 e)

Sócrates advierte expresamente que se ha de cambiar de dirección o método de considerar la justeza de los nombres (422 b, c).

Notemos, pues, escuetamente los puntos en que se desvía de la dirección anterior.

I. 1. Hay una justeza de los nombres, una sola, tanto para los nombres primarios (πρώτη, primarios y primeros· primigenios, Cl. I. 3), como para los posteriores (422 d). Así que tal distinción, mantenida por esa razón de que los primarios lo son por ser elementos, y los secundarios son tales por componerse de los primarios, queda anulada, preterida en lo siguiente.

II. 2. Se mantiene la decisión de definir como justeza de los nombres la función de declarar "qué es (οἷόν ἐστι) cada ente". Función o acción (πρᾶξις) ontológica. Igual para nombres primigenios y derivados. Mas tal declaración ha de hacerse mediante una "imitación" (μίμησις) que coajuste nombres con entes, haciendo de aquéllos imitaciones (μιμήματα) de éstos, mediante tal acción.

1. No sirven para tal declaración óntica los gestos, aunque declaren a su manera, bien real, cual se declara el significado de "arriba" y "ligero" levantando la mano... La declaración ha de ser ontológica, es decir: en palabras, ya que "nombre es imitación vocal de lo imitado, y el imitador de-nomina con la voz lo que imita" (423 b).

2. No basta con la imitación que hace la música, aunque sea vocal, y aunque se admita que todas las cosas tienen voz y figura; y muchas, colores (423 c, d). Hay quienes imitan con la voz a ovejas, gallos... Todo esto no es "de-nominar", aunque sea imitación, y bien real: de un ente con otro ente, y aun con voz.

3. Si alguien pudiera imitar, precisamente eso: lo propio de cada ente: la esencia (οὐσία) con letras y sílabas, ¿no declararía lo que cada ente es? ¿No habría que llamarlo "Nominador" (ὀνομαστικός), al modo que a otros se los llama músicos, pintores..., todos ellos "imitadores reales" y, a su manera, reales declaradores? (423 e, 424 a). ¿Pero el Nominador se apodera (ἐπι-λαμβάνεται) con letras y sílabas de lo ente de las cosas de modo que resulte imitada (ἀπὸ-μιμεῖσθαι) precisamente la esencia? (424 b). ¿Y se apodera él de la esencia de todas las cosas precisamente mediante esas letras y sílabas: flujo (ῥοή), ir (ἰέναι), retención (σχῆσις), de manera tal que la esencia resulta imitada en ellas o ellas resulten imitaciones reales de la esencia de las cosas?

"Parece, ciertamente, ridículo, Hermógenes" —dice Sócrates— "que letras y sílabas, imitando las cosas, las dejen declaradas (κατὰ-

-δηλα). Mas es necesario el que sea así". (425 d). "Atrévete y dilo", —dice Hermógenes a Sócrates (426 b).

II. 3. "Es necesario (a)". "Hay una manera como a las cosas les nace (ha nacido ya, πέφυκε) hablar (λέγειν) y que se hable de ellas (λέγεσθαι, sean "habladas") y con qué (ᾧ); si se habla así se hará algo grande y perfecto (πλέον) y realmente se habrá hablado" (387 c).

Las cosas hablan "naturalmente", y han ya hablado así; las cosas hacen que se hable de ellas, e imponen, naturalmente, la manera de que se hable de ellas; e imponen ellas con qué instrumento (ᾧ) hablen ellas y se hable de ellas.

Más aún: "Hay que dar nombres a las cosas según la manera como ellas dan, o han dado ya, naturalmente nombres (ὀνομάζειν) y como ellas hacen o han hecho que se las de-nomine (ὀνομάζεσθαι sean "nombradas") y con qué" (387 d).

El nombre es un instrumento (ὄργανον, 387 e - 388 a, b, c; 426 c). Las cosas hablan (λέγειν) y se sirven de ese instrumento que es el nombre para hablar ellas de sí mismas y hacer que de ellas hable una cosa especial, que es el hombre, sirviéndose, no de todo él, sino de su voz (φωνή), lengua (γλωττα) y boca (στόμα). Es, pues, el hombre —algo de él— instrumento *de* las cosas, que, por él, (ᾧ) hablan de sí mismas. En su altavoz. Por él se descubren íntegra, definitivamente (κατὰ-δηλα); sin él, quedan encubiertas en cuanto a su esencia (οὐσία): en lo que propiamente son, aparte de lo que estén siendo y descubriendo cual cosas de uso, y de mil usos, πράγματα.

Por ser voz, lengua y boca humanas, órganos o instrumentos *de* las cosas que los emplean para declarar ellas con voces —ayudadas y, a la vez, restringidas, por lengua y boca— lo que son (οὐσία), hay que separar, ante todo, lo fonético (τὰ φωνήεντα) de lo que sea áfono e ínsono (ἄφθογγα) (424 c, d; 429 e); y, claro está, separar el "ruido" (ψόφος, 430 a), cual el de bronce golpeado. Un instrumento musical da, de suyo "sonido" (φθόγγος), y aun los da el hombre a servicio de música. Mas las cosas se sirven —cual de instrumento o medio (ᾧ) para hacer que el hombre hable (λέγειν) de ellas: de su esencia— primariamente de lo fonético; secundariamente, de lo sonante (de lo no ínsono, 424 c); jamás, del ruido.

"Lo fonético" no es, pues, ni primaria ni exclusivamente lo vocal o las vocales (en conjunto) frente a consonantes. Lo fonético abarca vocales y consonantes, —según nuestra terminología. Sócrates ha dicho: «"Nombre" es imitación con la foné (φωνή) de aquello que se imita,

y el imitador de-nomina con la voz (φωνῇ) lo que imite (423 b)». Mas los nombres incluyen por igual vocales y consonantes, —según nuestra terminología.

Traduciríamos, pues, ahora: «"Nombre" es imitación fonética de lo imitado...»; jamás mediante "sonidos" se puede imitar a las cosas para declarar lo que propiamente son. Lo fonético no es sonido.

Por eso puede Sócrates decir a Hermógenes: "acerca de esos nombres de que preguntabas: acerca de ῥοή (flujo), ἰέναι (ir), σχέσις (retención), el Nominador puede con ellos apoderarse —con sus letras y sílabas— de las cosas, tanto tanto que la esencia quede imitada". (424 a, b). Y del nombre ῥοή toma Sócrates la ῥῶ; y dice de ella que, ante todo, es ella (πρῶτον) instrumento (ὄργανον) de toda clase de movimiento (426 c).

Esos tres son nombres primarios: ¿Hay otros muchos? Es verosímil (424 b). Son, pues, fonéticos. Ni sonoros ni ruidosos, de suyo.

II.4. Un paso más: Dentro de lo fonético de esos tres nombres —y de otros muchos— hay elementos (στοιχεῖον, 424 c; 431 e; 434 a, b).

Aquí "elemento" incluye los siguientes componentes definidores: a) término o límite de una división de algo "uno" en primera impresión o estado inmediato; b) división (con instrumentos adecuados, 387 d), cuya potencia se agota o se vuelve el instrumento impotente de acción (ὄργανον, ἔργον), mostrando así la "indivisibilidad" (lo indivis-*ible*) de lo que la resiste; c) tal división ha de dar o separar "partes" (μέρη) del Todo inicial, o ha de dividir por junturas de la cosa, sin llegar a "trozos", a des-trozarla. Entonces el instrumento será adecuado a la cosa (ᾗ πέφυκε ἕκαστον τέμνειν, τέμνεσθαι, ᾧ, 387 a, b): la dividirá y no la des-trozará; y hará se conozca su constitución. d) Por ello, con tales elementos se podrá o reconstruir el Todo inicial o formar otros Todos. e) Mas los "elementos" del lenguaje: de un lenguaje que haya de ser instrumento "por el que (ᾧ) las cosas declaren (δήλωμα) lo que, de suyo (οὐσία) son" poseen una propiedad distinguidísima: realizan por sí y en sí mismos lo mismo que declaran las cosas. Así el fonema mismo ῥ ("rr") no tan sólo alude (indica) a "río", —sin fluir él—, sino que él mismo "fluye" en cuanto fonema. Otras letras pudieran "aludir" "indicar" (σημαίνει), vgr. por convención o costumbre, a "fluir"; mas ser ellas, en cuanto a fonema (o sonido), retentivas. Así tal vez la *a*, la *b*... Por esto, ejemplificando con caso "ejemplar", dice Sócrates que la "rr" es "órgano", instrumento, del "movimiento", y tal letra (γράμμα) "imita

en sí misma el flu-*ir* y *ri*-ada" (426 d). Indica movimiento (de otras cosas) -y-ella misma *se* mueve indicándolo: el propio y el ajeno. La "rr" es seipsifluyente; además y a la una nos declara la fluencia de lo demás fluyente. Y cumple, además, la (d): hacer flu-*ir* o *ser* co-*rr*ientes las palabras que indiquen flu-*ires* especiales: τ-ρ-έχειν (co*rrer*), τ-ρ-όμος (t*r*embla*r*)... Al pronunciar la lengua tal letra es "cuando está menos quieta, y más, muchísimo más (μάλιστα) se agita".

Sócrates muestra a Hermógenes otros casos de letras ejemplares en eso de "*ser* ellas lo que *declaran*", y *hacer*, por sí mismas, eso en "otras palabras". Así la "iota" (i) es "ligera" y "aligera" palabras que aluden o indican movimiento, cual ἰέναι, ἵεσθαι (*ir*, sal*ir*, *dis*parado). La "i" *indica* ligereza y *es* ella misma ligera; y, al entrar o meterse por todo (διὰ πάντων ἴοι, 426 e), "aligera" las palabras que indican "ligereza", "sutileza", "aceleración"...

Y así otros casos (427 a, b, c). Sócrates no estudia cuántas de las letras (¿24 26?) son de este tipo. "Y en cuanto a las demás, parecidamente, el Nominador aplica esto a las demás letras, haciendo de letras y sílabas un signo y un nombre para cada clase de entes, y de tales nombres compone, por imitación, los demás".

(f) Advirtamos, tras estos ejemplos ejemplares, una propiedad más de "elemento": componer un Todo y hacer en él lo que el elemento es, mas "sin desaparecer": presencia y eficiencia constantes. El Todo aquí (las palabras en que entre una letra —elemento) no lo asimila, cual el viviente al alimento; ni lo transforma, cual el fuego a la leña...

La pronunciación ha de ser correcta por razones de ontología: de contextura y actividad propias de letras-elementos; no, por razones de gramático. Tal dictamina el legislador dialéctico.

El tono de "ejemplo", y no de coacción; de verosimilitud, y no de certeza, lo dan aquellas palabras de Sócrates, al terminar este punto: "no me pondría fuerte en nada de lo que he dicho" (428 a, b).

El mismo Sócrates dice, irónicamente, de sí: "desde hace mucho rato me estoy admirando de mi sabiduría, y desconfío de ella" (428 d).

"Hay, pues, que reexaminar todo"...

Sea, pues,

Segunda etapa (428 d, e; 440, Final). *Sócrates y Cratilo. Replanteamiento y cuestiones para ulterior estudio.*

(Ταῦτ' ἔσται, ὦ Σώκρατες, ἀλλὰ καὶ σὺ πειρῶ ἔτι ἐννοεῖν ταῦτα ἤδη, —440 e, palabras finales).

II.11. *Corrección de nombres e imposibilidad de falsedad.* (429-431). "Hemos afirmado que la corrección del nombre consiste en poner de manifiesto lo que es cada cosa"; por tanto, "sirven para instruirnos". Lo primero es su función onto-lógica; lo segundo, la sociológica. El legislador dialéctico —que es tan artesano-artífice-artista, como puede serlo el mejor tejedor— ha reformado el lenguaje corriente, preexistente cual material. Y así como respecto de hierro o madera naturales, herrero, carpintero. . . hacen de ellos instrumentos que re-formarán la realidad inicial para tareas especiales, así el legislador dialéctico hace un lenguaje cuyos nombres de-claran la esencia de una cosa (natural). Por tanto: todo nombre, así creado y creado por tal legislador, está, por necesidad, correctamente puesto y establecido (κεῖται) (429 b). *Luego* es imposible hablar con él en falso, decir falsedades: "lo que una cosa no es", —aunque se hable, de hecho, y puede hablarse falsamente, y decir, se dicen, falsedades, en el lenguaje corriente: el de "cualquier hombre". (429 c).

"¿Cómo, diciendo lo que uno dice, diría algo que no es?", pregunta Cratilo.

Mas Sócrates no se deja llevar por la cuestión que la falsedad —hablar en falso, hablar lo falso; hablar de una cosa lo que no es. . .— le plantea. "Este razonamiento es, para mí, y para mi edad, demasiado sutil". (429 d).

Sócrates se contenta con preguntar:

"No parece, por cierto, que se pueda 'decir' (λέγειν) lo falso; mas, ¿tampoco se puede 'simplemente decirlo' (φάναι) ni hablar de ello (εἰπεῖν) ni hablarle así (πρὸς-εἰπεῖν) a otro?". El texto parece sugerir una serie, descendente en fuerza, de no tan imposibles maneras de decir lo falso —sobre todo, respecto de un lenguaje, formado según plan ontológico y sociológico por legislador-dialéctico: el único artesano-artífice-artista de tal lenguaje.

Todo ello: decir, hablar. . . entrarían en fonética lógica. Si de todas esas maneras no se puede decir lo falso, "¿qué hace, en rigor, quien tales palabras pronuncia?", pregunta Sócrates. "Hace sonidos" (φθέγξασθαι, 429 e, 430). La palabra "suena a" no-ente; mas no lo

"dice", responde Cratilo. "Aun esto me fuera aceptable", —añade Sócrates; "mas, ¿no cabe aún así sonar falsa o verdaderamente a. . .? Que eso me bastaría". —"Yo diría" —añade Cratilo— "que lo que se hace es simplemente un ruido (ψόφος), cual si se golpea cachivache de bronce".

Y claro parece ya estar, por el diálogo anterior, que "ruido" no dice ni habla ni alude a ente o a no ente.

El diálogo prosigue en otra dirección.

II.22. Nombres e imitación.

"Nombre" no puede ser esencialmente "declaración" de la esencia: de lo ente de la cosa. ¿Cómo declarar lo no ente? ¿Cómo declarar en falso? Al no poder un nombre declarar, o simplemente al no declarar, el nombre desciende de fonema a sonido y a ruido; de significante, a insignificante.

Mas, ¿si el nombre se distinguiera de lo nominado? ¿Convendríamos, dice Sócrates a Cratilo, en que nombre sea "imitación" de la cosa nombrada? (430-432). ¿Mas no imita también la pintura? "Para no pelear, pues somos amigos", ayuda Sócrates a Cratilo con una distinción: la pintura imita según norma de corrección (ὀρθή), y según ella distribuye y aplica los colores; mas la nominativa imita según corrección-y-verdad (ἀλήθεια), y según este doble criterio distribuye (re-parte, δια-νομεῖν) y aplica (ἐπὶ-φέρειν) nombres a las cosas de-nominadas.

Ambas re-parten y atribuyen (aplican) realidades especiales: colores, fonemas. El resultado es, una vez, retrato (en colores, figuras coloreadas. . .); otra, frases (λόγος) que se componen de nombres y verbos.

Empero, la imitación no puede llegar a ser tan perfecta que reproduzca (μι-μ-σις) la cosa imitada; sería una "duplicación" de lo mismo; y no una imitación. (432 b); la imitación no puede ser cual el número, al que nada se puede quitar, añadir, sin que deje de ser tal (tanto) y se haga otro (cuánto). Toda imitación —pictórica o palabral— ha de ser un eícono (εἰκών); no, la cosa misma imitada. En caso contrario habría dos Cratilos, dice Sócrates; uno, tú; otro, el re-producido perfectamente: lo de dentro y lo de fuera —en retrato o en frase— por el poder al menos de un dios.

Luego el criterio de corrección no puede exigir perfección.

Luego puédese añadir o quitar algo, manteniéndose así el que haya imitación; y no sea "re-producción", duplicación, triplicación. . . de la misma realidad (432 a). Eso es lo que les pasaría o padecerían (πάθοι) las cosas en tal caso bajo el poder de los nombres que las imitaran totalmente (πάντῃ).

¿Cuál es, pues, el criterio que separa imitación de duplicación? "Anímate, valiente", dice Sócrates a Cratilo, y "y concede": a) que los nombres vayan nombrando hasta que en una frase (λόγος) esté siendo (ἐν-ῇ) el "tipo" (τύπος) de la cosa; b) que todo lo que no entra (ἐν-ῇ) en el tipo, sea cambiable: sustraíble o adicionable: letras, sílabas. Así se vio pasaba con los nombres de los elementos (letras) (*ibid.*) (434 a).

Siguen objeciones de Cratilo (433 c, d, e; 438 a, b, c). Sócrates tiene que pedirle abandone este punto, y reviertan los dos al de partida (438 a). El punto actual queda sin decidir.

A lo largo de esta última parte de la discusión, Sócrates le insinúa entre otras cosas, tres:

1. "corrección" es independiente de "verdad" (436 d). En geometría un error inicial pequeño y no advertido, da origen a numerosas deducciones falsas, mas consistentes o constantes entre sí. Se puede ser consonante, consecuente, en error. La forma deductiva es correcta; mas lo deducido (su contenido) es falso; y tal falsedad se halla en el principio, y permanece a lo largo del proceso. Igual pudiera suceder en los nombres. El legislador primario —sea o no dios; Cratilo insiste en que el autor de los nombres primarios sea un poder mayor que el humano, —daimonio o dios, (438 c)— pudo equivocarse; y aun se equivocó en algunos casos que Cratilo le enrostra a Sócrates (437 a, b, c, d). Mas ello no impide el uso con-sonante (συμ-φωνία) de los nombres primarios (errados) y sus derivados (errados según secuela); lo cual fundamentará la teoría, inicialmente aludida por Hermógenes (483 d), de que la corrección de los nombres proviene de convención y consenso, no de la función de "verdad": la de declarar lo que las cosas son. Es posible, pues, un lenguaje necesariamente correcto, aunque no sea necesariamente verdadero. Lo cual favorece también a Cratilo (438 c). Y serviría si todos se convienen en imponerlo (σύν-θήκη) y en hacerlo costumbre (ἔθος). El

conflicto entre los nombres primarios entre sí y con los secundarios, y éstos entre sí, proviene de pedir que sean además y sobre todo "verdaderos": que declaren la verdad de los entes (438 d).

2. Sócrates —ante tales dificultades, tanto para la teoría convencional como para la de verdad de los nombres— insinúa: es posible aprender sin nombres lo que los entes son: aprenderlo de ellos mismos (αὐτὰ δι' αὐτῶν, 438 e); aprender la verdad mediante la verdad misma (439 b).

Pero Sócrates confiesa: "de qué modo haya que aprender y descubrir los entes, tal vez sea conocimiento superior a mí y a ti".

La cuestión queda planteada.

3. "Una cosa parece clara: que el impositor primigenio puso los nombres según lo que creyó eran las cosas" (436 b). Cratilo sostiene hasta el final, aun oídas las objeciones de Sócrates (439 d, e; 440 a, b, c), que la doctrina de Heráclito es la que le parece más verdadera. Y que, guiado por ella, el Nominador impuso los nombres creyendo que todos los entes están en movimiento y flujo constantes (439 b, c).

Sócrates no discute tal afirmación del "admirable Cratilo". Pídele nada más que considere un frecuente sueño suyo: "¿Decimos que hay algo así como lo Bello mismo, lo Bueno mismo (αὐτό); y, parecidamente, lo Peculiar de cada uno de los entes?" (439 c, d). "Lo Bello, ¿no es tal cual, siempre?". Y, ¿si el impositor primigenio creyera que es así, e impusiera según tal creencia, los nombres?

Sócrates, discretamente, no hace esta pregunta que aquí, indiscretamente, aunque no extravagantemente, hace el traductor e introductor.

Sócrates se ha encontrado casualmente con Hermógenes y Cratilo, preparados para irse al campo. Se han ellos detenido para comunicar a Sócrates el tema sobre el que estaban hablando (palabras iniciales del diálogo, 383 a). Lo han discutido los tres largamente. Pero Sócrates no ha olvidado lo ocasional del diálogo ni dejado de ver el atuendo de campo de los jóvenes. Desde 428 viene recortando el diálogo, proponiendo cuestiones y evadiendo detenidas respuestas.

Sócrates, con ejemplar respeto de hombre mayor hacia la opinión del joven Cratilo, le dice: "en otra ocasión me enseñarás"; y con ejemplar deferencia hacia jóvenes añade: "idos al campo".

Cratilo, joven bien educado, dice: "Así será, Sócrates; mas trata, tú también, de pensar, desde ahora, sobre este punto". (Palabras finales del diálogo, 440 e).

ΚΡΑΤΥΛΟΣ

[ἢ περὶ ὀνομάτων ὀρθότητος.]

ΕΡΜΟΓΕΝΗΣ ΚΡΑΤΥΛΟΣ ΣΩΚΡΑΤΗΣ

ΕΡΜ. Βούλει οὖν καὶ Σωκράτει τῷδε ἀνακοινωσώμεθα 383 a
τὸν λόγον ;

ΚΡ. Εἴ σοι δοκεῖ.

ΕΡΜ. Κρατύλος φησὶν ὅδε, ὦ Σώκρατες, ὀνόματος ὀρθότητα εἶναι ἑκάστῳ τῶν ὄντων φύσει πεφυκυῖαν, καὶ οὐ τοῦτο εἶναι ὄνομα ὃ ἄν τινες συνθέμενοι καλεῖν καλῶσι, τῆς αὑτῶν φωνῆς μόριον ἐπιφθεγγόμενοι, ἀλλὰ ὀρθότητά τινα τῶν ὀνομάτων πεφυκέναι καὶ Ἕλλησι καὶ βαρβάροις τὴν b
αὐτὴν ἅπασιν. Ἐρωτῶ οὖν αὐτὸν ἐγὼ αὐτῷ πότερον Κρατύλος τῇ ἀληθείᾳ ὄνομά ἐστιν ἢ οὔ· ὁ δὲ ὁμολογεῖ. « Τί δὲ Σωκράτει ; » ἔφην ἐγώ. « Σωκράτης », ἦ δ' ὅς. « Οὐκοῦν καὶ τοῖς ἄλλοις ἀνθρώποις πᾶσιν, ὅπερ καλοῦμεν ὄνομα

Testim. : **383 a** 5 καὶ οὐ — **b** 2 ἅπασιν Euseb., *Praep. euang.*, 11, 6 ; Greg. Corinth., Walz, *Rhet. graeci*, uol. 7, p. 1094.

Κρατύλος ἢ περὶ ὀνομάτων ὀρθότητος BTW (λογικός post ὀρθότητος add. b) ‖ τὰ τοῦ διαλόγου πρόσωπα Ἑρμογένης Κρατύλος Σωκράτης Wt Ἑρμογένης Κρατύλος Σωκράτης man. recentiss. b ‖ **383 a** 1 ἀνακοινωσώμεθα BW : -νώσωμεν T ‖ 6 τῆς αὑτῶν φωνῆς μόριον T : τῆς αὑτῶν φωνῆς μόριον B Euseb. τῆς αὑτῶν μόριον φωνῆς W τῆς αὑτῶν φωνῆς μερίδα Greg. Cor. ‖ **b** 2 αὐτῷ πότερον Stallbaum : εἰ αὐτῷ πότερον BW εἰ αὐτῷ T ‖ 3 ἐστίν ἢ οὔ om. T ‖ ὁμολογεῖ τί δὲ BT (sed in B τί δὲ euanidum) : ὁμολογεῖ αὐτῷ γε τούτῳ ὄνομα εἶναι τί δὲ W αὐτῷ γε τούτῳ ὄνομα εἶναι τί δαὶ b ‖ 4 ἐγώ om. T.

CRATILO

(O SOBRE LA RECTITUD DE LOS NOMBRES)

HERMÓGENES, CRATILO, SÓCRATES

383 a HERMÓGENES. He aquí a Sócrates. ¿Quieres, pues, que
compartamos con él el razonamiento?

CRATILO. Sí te lo parece.

HERMÓGENES. Sócrates, Cratilo aquí presente afirma
que hay una rectitud del nombre, connatural, de suyo, a cada
uno de los entes; y que no es nombre lo que, conviniéndose
algunos en llamar, llamen así, designando para ello una
parte del propio lenguaje, sino que hay una rectitud natural
b en los nombres, la misma para todos: griegos y bárbaros. Le
pregunto, pues, si, en verdad, su nombre propio es el de
"Cratilo", o no; y conviene en ello. ¿Cuál, "el de Sócrates?",
dije yo. "Sócrates", respondió, "y lo mismo respecto de todos
los demás hombres: el nombre con que los llamamos es el
nombre propio de cada uno". "Mas él: pues para ti, dijo,
tu nombre no es 'Hermógenes', aunque te lo llamen todos
los hombres". Pero preguntándole y esforzándome en saber
384 a qué es lo que dice, no explica claramente nada, y me trata
irónicamente, fingiendo pensar algo para sí mismo, cual si
lo supiera; acerca de lo cual, si quisiera expresarse claramente,
haría tal vez que aun conviniera yo con él y dijera lo mismo
que él dice. Si, pues, tienes cómo ayudar en ese oráculo de
Cratilo, te oiría con gusto; pero aún con mayor gusto me
enteraría, si quieres, de cuál es tu parecer sobre la rectitud
de los nombres.

SÓCRATES. Hijo de Hipónico, Hermógenes. Es refrán
antiguo que «las cosas bellas son difíciles», respecto de cómo
aprenderlas. Además: lo referente a los nombres no es peque-
b ño asunto. Si yo hubiera oído de Pródico la lección de cin-
cuenta dracmas, que proporciona al oyente información per-

fecta en este punto, como él afirma, nada impediría el que tú, inmediatamente, supieras la verdad acerca de la rectitud de los nombres. Mas no he oído sino la de un dracma. Así que no sé por esto la verdad acerca de tales puntos. Mas
c estoy dispuesto a buscarla en común, contigo y Cratilo. En cuanto a lo que dice Cratilo que, en verdad, tu nombre no es "Hermógenes", sospecho que bromea, porque tal vez piense que, persiguiendo tú tal vez los diversos, jamás tienes la suerte de poseerlos. Pero, como estaba diciendo, difícil cosa es saber sobre esto; mas, planteándolo en común, hay que considerar si se han las cosas como tú dices o como Cratilo.

HERMÓGENES. Por cierto, Sócrates, que, habiendo dia-
d logado sobre ello con él y otros muchos, no puedo persuadirme de que la rectitud del nombre no consista sino en convención y consenso; porque me parece que el nombre impuesto a algo es el nombre correcto; si, a su vez, se lo cambia por otro, y no se lo llama ya con el primero, no por eso el último es menos correcto que el anterior, al modo que cambiamos de nombre a nuestros sirvientes, y en nada es el sustituido menos correcto que el primeramente puesto, ya que, por naturaleza, a nadie le ha nacido nombre alguno, peculiarmente suyo, sino por ley y costumbre de los acostumbrados a llamar. Mas, si no fuere así, estoy yo mismo prepa-
e rado a escuchar y aprender, no sólo de Cratilo sino de cualquiera otro.

385 a SÓCRATES. Tal vez dices algo importante, Hermógenes; considerémoslo. ¿Lo que uno dispone llamar a cada cosa, no es eso el nombre de ella?

HERMÓGENES. Me lo parece.

SÓCRATES. ¿Tanto si la llama un particular, como una Ciudad?

HERMÓGENES. Lo afirmo.

SÓCRATES. ¿Cómo así?: ¿si yo llamo alguna cosa, por ejemplo a lo que ahora llamamos "hombre", y lo denomino "caballo"; o a lo que ahora llamamos "caballo", lo llamo "hombre", el nombre público será ciertamente "hombre"; mas, en privado, "caballo"; o en privado, "hombre"; en público, "caballo"? ¿Es así como lo dices?

b HERMÓGENES. Por mí que es así.

SÓCRATES. Veamos, dime: ¿das importancia a decir verdad y falsedad?

HERMÓGENES. Sí que se la doy.

SÓCRATES. ¿Habría, pues, un discurso verdadero y otro falso?

HERMÓGENES. Absolutamente.

SÓCRATES. ¿El que dice de los entes lo que están siendo sería verdadero; el que diga lo que no son, falso?

HERMÓGENES Sí.

SÓCRATES. ¿Así que hay un decir, en discurso, de un ente lo que es y lo que no es?

HERMÓGENES. Así es.

c SÓCRATES. ¿Mas el discurso es verdadero todo él, mas sin que sus partes sean verdaderas?

HERMÓGENES. No, que son también verdaderas las partes.

SÓCRATES. ¿O son verdaderas solamente las partes mayores, mas no lo son las pequeñas, o bien lo son todas?

HERMÓGENES. Todas, —es mi opinión.

SÓCRATES. ¿Puedes indicarme una parte del discurso más pequeña que el nombre?

HERMÓGENES. No; él es la más pequeña.

SÓCRATES. ¿Así que el nombre, dices, es la parte más pequeña del discurso verdadero?

HERMÓGENES. Sí.

SÓCRATES. ¿Mas la parte del discurso falso no es falsa?

HERMÓGENES. Lo afirmo.

SÓCRATES. ¿Se podrá, pues, decir que el nombre es verdadero y falso, si es que se puede decir eso del discurso?

d HERMÓGENES. Pues, ¿cómo no?

SÓCRATES. ¿Así que el nombre que cada uno atribuya a algo, ese mismo es nombre de cada cosa?

HERMÓGENES. Sí.

SÓCRATES. ¿Así que cuantos nombres atribuya uno a algo, otros tantos tendrá, y entonces precisamente: cuando se le atribuyen?

HERMÓGENES. En efecto, Sócrates, no tengo para mí
otra rectitud del nombre que ésta: puedo yo llamar a cada
cosa con un nombre, el que imponga yo; tú con otro, el que
tú impongas. Parecidamente con las Ciudades: veo que cada
e una pone, a veces, un nombre particular suyo a las mismas
cosas; así unos griegos respecto de otros griegos, y griegos
respecto de bárbaros.

SÓCRATES. Pues bien, Hermógenes, veámoslo: ¿te pa-
rece que los entes mismos se comportan también así: que
cada uno de ellos tiene, en particular, una su esencia, como
386 a lo dijo Protágoras, al decir que «es el hombre medida de
todas las cosas»; que cuales me parecen ellas ser, lo son sin
duda para mí; cuales a ti, tales para ti; o crees que ellas
mismas poseen una cierta firmeza de esencia?

HERMÓGENES. Desconcertado, me dejé llevar hace tiempo, Sócrates, a la doctrina de Protágoras; mas no me parece ya que las cosas son así.

SÓCRATES. ¿Pues qué?; ¿tanto te has dejado llevar por
b ella que no te parezca haber algún hombre perverso?

HERMÓGENES. No, ¡por Júpiter!; frecuentemente lo he experimentado, de manera que ahora me parece haber hombres muy malos, y muchísimos.

SÓCRATES. ¿Y qué?; ¿no te ha parecido haber hombres bien buenos?

HERMÓGENES. Muy pocos.

SÓCRATES. ¿Pero te parecieron tales?

HERMÓGENES. A mí, sí.

SÓCRATES. ¿Cómo lo determinas?; ¿no es precisamente porque los muy buenos son muy sensatos; mas los muy malos, muy insensatos?

c HERMÓGENES. Tal me parece.

SÓCRATES. ¿Mas es posible, si Protágoras dijo con verdad, y es verdad que cuales a uno le parecen las cosas, tales son, que haya entre nosotros algunos que sean sensatos; y otros, insensatos?

HERMÓGENES. No ciertamente.

SÓCRATES. Mas, como pienso, te parecerá que, si hay sensatez e insensatez, es totalmente imposible que Protágoras diga verdad, porque en nada uno sería más sensato que otro en punto a verdad, si lo que a uno le "parece" ha de "ser" para él verdad.

d HERMÓGENES. Así es.

SÓCRATES. Mas tampoco, creo, te parecerá, según Eutidemo, el que todas las cosas sean igualmente, a la vez y siempre, de igual manera para todos; porque, en tal caso, no serían unos buenos y otros malos, si de igual manera, en todos y siempre, hubiera virtud y vicio.

HERMÓGENES. Dices verdad.

SÓCRATES. Según esto, si para todos no son, a la vez y siempre, todas las cosas de igual manera, ni de peculiar manera para cada uno cada uno, es claro que las cosas están te-
e niendo de por sí algo de firme, no para nosotros o de nosotros, traídas de acá para allá según nuestra fantasía, sino ellas de por sí tienen para sí la propia esencia con que nacieron.

HERMÓGENES. Así me parece que pasa, Sócrates.

SÓCRATES. ¿Habrían nacido ellas de esta manera, mas no de esa misma sus acciones? ¿O es que las acciones no son, ellas mismas, un cierto eidos de ente?

HERMÓGENES. Perfectamente lo son.

387 a SÓCRATES. Así que, según su propia naturaleza, aun las acciones actúan, y no según nuestra opinión. Por ejemplo: si emprendemos cortar una cosa, ¿habrá que cortarla según queramos, y con lo que queramos? O si queremos cortar cada cosa según lo natural para cortarla y para ser cortada y con lo que es naturalmente adecuado, cortaremos, tendremos exito y lo haremos correctamente; mas si contra naturaleza, ¿marraremos y no haremos nada?

b HERMÓGENES. Tal, por cierto, me parece.

SÓCRATES. Y si nos proponemos quemar algo, ¿hay que quemar no según cualquiera opinión sino según la correcta?; ¿y no es ésta la que indica cómo naturalmente se quema y quema algo, y con qué naturalmente se hace?

HERMÓGENES. Así es.

SÓCRATES. Y según esto en los demás casos.

HERMÓGENES. Absolutamente.

SÓCRATES. "Hablar", ¿no es también una cierta actividad?

HERMÓGENES. Sí.

SÓCRATES. ¿De la manera como a uno le parezca se ha de hablar, hablando de ésa, hablará sin más correctamente?
c ¿O si lo hiciere de la manera como a las cosas mismas les nace hablar, que se hable de ellas y con qué, tendrá éxito al hablar así?; pero si no, ¿marrará y no hará nada?

HERMÓGENES. Me parece ser como dices.

SÓCRATES. Mas "nombrar", ¿no es una parte del hablar?, porque nombrando es como se habla al hablar.

HERMÓGENES. Perfectamente.

SÓCRATES. ¿Según esto no sería el nombrar una cierta actividad, ya que el hablar mismo es una cierta actividad acerca de las cosas?

HERMÓGENES. Sí.

d SÓCRATES. Empero, ¿no se nos mostraron las actividades como algo no referido a nosotros, sino cual poseyendo ellas su propia naturaleza?

HERMÓGENES. Así es.

SÓCRATES. ¿Según esto hay que denominar a las cosas según la manera natural de nombrarlas, de que se nombren ellas, y con qué medio; mas no del modo que nosotros queramos, si hemos de concordar con lo ya dicho? ¿Y siendo así tendremos éxito y nombraremos; y no, si de otra manera?

HERMÓGENES. Tal me parece.

SÓCRATES. Sea pues: ¿lo que había que cortar, había que hacerlo, afirmamos, "con" algo?

HERMÓGENES. Sí.

SÓCRATES. ¿Y lo que se había de tejer, había que te-
e jerlo "con" algo? ¿Y lo que perforar, había que hacerlo "con" algo?

HERMÓGENES. Así es.

SÓCRATES. ¿Y lo que se ha de nombrar, habría que nombrarlo "con" algo?

HERMÓGENES. Así es.

388 a SÓCRATES. ¿Y qué es aquello "con" que se ha de perforar?

HERMÓGENES. Taladro.

SÓCRATES. ¿Y qué, "con" que tejer?

HERMÓGENES. Lanzadera.

SÓCRATES. ¿Y qué, "con" que nombrar?

HERMÓGENES. Nombre.

SÓCRATES. Bien dicho. Es, pues, también el nombre un instrumento.

HERMÓGENES. Absolutamente.

SÓCRATES. Si, pues, preguntara: ¿Qué instrumento es la lanzadera? ¿No es aquel "con" que tejemos?

HERMÓGENES. Sí.

b SÓCRATES. Y al tejer, ¿qué hacemos?; ¿no distinguimos, al reunirlos, entre trama y urdimbre?

HERMÓGENES. Sí.

SÓCRATES. ¿Y no has de decirlo lo mismo respecto de taladro y demás?

HERMÓGENES. Enteramente.

SÓCRATES. ¿Y no has de decir eso mismo respecto del nombre? Siendo el nombre un instrumento, ¿qué hacemos al nombrar?

HERMÓGENES. No sé qué decir.

SÓCRATES. ¿No nos instruimos mutuamente y discernimos cómo se han las cosas?

HERMÓGENES. Enteramente.

SÓCRATES. Así que el nombre es un instrumento ins-
c tructor y discernidor de la esencia, como lo es la lanzadera respecto del tejido.

HERMÓGENES. Sí.

SÓCRATES. ¿Mas la lanzadera es instrumento tejedor?

HERMÓGENES. Pero, ¿cómo no?

SÓCRATES. Así que el "tejedor" se servirá bellamente de la lanzadera: pero "bellamente" es la manera adecuada al tejido; a su vez, el "instructor" se servirá bellamente del nombre; "bellamente", es decir: "instructivamente".

HERMÓGENES. Sí.

SÓCRATES. Al servirse bellamente el tejedor de la lanzadera, ¿de la obra de quién se servirá?

HERMÓGENES. De la del carpintero.

SÓCRATES. ¿Todo el mundo es carpintero o sólo quien posee tal arte?

HERMÓGENES. El que la posea.

d SÓCRATES. Cuando el perforador usa bellamente del taladro, ¿de la obra de quién se servira?

HERMÓGENES. De la del herrero.

SÓCRATES. ¿Todos son herreros, o los que posean tal arte?

HERMÓGENES. Los que la posean.

SÓCRATES. Bien pues: al servirse del nombre el instructor, ¿la obra de quién se servirá?

HERMÓGENES. No sabría qué decirte.

SÓCRATES. ¿No sabrías decirme quién nos proporciona los nombres de que nos servimos?

HERMÓGENES. No, por cierto.

SÓCRATES. ¿No te parece que es la ley la que nos los proporciona?

HERMÓGENES. Parece.

e SÓCRATES. Así que, cuando el instructor se sirva del nombre, ¿se servirá de la obra del legislador?

HERMÓGENES. Me lo parece.

SÓCRATES. ¿Te parece que todo varón es legislador o quien posea tal arte?

HERMÓGENES. El que la posea.

SÓCRATES. Así que, Hermógenes, no es cosa de todo
389 a varón el imponer nombres, sino de un cierto artífice nomina-

dor; y este tal, parece, es el legislador: el artífice más raro de nacer entre los hombres.

HERMÓGENES. Así parece.

SÓCRATES. Pues bien: considera, mirando hacia qué el legislador impone los nombres. Sácalo de los casos precedentes. Mirando hacia qué el carpintero fabrica la lanzadera: ¿no es hacia algo que, por naturaleza, se preste a tejer?

HERMÓGENES. Perfectamente.

b SÓCRATES. ¿Y qué?; si la lanzadera se le rompe durante la fabricación; ¿hará otra, mirando a la rota o a aquel eidos según el que fabricó la rota misma?

HERMÓGENES. Mirando a aquél, me parece.

SÓCRATES. ¿Así que, justísimamente, diríamos de tal eidos que es "lo que es Lanzadera"?

HERMÓGENES. Me lo parece.

SÓCRATES. Cuando se haya de hacer una lanzadera para un vestido ligero o grueso, de lino, lana, de lo que sea, es preciso que todas las lanzaderas tengan el eidos de Lanzadera; mas, ¿no habrá que emplear, naturalmente, para cada
c obra la lanzadera que a cada una le venga de natural más bellamente?

HERMÓGENES. Sí.

SÓCRATES. Y de igual manera respecto de los demás instrumentos; una vez encontrado el instrumento que vaya mejor con la naturaleza de cada cosa hay que aplicarlo a aquello de que se haga la obra, no cual uno quisiere, sino cual sea natural. Porque, al parecer, hay que saber imponer al hierro el eidos de "taladro" que le sea natural.

HERMÓGENES. Perfectamente.

SÓCRATES. Y a la madera, su naturalmente apropiada lanzadera.

HERMÓGENES. Así es.

d SÓCRATES. Y a cada eidos de tejido, al parecer, su apropiada lanzadera; y así de lo demás.

HERMÓGENES. Sí.

Sócrates. Pues bien, óptimo, respecto del nombre na-
turalmente apropiado a cada cosa, ¿el legislador dicho no
habrá de saber imponerlo a sonidos y sílabas; y, mirando
hacia lo que es de suyo el Nombre, fabricar los nombres e
imponerlos, si ha de ponerlos con autoridad? No ignoremos
tampoco el que cada legislador no trabaja sobre las mismas
e sílabas, porque ni todo herrero trabaja con el mismo hierro
al fabricar cada instrumento para su fin. Con todo, mientras
390 a dé la misma idea, aunque sea a otro hierro, el instrumento
actúa correctamente, tanto que se lo haga aquí como entre
los bárbaros. ¿Es así?

Hermógenes. Absolutamente.

Sócrates. ¿No juzgarás así respecto del legislador, séalo de aquí o de entre los bárbaros?; mientras imprima el eidos de Nombre, el apropiado a cada cosa, en cualesquiera sílabas, en nada es mejor el legislador de aquí que el de otra parte cualquiera.

Hermógenes. Absolutamente.

b Sócrates. ¿Quién, pues, reconocerá si el apropiado
eidos de lanzadera está impreso en un leño cualquiera?; ¿el
que la fabrica: el carpintero, o el que la usa: el tejedor?

Hermógenes. Es más verosímil, Sócrates, que quien la usa.

Sócrates. ¿Quién es el que se sirve de la obra del fabricante de liras? ¿No es él quien supiera dirigir mejor lo a fabricar y, fabricado, conociera si lo ha sido bien o no?

Hermógenes. Absolutamente.

Sócrates. ¿Quién es?

Hermógenes. El tocador de lira.

Sócrates. ¿Mas quién, respecto del constructor de naves?

c Hermógenes. El piloto.

Sócrates. Empero, ¿quién, respecto de la obra del legislador, dirigiría más bellamente y juzgaría de lo hecho, aquí y entre los bárbaros? ¿No lo es quien se sirva de ella?

Hermógenes. Sí.

Sócrates. ¿No es tal el que sabe preguntar?

HERMÓGENES. Enteramente.

SÓCRATES. ¿Y el mismo que sepa responder?

HERMÓGENES. Sí.

SÓCRATES. Mas al que sabe preguntar y responder, ¿qué otra cosa lo llamarás sino "dialéctico"?

HERMÓGENES. Ninguna otra, sino eso.

d SÓCRATES. Así que la obra del carpintero: hacer un
timón, ha de ser dirigida por el piloto, si el timón ha de ser
bello.

HERMÓGENES. Tal parece.

SÓCRATES. Y la del legislador: hacer nombres, ha de tener por director a varón dialéctico, si han de imponerse bellamente los nombres.

HERMÓGENES. Así es.

SÓCRATES. Es, pues, verosímil, Hermógenes, que la
imposición de nombres, no sea, como tú piensas, cosa vulgar
ni de varones vulgares ni de advenedizos. Y dice Cratilo
e verdad al decir que los nombres les son naturales a las cosas,
y que no todos son artífices de nombres, sino solamente
aquel que ponga su mirada en el nombre apropiado, naturalmente, a cada cosa, y que pueda imponer el eidos del mismo
en las letras y sílabas.

HERMÓGENES. No tengo, Sócrates, manera de poder
391 a oponerme a lo que dices. Tal vez no sea fácil aceptarlo tan
deprisa; mas pienso que lo aceptaría si me mostraras en qué
consiste esa natural rectitud del nombre, de la que hablas.

SÓCRATES. Por cierto, Hermógenes feliz, que no hablo
de ninguna. Te olvidaste de lo que poco ha dije: que no lo
sabía, mas que lo consideraría contigo. Pero por lo que tú y
yo hemos considerado queda ya de manifiesto, contra la primera opinión, que el nombre posee una cierta rectitud natural,
b y que no es de todo varón el saber imponerlo bellamente a
cualquier cosa. ¿No es así?

HERMÓGENES. Enteramente.

SÓCRATES. Así que ha de investigarse, a continuación de esto, si es que deseas saberlo, cuál es la rectitud del mismo.

HERMÓGENES. Pues deseo saberlo.

SÓCRATES. Considéralo, pues.

HERMÓGENES. ¿Cómo hacerlo?

SÓCRATES. La consideración más correcta, compañero, consiste en ir con los sabios, pagándoles en dinero y dándoles encima las gracias. Tales son los sofistas a los que tu hermano
c Calías ha pagado sus buenos dineros, y parece ya ser sabio. Mas, puesto que tú no dispones aún de tu patrimonio, hay que rogar a tu hermano y pedirle que te instruya. él sobre la rectitud que, referente a estos puntos, aprendió de Protágoras.

HERMÓGENES. Petición, por cierto, Sócrates, extraña, si, no admitiendo de ninguna manera la "Verdad" de Protágoras, me interesara por lo dicho en tal Verdad, cual si valiera algo.

SÓCRATES. Mas si no te agrada lo de él, has de apren-
d der de Homero y de los otros poetas.

HERMÓGENES. ¿Qué es lo que sobre los nombres, Sócrates, dice Homero y dónde?

SÓCRATES. En muchos lugares. Pero los más importantes y bellos son aquellos en que distingue, acerca de las mismas cosas, entre los nombres que les dan a los hombres y los que los dioses. ¿No crees que dice algo importante y admirable en este punto de la rectitud de los nombres?; porque es claro que los dioses llaman, correctamente, a las cosas con los nombres que les son a ellas naturales. ¿O no lo
e piensas?

HERMÓGENES. Aun yo mismo sé bien que, si las llaman, las llaman correctamente. ¿Mas a cuáles te refieres?

SÓCRATES. ¿No sabes que, hablando del río de Troya que se enfrentó en singular combate con Vulcano, dice: «los dioses llámanlo *Xantho*; los varones, *Escamandro*»?

HERMÓGENES. Yo, sí.

392 a SÓCRATES. Pues bien: ¿no crees que haya algo de augusto en conocer en qué es más justo llamar a tal río *Xantho,* más bien que *Escamandro*? O si quieres: acerca del pájaro del que dice que

Los dioses denomínanlo "khalkís"; *los varones,* "kýmindis"; ¿piensas que es algo vulgar aprender cuán más justa es la denominación de "khalkís", que la de "kýmindis", res-

pecto del mismo pájaro? ¿O respecto de los nombres de Batíeia y Myrine, y de otros muchos de este poeta y otros?
b Empero, tal vez sea superior a tus fuerzas y a las mías investigar este punto. *Escamandro* y *Astyánax*, paréceme, son más humanos de consideración; y más fácil, respecto de los nombres que da Homero al hijo de Héctor, hallar qué rectitud les atribuye. Tú sabes los versos en que se encuentran los nombres a que me refiero.

HERMÓGENES. Perfectamente.

SÓCRATES. De los nombres, puestos al niño, ¿cuál, crees, pensó Homero ser el más correcto: el de *Astyánax* o el de *Escamandro*?

c HERMÓGENES. No sabría qué decir.

SÓCRATES. Considéralo desde este punto: si alguien te preguntara: ¿quiénes crees que emplean más correctamente los nombres: los más sensatos o los más insensatos?

HERMÓGENES. Evidentemente, respondería: los más sensatos.

SÓCRATES. ¿No sabes que Homero afirma que el hijo
d de Héctor es llamado *Astyánax* por los troyanos? ¿Es evidente, pues, que *Escamandro* lo llaman las mujeres, puesto que los varones lo llamaban *Astyánax*?

HERMÓGENES. Parece.

SÓCRATES. ¿Y que Homero pensaba ser los troyanos más sabios que sus mujeres?

HERMÓGENES. Así lo pienso, ¡palabra!

SÓCRATES. ¿Así que pensaba que el nombre de *Astyánax* le fue impuesto al niño más correctamente que el de *Escamandro*?

HERMÓGENES. Parece.

SÓCRATES. Consideremos por qué "tal vez". ¿O es que el nombre mismo no nos conduce bellísimamente al porqué?; porque dice:

e *porque, solo, les defendió a su Ciudad y a sus grandes muros;*
por esto, pues, parece correcto llamar *Astyánax* al hijo del salvador de lo que su padre salvaba, como afirma Homero.

HERMÓGENES. Me lo parece.

SÓCRATES. Mas en realidad, ¿por qué?; que ni yo mismo lo entiendo aún, Hermógenes. ¿Lo entiendes tú?

HERMÓGENES. Yo, no; ¡por Júpiter!

393 a SÓCRATES. Pero, bueno de ti; ¿que Homero mismo no le puso el nombre a Héctor?

HERMÓGENES. ¿Y qué?

SÓCRATES. Que me parece ser éste muy próximo al de *Astyánax;* y que tales nombres se asemejan a griegos. Porque *ánax* y *héctor* casi casi indican lo mismo; y ambos son nombres regios, ya que de lo que uno es *jefe (ánax)* es, sin duda, de alguna manera *mantenedor (héctor),* puesto que lo domina, lo posee y lo *tiene (ekhei).* ¿No te parece que en lo
b dicho no hay nada, sino que me engañó aun a mí mismo creyendo seguir algo así como las huellas de la opinión de Homero sobre la rectitud de los nombres?

HERMÓGENES. No me lo parece, ¡por Júpiter!; y aun tal vez haya algo de eso.

SÓCRATES. Mas es justo, me parece, llamar "león" al cachorro de león; y "caballo", al de caballo. No hablo de casos, como los monstruos, en que de caballo nace algo dife-
c rente de caballo; sino de lo que nazca según la naturaleza de la raza, de ello hablo; si un caballo engendra, contra naturaleza, lo que es descendencia de toro, no hay que llamarlo "potro" sino "ternero"; y si de hombre nace descendencia no humana, creo que tal descendiente no hay que llamarlo "hombre"; y parecidamente respecto de árboles y de todo lo demás. ¿No te lo parece como a mí?

HERMÓGENES. Me lo parece, contigo.

SÓCRATES. Bellamente dicho. Vigila, pues, no sea que yo te despiste. Según pues, el mismo razonamiento el des-
d cendiente de rey ha de llamarse "rey". Nada importa el que se indique eso mismo con unas u otras sílabas, ni que se añada o quite alguna letra, mientras se mantenga la esencia de la cosa manifestada en el nombre.

HERMÓGENES. ¿En qué sentido lo dices?

SÓCRATES. Nada de complicado. Sabes que a las letras las llamamos con nombres, pero no con las letras mismas, fuera de cuatro: la *e,* la *u,* la *o,* la *ô*. Sabes que a las demás

e letras, fonales y áfonas añadiéndoles otras letras las nombramos, haciendo así de ellas nombres. Empero, mientras expresemos su poder declarativo, es correcto llamarlas con el nombre que nos la declare. Cual la *beta*. Ves que, añadidas la "ē", la "t" y la "a", nada se perdió, de manera que ya no se declare la naturaleza de tal letra con ese nombre total, querido por el legislador. ¡Tan bellamente supo poner nombres a las letras!

HERMÓGENES. Me parece que dices verdad.

SÓCRATES. ¿Y no valdrá el mismo razonamiento res-
394 a pecto de "rey"? Porque de rey nacerá rey; de bueno, bueno; de bello, bello; y parecidamente en todos los demás casos; de cada raza, otro tal descendiente, a no ser que salga un monstruo. Se han, pues, de llamar con los mismos nombres. Se puede variar los nombres en las sílabas de manera que, al profano, le aparezcan distintos, siendo en realidad los mismos. A la manera como los medicamentos de los médicos nos parecen, por varios en colores y sabores, dife-
b rentes, siendo en realidad los mismos. Empero, al médico, por considerar la potencia de los medicamentos, le parecen los mismos y no se desconcierta por los aditamentos. Tal vez así también el sabio en nombres considera su potencia y no se desconcierta porque se añada o quite una letra, ni porque la potencia del nombre esté siendo en letras totalmente diferentes. O como estábamos diciendo: *Astyánax* y *Héctor* no tienen
c más letras comunes que la "t"; y, sin embargo, indican lo mismo. Y *Arquépolis*, ¿qué letra tiene en común con esos nombres? No obstante declara lo mismo; y otros muchos hay que no indican sino "rey"; otros, a su vez, "general", como *Aguis*, *Polemarco* y *Eupólemos*. Otros nombres lo son de lo medicinal: *Iatrocles* y *Aquesímbroto;* y otros muchos encontraríamos que diferenciándose en sílabas y letras, dicen, por su potencia, lo mismo. ¿Te parece así o no?

d HERMÓGENES. Enteramente.

SÓCRATES. Así que a los engendrados según naturaleza hay que dar los mismos nombres.

HERMÓGENES. Enteramente.

SÓCRATES. ¿Mas a los contranaturaleza, nacidos con eidos de monstruo? Como cuando de varón bueno y piadoso nace un impío, ¿no es caso parecido a los anteriores: que

caballo pára descendencia de toro; que no ha de tomar el nombre del padre, sino de la raza de que era?

HERMÓGENES. Enteramente.

e SÓCRATES. Y al impío, nacido de piadoso, habrá que dar el nombre de su género.

HERMÓGENES. Así es.

SÓCRATES. No el de *Teófilo* ni el de *Mnēsiteo*, ni alguno de esta suerte, sino uno que indique lo contrario, si los nombres han de ser, por Suerte, correctos.

HERMÓGENES. Eso más que nada, Sócrates.

SÓCRATES. Así *Orestes*, Hermógenes, parece ser correcto; sea que se le pusiera por Suerte tal nombre, sea que se lo pusiera un poeta para declarar con el nombre lo brutal de su naturaleza, lo salvaje y lo *montaraz (oreïnón)* de él.

395 a HERMÓGENES. Así parece, Sócrates.

SÓCRATES. Parece además que aun su padre lleva nombre según su naturaleza.

HERMÓGENES. Parece.

SÓCRATES. *Agamenón* parece ser varón capaz de realizar, cueste lo que costare, sus decisiones, y de mantenerlas, llevándolas valientemente hasta el cabo. Indicio de ello es la permanencia y tenacidad del ejército en Troya. Que, pues,
b tal varón sea *admirable (agastós)* por su *constancia (epimonē)* lo indica bien su nombre *Agamenón*. Tal vez también se le ajuste el de *Atreo*, porque su asesinato de Crisipo y lo que de cruel hizo con Tyestes, todo ello es ruinoso y *funesto (atēra)* para la virtud. La atribución de tal nombre se desvía un poco, y oculta, de modo que no a todos declara, la naturaleza de este varón; mas a los conocedores en nombres declara suficientemente lo que pretende decir *Atreo*, porque se le impuso tal nombre por lo de *inflexible (ateirés)*, por lo
c *de intrépido (átreston)* y por lo de *funesto (aterón)*; y bien correctamente puesto. Me parece que a *Pélops* se le impuso apropiadamente el nombre, porque indica tal nombre *el que ve desde cerca (pelas, opsis)*; digno, pues, de tal denominación.

HERMÓGENES. ¿Cómo así?

SÓCRATES. Como lo que se dice de este varón que, en
el asesinato de Myrtilo, no fue capaz de presentir ni de
prever el porvenir de toda su raza, de qué desgracias la
d colmaba, por ver tan sólo lo inmediato y momentáneo, que
eso dice *pelas;* empeñado en conseguir de cualquier ma-
nera su matrimonio con Hipodamia. Para Tántalo, todo el
mundo pensará que el nombre le fue impuesto correctamente
y según naturaleza, si es verdad lo que de él se cuenta.

HERMÓGENES. ¿Qué es eso?

SÓCRATES. Las desgracias, muchas y terribles, que, aun
viviendo, le advinieron, por las cuales su patria se hundió
entera; y, después de muerto, allá en el Hades, aquella piedra
e *suspendida (talanteia)* sobre su cabeza, maravillosamente con-
sonante con su nombre; y, sencillamente parece cual si, que-
riéndosele denominar *el más apesadumbrado (talántaton),* se
lo ocultara al nombrarlo y, en vez de eso, se le llamara
Tántalo. ¡Tal nombre, y tan para él, pareciera haberle depa-
rado la Suerte, según la leyenda! Parece, además, que a su
padre putativo, a Júpiter, se le haya impuesto bellísimamente
396 a nombre. Mas no es fácil de comprender; porque, sencilla-
mente, es cual definición tal nombre de Júpiter. Dividiéndolo
en dos, usamos unos de una parte; otros, de la otra; porque
unos lo llaman *Zēna;* otros, *Día.* Mas, reunificados, declaran
la naturaleza del dios que es lo que, afirmamos, conviene haga
el nombre; porque no hay ni para nosotros ni para todas las
demás cosas quien sea causa mayor de *vivir (dsēn)* que el
príncipe y rey de todo. Añádase que a este dios se lo llama
b correctamente aquel *por cuya virtud viven (di hon dsēn)*
siempre todos los vivientes. Mas, como digo, tal nombre,
siendo uno, está dividido en dos: *Dií* y *Zēni.* Llamarlo hijo
de *Cronos* parecería, a quien de repente lo oyera, un insulto.
No obstante es racional que *Júpiter (Día)* descienda de
gran inteligencia *(dianoia). Cronos* indica *pureza (koros),*
y no, hijo; sino *lo límpido e inmaculado de la inteligencia
(noū).* Este dios es hijo de *Urano,* como se cuenta; mas la
c mirada hacia lo alto es bello que reciba ese nombre de *oura-
nía: la que ve lo alto (horōsa tā anō),* de la cual visión,
Hermógenes, dicen los astrónomos, proviene la inteligencia
pura. Así que al *cielo (ouranō)* correctamente se le pone tal
nombre. Si me pusiera a recordar la Genealogía de Hesíodo
y qué más remotos antepasados atribuye a estos dioses, no

terminaría de explicar cuán correctamente se han dado tales
nombres, hasta que hubiera puesto a prueba esta sabiduría
d —¿qué valdrá: se queda corta o no?— que, de repente, ahora
y así me acaba de caer, no sé de dónde.

HERMÓGENES. Por, cierto, Sócrates, me parece, sencillamente, que, de repente, profieres oráculos cual los inspirados.

SÓCRATES. Y encauso, Hermógenes, sobre todo a Eutifron, el de Prospalto, de que me haya caído tal sabiduría, porque, desde la aurora estuve largos ratos con él y le presté oídos. Parece, pues, que inspirado como estaba él, no sólo me colmó los oídos con esta daimoníaca sabiduría, sino que me arrobó el alma. Creo, pues, que hemos de proceder así:
e hoy, sirviéndonos de ella, considerar lo restante acerca de los
nombres; mañana, si os lo parece, la expulsaremos solemne-
397 a mente y nos purificaremos buscando a alguien, sacerdote o
sofista, que sea capaz de purificarnos de eso.

HERMÓGENES. En cuanto a mí, lo admito; que oiría con gran placer lo restante acerca de los nombres.

SÓCRATES. Hágase, pues, así. ¿Por dónde quieres que comencemos nuestro examen, —ya que hemos llegado a un cierto tipo?: ¿por ver si los nombres mismos no nos darán
b testimonio de no haber sido impuestos por azar, sino que
poseen una cierta corrección? Por cierto que los nombres dados a héroes y a hombres, tal vez nos engañarían; porque muchos de ellos se imponen según el nombre de los antepasados, sin convenir a algunos, como decíamos al principio; muchos, a su vez, se ponen cual deseos, así *Eutyquides (eutyques, afortunado), Sosías (sōdseir, salvar)* y, *Teófilo (amigo de dios)* y otros muchos. Es mi parecer que dejemos de lado tales nombres; mientras que, verosímilmente, hallaremos, sobre todo, que están correctamente puestos los de entes eternos
c y naturales; porque aquí conviene haber tomado en serio la
imposición de nombres. Tal vez algunos de ellos fueron impuestos por una virtud más divina que la de los hombres.

HERMÓGENES. Me parece, Sócrates, que hablas bellamente.

SÓCRATES. ¿No parece justo que se comience por los dioses, considerando por qué fueron llamados correctamente con ese mismo nombre de *dioses (theoí)*?

HERMÓGENES. Así natural.

SÓCRATES. Sospecho algo así como: los primeros hombres de Grecia me parecen haber creído ser solamente dioses
d los que, aun hoy, tiene por tales la mayoría de los bárbaros: Sol, Luna, astros y Cielo. Viendo, pues, que todos ellos marchan y corren en eterna carrera, según tal naturaleza *correr (thein)* nombraron a los *dioses (theoús)*. Mas tarde, incluyendo con razón a los demás, les dieron ya a todos ese mismo nombre. ¿Es verosímil lo que digo, o no?

HERMÓGENES. Me lo parece enteramente.

SÓCRATES. ¿Qué pondremos a consideración después de esto? ¿No es claro que a daímones, héroes y hombres?

e HERMÓGENES. A daímones.

SÓCRATES. En verdad, Hermógenes, ¿qué significaría ese nombre de *daímones*? Considera lo que pienso decirte.

HERMÓGENES. Dilo sin más.

SÓCRATES. ¿Sabes qué son los daímones, según Hesíodo?

HERMÓGENES. No lo recuerdo.

SÓCRATES. ¿Ni que la primera raza de hombres, dice, fue de oro?

HERMÓGENES. Esto sí que lo sé.

SÓCRATES. Dice, pues, de ella:

Después de que el Hado veló esta raza,
398 a *Se los llama "daímones" santos terrestres;*
Buenos, defensores, guardianes de los mortales hombres.

HERMÓGENES. ¿Y qué?

SÓCRATES. Que, por *raza de oro* entiende, creo, no, nacida de oro, sino buena y bella. Y este testimonio el que a nosotros nos llama *raza de hierro*.

HERMÓGENES. Dices verdad.

SÓCRATES. Según esto, ¿no crees que, si uno de los
b actuales es bueno, afirmaría que pertenece a la raza de oro?

HERMÓGENES. Es verosímil.

SÓCRATES. Mas los buenos, ¿qué son sino sensatos?

 398 e

γίγνεται τὸ ἡρωικὸν φῦλον. Ἀλλὰ οὐ τοῦτο χαλεπόν ἐστιν ἐννοῆσαι, ἀλλὰ μᾶλλον τὸ τῶν ἀνθρώπων, διὰ τί ποτε « ἄνθρωποι » καλοῦνται· σὺ ἔχεις εἰπεῖν ;

ΕΡΜ. Πόθεν, ὠγαθέ, ἔχω ; οὐδ' εἴ τι οἷός τ' ἂν εἴην εὑρεῖν, οὐ συντείνω διὰ τὸ ἡγεῖσθαι σὲ μᾶλλον εὑρήσειν ἢ ἐμαυτόν.

ΣΩ. Τῇ τοῦ Εὐθύφρονος ἐπιπνοίᾳ πιστεύεις, ὡς ἔοικας. 399 a

ΕΡΜ. Δῆλα δή.

ΣΩ. Ὀρθῶς γε σὺ πιστεύων· ὡς καὶ νῦν γέ μοι φαίνομαι κομψῶς ἐννενοηκέναι, καὶ κινδυνεύσω, ἐὰν μὴ εὐλαβῶμαι, ἔτι τήμερον σοφώτερος τοῦ δέοντος γενέσθαι. Σκόπει δὴ ὃ λέγω. Πρῶτον μὲν γὰρ τὸ τοιόνδε δεῖ ἐννοῆσαι περὶ ὀνομάτων, ὅτι πολλάκις ἐπεμβάλλομεν γράμματα, τὰ δ' ἐξαιροῦμεν, παρ' ὃ βουλόμεθα ὀνομάζοντες, καὶ τὰς ὀξύτητας μεταβάλλομεν. Οἷον « Διὶ φίλος » — τοῦτο ἵνα ἀντὶ ῥήματος ὄνομα ἡμῖν γένηται, τό τε ἕτερον αὐτόθεν ἰῶτα b
ἐξείλομεν καὶ ἀντὶ ὀξείας τῆς μέσης συλλαβῆς βαρεῖαν ἐφθεγξάμεθα. Ἄλλων δὲ τοὐναντίον ἐμβάλλομεν γράμματα, τὰ δὲ βαρύτερα ⟨ὀξύτερα⟩ φθεγγόμεθα.

ΕΡΜ. Ἀληθῆ λέγεις.

ΣΩ. Τούτων τοίνυν ἓν καὶ τὸ τῶν ἀνθρώπων ὄνομα πέπονθεν, ὡς ἐμοὶ δοκεῖ. Ἐκ γὰρ ῥήματος ὄνομα γέγονεν, ἑνὸς γράμματος τοῦ ἄλφα ἐξαιρεθέντος καὶ βαρυτέρας τῆς τελευτῆς γενομένης.

ΕΡΜ. Πῶς λέγεις ;

ΣΩ. Ὧδε. Σημαίνει τοῦτο τὸ ὄνομα ὁ « ἄνθρωπος » c
ὅτι τὰ μὲν ἄλλα θηρία ὧν ὁρᾷ οὐδὲν ἐπισκοπεῖ οὐδὲ ἀναλογίζεται οὐδὲ ἀναθρεῖ, ὁ δὲ ἄνθρωπος ἅμα ἑώρακεν — τοῦτο δ' ἐστὶ « ὄπωπε » — καὶ ἀναθρεῖ καὶ λογίζεται τοῦτο ὃ

Testim. : 399 c 3 ὁ δὲ ἄνθρωπος — 6 ὄπωπεν Euseb., *Praep. euang.*, II, 6.

e 5 ἢ σὺ Heindorf ‖ 399 a 5 δὲ δὴ W ‖ b 4 ὀξύτερα add. Buttmann ‖ 6 τούτων BW : τοῦτο T ‖ 8 ἄλφα B : ᾱ TW ‖ c 4 ὄπωπε W Eusebius : τὸ ὄπωπε BT.

HERMÓGENES. Lo son.

SÓCRATES. Como me parece, esto es precisamente lo que entiende por *daímones;* que, por sensatos y *sapientes (daēmones)* los llamó *daímones;* y se halla ya en nuestra primigenia lengua este nombre. Dice, pues, bellamente este poeta, y dicen otros muchos, que cuando muere un justo alcanza alto destino y honor; y hácese *daimon,* viniéndole tal
c nombre de "sapiencia". De esta manera sostengo aun yo que es *daimonio* todo varón que sea bueno: y lo es en vida y de muerto; y que correctamente se lo llama *daimonio.*

HERMÓGENES. Y me parece, Sócrates, que, en este punto, estoy completamente de acuerdo contigo. Mas ése de *héroe (hērōs),* ¿qué sería?

SÓCRATES. No es demasiado difícil comprenderlo. Su nombre está ligeramente deformado, mas descubre su génesis del *amor (erōs).*

HERMÓGENES. ¿En qué manera?

SÓCRATES. ¿No sabes que los héroes son semidioses?

HERMÓGENES. ¿Y qué?

d SÓCRATES. Que todos ellos se engendraron del amor entre dios y una mortal o entre mortal y una diosa. Si consideras esto también según la antigua lengua ática lo sabrás mejor; porque se te descubrirá que tal nombre proviene del de *amor (erōs),* del que los hērōs se engendraron, un poquito deformado aquel en gracia de este nombre. Y dice el poeta que o bien los héroes eran eso, o que eran sabios, poderosos oradores y dialécticos, potentes en *preguntar (erotān)* y en *hablar (eirein),* porque *eirein* es *decir (leguein).* Como de-
e címos, pues, en lengua ática los llamados "héroes" pasan por ser una cierta clase de oradores e interrogadores, de manera que del género de oradores y sofistas se engendra la raza heroica. Mas esto no resulta difícil de comprender; lo es más el nombre de *hombres (ánthrōpoi).* ¿Por qué se los llama *ánthrōpoi*? ¿Me lo puedes decir?

HERMÓGENES. ¿Cómo podría, bueno de ti? Mas, aunque fuera capaz de encontrarlo no me esforzaría, porque creo que tú lo encontrarás mejor que yo mismo.

399 a SÓCRATES. Parece que te fías de la inspiración de Eutifron.

HERMÓGENES. Evidentemente.

SÓCRATES. Y te fías justamente. Que ahora mismo me parece haberlo comprendido sutilmente, y que estoy a punto, si no pongo cuidado, de resultar hoy más sabio de lo debido. Considera lo que digo: ante todo, respecto de los nombres, has de parar mientes en que frecuentemente añadimos letras, unas veces; otras, quitamos; damos nombres a despropósito, y trastornamos los acentos. Como *Diì philos (amigo de Zeus)*; para que nos resulte de esta frase un nombre *(Dífilos)* qui-
b tamos de las dos *íes* la segunda, y pronunciamos grave la sílaba aguda intermedia. En otros casos añadimos letras y pronunciamos agudas las graves.

HERMÓGENES. Dices verdad.

SÓCRATES. Pues bien: uno de estos casos, me parece, lo ha pasado al nombre de los hombres. De frase se hizo nombre, suprimiendo una letra, la *a*, y haciéndose grave la sílaba final.

HERMÓGENES. Di cómo.

c SÓCRATES. Así: este nombre *ánthrōpos* indica que, a diferencia de los demás animales que ven, mas no reflexionan en nada ni razonan ni *miran (anathreî)*, el hombre, por el contrario, a la vez que ve —eso es *ópōpe*— *mira (anathreî)* y razona sobre todo lo que ha visto *(ópōpe)*. De ahí, pues, que, correctamente, a diferencia de las fieras, al hombre se lo llamó *ánthrōpos; mira-lo-que-vio (anatrôn ha ópōpe)*.

HERMÓGENES. ¿Qué más? Después de esto, te preguntaría algo que con gusto aprendería.

SÓCRATES. Perfectamente.

d HERMÓGENES. Me parece que este punto se continúa con estotro: hablamos de algo así como de "alma" y "cuerpo" del hombre.

SÓCRATES. ¿Cómo no?

HERMÓGENES. Tratemos, pues, de analizar estos nombres como los anteriores.

SÓCRATES. ¿Dices que e aminemos cómo es que al alma le ha caído, verosímilmente, tal nombre; y después, al cuerpo?

HERMÓGENES. Sí.

SÓCRATES. Para decirlo de buenas a primeras, creo que los que dieron al *alma (psyquē)* tal nombre es porque precisamente cuando ella está presente en el cuerpo es causa que
e le aporta el poder de respirar, y lo *refresca (anapsŷquon)*; mas, al abandonarlo tal causa refrescante, el cuerpo se deshace y muere; por eso me parece haberle dado el nombre de *psyquē*. Si quieres, aguarda un poco que me parece entrever algo más
400 a de fiar para los de Eutifron, porque, a mi parecer, tal vez desprecien lo dicho y lo tengan por rudo. Considera, pues, si estotro te place también a ti.

HERMÓGENES. Dilo sin más.

SÓCRATES. A la naturaleza del cuerpo entero, ¿qué otra cosa, sino el alma, te parece lo mantenga y conduzca tanto que hasta lo hace vivir y removerse?

HERMÓGENES. Ninguna otra.

SÓCRATES. Pues bien: y a la naturaleza de todas las demás cosas, ¿no creerás con Anaxágoras que son inteligencia y alma las que las ordenan y mantienen?

HERMÓGENES. Por mi palabra que sí.

b SÓCRATES. Bellamente, pues, esta potencia que *conduce (oquei)* y *mantiene (equei)* la *naturaleza (physis)*, llevaría por nombre el de *physequē*; que es lícito, adeliñado, llamar *psyquē*.

HERMÓGENES. Perfectamente, y me parece que esto es más según el arte que lo otro.

SÓCRATES. Y lo es; mas, por cierto, que me parece, en verdad, ridículo, tal como se le ha impuesto.

HERMÓGENES. Y, ¿qué diremos en cuanto al siguiente?

SÓCRATES. ¿Hablas de *cuerpo (sōma)*?

HERMÓGENES. Sí.

SÓCRATES. Tal nombre me parece complicado; y por
c poco que uno se desvíe, aun mucho. Porque algunos afirman que *cuerpo (sōma)* es *sepulcro (sēma)* del alma, en el que está al presente enterrada; y porque, mediante el cuerpo, el alma da a *significar (sēmainei)* lo que quiere *significar*, por tal razón correctamente se lo llama *signo (sēma)*. Me parece que han sido, sobre todo, los órficos quienes le han puesto

tal nombre, cual si en el cuerpo pagara el alma justamente por sus culpas, haciendo él de recinto para *guardarla (sōdsētai)*: de eicono, de cárcel; es, pues, el cuerpo lo que él se llama: *sōma (cárcel)*, hasta que pague sus deudas, —no habiendo que cambiar ni una letra.

d HERMÓGENES. Todo esto me parece, Sócrates, suficientemente explicado. Mas respecto de los nombres de los dioses, a la manera como acabas de hacerlo con Júpiter, ¿podríamos parecidamente considerar con qué grado de rectitud han sido impuestos sus nombres?

SÓCRATES. Sí, ¡por Júpiter!, Hermógenes, si paramos mientes hay una óptima manera: la de decir que sobre los dioses nada sabemos, ni sobre ellos mismos ni sobre los nombres que tal vez se den a sí mismos, porque es evidente que
e ellos se llaman con los verdaderos. Una segunda manera de rectitud sería la que nos es de ley en las plegarias; sean los que fueren y gócense en ser nombrados por ellos, dárselos nosotros, pues no sabemos nada mejor; ley, a mi parecer,
401 a bellamente establecida. Si quieres, pues, consideremos este punto cual si hubiéramos comenzado por decir a los dioses que de ellos mismos no trataremos, —porque no nos juzgamos capaces de tratarlos así; sino de los hombres, qué opinión teniendo sobre ellos, les impusieron los nombres, —que así evitaremos sus iras.

HERMÓGENES. Me parece que hablas mesuradamente, Sócrates; hagámoslo, pues, así.

b SÓCRATES. Como es de ley, ¿por qué otro comenzar que por "Hestía"?

HERMÓGENES. Es de justicia.

SÓCRATES. ¿En qué se diría estaba pensando el que, puesto a denominar, puso a Hestía tal nombre?

HERMÓGENES. ¡Por Júpiter!, que no me parece cosa fácil.

SÓCRATES. Me parece, bueno de Hermógenes, que los primeros impositores de nombres no fueron personas vulgares sino altos lógicos y sutiles.

HERMÓGENES. ¿Cómo así?

SÓCRATES. La imposición de tales nombres da claramente
c la impresión de provenir de hombres tales; y, si se

escudriña tales nombres extranjeros, no menos se encontrará lo que cada uno quiere decir. Como lo que nosotros llamamos *ousía,* hay quienes lo llaman *essía;* y otros, *ōsía.* Ante todo, que a la *esencia (ousía)* de las cosas se la llame, según el segundo nombre, *Hestía,* tiene su razón; que aun nosotros llamamos *Hestía* a lo que participa de la *esencia (ousía);* y según esto también ajustadamente se la llamaría *Hestía,* porque parece que nosotros mismos al viejo *essía* llamamos *esencia (ousía).* Además: pensándolo desde el punto de vista de los sacrificios, tal pareciera haber sido la mente de los im-
d positores; porque es verosímil que, antes que a los demás dioses, sacrificaran a Hestía los que a la esencia de todas las cosas denominaron *Hestía.* Mas los de *ōsía,* y son los tales los heraclitianos, creerían que los seres todos se mueven y nada permanece; la causa, pues, y el principio de ellos es lo *ōthoûn (impelente),* por lo cual bellamente se lo llama *ōsía.* Y quede
e así dicho esto para los que nada saben. Después de Hestía es justo que consideremos a Rea y a Cronos, aunque ya nos ocupamos del nombre de Cronos. Tal vez todo lo dicho no vale nada.

HERMÓGENES. ¿Cómo así, Sócrates?

SÓCRATES. Bueno de Hermógenes, acabo de entrever todo un enjambre de sabiduría.

HERMÓGENES. ¿Cuál, por cierto, es?

402 a SÓCRATES. Ridículo de decir, mas tiene su verosimilitud.

HERMÓGENES. ¿Cuál es ésta?

SÓCRATES. Creo ver a Heráclito diciendo cosas viejas y sabias, —sencillamente las referentes a Cronos y Rea, ya dichas por Homero.

HERMÓGENES. ¿En qué sentido lo dices?

SÓCRATES. Dice Heráclito que «todo fluye y nada permanece»; y, asemejando los entes a un río, dice «no habría como entrar dos veces en el mismo río».

HERMÓGENES. Así es.

b SÓCRATES. Pues bien: ¿crees que quien a los antepasados de los demás dioses puso por nombre *Rea* y *Cronos,* pensó de diferente manera que Heráclito? ¿Crees que, por azar, les impuso, a ambos, nombres de corrientes? Como Homero llama

a Océano engendrador de dioses; y a Tethys, madre;
creo que también Hesíodo. Orfeo, por su parte, dice:

Océano, el de bella corriente, fue el primero en casarse,
c *quien tomó por mujer a Tethys, hermana de madre;*
atiende a que todo esto consuena entre sí y apunta todo hacia lo de Heráclito.

HERMÓGENES. Me parece, Sócrates, bien dicho; mas no entiendo qué quiere decir el nombre de Tethys.

SÓCRATES. Mas casi casi dice que es nombre disimulado de "fuente", porque lo *cribado (diattōmenon)* y *filtrado*
d *(ēthōumenon)* es imagen de fuente; de estos nombres se compone el de *Tethys.*

HERMÓGENES. Fino, por cierto, Sócrates.

SÓCRATES. ¿Cómo no serlo? ¿Mas qué viene a continuación? De Júpiter hemos hablado.

HERMÓGENES. Sí.

SÓCRATES. Hablemos de sus hermanos Poseidón y Plutón y del otro nombre con que se lo llama.

HERMÓGENES. Perfectamente.

SÓCRATES. El nombre de *Poseidón* me parece haberle
e sido impuesto por el primero que le dio nombre, porque, al ponerse a andar, la naturaleza del mar se lo estorbó y no le dejó avanzar, cual si fuera traba para sus pies. Al dios que es señor de este poder le dio el nombre de *Poseidón,* algo así como *trabado de pies (posídesmon)*; se le añadió una *e,* tal vez por elegancia. Tal vez no es tal el sentido, sino que
403 a en lugar de *s* se pronunciaba con dos *l,* cual si el dios fuera *sabio en muchas cosas (pollá eidotos).* Pudiera ser también que, por *transtornar (seíein),* se le llamara el *transtornador (seíōn);* se añaden la *p* y la *d.* El de *Plutón* viénele por dador de *riqueza (ploutos),* porque de las profundidades de la tierra sale la riqueza. El de *Hadēs (Haidēs);* la mayoría me parece suponer que se le atribuye tal nombre por lo de *invisible (aeidḗs);* y por temor de tal nombre llámanlo *Plutón.*

b HERMÓGENES. ¿Y a ti que te parece, Sócrates?

SÓCRATES. Me parece que los hombres han errado de muchas maneras acerca del poder de este dios, y no es digno el que se le tema. Porque temen que, una vez muertos, estén

allá abajo para siempre; y que el alma, desnuda de cuerpo, vaya a estar con él, —aun eso lo temen. Pero me parece que todo apunta a lo mismo: tanto el poder del dios como su nombre.

HERMÓGENES. ¿Cómo, por cierto?

c SÓCRATES. Te diré lo que me parece. Contéstame: de los vínculos que fuerzan a cualquier viviente a permanecer en un lugar, sea el que sea, ¿cuál es el más potente: necesidad o apetito?

HERMÓGENES. El apetito, Sócrates, y con gran diferencia.

SÓCRATES. ¿No crees que muchos se escaparían del Hadēs si no fuera porque un vínculo poderosísimo ata a los que allá van?

HERMÓGENES. Es claro.

SÓCRATES. Así que por un cierto apetito, al parecer, los ata, si es que hace falta vínculo potentísimo; y no, por necesidad.

HERMÓGENES. Parece.

SÓCRATES. Mas, ¿hay muchos apetitos?

HERMÓGENES. Sí.

d SÓCRATES. Luego, los ata por el máximo de los apetitos, si es que va a dominarlos por el máximo vínculo.

HERMÓGENES. Sí.

SÓCRATES. ¿Hay apetito mayor que el de convivir con quien cree uno llegará a ser varón mejor?

HERMÓGENES. ¡Por Júpiter!, Sócrates, no lo hay en modo alguno.

SÓCRATES. Por esto, Hermógenes, afirmamos que ninguno
e de los de allá querrá venirse acá, ni siquiera las sirenas mismas; que ellas y todos los demás están totalmente encantados. ¡Tan bellas son, al parecer, las palabras que Hadēs sabe decirles!; y, por esta razón, este dios es sofista perfecto y gran bienhechor de los que con él están. ¡Tales bienes da a los de allá abajo, y tantos les rodean!; de esto le vino el nombre de *Plutón (Ploutōn)*. Que no quiera conser con los hombres que tienen cuerpo, sino convivir con ellos después

404 a de que el alma esté purificada de todos los males y apetitos
corporales, ¿no te parece ser propio de filósofo y de quien
ha comprendido que de esta manera encadenaría a los hom-
bres por el apetito de la virtud, mientras que, poseídos aún
por los achaques y locuras del cuerpo, ni aun el podre Cronos
podría retenerlos, atándolos con los lazos que a él se atri-
buyen?

HERMÓGENES. Parece que tienes razón, Sócrates.

b SÓCRATES. En cuanto al nombre de *Haidēs*, Hermó-
genes, bien lejos de venirle tal denominación de *invisible*
(aeidés), viénele mucho más de *saber (eidenai)* todo lo bello;
por esto fue llamado *Haidēs (Hadēs)* por el legislador.

HERMÓGENES. Sea; ¿qué diremos de *Dēmḗtēr*, *Hēra*,
Apolo, *Atenea*, *Hefesto* y *Ares*, y demás dioses?

SÓCRATES. Parece que *Dēmḗtēr* fue llamada así por el
don de la alimentación que nos *dio (didoūsa)*, cual *madre*
(mḗtēr). *Hera* es como *amable (eratḗ)*; por lo cual se dice
c que Júpiter, enamorado de ella, la tiene de esposa. Tal vez el
legislador, metido a astrólogo y en forma críptica, dio al *aire*
(aéra) el nombre de *Hera (hēra)*, transponiendo la *a* inicial
de *aéra* al final. Lo reconocerías si repitieras muchas veces el
nombre de *Hēra*. Pero *Pherréphatta* es nombre temible para
muchos, cual el de *Apolo*; por ignorancia, al parecer, de la
rectitud de los nombres; porque, trastornándolo, piensan en
Pherséphone y les parece entonces terrible. Pero indica que la
d diosa es sabia; porque, si las cosas están en movimiento, la
sabiduría consistiría en palparlas, tocarlas y acompañarlas.
Pherépapha, pues, se llamaría correctamente a la diosa, o algo
así, por la sabiduría y *contacto (epaphē)* con lo en movi-
miento *(pheroménon)*; por lo cual convive con ella Haidēs,
sabio, porque ella lo es. Mas ahora retocan el nombre, te-
niendo en más a la eufonía que a la verdad, de modo que la
llaman *Pherréphatta*. Lo mismo, respecto de Apolo; como
e digo, muchos tiemblan ante el nombre de este dios, cual si
indicara algo terrible. ¿No lo has advertido?

HERMÓGENES. Y mucho; y dices verdad.

SÓCRATES. Mas, me parece, está bellísimamente im-
puesto, según el poder de este dios.

HERMÓGENES. ¿Cómo así?

SÓCRATES. Trataré de explicar lo que me parece, por-
que no hay nombre que mejor se armonice, él solo, con los
405 a cuatro poderes del dios, de modo que tal nombre toca a todos
y de alguna manera declara cuáles son: música, adivinatoria,
medicina y arquería.

HERMÓGENES. Explícate, porque me parece estás di-
ciendo que el nombre es desconcertante.

SÓCRATES. No, sino bien armonizado, ya que este dios
es músico. Porque, primero, la purificación y sus ritos, tanto
en medicina como en adivinatoria, tanto las fumigaciones con
b drogas medicinales como las con adivinatoria, los baños para
tales casos, las aspersiones lustrales, la virtud de todo ello es
una: purificar al hombre en su cuerpo y en su alma. ¿No es
así?

HERMÓGENES. Enteramente, por cierto.

SÓCRATES. Así, pues, ¿este dios sería el que purifica,
lava y libra de tales males?

HERMÓGENES. Enteramente.

c SÓCRATES. Por librar y lavar, o ser médico en todo ello,
se llamaría correctamente *Apolouōn (el que lava)*. Por el arte
adivinatoria, la verdad y la *sencillez* —todo es lo mismo—
correctísimamente se llamaría *Aplōn*, que así es como los
tesalios lo llaman, y tal es la razón por la que todos ellos
llaman así a este dios. Por dar siempre en el blanco, señor
como es de la arquería, es *el siempre certero (aeībállōn)*.
En cuanto a la arte musical, hay que suponer que, a la manera
como en *akólouthos (acompañante)* y *ákoitis (compañera de
lecho)*, la *a* significa casi siempre *conjuntamente (homoū)*,
también aquí la *a* indica la *conjunta rotación (homoū póle-
sis)*, la del Cielo, al derredor de los llamados *polos (pólous)*
d y la armonía en el canto, llamada "sinfonía", de manera que
todo esto, tal lo afirman los sutiles en música y astronomía,
gira al derredor de los polos *(poleitai)* con una cierta armonía.
Preside este dios, haciendo girar así conjuntamente *(homo-
polōn)* todo, según armonía, tanto entre los dioses como entre
los hombres. A la manera, pues, como al *compañero de ruta
(homokéleuthon)* y a la *compañera de lecho (homókoitis)*
llamamos *akólouthon* y *ákoitis*, cambiando el *homo (conjun-
tamente)* por *a*, parecidamente llamamos a *Apolo (Apóllōna)*:
e el que es *Homopolōn (Omnipolarizador)*, añadiendo una *l*;

en otro caso resultaría homónimo con el nombre —terrible,
que es lo que, aun hoy en día, sospechándolo algunos por no
haber considerado correctamente el poder de tal nombre, lo
406 a temen cual signo de males. Mas, como acabamos de decir, tal
nombre toca todos los poderes del dios: simple, siempre,
certero, purificador, omnipolarizador. En cuanto a las *Musas*
y, en general, a la *música*, tal nombre proviene al parecer, de
desear (mēsthai), de investigación y filosofía. El de *Lēto*,
de la benevolencia de esta diosa, en cuanto que *accede (ethe-
lḗmona)* a las peticiones del necesitado. Pero tal vez sea como
lo pronuncian los extranjeros, porque muchos dicen *(Lēthṓ)*;
y por no ser ruda de carácter, sino mansa y *suave (leīon)*,
llámanla así los que tal nombre emplean. Mas *Artemis* parece
b designar lo *integro (artemḗs)* y lo comedido, a causa de su
querencia por la virginidad. Pudiera ser que quien la llamó
así le dio el nombre de *experta en virtud (aretēs hístora)*;
tal vez que *odia la fecundación (ároton mīsesásēs)* de la mu-
jer por el varón. O por todo esto, o por algo de ello, tal
nombre impuso a esta diosa quien se lo puso.

HERMÓGENES. Y, ¿qué de *Dionisos* y *Afrodita*?

SÓCRATES. Gran cosa preguntas, hijo de Hipónico, por-
que, entre serio y broma, tal es la manera como se dan estos
c nombres a estos dioses. En cuanto a lo de serio, pregúntales a
otros; mas nada impide el que expongamos lo de broma, que
aun los dioses aman las chanzas. *Dionysos* sería *el que da el
vino (didoūs ton oīnon)*, "Didoínysos", —dicho en broma.
Mas al *vino (oīnos)*, porque a muchos de los bebedores hace
que *les parezca tener inteligencia, sin tenerla*, correctísima-
mente se los llamaría *oiónous (oíesthai noūm ékhein)*. En
cuanto a *Afrodita* no vale la pena contradecir a Hesíodo, sino
d concederle que se la llamó *Aphroditē* por nacida de la *espuma
(aphroū)*.

HERMÓGENES. Mas, por ser tú ateniense, Sócrates, no
olvidarás ni a Atenea ni a Hefesto ni a Ares.

SÓCRATES. Naturalmente, no.

HERMÓGENES. Pues, no.

SÓCRATES. No es difícil de decir por qué se impuso
a la diosa el otro nombre.

HERMÓGENES. ¿Cuál?

SÓCRATES. El de *Pallas,* que la llamamos.

HERMÓGENES. ¿Cómo no?

SÓCRATES. Pensando que se le impuso por la danza gue-
e rrera, pensaríamos, creo, correctamente; porque a elevarse en alto o a sí mismo o a otra cosa, sea partiendo de la tierra o
407 a con las manos, llamamos *pállein (impeler)* y *pállesthai (ser impelido)*: hacer bailar y bailar.

HERMÓGENES. Perfectamente.

SÓCRATES. Esto así sobre *Pallas.*

HERMÓGENES. Y ajustadamente. Mas, ¿qué dices del otro nombre?

SÓCRATES. ¿Del de *Atenea?*

HERMÓGENES. Sí.

SÓCRATES. Esto es más dificultoso, amigo. Parece que aun los antiguos pensaron de Atenea lo mismo que hoy los
b expertos en Homero. Porque la mayoría de ellos, interpretando al poeta, afirman que hizo de *Athenea* la inteligencia y pensamiento mismos. El hacedor de nombres parece haber pensado algo parecido acerca de ella, y aun más: diciendo que es ella la inteligencia de dios, es como si dijera que es ella *ha theonóa (inteligencia divina),* sirviéndose, a lo extranjero, de la *a* en vez de la *ē*, y eliminando la *i* y la *s*. Mas tal vez la cosa no sea así, sino que la llamó *theonóēn* porque *entiende lo divino (thêa nooûsēs)* mejor que nadie. Pero nada importa que, por ser *inteligencia natural (ēthei nóēsin),*
c haya querido llamarla *Ēthonóē;* mas que el autor mismo u otros posteriormente, creyendo modificarlo en bello, la llamaron *Athenaa.*

HERMÓGENES. Y el de *Hefesto,* ¿cómo lo explicas?

SÓCRATES. ¿Preguntas por el genuino *maestro en luz (phâeos hístora)?*

HERMÓGENES. Parece.

SÓCRATES. ¿Que no está claro para todos que es *Phaîstos (brillante),* añadiéndole la *ē*?

HERMÓGENES. Probablemente, a no ser que, cual me parece, cambies de opinión.

SÓCRATES. Para que no cambie, pregúntame por *Ares.*

HERMÓGENES. Te pregunto.

d SÓCRATES. Si quieres, sería *Ares* por lo *varón (árren)* y por lo *varonil (andreîon);* o por lo de duro e inflexible, a lo que se llama *árraton (irrompible);* de ésta y de toda manera convendría llamar *Ares* al dios de la guerra.

HERMÓGENES. Perfectamente.

SÓCRATES. ¡Por los dioses!, salgamos ya de ellos, que temo hablar de ellos. Proponme, si quieres, algo acerca de otros puntos, «para que veas lo que son los caballos» de Eutifron.

e HERMÓGENES. Lo haré, después de haberte preguntado sobre *Hermes,* ya que Cratilo afirma que no soy *Hermógenes.* Tratemos, pues, de examinar qué significa el nombre de *Hermes* para que sepamos si Cratilo tiene algo de razón.

SÓCRATES. Por cierto que concierne al discurso el nombre de *Hermes:* por lo *intérprete (hermeneus),* por lo de
408 a mensajero, ladrón, hábil engañador en discursos y en comercio; actividades son, todas ellas, propias de potente en discursos. Como decíamos, pues, anteriormente, *hablar (eirein)* es uso de discurso; pero eso de *emēsato* —cual dice frecuentemente Homero— dicen que es lo mismo que *maquinar (mekhanēsasthai).* Por ambas cosas por *decir —leguein* es
b lo mismo que *eirein—* y por *maquinar* en discursos este tal dios, el legislador nos ordena más o menos así: "Oh hombres, quien *imaginó el hablar (eirein emēsato),* correctamente se llamaría *Eiremēs;* mas nosotros, creyendo embellecer el nombre, decimos *Hermes*".

Eiris parece denominarse por *eírein,* ya que es mensajera.

HERMÓGENES. ¡Por Júpiter!; me parece decir bien Cratilo al negar que yo sea *Hermógenes,* —que soy corto de palabra.

SÓCRATES. En cuanto a *Pan,* hijo de Hermes, parece tener doble naturaleza, compañero.

c HERMÓGENES. ¿Cómo así?

SÓCRATES. Sabes que el discurso señala, hace rodar y girar "todo"; y que es doble: verdadero y falso.

HERMÓGENES. Perfectamente.

SÓCRATES. Lo verdadero en él es pulido y divino, y habita allá en lo alto entre los dioses; mas lo falso, acá abajo, entre la mayoría de los hombres; y es rudo y *cabruno (traguikôn)*, porque aquí, sobre la vida *trágica, versan casi todos* los mitos y las falsedades.

HERMÓGENES. Así del todo es.

SÓCRATES. Correctamente, pues, quien está haciendo
d conocer *todo (pān)* y *circular siempre todo,* sería *Pan ai-polos;* hijo de Hermes, de doble naturaleza: pulido por arriba, rudo y capriforme por abajo. Y es Pan, o el discurso o hermano de él, ya que es hijo de Hermes; mas nada tiene de admirable el que hermano se parezca a hermano. Pero, como decía, feliz de ti, dejemos a los dioses.

HERMÓGENES. Al menos los de esta clase, Sócrates, si quieres. ¿Pero qué te impide discurrir sobre estotros: cual Sol, Luna, astros, tierra, éter, aire, fuego, agua, estaciones y
e año?

SÓCRATES. Gran trabajo me encomiendas; no obstante, si te es agradable, condesciendo.

HERMÓGENES. Me es, por cierto, agradable.

SÓCRATES. ¿Por dónde quieres comenzar? ¿Que discurramos, tal como dijiste, sobre el Sol?

HERMÓGENES. Perfectamente.

SÓCRATES. Parece que resultaría más claro si nos sir-
409 a viéramos del nombre dórico: *hâlios,* que así lo llaman los de Doria; sería *hâlios* por *congregar (halídsein)* a los humanos en el mismo lugar, al amanecer; lo sería también por marchar *girando (heilein)* sin cesar al derredor de la tierra; parecería serlo porque *borda (poikillei),* al pasar, los productos de la tierra. Pues bien, *poikillein* y *aiolein* son lo mismo.

HERMÓGENES. ¿Qué de la *Luna (Selēnē)?*

SÓCRATES. Nombre que parece atormentar a Anaxágoras.

HERMÓGENES. ¿Por qué?

SÓCRATES. Parece descubrir que es más antiguo lo que
b él recientemente dijo: que «la Luna recibe del Sol la luz».

HERMÓGENES. ¿Cómo?

SÓCRATES. *Claridad (selas)* y *luz (phōs)* son lo mismo.

HERMÓGENES. Sí.

SÓCRATES. Tal luz de la Luna es siempre «nueva y vieja», si es verdad lo que dicen los de Anaxágoras; porque circulando el Sol siempre al derredor de ella proyecta sobre ella luz siempre «nueva», y resulta «vieja» la del mes anterior.

HERMÓGENES. Perfectamente.

SÓCRATES. Mas, *Selanaía* es el nombre que muchos le dan.

HERMÓGENES. Perfectamente.

SÓCRATES. Mas, puesto que tal *resplandor (selas)* es *siempre (aeí) nuevo (neon)* y *viejo (henon), selaenoneoáeia*
c sería el más ajustado de los nombres; contraído, se la llama *Selenaía*.

HERMÓGENES. Ditirámbico es este nombre, Sócrates; pero, ¿qué dices de los de mes y astros?

SÓCRATES. El *mes (meís)* se llamaría así correctamente por lo de *meioûsthai (disminuir)*; en cuanto a los *astros (astra)* parece que tal denominación les viene de *astrapḗ (relámpago)*. Mas *astrapḗ* (relámpago), por hacer *volver los ojos (ōpa anastrephei)*, sería *anastrōpḗ*; ahora se llama, embellecido, *astrapḗ*.

HERMÓGENES. Y, ¿qué de fuego y agua?

d SÓCRATES. El nombre *pyr (fuego)* me desconcierta; y paréceme que o la musa de Eutifron me ha abandonado o que este nombre es el más difícil de todos. Atiende al truco que empleo en todos los casos que me desconciertan.

HERMÓGENES. ¿Cuál?

SÓCRATES. Te lo diré. Respóndeme: ¿puedes decirme según qué criterio se lo llama *pyr*?

HERMÓGENES. ¡Por Júpiter!, yo no.

SÓCRATES. Considera lo que sospecho; pienso que los
e griegos, sobre todo los que vivían bajo el poder de los bárbaros, tomaron de ellos muchos nombres.

HERMÓGENES. ¿Y qué?, pues.

SÓCRATES. Que si uno investigara esto según la lengua griega, y no según aquella de la que de hecho proviene el nombre, sabes bien que se desconcertaría.

HERMÓGENES. Verosímilmente.

410 a SÓCRATES. Mira, pues, que este nombre de *pyr (fuego)* no sea de origen bárbaro. Porque no resulta fácil vincularlo con la lengua griega; además bien conocido es que los frigios lo llaman así, con un ligero cambio. Y lo mismo respecto de *hýdor (agua)* y *kynas (perras)* y otros muchos.

HERMÓGENES. Así es.

SÓCRATES. No hay, pues, que violentar tales nombres, porque habría mucho que decir respecto de ellos. Así, pues, dejo de lado a fuego y agua. En cuanto al *aire (aēr)*, Hermó-
b genes, ¿no se llama *aēr,* porque *levanta (airei)* las cosas de la tierra?, o ¿porque *aeí rei (fluye siempre)*? ¿O porque el viento surge de aire fluyente? Porque los poetas llaman *aetas* a los vientos; tal vez *aēr* quiere decir *aetórroun (fluye a ventadas),* cual si se dijera *pneumatórroun (fluye a soplos).* En cuanto al *éter,* pienso así: porque *aeí theī (corre siempre),* fluyendo al derredor del *aire,* ajustadamente se lo llamaría *aeitheēr. Tierra (guē)* manifiesta más claramente lo que quie-
c re decir si se la llama *gaia,* porque a *gaia* se la llamaría correctamente *guennēteira (engendradora),* como dice Homero, que él al *guegáasi* llama *gueguennēsthai.* ¿Qué nos quedaba aún?

HERMÓGENES. Las estaciones, Sócrates, aniversarios y año.

SÓCRATES. El nombre de *estaciones (hōrai)* hay que pronunciarlo a la manera ática antigua, si quieres verosímilmente saberlo; son *hōrai,* porque *delimitan (horidsein)* inviernos y veranos, vientos y frutos de la tierra; en cuanto delimitantes, ajustadamente se les llamaría *hōrai. Eniantós*
d *(aniversario)* y *etos (año)* son, probablemente, una misma cosa, porque lo que saca a luz lo nacido y engendrado, a cada uno en su turno, y en sí mismo él mismo los pone a prueba, eso mismo —al modo que, en lo anterior, dividido en dos el nombre de Júpiter, unos lo llamaron *Zēna,* otros *Día*— recibe de igual manera ahora de unos el nombre de *eniatón,* porque *en heautō (en sí mismo)* está; de otros, el de *etos,* porque *etadsei (pone a prueba).* La frase total es la de *en-hautó etadson (pone a prueba en sí mismo);* mas, siendo una, se la pronuncia en dos, de modo que resultan dos nom-
e bres: *eniautón* y *etos,* de una sola frase.

πασιν ὡς φερομένοις τε καὶ ῥέουσι καὶ γιγνομένοις τοῖς
πράγμασι τὰ ὀνόματα ἐπίκειται.

ΕΡΜ. Οὐ πάνυ ἐνεθυμήθην.

ΣΩ. Καὶ μὴν πρῶτον μὲν τοῦτο ὃ πρῶτον εἴπομεν d
παντάπασιν ὡς ἐπὶ τοιούτων ἐστίν.

ΕΡΜ. Τὸ ποῖον ;

ΣΩ. Ἡ « φρόνησις »· φορᾶς γάρ ἐστι καὶ ῥοῦ νόησις.
Εἴη δ' ἂν καὶ ὄνησιν ὑπολαβεῖν φορᾶς· ἀλλ' οὖν περί γε
τὸ φέρεσθαί ἐστιν. Εἰ δὲ βούλει, ἡ « γνώμη » παντάπασιν
δηλοῖ γονῆς σκέψιν καὶ νώμησιν· τὸ γὰρ « νωμᾶν »
καὶ τὸ « σκοπεῖν » ταὐτόν. Εἰ δὲ βούλει, αὐτὸ ἡ « νόησις »
τοῦ νέου ἐστὶν ἕσις, τὸ δὲ νέα εἶναι τὰ ὄντα σημαίνει
γιγνόμενα ἀεὶ εἶναι· τούτου οὖν ἐφίεσθαι τὴν ψυχὴν μηνύει e
τὸ ὄνομα ὁ θέμενος τὴν « νεόεσιν ». Οὐ γὰρ « νόησις » τὸ
ἀρχαῖον ἐκαλεῖτο, ἀλλ' ἀντὶ τοῦ ἦτα εἶ ἔδει λέγειν δύο,
« νοέεσιν ». « Σωφροσύνη » δὲ σωτηρία οὗ νῦν δὴ ἐσκέμ-
μεθα, φρονήσεως. Καὶ μὴν ἥ γε ἐπιστήμη μηνύει ὡς 412a
φερομένοις τοῖς πράγμασιν ἑπομένης τῆς ψυχῆς τῆς ἀξίας
λόγου, καὶ οὔτε ἀπολειπομένης οὔτε προθεούσης· διὸ δὴ
ἐκβάλλοντας δεῖ τὸ εἶ « πιστήμην » αὐτὴν ὀνομάζειν.
« Σύνεσις » δ' αὖ οὕτω μὲν δόξειεν ἂν ὥσπερ συλλογισμὸς
εἶναι· ὅταν δὲ συνιέναι λέγηται, ταὐτὸν παντάπασιν τῷ
ἐπίστασθαι συμβαίνει λεγόμενον· συμπορεύεσθαι γὰρ λέγει
τὴν ψυχὴν τοῖς πράγμασι τὸ « συνιέναι ». Ἀλλὰ μὴν ἥ γε b
« σοφία » φορᾶς ἐφάπτεσθαι σημαίνει. Σκοτωδέστερον δὲ
τοῦτο καὶ ξενικώτερον· ἀλλὰ δεῖ ἐκ τῶν ποιητῶν ἀναμιμνή-
σκεσθαι ὅτι πολλαχοῦ λέγουσιν περὶ ὅτου ἂν τύχωσιν τῶν

c 9 φερομέναις — γιγνομέναις W || d 4 καὶ ῥοῦ Bt : καιροῦ TW || 5 ἀλλ' οὖν γε περὶ W || 8 ταὐτὸν ἐστιν W || e 2 τὰ ὀνόματα W || 3 ἦτα εἰ B : ἢ εε T ἦτα εἰ εἰ W ἦτα εε b || 4 νοέεσιν Ven. 8 : νεόεσιν || νῦν δὴ ἐσκέμμεθα BT : νῦν διεσκέμμεθα W || 412 a 1 εἶ γε W pro ἥ γε || 4 ἐκβάλλοντας δεῖ τὸ εἶ πιστήμην Turicenses codd. : ἐμβάλλοντας δεῖ τὸ εἰ (uel ε) ἐπιστήμην || 6 λέγηται Heindorf : λέγῃ (sed puncto supra ῃ posito uitium indic. B) || b 3 ἀναμιμνήσκεσθαι B : -μνήσκεσθαι TW.

HERMÓGENES. Pues, por cierto, Sócrates, que superabundas.

SÓCRATES. Creo, en efecto, que voy progresando evidentemente en sabiduría.

HERMÓGENES. Así es.

SÓCRATES. Tal vez lo dirás más aún.

411 a HERMÓGENES. Mas, después de este eidos de nombres vería con gusto qué rectitud hay tal vez en esotros tan bellos, referentes a la virtud, como *sapiencia, sensatez, justicia,* y todos los demás de esta clase.

SÓCRATES. Despiertas, compañero, un género no vulgar de nombres. Sin embargo, ya que me he revestido de piel de león, nada de retroceder, sino poner en consideración, al pa-
b recer, sapiencia, sensatez, conocimiento, ciencia y todos los demás nombres que tú llamas "bellos".

HERMÓGENES. No hemos, pues, de retroceder de ninguna manera.

SÓCRATES. Pues bien, ¡por el Perro!, me parece que no fui mal adivino al pensar hace un momento que a los bien antiguos, a aquellos que impusieron sobre todo tales nombres, les pasó —como ahora a muchos de los sabios que, por dar vueltas y más vueltas investigando cómo se han las cosas, se
c marean— también a ellos parecerles el que las cosas dan vueltas y más vueltas, traídas y llevadas de todas maneras. Y encausan no a su interior temple cual a causa de tal opinión, sino que así son de natural las cosas mismas, que nada de ellas es permanente y firme, sino que todas fluyen, son traídas y llevadas, y están rellenas de toda clase de movimiento y hacimiento. Lo digo, pensando en todos los nombres ahora traídos.

HERMÓGENES. ¿Cómo así, Sócrates?

SÓCRATES. Tal vez no has comprendido lo que acabamos de decir: que se imponen nombres a todas las cosas precisamente en cuanto traídas y llevadas, fluyentes y devinientes.

HERMÓGENES. No me había fijado demasiado.

d SÓCRATES. Por cierto que el primer nombre que mencionamos supone que absolutamente son tales.

HERMÓGENES. ¿Cuál?

SÓCRATES. *Sapiencia (phrónēsis)*, porque es *intelección (nóesis)* del *movimiento (phorâs)* y del *flujo (rou̅)*. Podría

también entenderse cual *ayuda (ónēsis)* del movimiento *(phorás)*; versa, pues, sobre el movimiento. Pero si quieres, el *conocimiento (gnōme)* pone de manifiesto totalmente ese punto de vista y *observación (nómēsis)* de la *generación (gonēs)*, porque *nōmân (observar)* y *scopeim (considerar)* son lo mismo. O si quieres: eso de *nóēsis (intelección)* es *hésis (deseo)* de lo *neon (nuevo)*; mas eso de ser nuevas
e las cosas indica que están en constante nacimiento; que el alma lo desee, es lo que indica el nombre impuesto: *ne ósis*, porque antiguamente no se llamó *nóēsis*, sino que en vez de la *ē* había que pronunciar dos *e*: *noéesis*. La *sapiencia (sōphrosyne)* es la *conservación (sōtería)* de lo que acabamos de considerar:
412 a de la *phrónēsis (pensamiento)*. Además: la *ciencia (epistēmē)* indica que el alma, digna de tal nombre, sigue a las cosas en sus movimientos, sin atrasarse ni adelantarse; por lo cual se ha de rechazar la *e*, y llamarla *pistēmē*. *Comprensión (sýnesis)*, a su vez, parecería algo así como *silogismo (syllo-guismós)*; mas, cuando se dice *comprender (syniénai)*, se está realmente diciendo lo mismo que *epístasthai (estarse sobre)*, porque *syniénai* dice que el alma *acompaña* a las cosas. Aun
b *sophía (sabiduría)* indica contacto con el movimiento. Nombre por cierto bien oscuro y extranjero; mas hay que recordarse de los poetas, quienes suelen llamar *esýthē* a lo que hallan arranca a moverse velozmente. Un varón laconio, y de los renombrados, tenía por nombre *soos*; y con ese nombre designan los lacedemonios al ímpetu rápido. *Sabiduría (sophía)* indica, pues, *contacto (epapeé)* con tal clase de movimiento,
c cual si los entes se movieran. Y respecto de *agathón (bien)*: este nombre quiere se imponga a lo *admirable (agastó)* de la naturaleza entera. Mas puesto que los entes marchan, hay en ellos velocidad, hay lentitud. No es, pues, admirable el Todo, sino algo de él: lo *rápido (thoon)*; a lo *admirable (agastó)*, pues, se da esa denominación de *tagathón (lo Bueno)*.

Mas *Justicia (Dikaiosynē)*: es fácil de advertir que este nombre se funda en la comprensión *(synesei)* de lo *justo (dikaíou)*; pero eso de *justo (díkaion)* resulta difícil, porque hasta cierto punto convienen muchos; más allá comienzan las
d dudas. Cuantos juzgan que el Todo está en movimiento, suponen que la mayor parte de él no es otra cosa sino fluir; que a través de tal Todo hay algo transeúnte por cuya virtud

se engendra todo lo engendrado, siendo él velocísimo y sutilísimo, porque de otra manera no podría transitar por todo ente, si no fuera sutilísimo, tanto que nada lo detenga; y velocísimo, tanto que los demás resalten frente a él, cual si
e estuvieran en reposo. Empero, ya que rige sobre todo lo demás *transiéndolo (diaión)*, por ello se lo llamó ajustadamente *díkaion (justo)*, añadiéndole por eufonía la potencia de la *k*. Hasta aquí, como decía, muchos aceptan que eso es lo *Justo*.
413 a Mas yo, Hermógenes, por insistente, me he llegado a enterar de todo esto en secreto: que tanto lo justo como la causa es eso *por lo que (di' ho)* se hace algo; y que, se afirma correctamente el llamarlo en privado propiamente así. Mas, después de haberlos escuchado, no puedo por menos de repreguntarles mansamente: "Si las cosas son así, óptimo, ¿qué es, pues, lo Justo?". Pero me parece preguntar más de lo debido y saltar la valla, porque me dicen: "ya estás más que informado"; y
b se ponen, con voluntad de colmar mis deseos, a decir cada uno la suya, sin concordar. Porque dice uno que lo Justo es el Sol; porque, *transiéndolos (diaionta)* y *calentándolos (kaonta)*, él solo gobierna a los entes. Más, cuando repito esto a otro, cual satisfecho de haber oído algo bello, se me ríe al oírme y pregunta si pienso que nada queda de justo
c entre los hombres tras la puesta del Sol. Mas insistiendo yo en conocer lo que dice, afirma uno que lo justo es el Fuego mismo, —lo que no es fácil de entender. Otro afirma que no lo es el Fuego mismo, sino el calor mismo, intrínseco en el Fuego. Otro dice reírse de todo eso, y que lo Justo es lo que dice Anaxágoras: que lo es la *inteligencia (nous)*, porque, independiente y con nada mezclada, afirma que ordena todos los entes, transiéndolos todos. Entonces, querido, me encuentro más desconcertado que antes de ponerme a
d aprender "qué es", en definitiva, lo Justo. Mas, respecto de lo que investigamos, me parece que su nombre se le ha puesto por lo dicho.

HERMÓGENES. Me parece, Sócrates, que esto lo traes aprendido de alguien, y no lo improvisas.

SÓCRATES. ¿Qué en cuanto a los otros nombres?

HERMÓGENES. Que no es así.

SÓCRATES. Escucha, pues; porque tal vez, en lo restante, te engañaría cual si no hablara de memoria. ¿Qué nos resta, después de Justicia? No hemos, creo, escudriñado Va-

lentía. Es claro que *injusticia (adikía)* es, en realidad, obstáculo contra lo *transeúnte (diaióntos)*; mientras que Va-
e lentía indica que su nombre le viene de la lucha. Mas, en realidad, si fluye, lucha no es otra cosa que *flujo (roé)*; si, pues, se quita la *d* del nombre *andreía (valentía)*, tal nombre de *anreía* indica él mismo tal actividad. Es claro, pues, que, respecto de todo flujo, el flujo contrario no es, sin más, *valentía (andreía)*, sino tan sólo lo es el flujo que va contra
414 a lo justo; en otro caso no se alabaría a la valentía. El nombre de *varón (arren)* y el de *hombre (anēr)* son prójimos de *valentía (andreía)*: de *anō roé (flujo ascendente)*. *Gynē (mujer)* me parece quiere ser *gonē (generación)*. En cuanto a *thēly (hembra)* parece tomar el nombre de *thēlḗs (teta)*. A su vez *thēlē (teta)*, Hermógenes, ¿no vendrá, tal vez, de que hace *crecer (tethēlenai)*, cual lo bien regado?

HERMÓGENES. Tal parece, Sócrates.

SÓCRATES. Ese mismo nombre de *thallein (expandirse)* me parece imagen del crecimiento de los jóvenes, porque se verifica de rápida y repentina manera, cual si se la imitara con el nombre, componiéndolo de *thein (correr)* y de *hálles-
b thai (saltar)*. ¿Mas no adviertes que, arrebatado, me he salido del campo, ya que dispongo de terreno liso? Mas todavía nos quedan bastantes nombres de los que pasan por serios.

HERMÓGENES. Dices verdad.

SÓCRATES. De ellos uno, es ver qué quiere decir *tekhnē (arte)*.

HERMÓGENES. Perfectamente pues.

SÓCRATES. ¿No indica *posesión de inteligencia (héxis
c noū)*, si se quita la *t*, se inserta una *o* entre *kh* y *n* y otra entre *n* y *ē*?

HERMÓGENES. Muy complicado, Sócrates.

SÓCRATES. Feliz de Hermógenes, ¿no sabes que los primeros nombres puestos están ya enterrados por los que han querido teatralizarlos, añadiendo y quitando letras por eufonía transtornándolos de mil maneras, tanto por efecto de adornos como por virtud del tiempo? En *kátoptron (espejo)* ¿no te parece desconcertante la introducción de la *r*? Tales cosas las hacen, creo, quienes, no preocupándose en nada de
d la verdad, mas trabajando de boca, añaden mil cosas a los

nombres primitivos y terminan haciéndolo tan bien que no hay ya quien pueda percibir lo que quiere decir el nombre. Así es que llaman a la *Sphinx (Esfinge)*, en lugar de *phix*, *sphinx*, y muchos otros casos.

HERMÓGENES. Así es, Sócrates.

SÓCRATES. Mas, si se permite añadir y quitar de los nombres lo que uno quiera, grandemente fácil le será a cualquiera coajustar a cualquier cosa un nombre.

e HERMÓGENES. Dices verdad.

SÓCRATES. Verdad es. Mas tú, sabio presidente, has de guardar el término medio y la verosimilitud.

HERMÓGENES. Bien lo quisiera.

SÓCRATES. Coincido contigo, Hermógenes. Mas no te
415 a pases de sutil, daimoníaco, para que

no se me enerve el fervor,

porque estoy llegando al término de mi exposición, ya que después de *tekhnē (arte)* consideraremos *mēkhanḗ (ingeniosidad)*. Porque *mēkhanḗ* me parece indicar *anein (realizar) en grande*, ya que *mēkos* indica *grande*. De estos dos nombres: *mēkos* y *anein* se compone el de *mēkhanḗ*. Mas, como decía, es preciso poner término a lo dicho: investigar qué quieren decir los nombres de *aretḗ (virtud)* y de *kakía (maldad)*. Respecto de uno de ellos, no veo nada claro; el otro me pare-
b ce hacérseme patente, porque consuena con todo lo anterior, ya que, estando las cosas en movimiento, todo lo que *va mal (kákos iòn)* será *kakía (maldad)*. Mas, cuando tal ir mal hacia las cosas se halle en el alma, entonces, sobre todo, recibirá la denominación global de *mald d*. Empero, tal ir mal, ¿qué es? Me parece estar patente en la *cobardía (deilía)*, de que no hemos tratado, sino pasado por alto, cuando era
c debido considerarla después de la valentía. Aparte de que, me parece, hemos saltado muchos otros nombres. Pues *deilía* alude a vínculo fuerte del alma, ya que *lían (muy)* es una cierta fuerza. Sería, pues, la *cobardía (deilía) vínculo (desmós)*, el *fuerte (lían)* y máximo del alma, al modo que también el *embrollo (aporía)* es un mal; y lo es, al parecer, todo lo que impide marchar y *caminar (poreúesthai)*. Esto es, pues, lo que parece designar eso de *ir mal (kakôs ienai)*: lo que retiene y obstaculiza la marcha, lo que, cuando posee

al alma, la hace rebosar en *vicio (kakía)*. Si en tales casos
se aplica el nombre de *kakía*, lo contrario a ello sería *aretḗ*
(virtud), que indica, primero, soltura de movimientos; y,
d después, el curso, siempre suelto, del alma buena; de modo
que lo que *fluye siempre (aeí rhéon)*, incontenido y no im-
pedido, recibe tal denominación; y, al parecer, este nombre.
Es, pues, correcto denominarla *aeireîtēn (la siempre fluyente)*,
aunque tal vez se dijo *hairetḗn (preferible)*, por ser tal temple
de alma el preferible a todos; se contrae y da por nombre
aretḗ. Dirás tal vez que invento; mas yo digo que, si lo que
anteriormente dije es correcto —lo de *kakía*—, también será
e correcto el nombre *aretḗ (virtud)*.

416 a HERMÓGENES. El de *kakón (mal)*, por el que tantas
cosas anteriormente explicaste: ¿qué significaría tal nombre?

SÓCRATES. ¡Por Júpiter!, me parece enredado y difícil de interpretar. Le aplicaré, pues, aquella misma artimaña.

HERMÓGENES. ¿Cuál?

SÓCRATES. Decir que también este nombre es bárbaro.

HERMÓGENES. Y pareces decirlo correctamente. Mas si te place, dejémoslo correr y tratemos de ver cómo se justifican racionalmente los de *kalón (bello)* y *aiskhrón (feo)*.

SÓCRATES. En cuanto a *aiskhrón* me parece enteramente
b claro lo que significa, porque consuena con lo anterior; por-
que quien puso estos nombres me parece calumniar siempre
lo que obstaculiza y retiene los entes en su curso; y en este
caso, *a lo que detiene siempre el movimiento (aeí iskhonti ton rhoûn)*, puso por nombre *aeiskhorroûn*; ahora, contrayéndolo, lo llaman *aiskhrón*.

HERMÓGENES. ¿Y qué de *kalón (bello)*?

SÓCRATES. Es más difícil captar su sentido. Se lo llama así solamente por armonía y se lo modifica alargando la *o*.

HERMÓGENES. ¿Cómo?

SÓCRATES. Este nombre pareciera ser un cierto apellido de *pensamiento (dianoia)*.

HERMÓGENES. ¿Cómo dices?

c SÓCRATES. Dime: ¿Cuál crees ser la causa de llamar por
su nombre a cada cosa?; ¿que no es tal causa la que impone
los nombres?

HERMÓGENES. Sin duda alguna.

SÓCRATES. ¿No sería tal causa el pensamiento, o lo serían dioses u hombres o ambos?

HERMÓGENES. Sí.

SÓCRATES. *Lo que llama (kalesan)* por su nombre a las cosas y lo que las *embellece (kaloũn)*, ¿no es el pensamiento mismo?

HERMÓGENES. Parece.

SÓCRATES. Empero, todo lo que inteligencia y pensamiento hacen, ¿no es de alabar; y lo que no, de reprobar?

HERMÓGENES. Así es enteramente.

d SÓCRATES. El arte medicinal produce medicinas, y el del constructor construcciones; o ¿cómo dirás?

HERMÓGENES. Yo, de igual manera.

SÓCRATES. ¿Así que lo Bello, cosas bellas?

HERMÓGENES. Así ha de ser.

SÓCRATES. ¿Mas tal es, como dijimos el pensamiento?

HERMÓGENES. Enteramente.

SÓCRATES. Luego la apelación de *kalón* le viene de la mente que ejecuta precisamente lo que, dándoles la bienvenida, llamamos "cosas bellas".

HERMÓGENES. Parece.

e SÓCRATES. ¿Qué nombres nos quedan aún de esta clase?

HERMÓGENES. Los afines a bueno y bello: *convenien-*
417 a *te, provechoso, útil, lucrativo*, y sus contrarios.

SÓCRATES. En cuanto al de conveniente *(sympheron)*, tú mismo lo encontrarías, si consideras lo anterior, porque parece hermano de *epistēmē (ciencia)*, porque no declara sino el decurso simultáneo del alma con las cosas, y muestra que los efectos provenientes de ellas se denominan *symphéronta* y *sýmphora* por *sympheriphéresthai (moverse circular y conjuntamente)*.

HERMÓGENES. Parece.

SÓCRATES. *Kerdaleon (lucrativo)* viene de *kérdos (lu-*
b *cro)*. Mas *kérdos*, si se le da al nombre una *n* en vez de la

d, declararía lo que quiere significar: nombrar al Bien de otra manera. Porque el Bien *se mezcla (keránnytai)*, traspasándolas, con todas las cosas, y aludiendo a tal su poder se le puso el nombre; introduciendo la *d* en vez de la *n*, se pronuncia *kerdos*.

HERMÓGENES. Y, ¿qué de *lysiteloūn (provechoso)*?

SÓCRATES. Parece, Hermógenes, que no hay que tomarlo cual los buhoneros cuando cubren los gastos. No me parece
c que eso quiera decir *lysiteloūn*, sino que, siendo el Bien, lo más veloz de la realidad, no deja que reposen las cosas ni que el movimiento, llegando al término de moverse, se detenga y cese. Más bien disuelve lo que de él tienda a hacerse término, y vuélvelo incesante e inmortal. Por esto, me parece, se le impuso al Bien el nombre de *lysiteloūn*, porque se llama *lysiteloūn (provechoso)* a lo que *disuelve todo fin* del movimiento *(lyon to telos)*. En cuanto a *ōphélimon (útil)*: es nombre extranjero —del que frecuentemente se sirve aun Homero— de *ophellein (favorecer)*: nombre alusivo a acrecer y hacer.

d HERMÓGENES. ¿Qué hemos de hacer con sus contrarios?

SÓCRATES. Los que no son sino negaciones de ellos, me parece no haber por qué recorrerlos.

HERMÓGENES. ¿Cuáles son?

SÓCRATES. *Inconveniente, inútil, no provechoso*, y *no lucrativo*.

HERMÓGENES. Dices verdad.

SÓCRATES. ¿Mas los de *perjudicial* y *ruinoso*?

HERMÓGENES. Esos sí.

SÓCRATES. *Blaberón (perjudicial)* designa lo nocivo *(blapton)* al decurso *(rhoūn)* de las cosas. *Blapton (lo nocivo)* indica, a su vez, lo que *intenta atrapar (boulómenon*
e *haptein)*; mas *haptein (atrapar)* y *dein (atar)* son lo mismo; y todo ello, siempre reprensible. *Lo que intenta*, pues, *atrapar al decurso (to boulómenon haptein rhoūn)* se llamaría, correctísimamente, *boulapteroūn*; mas me parece que, embellecido, se lo llamó *blaberón*.

HERMÓGENES. ¡Complicados, Sócrates, te salen los nombres! Porque me está pareciendo cual si enflautaras el prelu-

418 a dio del aria de Atenea, al pronunciar ese nombre de *boulapteroūn.*

SÓCRATES. No me encauses de ello a mí, Hermógenes, sino a los que pusieron tal nombre.

HERMÓGENES. Dices verdad, mas, ¿qué sería *dsēmiōdes (ruinoso)*?

SÓCRATES. Que, ¿qué sería tal vez *dsēmiōdes*? Mira, Hermógenes, cuánta verdad digo al decir que los que añaden o quitan letras alteran grandemente las significaciones de los nombres, de modo que, distorsionándolos bien poco, los hacen, a veces, indicar lo contrario. Como aun en el caso de
b *deon (obligatorio)*; he pensado en él y me acabo de recordar por lo que iba a decirte: que nuestra actual lengua, bella como es, transtornó los nombres de *deon (obligatorio)* y de *dsēmiōdes (ruinoso)* de modo que indiquen lo contrario, borrando así lo que significan, mientras que la antigua pondría de manifiesto lo que quieren decir ambos.

HERMÓGENES. ¿Cómo así?

SÓCRATES. Te lo diré. Sabes que nuestros antepasados hacían gran uso de la *i* y de la *d*, sobre todo las mujeres que
c son quienes conservan mejor la pronunciación antigua. Mas ahora cambian a la *i* por la *e* o por la *ē*; y a la *d*, por la *ds*, cual por más grandilocuentes.

HERMÓGENES ¿Cómo así?

SÓCRATES. Por ejemplo: de los más antiguos, unos llamaban *himera*, otros *hemera* a lo que ahora se llama *hēmera (día)*.

HERMÓGENES. Así es.

SÓCRATES. ¿Sabes que tan sólo aquel nombre antiguo manifiesta la intención de quien lo impuso? Precisamente
d porque a los hombres se les hacía agradable y *deseable (himeirousin)* el cambio de tinieblas a luz, por eso la llamaron *himera (deseable)*.

HERMÓGENES. Parece.

SÓCRATES. Mas ahora, teatralizada, no entenderías qué quiere decir *hemera*. Aunque algunos piensan que, porque el *día (hemera) amansa (hēmera)*, por eso se lo llama así.

HERMÓGENES. Parécemelo así.

SÓCRATES. En cuanto a *dsygón (yugo)* sabes que los antiguos lo llamaron *dyogón (coyunda).*

HERMÓGENES. Perfectamente.

SÓCRATES. Por cierto que *dsygōn* no declara nada; mas *dyogón* se dice justamente así por los *dos (dyo)* animales
e uncidos para *conducir (agoguē);* hoy se dice *dsygón.* Y así muchísimos nombres más.

HERMÓGENES. Parece.

SÓCRATES. Según esto, pues, primeramente, *deon;* así pronunciado, indica algo contrario a todos los nombres concernientes con lo Bueno, porque dado lo que es la idea de bien, lo *obligatorio (deon)* parece ser una *cadena (desmós)* y un obstáculo al movimiento, cual si fuera hermano de *nocivo (blaberón).*

HERMÓGENES. Y mucho que lo parece, Sócrates.

SÓCRATES. Mas no, si te sirves del nombre antiguo que,
419 a verosímilmente, está más correctamente impuesto que el actual; pero concordará con los nombres buenos, ya puestos, si en vez de *e* le das una *i*, como anteriormente, ya que *dión (transeúnte),* y no *deon (encadenador),* indica lo Bueno, que, por cierto, es laudable. Y así es como quien impuso tales nombres no se contradice a sí mismo; ya que *obligatorio, útil, provechoso, lucrativo, bueno, conveniente* y *expeditivo* aparecen ser lo mismo; con nombres diversos indican que lo *ordinador* y lo *eúnte* son universalmente laudables; mas lo
b que *detiene* y *ata,* reprobables. En especial respecto de *dsēmiōdes;* si, a tenor de la pronunciación antigua, le das, en vez de la *ds*, una *d*, te parecerá tal nombre impuesto a lo que *entorpece el marchar (doūn tó ión):* llamado *dēmiōdes.*

HERMÓGENES. ¿Qué, en cuanto a *placer, dolor, apetito,* y parecidos, Sócrates?

SÓCRATES. No me parecen difíciles, Hermógenes, porque *hēdonē (placer)* se asemeja en el nombre a activa tendencia hacia el *goce (hē ónēsis),* de modo que se llama *hēdonē* en vez de *hēonē,* insertando la *d.* En cuanto a *lypē*
c pareciera haber sido llamada así por la *disolución (diálysis)* que el cuerpo sufre en tal estado. *Anía (tristeza):* es lo que obstaculiza el *marchar (an-iénai). Alguedōn (dolor)* me parece extranjera, sacado tal nombre de lo *doloroso (al-gueinoī).*

Odyne (sufrimiento), llamada así, al parecer, por *introducir*
(éndysis) la tristeza. En cuanto a *akhthēdōn (aflicción)*, para
todos es claro que se asemeja tal nombre a *pesadez* de mo-
vimiento. *Kharā* parece llamada así por la *efusión (diá-*
d *khysis)* y expedición del *movimiento (rhoē s)* del alma. *Ter-*
psis (jocundia) viene de *terpnoū*; mas *terpnōn* llámase así
por *serpear (hérpsis)* a través del alma, a manera de *soplo*
(pnoē); de llamarlo ajustadamente, fuera *hérpnoun*; defor-
mado por el tiempo, *terpnōn*. *Euphrosynē (alegría)* no nece-
cita de explicación alguna, porque para todos es claro que se
tomó este nombre de *acordarse bien (eu symphéresthai)* el
alma con las cosas: *eupherosynē* es el justo. Con todo la lla-
mamos *eu-phrosynē*. Ni *epithymía* es difícil; porque, clara-
mente, a la potencia que tiende *hacia (epí)* el *ánimo (thy-*
e *mós)* se le dio tal nombre. Mas *thymós (ánimo)* tendría tal
nombre por el *hervor (thysis)* y ebullición del alma. Pero
hímeros (deseo) se llamó así por la corriente que, más que
420 a ninguna, arrastra al alma, porque corre *impetuosa (hiémenos)*
y *persigue (ephiémenos)* a las cosas, y de esta manera arras-
tra fuertemente al alma por la *impetuosidad (hésis)* de su
curso; así que de tal y tanta potencia le viene el nombre de
hímeros. En cuanto a *pothos (anhelo)* se lo llama así, indi-
cando que no es del presente, sino de lo que está siendo en
algún (pou) otro lugar y ausente; por lo cual se llama *pothos*
lo que, estando presente lo deseado, se llamaría entonces *hí-*
meros (deseo); ausente lo deseado, a *deseo* se lo llamó *pothos*
(anhelo). Respecto de *erōs (amor)*, porque *afluye (esrei)*
de fuera y no es casero tal flujo del que lo tiene, sino que se
b introduce por los ojos, por tal motivo se lo llamó antigua-
mente de *esrein (afluir)*, *esros*, porque en vez de *o*, usamos
ō; mas ahora se dice *erōs* por cambio de *o* en *ō*. Dime, ¿qué
más consideramos?

HERMÓGENES. ¿Qué te parece de *doxa (opinión)* y
semejantes?

SÓCRATES. *Doxa (opinión)* debe su nombre a la *per-*
secución (dioxei) que el alma, persiguiendo saber cómo son
las cosas, emprende; o al disparo del *arco (toxou)*, —a esto,
más bien que a lo otro. Por cierto que *oíēsis (creencia)* con-
cuerda con esto, porque parecería que *oíēsis* manifestara esa
c *oísis (ímpetu)* del alma hacia las cosas, hacia cuál sea cada
ente, al modo que la *voluntad (boulē)* designa de alguna

manera la *bala (bolē)*; y *querer (boulesthai)* indica *tender a*, lo mismo que *bouleúesthai (deliberar)*. Todas estas palabras, séquito de *doxa*, parecen semejas de *bolē (disparo, bala)*, a la manera que, inversamente, *aboulía (indecisión)* parece ser *atykhía (desatino)*, en cuanto que la *bala (balón)* no da en, ni *atina (tykhōn)* en aquello hacia lo que disparó y quiso, y sobre lo que deliberó y deseó.

d HERMÓGENES. Me parece, Sócrates, que en esto te prodigas.

SÓCRATES. Porque «el final es ya para dios»; quiero pues terminar con el nombre de *necesidad (anankē)*, que viene a continuación de aquellos, lo mismo que el de *hekousion (voluntario)*. En cuanto a *hekousion*, es lo que *cede (eíkon)* y no resiste; sino que, como digo, este nombre descubriría lo que *cede al movimiento (eíkon tō iónti)*: al movimiento voluntario. En cuanto a *anagkaîon (necesario)* y resistente, por contrario a la volición, tendría que ver con error e ignorancia; se asemeja a marcha por *barrancos (agkē)*, por-
e que refrenan la marcha lo difícil, escabroso y tupido. Tal vez por esto se lo llamó *anagkaîon*, asemejándolo a marcha por barranco. Pero, mientras nos quede fuerza, no la relajemos; así que no la relajes, sino pregunta.

421 a HERMÓGENES. Pregunto por los nombres mayores y más bellos: la *verdad* y la *falsedad*, el *ente*, y sobre lo que está versando nuestro discurso: el *nombre*. ¿Por qué tiene tal nombre?

SÓCRATES. ¿Es algo eso de *maíesthai*?

HERMÓGENES. Sí; es *investigar*.

SÓCRATES. Pues bien: se parece este nombre a nombre que resume una frase que diga que *nombre (ónoma)* es precisamente el *ente (on)* sobre el que versa la investigación. Lo reconocerás mejor en lo que llamamos *onomastón (lo nominado)*, porque aquí se dice claramente que se trata del
b *ente por el que se inquiere (on hou masma)*. *Aletheia (verdad)*, parece compuesto también como los demás, porque parece se aludiera con esta palabra al divino movimiento del ente, cual si *aletheia* fuera *theía alē (divino decurso)*. Mas *falsedad (pseûdos)* es lo opuesto al movimiento, porque, de nuevo, resulta reprensible lo que detiene y lo que fuerza a reposo; asemējase a *durmientes (katheúdousi)*; la *ps*, añadi-

da, oculta lo que quiere decir el nombre. *Ente (on)* y *esencia (ousía)* consuenan con *verdadero,* si se prescinde de la *i,*
c porque *ente (on)* significa *ion (transeúnte)*; y *no ente (ouk ón)*, como lo dicen algunos, significa no *transeúnte (ouk-ión).*

HERMÓGENES. Me parece, Sócrates, que has escudriñado bien varonilmente estos puntos. Mas si alguno preguntare esto: ¿cuál es la rectitud de esos nombres: *ión (transeúnte), rheon (fluyente)* y *doûn (vinculante)*?

SÓCRATES. Quieres decir: ¿qué le responderíamos? ¿Es así?

HERMÓGENES. Perfectamente.

SÓCRATES. Nos sirvió ya un expediente que dio la apariencia de respuesta concreta.

HERMÓGENES. ¿Cuál fue?

SÓCRATES. Afirmar, respecto de lo que no conocemos,
d que es de origen bárbaro. Tal vez haya en eso algo de verdad, y en ellos algo de eso; tal vez también la antigüedad de los nombres primitivos los haga ininvestigables, porque a los nombres se los ha de mil maneras traído y llevado; nada, pues, extraño sería el que la pronunciación antigua, respecto de la actual, en nada se diferenciara de una pronunciación bárbara.

HERMÓGENES. No dices nada fuera de tono.

SÓCRATES. Porque digo lo verosímil. Me parece que esta discusión no admite reparos, sino hay que esforzarse
e en llevarla a su término. Reflexionemos: si se pregunta por las palabras mediante las que se explica un nombre, y, de nuevo, se investiga por lo que expresan las palabras, y no se cesa de hacer esto, ¿no terminará necesariamente quien responde negándose a hablar?

HERMÓGENES. Me lo parece.

422 a SÓCRATES. ¿Cuándo, negándose, el que se retira lo haría justamente? ¿No será cuando se llegue a aquellos nombres que son como los elementos de los demás: de frases y nombres?, porque ya no será justo que aparezcan compuestos de otros nombres, si tal sucede. Por ejemplo, ahora, *agathón (bien)*; afirmábamos que se compone de *agasthón* y de *thoón*; mas eso de *thoón* afirmaríamos, tal vez, que viene de otros

nombres, y éstos de otros. Mas si, por suerte, captamos algo
b que ya no se componga de otros nombres, diríamos justamente que estamos ya en un elemento, y que ya no hemos de referirlo a otros nombres.

HERMÓGENES. Me parece que hablas correctamente.

SÓCRATES. ¿Así, pues, los nombres por los que preguntas sucede que son elementos, y que se ha de examinar ya de otra manera cuál es su rectitud?

HERMÓGENES. Verosímilmente.

SÓCRATES. Es, por cierto, verosímil, Hermógenes; todos
c los anteriores, pues, remitirían a éstos. Si esto es así, como me lo parece ser, considéralo ahora conmigo una vez más para que, hablando, no desvaríe acerca de cuál es la rectitud de los nombres primarios.

HERMÓGENES. Dilo sin más; que lo consideraré contigo según la medida de mis fuerzas.

SÓCRATES. Hay, por cierto, una cierta rectitud para todo nombre, primero o último; y en nada se diferencia uno de otro cualquiera; creo que así opinarás conmigo.

HERMÓGENES. Enteramente.

d SÓCRATES. Respecto de los nombres que acabamos de recorrer, tal rectitud pretendía ser la de descubrir "qué es" cada ente.

HERMÓGENES. ¿Cómo no?

SÓCRATES. Así que esto lo tendrán, ni más ni menos, los nombres primeros y los últimos, supuesto que han de ser nombres.

HERMÓGENES. Enteramente así.

SÓCRATES. Empero, los últimos, al parecer, pondrían de manifiesto lo que son, mediante los primeros.

HERMÓGENES. Evidentemente.

SÓCRATES. Pues bien: los primarios, los no sometidos así a otros, ¿de qué manera harán que los entes, se nos
e hagan, lo más posible, manifiestos?, si es que han de ser nombres. Respóndeme a esto: si, a pesar de no tener ni voz ni lengua, quisiéramos declarar a los otros las cosas, ¿no in-

tentaríamos, como ahora los mudos, indicarlas con manos, cabeza y lo demás del cuerpo?

HERMÓGENES. ¿Cómo, si no?, Sócrates.

423 a SÓCRATES. Creo que si quisiésemos declarar lo alto y lo leve, levantaríamos hacia el cielo la mano, imitando la naturaleza misma de la cosa; si lo de abajo y pesado, hacia la tierra. Y pretendiendo declarar caballo que corre o cualquier otro animal, sabes que haríamos a nuestros cuerpos y gestos lo más semejantes posible a los de ellos.

HERMÓGENES. Me parece que es necesario sea como lo dices.

SÓCRATES. De esta manera, creo, en el cuerpo surgiría
b una declaración, por imitar, al parecer, el cuerpo de aquel que se pretende declarar.

HERMÓGENES. Sí.

SÓCRATES. Mas, puesto que es con voz, lengua y boca con lo que pretendemos declarar, ¿no conseguiremos precisamente declarar cada cosa, mediante aquéllas, cuando surja una imitación de cualquiera, mediante ellas?

HERMÓGENES. Me parece necesario.

SÓCRATES. Es, pues, el nombre, al parecer, imitación por la voz de aquello que imita, y denomina quien imita con la voz, cuando imita.

HERMÓGENES. Me lo parece.

c SÓCRATES. ¡Por Júpiter!, que también a mí me parece bellamente dicho, compañero.

HERMÓGENES. ¿Cómo así?

SÓCRATES. Los que imitan las ovejas, los gallos y otros animales, habríamos de convenir en que denominan lo que imitan.

HERMÓGENES. Es verdad lo que dices.

SÓCRATES. ¿Te parece, pues, que las cosas se han así?

HERMÓGENES. No me lo parece. Mas, Sócrates, ¿qué clase de imitación sería el nombre?

SÓCRATES. Primero, a mi parecer, no sería si, a la ma-
d nera como imitamos las cosas por la música, de esa misma

imitáramos, aunque en tal caso imitamos con la voz. Además: no me parece nombremos si imitáramos las cosas que imita la música. Me refiero a esto: ¿hay en cada una de las cosas sonido y figura, y además, en muchas, color?

HERMÓGENES. Así del todo es.

SÓCRATES. Mas no parece que, si se imita tales cosas, la arte denominativa verse sobre tales imitaciones; porque, de ellas, una es la música; la otra, la pintura. ¿Es así?

HERMÓGENES. Sí.

e SÓCRATES. ¿Qué, en cuanto a estotro? ¿No crees que cada cosa tenga su esencia, al modo que tiene color y lo que acabamos de decir? ¿Ante todo: color y sonido no tienen, cada uno, una cierta esencia, y la tienen todas las demás cosas dignas de esa apelación: la de "ser"?

HERMÓGENES. Me lo parece.

SÓCRATES. Pues bien: si se pudiera imitar con letras y sílabas eso mismo de cada uno: la esencia, ¿no declararía entonces cada uno lo que es? ¿O no?

424 a HERMÓGENES. Así del todo es.

SÓCRATES. ¿Cómo llamarías al que tal pudiera?; a la manera como, de los primeros, a uno llamaste músico; al otro, pintor, y a éste, ¿qué?

HERMÓGENES. Es, Sócrates, lo que desde hace rato estamos buscando, a mi parecer; este tal sería el Nominador.

SÓCRATES. Si esto es verdad, me parece que es ya tiempo de estudiar aquellos nombres por los que preguntabas: *rhoê (flujo), iénai (ir), skhesis (retención)*, a ver si, sí
b o no, mediante letras y sílabas se apodera uno del ente de cada cosa, de manera que resulte así imitada su esencia.

HERMÓGENES. Perfectamente.

SÓCRATES. Pues bien: veamos si solamente estos nombres son primitivos o si lo son otros muchos.

HERMÓGENES. Creo que lo son otros también.

SÓCRATES. Es verosímil. Mas, ¿cuál es el tipo de distinción del que para imitar ha de partir el imitador? Puesto que la imitación se hace, de hecho, con sílabas y letras, será lo más correcto distinguir primero los elementos, a la manera

c como los que tratan de ritmos distinguen, ante todo, los valo-
res de los elementos, después los de las sílabas y llegan así,
y no antes, a la consideración de los ritmos.

HERMÓGENES. Sí.

SÓCRATES. ¿No será, pues, menester que comencemos
por distinguir lo fonético; después, lo demás según sus eído-
ses: elementos áfonos e ínsonos, que así los llaman los peritos
en esta materia? Además: elementos áfonos; mas no, por
d cierto, ín-sonos; y, entre lo fonético; ¿cuántos diferentes eí-
doses hay? Y, después de distinguir estas cosas, distinguir
bien todos los entes a que se han de imponer nombres, si hay
algo así cual elementos a los que reducir todo lo demás,
mediante los cuales se puedan ver las cosas mismas y si en
ellas hay eídoses, de la misma manera que los hay entre los
elementos. Una vez bella y detalladamente considerados todos
estos elementos, hay que saber distribuirlos según semejanza;
si hay que dar uno a una cosa; si, muchos mezclados, a una,
a la manera como los pintores, proponiéndose asemejar, po-
e nen sólo púrpura unas veces; otras, otro pigmento; a veces,
mezclan muchos, como cuando preparan color carne humana
o algo parecido; que así, creo, cada retrato necesita de apro-
piado pigmento; de parecida manera también nosotros apli-
caremos los elementos a las cosas, uno a una, si parece ne-
cesario, o muchos a la vez, formando lo que llaman "sílabas";
y, a su vez, componiendo sílabas, de las que se componen los
425 a nombres y los verbos. Y, una vez más, de nombres y verbos
constituiremos ya algo grande, bello y total; a la manera
como antes componía la pintura un viviente, ahora constitui-
remos un discurso mediante la arte denominativa o la retórica
u otra cualquiera que lo sea. Mejor, no nosotros; que, ha-
blando, me propasé; porque fueron los antiguos quienes lo
compusieron tal cual se lo compone. Pero es preciso que
b nosotros, si sabemos considerar todo esto según arte, y dis-
tinguir así, de esa misma manera, veamos si los nombres
primitivos y los derivados están puestos o no según lo debido.
Coinsertarlos de otro modo, fuera ligereza e ir contra el
método, amigo Hermógenes.

HERMÓGENES. ¡Por Júpiter!, Sócrates, tal vez sea así.

SÓCRATES. Pues bien: ¿Confías en ser-tú mismo capaz
de tales distinciones?; porque yo, no.

Hermógenes. A mí, mucho me falta.

Sócrates. ¿Lo dejaremos, pues, correr, o quieres que hagamos lo posible, aunque sólo seamos capaces de ver un
c poco del asunto, comenzando por decir, cual dijimos poco ha respecto de los dioses, que, no sabiendo en verdad nada de ellos, hablábamos de ellos por semejas, según las opiniones de los hombres; así ahora digamos, hablando con nosotros mismos, que, si es inevitable el que otro cualquiera, o nosotros, haga tales distinciones, hay que hacerlas; mas que ahora, según dice el refrán, habrá, «a la medida de nuestras fuerzas», que ocuparnos de ellas. ¿Te parece así, o cómo dirás?

Hermógenes. Por mi palabra que me lo parece, y mucho.

d Sócrates. Ridículo, Hermógenes, creo que parecerá el que se hagan patentes las cosas, imitándolas con letras y sílabas; con todo, hay que hacerlo. Porque no tenemos algo mejor que esto a que referirnos acerca de la verdad de los nombres primitivos, a menos que prefieras proceder cual los autores de tragedias quienes, apurados en algo, se refugian en mecanismos, trayendo por los aires a los dioses; también nosotros saldríamos de apuros diciendo, parecidamente, que
e "los dioses impusieron los nombres primitivos", y que, por ello, son los correctos. ¿Tal manera de hablar será también para nosotros la mejor? ¿O lo será aquella de que "los hemos tomado de algunos bárbaros", y que "los bárbaros son más antiguos que nosotros"? ¿O que "por su antigüedad resulta
426 a imposible averiguarlo", como sucede con los nombres bárbaros? Todo esto serían escapatorias, y bien sutiles, para quien no quisiera dar razón sobre cómo se imponen correctamente los nombres primitivos. Aunque sea cual fuere la manera de ignorar la rectitud de los nombres primitivos, resulta imposible saber la de los derivados que, por necesidad, se aclaran por ellos, de los que nada se sabe. Empero, es claro que quien afirme ser perito en los secundarios, *a fortiori* ha de serlo
b en los primitivos, y que ha de poder declararlos de la manera más límpida; o bien, saber bien sabido que, respecto de los secundarios, no dice ya sino bagatelas. ¿O te parece otra cosa?

Hermógenes. No, Sócrates, de ninguna manera.

Sócrates. Por cierto que lo que siento acerca de los nombres primitivos me parece bien temerario y ridículo. Lo

compartiré contigo, si quieres; pero si tú tienes algo mejor
que sacar de donde sea, trata de compartirlo conmigo.

HERMÓGENES. Lo haré. Anímate, pues, y habla.

c SÓCRATES. Primero: la *r* me parece ser cual instrumento
de todo *movimiento*, del que no hemos dicho por qué tiene
tal nombre *(kínesis)*; mas es claro que porque pretende decir
íesis (acción de ir), porque antiguamente no usábamos la *ē*,
sino la *e*. Viene de *kíein*, nombre extranjero, que es *ir (iénai)*.
Si se hallara, pues, manera de acomodar lo antiguo de la lengua a la nuestra, se diría ajustadamente *íesis*; hoy, se dice
kínesis, tomado del extranjero *kíein*, del cambio en *ē* y de
la inserción de *n*; habría de decirse o *kieínesis* o *eísis*.

d En cuanto a *stasis (reposo)*: pretende ser negación de
movimiento; mas por embellecimiento se la ha llamado *stasis*.
Pero, como digo, la letra *r* pareció, al impositor de nombres,
ser instrumento bello para imitar la movilidad; así que le
sirve de muchas maneras para ello. Primero, en el mismo
rhein (correr) y en *rhoé (curso)* imita, mediante esta letra,
la movilidad; después, en *tromos (temblor)*, en *trakhýs (escabroso)*; además en verbos como *krouein (tropezar)*, *thrauein*
e *(machacar)*, *ereikein (destrozar)*, *thryptein (romper)*, *kermatidsein (desmenuzar)*, *rhymbeîn (girar)*, todos ellos resultan imitativos sobre todo por la *r*. Porque vio, creo, que
la lengua se atasca muy menos en esta letra, y vibra muy
más; por lo cual me parece que, para ello, echó mano de ella.
La *i*, a su vez, para todo lo ligero, que es universal transeúnte.
427 a Por esto, a *ir (iénai)* y salir *disparado (híesthai)* los imita
con la *i*, a la ma era como, mediante la *ph*, la *ps*, la *s* y la *ds*
—que son letras sopladas— ha imitado con ellas, al dar nombre, a todo lo que es como *psykhrón (frío)*, *dséon (bullente)*, *seíesthai (conmoverse)*; y, en general, *seismós (conmoción)*. Y cuanto imita lo *ventoso (physōdos)*, casi siempre
el impositor de nombres parece emplear tales letras. Por otra
b parte, la *d* y la *t*, al comprimir y apoyar la lengua, parece
resultar tal acción útil para imitar *vínculo (desmós)* y *detención (stasis)*. Viendo que la lengua se desliza especialmente
en la *l*, asemejándolos en esto, dio nombres a *liso (leion)*,
al *deslizar* mismo *(olisthanein)*, a lo *gr soso (liparón)*, a lo
pegajoso (kollōdes), y a todo lo parecido. Tal deslizamiento
de la lengua detiénelo el poder de la *g*. Imitó, pues, con ella
lo *gelatinoso (gliskhron)*, lo *empalagoso (glykýs)*, lo *ligante*

ΚΡΑΤΥΛΟΣ 426 b

ΣΩ. Ἃ μὲν τοίνυν ἐγὼ ᾔσθημαι περὶ τῶν πρώτων ὀνομάτων πάνυ μοι δοκεῖ ὑβριστικὰ εἶναι καὶ γελοῖα. Τούτων οὖν σοι μεταδώσω, ἂν βούλῃ· σὺ δ' ἄν τι ἔχῃς βέλτιόν ποθεν λαβεῖν, πειρᾶσθαι καὶ ἐμοὶ μεταδιδόναι.

ΕΡΜ. Ποιήσω ταῦτα. Ἀλλὰ θαρρῶν λέγε.

ΣΩ. Πρῶτον μὲν τοίνυν τὸ ῥῶ ἔμοιγε φαίνεται ὥσπερ c
ὄργανον εἶναι πάσης τῆς κινήσεως, ἣν οὐδ' εἴπομεν δι' ὅ τι
ἔχει τοῦτο τοὔνομα· ἀλλὰ γὰρ δῆλον ὅτι ἴεσις βούλεται
εἶναι· οὐ γὰρ ἦτα ἐχρώμεθα, ἀλλὰ εἶ τὸ παλαιόν. Ἡ δὲ
ἀρχὴ ἀπὸ τοῦ « κίειν » — ξενικὸν δὲ τοὔνομα — τοῦτο δ'
ἐστὶν ἰέναι. Εἰ οὖν τις τὸ παλαιὸν αὐτῆς εὕροι ὄνομα εἰς
τὴν ἡμετέραν φωνὴν συμβαῖνον, « ἴεσις » ἂν ὀρθῶς καλοῖτο·
νῦν δὲ ἀπό τε τοῦ ξενικοῦ τοῦ κίειν καὶ ἀπὸ τῆς τοῦ ἦτα
μεταβολῆς καὶ τῆς τοῦ νῦ ἐνθέσεως « κίνησις » κέκληται,
[ἔδει δὲ « κιείνησιν » καλεῖσθαι ἢ εἶσιν]. Ἡ δὲ στάσις ἀπό- d
φασις τοῦ ἰέναι βούλεται εἶναι, διὰ δὲ τὸν καλλωπισμὸν
« στάσις » ὠνόμασται. Τὸ δὲ οὖν ῥῶ τὸ στοιχεῖον, ὥσπερ
λέγω, καλὸν ἔδοξεν ὄργανον εἶναι τῆς κινήσεως τῷ τὰ ὀνό-
ματα τιθεμένῳ πρὸς τὸ ἀφομοιοῦν τῇ φορᾷ· πολλαχοῦ γοῦν
χρῆται αὐτῷ εἰς αὐτήν· πρῶτον μὲν ἐν αὐτῷ τῷ « ῥεῖν »
καὶ « ῥοῇ » διὰ τούτου τοῦ γράμματος τὴν φορὰν μιμεῖται,
εἶτα ἐν τῷ « τρόμῳ », εἶτα ἐν τῷ « τραχεῖ », ἔτι δὲ ἐν τοῖς e
τοιοῖσδε ῥήμασιν οἷον « κρούειν », « θραύειν », « ἐρείκειν »,
« θρύπτειν », « κερματίζειν », « ῥυμβεῖν », πάντα ταῦτα τὸ
πολὺ ἀπεικάζει διὰ τοῦ ῥῶ. Ἑώρα γάρ, οἶμαι, τὴν γλῶτταν ἐν

c 1 ῥῶ BW : ρ̄ T || 3 ἴεσις T ἵεσις B ἴεσσις W et statim || 4 ἦτα BW : η̄ T | εἶ BW : ε Tb || 6 ἰέναι T : ἱέ- BW || 8 ἦτα BW : η̄ T || 9 νῦ B : ν̄ T || d 1 ἔδει — d 3 ὠνόμασται secl. Heindorf || κεκλῆσθαι W pro καλεῖσθαι || εἶσιν BT: ἴεσιν W || 2 ἰέναι T : ἱέ- BW || 3 τὸ δὲ οὖν BV : τὸ δὴ οὖν b τὸ δὲ αὖ W in marg. t || ῥῶ W : ῥω B ρ̄ T || 6 ἐν om. T || e 1 τρέχειν Par. 1813 Hirschig, Schanz, Burnet pro τραχεῖ (sed cf. 434 c τὸ ῥῶ τῇ φορᾷ καὶ κινήσει καὶ σκληρότητι (= τῷ τραχεῖ) προσέοικεν) || δὲ καὶ W pro δὲ || 3 ῥυμβεῖν BW : ῥύμβειν T || ταῦτα BT: τὰ τοιαῦτα W || 4 ῥῶ BW : ρ̄ T || ἑώρα Heindorf: ἑῶ.

c *(gloiōdes).* Mas notando lo internante de la *n,* dio nombre a *dentro (endon),* a *interior (entós),* cual si imitara con las letras las cosas. A lo *magno (megálō)* dio la *a,* y a *mēkos (longitud)* la *ē,* porque son letras largas. Necesitando de la *o,* como de signo, para lo *gongylon (redondo),* con ella hizo la mezcla que resulta ser ese nombre. Y tratando de esta manera los demás nombres según letras y sílabas, el legislador parece que hizo para cada una de las cosas un signo y un nombre; lo demás pudo ya componerlo, por imitación, de esos mismos elementos. Tal me parece, Hermógenes, que debe ser
d la rectitud de los nombres, a no ser que Cratilo, precisamente, diga otra cosa.

HERMÓGENES. Y por cierto, Sócrates, que Cratilo, como decía al principio, me mete frecuentemente en muchos apuros, afirmando que hay una rectitud propia de los nombres, mas no dice nada en claro sobre cuál es; de modo que no puedo saber si, voluntaria o involuntariamente, habla así de esto siempre oscuramente. Ahora pues, Cratilo, dime, ante Sócrates, si te place lo que dice Sócrates acerca de los nombres
e o tienes algo más bello que decir. Y si lo tienes, dilo o para que aprendas de Sócrates o para que nos enseñes a él y a mí.

CRATILO. ¿Cómo?, Hermógenes, ¿crees que es fácil aprender y enseñar tan rápidamente algún asunto, no digamos uno tamaño como éste que parece ser máximo entre todos?

428 a HERMÓGENES. No, ¡por Júpiter!; mas me parece bellamente dicho lo de Hesíodo: «vale la pena acumular, aunque sea de poco en poco». Si, pues, eres capaz de hacer algo más, no te retraigas, sino haz este favor aún a Sócrates y a mí; es de justicia.

SÓCRATES. Por cierto, Cratilo, que yo mismo no me haría fuerte en nada de lo que he dicho; puse a consideración, con Hermógenes, lo que me pareció. Así que, por este mo-
b tivo, anímate a hablar si es que tienes algo mejor, que yo lo aceptaré. No me sorprendería de que tuvieras algo más bello que decir, porque me parece que tú mismo has estudiado tales cosas y que de otros las has aprendido. Si dices, pues, algo más bello sobre la rectitud de los nombres, inscríbeme a mí como uno de tus discípulos.

CRATILO. Pues, por cierto, Sócrates, que, como tú dices, me he ocupado de tales asuntos, y que tal vez te aceptaría por

c discípulo. Temo, no obstante, que sea todo lo contrario: que me acude decirte lo de Aquiles: lo que él dice a Ayax en las *Plegarias*:

Ayax, descendiente de Júpiter, hijo de Telamón, caudillo de
[pueblos.
Todo me parece estar dicho según mi corazón.

También a mí, Sócrates, me parece, sencillamente, que hablas oracularmente según razón, sea que estés inspirado por Eutifron, sea por otra Musa que, desde hace rato, ocultamente, te habite.

d Sócrates. Bueno de Cratilo, desde hace rato me admiro de mi sabiduría, y no acabo de creerlo. Así que me parece necesario reconsiderar qué digo, porque engañarse a sí mismo es lo de peor llevar, porque cuando el engañador no se aparta un momento, sino que está siempre presente, ¿cómo no va a ser insoportable? Parece, pues, que se ha de volver frecuentemente a lo ya dicho, y tratar, según lo del poeta, de mirar «a la vez hacia adelante y hacia atrás». Veamos, pues, qué hemos dicho. Afirmábamos que la rectitud del hombre con-
e siste en poner de manifiesto lo que una cosa es. ¿Lo damos por suficientemente dicho?

Cratilo. Me parece absolutamente bien, Sócrates.

Sócrates. ¿Así que se ponen los nombres para instruir?

Cratilo. Absolutamente.

Sócrates. ¿Afirmaremos, según esto, que eso es una arte y que hay artesanos de ella?

Cratilo. Absolutamente.

Sócrates. ¿Quiénes lo son?

429 a Cratilo. Aquellos de quienes hablabas al comienzo: los legisladores.

Sócrates. ¿Afirmaremos, pues, que esta arte se engendra en los hombres como las otras?, ¿o no? Quiero decir esto: ¿Hay entre los pintores, unos peores; otros, mejores?

Cratilo. Absolutamente.

Sócrates. Y los mejores, ¿no nos ofrecen sus obras, pinturas más bellas; los otros, más flojas? Y parecidamente

respecto de los edificadores, ¿que unos hacen cosas más bellas; otros, más feas?

CRATILO. Sí.

b SÓCRATES. Pues bien: los legisladores también, ¿no nos ofrecen algunas obras suyas más bellas; otras, más feas?

CRATILO. Esto ya no me parece así.

SÓCRATES. ¿Que no te parece haber leyes, unas mejores, otras peores?

CRATILO. No por cierto.

SÓCRATES. En cuanto al nombre, parecidamente, ¿no te parece que alguno está puesto peor; otro, mejor?

CRATILO. No por cierto.

SÓCRATES. ¿Así que todos los nombres están correctamente puestos?

CRATILO. Con tal de que sean nombres.

SÓCRATES. Bien pues; lo que hace poco rato decíamos: ¿afirmaremos que ni a Hermógenes mismo se le puso tal nombre,
c a no ser que le conviniera algo por genealogía de Hermes; o que se le puso, mas no correctamente?

CRATILO. Me parece, Sócrates, que no se le puso; sino que "parece" habérsele puesto; mas tal nombre "es" de otro: de aquel cuya sea además la naturaleza. —la que el nombre declara.

SÓCRATES. ¿Ni siquiera se miente, cuando se dice de él que es Hermógenes? ¿Porque ni siquiera habría cómo decir que es Hermógenes, si no lo es?

CRATILO. ¿En qué sentido?

d SÓCRATES. Que no hay como hablar en falso; ¿eso es lo que quieres decir? Porque son muchos, amigo Cratilo, ahora y antes, los que lo dicen.

CRATILO. Porque, Sócrates, ¿cómo diciendo lo que uno dice diría lo que no es? ¿O no consiste en hablar en falso, precisamente en no decir lo que es?

SÓCRATES. Para mí y para mi edad, compañero, tal razonamiento es demasiado sutil. Sin embargo dime: ¿te parece

e cierto que no hay manera de hablar en falso; mas sí, de afirmar?

CRATILO. Me parece que no, ni aun de afirmar.

SÓCRATES. ¿Ni de enunciar ni de interpelar? Como si en el extranjero te encuentras con alguien que, tomándote de la mano, te dijera: "Salud, extranjero ateniense, Hermógenes, hijo de Smikrión", tales palabras las diría o las afirmaría o las enunciaría o interpelaría con ellas no a ti, sino a Hermógenes presente, ¿o a nadie?

CRATILO. Me parece, Sócrates, que tal vez lo que hace es otra cosa: emitir sonidos.

430 a SÓCRATES. Pues esto también es aceptable. Quien tales sonidos da, ¿los daría en verdadero o falso? ¿O unos en verdadero, otros en falso?, porque con esto nos basta.

CRATILO. Afirmaría que el tal hace ruido; que se agita en vano, cual si, a golpes, agitara cachivache de bronce.

SÓCRATES. Veamos, Cratilo, si hay manera de desembrollar esto. ¿No afirmarías que una cosa es el nombre; y otra, aquello cuyo es el nombre?

CRATILO. Sí, palabra.

SÓCRATES. ¿Admites además que el nombre es una
b cierta imitación de la cosa?

CRATILO. De todo en todo.

SÓCRATES. ¿Y según esto dices que las pinturas son, de otra manera, imitaciones de algunas cosas?

CRATILO. Sí.

SÓCRATES. Veámoslo, porque tal vez no entiendo qué es lo que dices, aunque pudiera ser que hables correctamente. ¿Hay manera de repartir y atribuir estas dos clases de imitaciones: pinturas y nombres, a las cosas de que son imitaciones? ¿O no?

c CRATILO. La hay.

SÓCRATES. Considera, pues, ante todo, esto: ¿qué, si se atribuyera la imagen de varón a varón, la de mujer a mujer, y así de lo demás?

CRATILO. Que así es.

SÓCRATES. ¿Y qué si, al contrario, la de varón a mujer y la de mujer a varón?

CRATILO. Que también así es factible.

SÓCRATES. ¿Mas estas dos atribuciones son ambas justas o solamente una de las dos?

CRATILO. Una de las dos.

SÓCRATES. La que a cada uno, creo, atribuya lo conveniente y semejante.

CRATILO. Así me lo parece.

d SÓCRATES. Para que no peleemos por palabras, siendo como somos amigos, acepta lo que digo: que a tal distribución, compañero, de imitaciones de pinturas, y de nombres, llame "correcta"; mas a la de nombres respecto de algo, "correcta y verdadera". Pero a la otra, la de dación y atribución de lo desemejante, no correcta, y aun falsa cuando se trate de nombres.

CRATILO. Pero, Sócrates, que no pase con los nombres
e lo que en las pinturas: no distribuir correctamente, sino que en los nombres sea necesario distribuir siempre correctamente.

SÓCRATES. ¿Cómo dices? ¿En qué consiste tal diferencia? ¿No cabe decir a un transeúnte cualquiera: "éste es tu retrato"?; y mostrarle, al azar o su propia imagen o la de una mujer. Y por "mostrar" entiendo hacérselo entrar por los ojos.

CRATILO. Claro que sí.

SÓCRATES. ¿Y qué?: ¿no cabe a ese mismo transeúnte decirle: "éste es tu nombre", ya que el nombre es también de alguna manera imitación, cual lo es una pintura? Y me
431 a explico: ¿no cabría decirle: "éste es tu nombre", y después hacerle entrar sensiblemente por sus oídos, al azar, esa su imitación de varón que es el nombre de "varón", y, al azar, esa imitación de lo femenino humano que es el nombre de "mujer"? ¿No te parece que es posible, y que sucede a veces?

CRATILO. Quiero, Sócrates, concedértelo. Sea así.

SÓCRATES. Bellamente obras, querido, si la cosa es así, porque no hay necesidad alguna de pelear por esto. Si hay,

b pues, en este punto una tal repartición, aceptemos llamar a uno de los dos casos "decir verdad"; al otro, "decir falsedad". Si las cosas son así, y si hay manera de repartir no correctamente los nombres y de no dar los convenientes a cada uno, sino, a veces, los no convenientes, habría cómo hacer lo mismo con los verbos. Y si esto vale para verbos y nombres, necesariamente valdrá para frases, porque las frases, pienso, son síntesis de ellos. ¿O cómo dirías tú, Cratilo?

c CRATILO. Así, porque me parece hablas bellamente.

SÓCRATES. Mas si comparamos con letras los nombres primitivos, ¿cabrá, parecidamente, lo de las pinturas: que se les puede dar todos los colores y figuras convenientes, y no todas, sino omitir algunas, añadir otras y aun muchas y mayores? ¿O no es así?

CRATILO. Así es.

SÓCRATES. Mas quien dé todas, ¿no da bellas pinturas y bellas imágenes?; mas quien añada o quite, ¿produce ciertamente pinturas e imágenes, pero malas?

d CRATILO. Sí.

SÓCRATES. ¿Y qué de quien imita la esencia de las cosas mediante sílabas y letras? Según la misma razón: si da todo lo conveniente, la imagen será bella, es decir: el nombre; ¿mientras que, si omite detalles o añade algo, a veces resultará, ciertamente, una imagen, mas no bella?, de modo que, respecto de los nombres, ¿unos estarán bellamente elaborados, otros, malamente?

CRATILO. Probablemente.

e SÓCRATES. ¿Así que de entre los artesanos en nombres, uno será bueno; otro, malo?

CRATILO. Sí.

SÓCRATES. Pues tal artesano, ¿no tenía por nombre el de legislador?

CRATILO. Sí.

SÓCRATES. Tal vez, ¡por Júpiter!, también aquí, como en las demás artes, habrá legislador bueno, y legislador malo, si lo anterior queda convenido entre nosotros.

CRATILO. Así es. Mas ves, Sócrates, que cuando letras tales, como la *a* y la *b*, y cada uno de tales elementos, los

damos a los nombres según la arte gramatical, si quitamos o
432 a añadimos o trasponemos algo, queda escrito, ciertamente, el
nombre, mas no correctamente; y aun no queda escrito; hácese
otro, más bien, si le pasa algo de eso.

SÓCRATES. Pues, Cratilo, pudiera ser que, considerándolo así, no lo considerásemos bellamente.

CRATILO. ¿Cómo así?

SÓCRATES. Tal vez en cosas de números sea necesario
que, so pena de no ser número, no le pase eso que dices;
como respecto del diez, o si se quiere de otro número, si
quitas o añades algo, resulta otro número; pero tal vez la
rectitud no sea la misma respecto de lo cualitativo y de ima-
b gen en general, sino lo contrario: que no haga falta en modo
alguno reproducir todo, tal cual es lo imitado, si es que ha
de ser imagen. Considera lo que voy a decir: ¿no habría dos
cosas: Cratilo y la imagen de Cratilo, si un dios no sólo te
imitara en cuanto a color y figura, como los pintores, sino
que reprodujera todo lo de tu interior: tradujera lo blando,
lo caliente, e introdujera en ellos movimiento, alma y pen-
c samiento, cual están en ti; y, en una palabra, todo lo tuyo tal
como lo tienes, y pusiera enfrente y junto a ti tal copia?
¿Habría entonces Cratilo e imagen de Cratilo, o dos Cratilos?

CRATILO. Me parece, Sócrates, que dos Cratilos.

SÓCRATES. ¿Ves, pues, querido, que se ha de buscar,
otra rectitud para la imagen y para aquello de que estábamos
hablando; y no empeñarse en que, si falta algo, ya no sea
d imagen? ¿O no notas cuánto distan de contener las imágenes
lo mismo que las cosas de que son imágenes?

CRATILO. Por mi palabra que sí.

SÓCRATES. Por cierto, Cratilo, que, bajo el poder de los nombres, pasarían cosas ridículas a las cosas cuyos son los nombres, si del todo se asemejaran ellas a ellos, porque todo sería doble, y no tendrías cómo decir cuál de los dos es la cosa, cuál el nombre.

CRATILO. Es verdad lo que dices.

SÓCRATES. Anímate, pues, valiente, admite que hay
e nombres bien puestos y otros que no, y no te empeñes en
que el nombre tenga todas sus letras para que sea así exacta-
mente tal cual aquello cuyo nombre es; permite que se le

añada aun alguna no conveniente. Si al nombre añades así
una letra, añade también un nombre a una frase; y si añades
así un nombre, añade también a una frase otra, aunque no
convenga con las cosas, que no, por eso, dejará de nombrarse
y de hablar de la cosa, mientras esté presente el tipo de la cosa
433 a acerca de la cual se hable, a la manera como sucedía respecto
de los nombres de las letras, si recuerdas lo que, hace poco,
decíamos yo y Hermógenes.

CRATILO. Pues me recuerdo.

SÓCRATES. Bellamente. Cuando, pues, tal tipo esté presente, aun si no lo esté todo lo conveniente, se habrá enunciado la cosa; bellamente, cuando esté todo; malamente, cuando poco. Admitamos, bienaventurado de ti, que se la haya enunciado, para que no paguemos multa como los de Egina,
por circular tarde en caminos, y parezca que nosotros también
b hemos, en verdad, «llegado más tarde de lo debido» a las
cosas. O bien busca otra rectitud del nombre y no concedas
que el nombre es declaración de la cosa mediante sílabas y
letras, porque si sostienes ambas afirmaciones a la vez, no
podrás consonar contigo mismo.

CRATILO. Me parece, Sócrates, que hablas como es debido, y así lo admito.

SÓCRATES. Puesto que coincidimos en opinión acerca de esto, consideremos después de ello estotro: ¿afirmaremos que, si el nombre ha de estar correctamente puesto, ha de tener las apropiadas letras?

CRATILO. Sí.

c SÓCRATES. ¿Mas son apropiadas las semejantes a las
cosas?

CRATILO. Justamente.

SÓCRATES. Sea así, pues, en cuanto a los nombres bellamente puestos. Mas si no fueron bellamente puestos, tal vez la mayor parte constarán de letras apropiadas y semejantes, si ha de ser imagen; tendría además aun algunas no apropiadas; por lo cual el nombre ni sería bello ni bellamente elaborado. ¿Lo afirmaremos así o de otra manera?

CRATILO. Creo, Sócrates, que no hay ya por qué pelear; mas no me agrada afirmar que hay ciertamente nombres, pero no bellamente puestos.

d SÓCRATES. ¿O, más bien, no te agrada que el nombre sea declaración de la cosa?

CRATILO. Esto sí, a mí.

SÓCRATES. Pero el que haya nombres, algunos de los cuales se compongan de anteriores, y haya otros primitivos, ¿no te parece bellamente dicho?

CRATILO. A mí sí.

SÓCRATES. Mas si los nombres primitivos han de ser declaración de algo, ¿tienes otra manera más bella de
e que sean declaraciones que esa de hacerlos lo más que se pueda tales cuales son las cosas que han de declarar? ¿O te agrada más bien esotra explicación de Hermógenes quien dice, y otros muchos, que los nombres son convenciones y que declaran las cosas a los convenidos que las conocen de antemano, y que la rectitud del nombre consiste en convención, no habiendo diferencia alguna en si uno conviene con la actual convención o en si con la contraria: llamar "grande" a lo que ahora se llama "pequeño"; o a lo "pequeño", "grande"? ¿Qué modo te place más?

434 a CRATILO. De todo en todo, Sócrates, es preferible el que se declare con una semejanza lo que se declara que no con lo primero que venga.

SÓCRATES. Bellamente dices. Mas, si el nombre ha de ser semejante a la cosa, ¿no será menester que los elementos sean, por su naturaleza, semejantes a las cosas, si de ellos se han de componer los nombres primitivos? Quiero decir: respecto de la pintura de que estábamos hablando, ¿la habría hecho uno semejante a alguno de los entes, si, en la naturaleza, no hubiera disponibles pigmentos semejantes a las cosas,
b con los que se componen las pinturas y con los que la arte pictórica imita? ¿No sería imposible?

CRATILO. Imposible.

SÓCRATES. Parecidamente: ¿resultarían los nombres semejantes a algo si no existieran de antemano en los elementos de que se componen los nombres una cierta semejanza con las cosas de las que los nombres son imitaciones? Mas, ¿no son las letras aquello de que se componen los nombres?

CRATILO. Sí.

SÓCRATES. Comparte ya conmigo el razonamiento que
c ya compartía con Hermógenes. Sea pues: ¿creemos decir bellamente o no bellamente eso de que la *r* se asemeja a arrastre, movimiento y dureza?

CRATILO. Me parece que bellamente.

SÓCRATES. ¿Y que la *l* se asemeja a lo liso, suave, y a lo que entonces decíamos?

CRATILO. Sí.

SÓCRATES. Sabes que a lo mismo que nosotros llamamos *sklērotēs (dureza)*, ¿los de Eritrea llaman *sklērótēr*?

CRATILO. Perfectamente.

SÓCRATES. ¿Se asemejarían, pues, a lo mismo la *r* y la *s*, y para ellos declararía lo mismo la terminación en *r* que para nosotros la *s*, o para uno de nosotros nada declararía?

d CRATILO. Para ambos declararía.

SÓCRATES. ¿En cuanto que sucede ser semejantes la *r* y la *s*, o en cuanto que no?

CRATILO. En cuanto semejantes.

SÓCRATES. ¿En cuanto semejantes en todo?

CRATILO. Tal vez en cuanto a la declaración de la movilidad.

SÓCRATES. ¿Y en cuanto a la *l* incluida? ¿No declararía lo contrario a dureza?

CRATILO. Tal vez no esté correctamente incluida, Sócrates. Como en los casos de que hablabas hace un momento a Hermógenes —quitando o incluyendo letras donde hiciera falta, y me parece lo hacías correctamente— también ahora habrá que decir tal vez *r* en vez de *l*.

e SÓCRATES. Bien dicho. Y, ¿qué como pronunciamos ahora, no nos entendemos cuando uno dice *sklērón (duro)*, ni estás tú sabiendo lo que digo?

CRATILO. Queridísimo, lo sé por la costumbre.

SÓCRATES. Mas, al decir "costumbre", ¿crees decir algo diverso de "convención"? ¿O por "costumbre" quieres decir que yo, al pronunciar ese nombre, estoy pensando en lo mismo que tú conoces que yo estoy pensando? ¿No es esto lo que dices?.

435 a CRATILO. Sí.

SÓCRATES. Si, pues, lo reconoces, al pronunciarlo yo, ¿no te resulta declaración mía para ti?

CRATILO. Sí.

SÓCRATES. Y declaración por medio de lo desemejante con lo que pronuncio entendiéndolo, si es que la *l* es algo desemejante a la *dureza (sklērótēs)* de la que tú hablas. Si esto es así, ¿qué otra cosa es sino que tú mismo has convenido contigo, y te resulta convención la rectitud del nombre, ya que las letras semejantes y las desemejantes declaran por igual, al sobrevenir costumbre y convención? Mas aun,
b si, en general, costumbre no es convención, no estaría bien afirmar que la semejanza es declaración, sino que lo es la costumbre, porque ésta declara mediante lo semejante y lo desemejante. Empero, ya que concordamos en esto, Cratilo —supondré que tu silencio es acquiescencia— es necesario que, de alguna manera, convención y costumbre contribuyan a la declaración de lo que, entendiéndolo, hablamos. Porque, óptimo, si quieres venir al caso del número, ¿de dónde crees sacar nombres semejantes a dar a cada uno de los números, si no dejas que de alguna manera predominen en eso de rec-
c titud de los nombres tu decisión y convención? Que a mí mismo me agrada el que, en lo posible, los nombres sean semejantes a las cosas; mas que, en verdad, no resulte lo de Hermógenes: que, respecto de la rectitud de los nombres, es pesado arrastrar la semejanza, y que sea necesario echar mano de ese recurso grosero de la convención. Tal vez se hablaría de la más bella manera si fuera posible servirse de nombres,
d a todos o la mayor parte, semejantes a las cosas, esto es: apropiados a ellas; y la más fea, la contraria. Pero dime, además de lo anterior, lo siguiente: ¿qué poder tienen para nosotros los nombres, y qué, afirmaremos, hacen de bello?

CRATILO. Me parece, Sócrates, que enseñar; y, sencillamente, que quien sabe los nombres sabe las cosas.

SÓCRATES. Tal vez, Cratilo, quieras decir que quien conozca cuál sea la naturaleza del nombre —que es la misma
e que la de la cosa— sabrá también la cosa, ya que es ésta, por suerte, semejante a él; y no hay más que una sola arte respecto de todas las cosas mutuamente semejantes. Esto es, me parece,

lo que dices con eso de que quien sepa los nombres, sabrá también las cosas.

CRATILO. Verdaderísimamente dicho.

SÓCRATES. Tente, pues, y veamos cuál es esa manera de enseñar las cosas de las que estás hablando; y si hay además
436 a otra, mas ésta es mejor o no hay otra más que ésta. ¿Qué piensas?

CRATILO. Por mí, que no hay en modo alguno otra, sino que ésta es, a la vez, única y la mejor.

SÓCRATES. ¿Mas el descubrimiento de las cosas se hará también de esa misma manera: que quien descubra los nombres habrá descubierto aquellas cosas de las que son los nombres? ¿O investigar y descubrir se hará de otra manera; mas aprender, de ésta?

CRATILO. Sobre todo, aun investigar y descubrir se hacen de esta misma manera y sobre las mismas cosas.

SÓCRATES. Tente, pues, Cratilo; y meditemos si para
b buscar las cosas nos acompañamos de los nombres, considerando qué quiere decir cada uno de ellos; ¿no caes en cuenta de que corremos peligro, y no pequeño, de engañarnos?

CRATILO. ¿Cómo?

SÓCRATES. Es claro que el primer impositor de nombres puso los nombres según lo que concibió eran las cosas, como afirmamos. ¿Es así?

CRATILO. Sí.

SÓCRATES. Si, pues, no los concibió correctamente, mas los impuso tal cual los concebía, ¿qué crees nos pasará a los que le acompañemos? ¿Qué otra cosa sino engañarnos?

CRATILO. Mas que no sea así, Sócrates, sino que nece-
c sariamente, en cuanto sabio, haya impuesto los nombres; de lo contrario, como antes decía, ni tan sólo habría nombres. Pero séate grandísimo testimonio de que quien los impuso no se apartó de la verdad, el que, de no ser así, no le hubiesen resultado todos ellos tan consonantes. ¿No lo pensabas tú mismo así al decir que los nombres surgieron todos según un mismo procedimiento y para lo mismo?

SÓCRATES. Mas esto, bueno de Cratilo, no es defensa alguna, porque si el impositor de nombres comenzó por errar

y después violentó lo demás según tal error inicial, y se es-
d forzó en ser consecuente consigo mismo, nada tiene de extraño
el que suceda aquí, como a veces en las figuras geométricas:
que, dada una primera falsedad, pequeña y oculta, todo lo
restante, por mucho que sea, si se sigue de ella, concuerde
entre sí. Sobre el principio mismo, pues, de toda cuestión es
preciso haya gran razonamiento y mucha reflexión acerca de
si está puesto correctamente o no. Mas, puesto suficientemente
a prueba, es preciso que aparezca lo demás como secuela de
él. Por cierto que me sorprendería de que los nombres con-
cordaran ellos entre sí mismos. Consideremos una vez más
e lo que anteriormente escudriñamos; que, afirmábamos, los
nombres nos indican la esencia: el que está todo en movimien-
to, traído, llevado y fluyente. ¿Eres de opinión que declaren
otra cosa?

437 a CRATILO. Lo soy del todo, y además indícanla correc-
tamente.

SÓCRATES. Consideremos, tomando de entre ellos, pri-
mero, ese nombre: el de *epistēmē (ciencia)*, lo ambiguo que
es, y que pareciera indicar que nuestra alma se *detiene (hís-
tēsis)* en las cosas más bien que se deja ir con ellas; y que
es más correcto pronunciar su comienzo, como lo hemos hecho
ahora, que decir *pistēmē*, quitando la *e*. Además: la palabra
bébaion (firme) es imitación de *base (basis)* y detención;
mas no, de movilidad. Además: la palabra *historía (conoci-
b miento)* indica que se *detiene (hístesi)* la *fluencia (rhoûn)*.
Y *pistón (confiable)* indica explícitamente *histán (detenien-
do)*. Además: *mnēmē (memoria)* indica a todos que hay
reposo (monē) en el alma; mas no, arrebato. Pero si quieres,
tomemos *hamartía (error)* y *symphorá (accidente)*; si se acom-
paña al nombre parece ser lo mismo que *sýnesis (compren-
sión)*, ya dicha, y que *epistēmē (ciencia)*, y que todos los
demás nombres dados a cosas estimables. Aún más: *amathía
(ignorancia)* y *akolasía (intemperancia)* parecen próximos a
los anteriores, porque *amathía* parece ser ese paseo de quien
c va *a la vez con dios (hama theō iontos)*; mas *akolasía* parece
designar, íntegra, *acompañamiento (akolouthía)* a las cosas.
Y de esta manera los nombres que juzgaríamos aplicados a
las cosas peores, parecerían semejantísimos a los dados a las
más bellas. Y aun pienso que, si uno se empeña, se hallarían
muchos otros con los que se pensaría, a su vez, que el impo-

sitor de nombres designaba no lo movido o llevado, sino lo permanente.

d CRATILO. Pero ves, Sócrates, que la mayor parte de las veces indicó el otro sentido.

SÓCRATES. Y, ¿qué?, Cratilo; ¿contaremos los nombres, cual si fueran votos; y en eso consistirá la rectitud? ¿Serán verdaderos tantos más nombres cuantos más designen más
e objetos?

CRATILO. Verosímilmente, pues.

SÓCRATES. De ninguna manera, querido. Dejemos así
438 a las cosas, y volvamos una vez más al punto de partida. Precisamente en lo anterior, si lo recuerdos, afirmaste que el impositor de nombre debía de saber a qué cosas los ponía. ¿Te lo parece aún, o no?

CRATILO. Sí, aún.

SÓCRATES. ¿Afirmas que el impositor primitivo los impuso sabiendo lo que hacía?

CRATILO. Sabiéndolo.

SÓCRATES. ¿A partir de qué nombres aprendería o des-
b cubriría las cosas, si los nombres primitivos aún no estaban impuestos; mas, por otra parte, afirmamos que es imposible descubrir las cosas de otra manera que no sea la de aprender o descubrir, por sí mismo, cuáles son los nombres que las designan?

CRATILO. Me parece que dices, Sócrates, algo importante.

SÓCRATES. ¿En qué sentido afirmaremos que impusieron o fueron legisladores, a ciencia y conciencia, de los nombres, aun antes de haber puesto nombre alguno o sabídolo, si no hay otra manera de aprender las cosas sino mediante los nombres?

c CRATILO. Me parece, Sócrates, que la explicación más verdadera de esto es que hay un poder mayor que el humano por el que se imponen a las cosas los nombres primitivos, de tal manera que resulten necesariamente correctos.

SÓCRATES. Entonces, ¿crees que quien los impuso, fuera daimonio o dios, se contradijo al imponerlos? ¿O te parece que de lo anteriormente dicho no hay nada?

CRATILO. A no ser que una de las dos clases de nombres no sea de la de los primitivos.

SÓCRATES. ¿Cuál?, óptimo, ¿la que se refiere al reposo o la que al movimiento?, porque, según lo dicho ahora mismo, no se va a juzgar esto según el número.

d CRATILO. No sería justo, Sócrates.

SÓCRATES. Ante esta guerra civil entre los nombres, unos afirmando que son ellos los semejantes a la verdad; y los otros, que lo son ellos, ¿en base de qué decidiremos o a qué acudir?; porque ya no hay otros nombres diferentes de éstos; no los hay; es, pues, claro que se ha de buscar algo diferente de nombres, que, sin ellos, nos manifieste cuál de las dos clases de ellos es la verdadera, por mostrarnos ser la verdad de los entes.

e CRATILO. Así me lo parece.

SÓCRATES. Según esto, Cratilo, es posible aprender lo que son las cosas, sin ayuda de nombres, en caso de que esto sea así.

CRATILO. Evidentemente.

SÓCRATES. ¿Con qué otro medio esperas aprenderlas? ¿Que no, sino por el verosímil y más justo: unas por otras, si es que son congéneres, o cada una por ella misma?, porque lo distinto y extraño a ellas indicará también algo distinto y extraño, y no a ellas.

CRATILO. Me parece que dices verdad.

439 a SÓCRATES. Tente, ¡por Júpiter! ¿Mas no convinimos, por cierto y muchas veces, en que los nombres bien puestos son semejantes a aquellas cosas a las que se los impuso, y en que los tales son imágenes de ellas?

CRATILO. Sí.

SÓCRATES. Si, pues, hay manera como aprender, perfectamente, mediante los nombres las cosas, y la hay de aprenderlas a ellas por ellas mismas, ¿cuál sería el más bello y declarador aprendizaje: aprender de la misma imagen, caso
b de que lo sea buena, y aprender a la vez la verdad de la que es imagen? ¿O, partiendo de la verdad, aprenderla a ella, y aprender si su imagen ha sido convenientemente elaborada?

CRATILO. Me parece necesario partir de la verdad.

SÓCRATES. Qué manera haya de aprender o descubrir lo que están siendo las cosas, tal vez sea conocimiento superior a mis fuerzas y a las tuyas; mas es preferible convenir en que no se ha de partir de los nombres, sino, mucho mejor, de las cosas mismas; y en que se ha de aprender de ellas e investigar partiendo de ellas más que de los nombres.

CRATILO. Tal parece, Sócrates.

SÓCRATES. Además: pongamos atención en que no nos
c engañen todos esos nombres tendenciosos, en el caso de que, en realidad, sus impositores los impusieron pensando en que todo y siempre está en movimiento y flujo, —porque, me parece que así lo pensaron. Mas, ¿y si, por un azar, no fuera así, sino que fueran ellos mismos quienes, caídos en un remolino, van y vienen y, arrastrándonos, nos precipitan en él? Porque atiende, Cratilo, a uno de mis frecuentes ensueños: ¿afirmaremos, sí o no, que hay algo que es *lo* Bello *mismo* y
d *lo* Bueno *mismo*, y parecidamente algo uno para cada uno de los entes?

CRATILO. Me parece, Sócrates, haberlo.

SÓCRATES. Consideremos, pues, tal "lo mismo"; no, si hay algún rostro que sea bello, u otra cosa de las tales; y si, además, nos parece que todo ello está en flujo. ¿No diremos, más bien, que lo Bello mismo está siendo siempre tal cual es?

CRATILO. Necesariamente.

SÓCRATES. Mas, ¿podríamos atribuirle correctamente, en caso de perenne salida de si, primero, que es "lo mismo"; segundo, que es "tal"? ¿O no será necesario el que, mientras hablamos, se haga inmediatamente algo distinto, salga de sí y no se mantenga tal?

CRATILO. Necesariamente.

e SÓCRATES. ¿Cómo, pues, algo sería "lo mismo" lo que jamás está siendo de la misma manera? Porque si alguna vez se ha de igual manera, es claro que, durante ese tiempo, no se cambia en nada. Mas si se ha siempre de igual manera, y es "lo mismo" ¿cómo se cambiaría o movería, sin salirse en nada de su propia idea?

CRATILO. No hay manera.

SÓCRATES. Además: no sería conocido por nadie. Al
440 a aproximarse un futuro conocedor se haría diferente y diverso,
de manera que no se conocería ya ni qué tal es ni cómo se ha.
Pero no hay por cierto conocimiento alguno que conozca, si
lo conocido no está siendo de alguna manera.

CRATILO. Es como lo dices.

SÓCRATES. Pero ni siquiera se puede afirmar que haya
conocimiento, Cratilo, si todo se transforma y nada permanece;
porque si eso mismo: el conocimiento no cambia su ser cono-
cimiento, permanecería siempre conocimiento y habría cono-
b cimiento. Mas, si el eidos mismo de conocimiento cambia, se
cambiaría en otro eidos distinto de conocimiento, y ya no
habría conocimiento; y, si se cambia siempre, jamás habría
conocimiento; y, por la misma razón, no habría ni futuro ni
conocedor ni objeto conocido. Mas si hay siempre lo cognos-
cente, hay lo conocido, hay lo Bello, hay lo Bueno, —hay
uno por uno de tales entes. No me parece, pues, que estos
entes, de los que estamos hablando, sean semejantes en nada
c a fluencia y movilidad. ¿Es esto así o lo es de aquella otra
manera: la de los heraclitianos, y de muchos otros? No es
fácil de considerar. Ni es propio de hombre de gran entendi-
miento encomendar el cuidado de sí y de su alma a los nom-
bres, fiándose de ellos y de los que los impusieron; ni empe-
ñarse, cual si fuera sabio, en afirmar, con conocimiento de sí
y de las cosas, que nada hay en nadie de sano, que «todo es
riada», cual de cosas de arcilla; y que, sencillamente, cual
juzgan los acatarrados, así están siendo las cosas: todas ellas
d afectadas de riada y de catarro. Tal vez, Cratilo, esto sea así,
tal vez no. Hay, pues, que ponerlo, bien virilmente, en con-
sideración, y no aceptarlo fácilmente, porque eres aún joven,
y tienes edad para ello; mas, si, considerado, hallares algo,
has de compartirlo conmigo.

CRATILO. Así lo haré. Ten por cierto, Sócrates, que ni
aun ahora mismo ceso de considerarlo; empero, cuanto más
e lo considero y con mayor empeño, tanto más me parece que las
cosas son cual Heráclito las dice.

SÓCRATES. Otra vez, compañero, me instruirás, cuando vuelvas. Ahora, ya que estás preparado, vete al campo. Hermógenes en persona te escoltará.

CRATILO. Así se hará, Sócrates. Trata tú, por tu parte, de pensar ya sobre este punto.

NOTAS AL CRATILO

383 a.

"Rectitud o cor-rección" del nombre traducirá el ὀρθότης griego, a distinguir de "verdad y falsedad", como lo hacen, o dan por conocido, Sócrates y Cratilo (385 b). "Rectitud o incorrección" sintáctica (o de filo-logía del lenguaje) es, dícese ahora, categoría metalingüística; "verdad y falsedad" son categorías ontológicas. En este diálogo van las dos categorías formando un Todo, por subordinación de "gramática" (lenguaje) a "ontología"; de correcto-incorrecto, a verdadero-falso. Y, por fin, "verdadero-falso" son definidos o relacionados con "ente" (ὄν), mediante la relación de "declaración" o "dicción" (λέγειν): decir de un ente lo que está siendo (τὰ ὄντα λέγῃ ὡς ἔστιν, ὡς οὐκ ἔστιν, 385 b). R_3. Así que el diálogo se mueve en tres niveles:

1) *filo-lógico*. Nombre (n) sometido a la relación de corrección (incorrección) R_1 (ὀρθότης).

2) *ontológico*. Relación de corrección (rectitud) sometida a la relación R_2 de verdad-falsedad, —ἀληθὴς, ψεῦδος.

3) *óntico*. Verdad sometida a decir o declarar en palabras (que cumplan R_1, R_2) lo que un ente (cosa) está siendo (R_3).

Las notas explicitarán estos puntos en su momento oportuno, según el diálogo.

Mientras tanto, para el valor significacional de "decir" (palabra, λόγος) véase Cl. I. 1; para el de "ente" ("estar siendo", ὄντα, ὄν, Cl. IV. 2, 3).

384 c.

"tu nombre no es 'Hermógenes'". Hermes (Mercurio) era el dios patrón de comerciantes, banqueros y de gente (γένος) ávida de dinero, y que consigue tenerlo.

384 d.

"convención y consenso", ξυνθήκη καὶ ὁμολογία; mas adelante "ley y costumbre" (νόμῳ καὶ ἔθει). Las dos frases se completan y aclaran mutuamente. Y ambas se oponen a "natural" (φύσει, πεφυκέναι). "Convención" alude a "imposición" (θήκη, τίθημι), a "ley": im-posición colectiva o para colectividad. "Consenso" alude a "costumbre" (ἔθος); consenso a que se llega, en común (ὅμως), hablando (λόγος) que es la gran "costumbre", social o

colectiva. Mas se dan o imponen siempre nombres hablando: para hablarse unos con otros o para hablar uno a otro.

La frase "ya que por naturaleza..." puede referirse, indiferentemente, a los sirvientes, o a cualquier cosa: "a nadie-y-a nada le nace nombre particularmente suyo..." (ἑκάστῳ).

385 a.

Adviértase la correlación entre νόμος-πόλις y ἔθος-ἰδιώτης; νομο-θέτης, quien pone (impone, θῆ) la ley ha de imponer también los nombres. Del legislador dialéctico de nombres se hablará más adelante. Aquí se dan los primeros pasos. "Acorde" (Cl. 1.1) —significacional entre ὁμολογία-ἔθος-ἰδιώτης. "Acorde" verbal significacional entre συν-θήκη-θῆ-νομο-θέτης.

Los nombres no sólo "dicen" (λέγειν) o hablan de algo, sino "llaman" (καλεῖν); sirven para llamar, para dirigirse (προς-ἀγορεύειν) a un ente —a un sirvi-ente— a que declare lo que es, lo que está siendo en su realidad. Los nombres (auténticos, de que se hablará) son "mandatos" ontológicos a un ente (Cf. R_1, R_2, R_3).

La traducción conserva o es fiel a, la fuerza de θῆ; de "poner" (imponer) un nombre, siempre que tal verbo o palabra aparece en el texto griego.

385 c.

Literalmente "las partecitas" (τὰ μόρια) del discurso o logos. Mas adelante se verá cómo se analiza o descompone, —o, al revés, se compone— un logos en "elementos": en partecitas, mínimas ya (στοιχεῖα).

Aquí se afirma, o pregunta, si la calidad de "verdad" —de descubrir, ἀλήθεια, lo que un ente está siendo— conviene también a las partículas del logos.

385 d.

Que un nombre sea verdadero o falso puede resultar desconcertante, en primera lectura. Cuando, más adelante, Cratilo, Hermógenes y Sócrates traten de los nombres, y de la función instrumental de Nombre, se disipará tal impresión, proveniente de nuestro prejuicio de atribuir verdad, falsedad a la "proposición", —o a conjuntos de ellas. El lector verá —si no lo ha leído ya en el Argumento— que un nombre, tratado según las exigencias R_1, R_2, R_3, es una especial "condensación-reducción" de una proposición o frase.

385 e-386 a.

Para el valor multisignificacional, en unidad de palabra, Cf. Cl. 1.5. Las cosas (χρήματα, casi los "enseres" o cosas en cuanto de uso necesario) tienen una posesión privada, firme (βεβαιότητα τῆς οὐσίας), de ellas mismas (αὐτὰ αὑτῶν): su "esencia" (οὐσία). Cf. 386 e. Posesión reforzada por identidad.

386 b.

En cuanto a juramentos, garantías, invocaciones, cual "¡por Júpiter!", véase Cl. I.6.

"Sensatez" traduce φρονίμους; cabría decir "razonables", si no fuera tan próximo pariente de razón, razonamiento (λόγος). Se trata de la conexión, tan griega y socrática, entre bueno-y-razón, malo-e-ignorante. Se es malo por ignorante; bueno, por sabio.

386 e.

Para la significación de εἶδος véase Cl. III.1.

387 c.

"como a las cosas mismas les ha nacido el hablar, el que se hable de ellas y el con que" es traducción "literal y conceptualmente fiel", aunque la frase parezca falsa o exagerada: ᾗ πέφυκε (φύσις) τὰ πράγματα λέγειν καὶ λέγεσθαι καὶ ᾧ. Las cosas hablan ellas de sí; les es natural el hablar de sí; les es natural el que se hable de ellas, tal cual ellas hablan y de lo que hablan o dicen de sí; y de la manera (o instrumento) como ellas hablan de sí, es natural el que de esa manera, o instrumento, se hable de ellas, —sean "habladas" (λέγεσθαι). Así tendrá éxito, hará algo grande (πλέον) el hablar de ellas.

Adviértase la correlación de esa frase en los tres niveles R_1, R_2, R_3, y su centramiento en R_3, —en óntica.

De esta sentencia es aplicación la de "denominar" (ὀνομάζειν); 387 d.

388 c.

"Arte" (τέχνη) abarcaba en "acorde" (Cl. I) arte de artesanos-y-arte de artífices-y-arte de artistas —artesanía vulgar, fina y bella— según la frase clásica normativa y compleja "bueno-y-bello" (καλὸς κἀγαθός). Aquí se repite insistentemente el adverbio καλῶς, que es una nota permanente, y perceptible, del timbre griego, de hablar, pensar, obrar. No se trata de "adverbio" gramatical, sino ontológico.

El buen artesano ha de ser artífice y artista. Y a la inversa.

389 a.

Adviértase la correlativa formación de las palabras ὀνοματουργός y δημιουργός. Ambos: artífice nominador y artesano corriente deben ser artesanos-artífices-artistas. El legislador (νομο-θέτης), el impositor (θέτης) de leyes o de nombres es (ha de ser) artesano-artífice-artista de su obra. Por ser él, según dice Sócrates, "el más raro artesano-artífice-artista de entre los corrientes o populares" (δημ...). La traducción hace resaltar lo de "artífice", —dejando resonantes las metas de "artesano" y "artista" del acorde "arte".

389 c.

"Se ha de saber imponer", δεῖ ἐπίστασθαι τιθέναι. Adviértase que Sócrates no elude, ni escatima, la fuerza de "poner", "imponer", —trátese de legislador— νομο-θήτης, impositor (θήτης) de leyes, o impositor de nombres, o imponer, τιθέναι, al hierro una forma para un uso. Mas es siempre un poner o imponer según ciencia (ἐπιστήμη) o según eidos (modelo puro: eidos de taladro. . .) o según arte; según naturaleza, —nada de fuerza bruta.

389 d.

Respecto de las relaciones entre εἶδος, ἰδέα, αὐτὸ ὅ ἐστιν (véase Cl. III.1; Cl. II.1, 2; IV.2).

390 c.

"dialéctico", δια-λεκτικός: quien —preguntando, respondiendo, repreguntando-rerrespondiendo. . .— hace pasar (διὰ) el logos —cuenta, razonamiento, discurso. . .— de uno a otro, interrogador-interrogado, de modo que, entre ellos, se vaya elaborando y tejiendo el Logos de "qué es" algo: Nombre, Eidos, Virtud. . ., es "dialéctico".

391 e.

Homero, *Iliada*, XXI, 342-380; *Ibid.*, XX, 74; *Ibid.*, XIV, 291; *Ibid.*, II, 813-814.

392 d.

Homero, *Iliada*, XXI, 506; *Ibid.*, XXII, 507.

393 d.

"letras", literalmente "elementos" (στοιχεῖα), —o límites característicos de un determinado procedimiento de división, límites positivos y originales, y, además, colocados en "filas", —cual "puntos" en (fila de) línea; "letras" en fila (hablada, escrita, impresa), "soldados" en "fila". . .; y reintegrables en un Todo, —igual al inicial o "nuevo". "Elementos de. . ." es, pues, una "relación especial", entre "cosas" en que se "desmiembra" un "Todo" (dado cual bulto o bloque). Todo desmembr*able* en miembros y "Todo" *re*construible de tales miembros, o *un* Todo construible de miembros desmembrados de otro Todo. "Miembro" pretende ser palabra neutral o amplia, abarcante de "partes", "trozos", "cisco". Estas correlaciones, y los correspondientes tipos de división y reintegración, se presentarán a lo largo del diálogo y se las hará notar oportunamente.

La traducción conserva la división de "elemento" en "fonales" (φωνήεσσι) y "áfonos", (ἀ-φώνοις), —en vez de las denominaciones de "vocales" y "consonantes". "A-fono" es la negación de "fonal"; negación tan originalmente positiva cual lo de ciego respecto de vista; sordo, respecto de oyente; "áfono" es "mudo". "Fonal" es el estado natural de "voz" (φωνή). "Voz" es el modo

de expresarse —mediante boca, lengua... aire— el λόγος. "Logos" habla; no "escribe", en su natural y propia manera de ser. Así que los elementos de su expresión (logos-palabra) son fonía, afonía, fonales y áfonos. "Con-sonantes" no indica su carácter de "negación" de "voz", su contraposición a "voz" (φωνή). Hablar por escrito, "escribir", no es procedimiento ni natural ni privilegiado de "Logos". Todo diá-logo ha de ser dicho, hablado; no, de suyo, escrito. Y ha de ser leído en voz alta o baja. El mero "leer", "escribir", no es griego, ni estado final o inicial, privilegiado para él. Se verán las secuelas de esto sacadas por los codialogantes.

Fonales y áfonas, al ser escritas, resultan "letras", γράμματα, es decir "figuras" impresas en algo; mas tales "figuras" son, en verdad, figuras de "dicción": figuras a decir en voz, al modo como en geometría γραμμή es "línea", que, aparte de ser figura especial visible, debe hacer visible un eidos: algo definido y a definir en palabras. Y diagrama (δία-γραμμα) es una figura o líneas (γραμμή) que remiten o transmiten (διὰ) de especial manera hacia un eidos, proposición, teorema.

Las "letras" (γράμματα) son διά-γράμματα: líneas que guían la lectura-"dicción"; tras(διὰ)miten al logos; no detienen en sí ni pensamiento ni palabra, a costa del logos. Así que mientras se conserva la "potencia" (δύναμις) del nombre, cosa que los entendidos (ἐπιστάμενος) consideran, se puede variar (ποικίλλειν: añadir, quitar, cambiar de lugar... algunas, y aun todas las letras) los nombres. Así que "sílaba" (συλ-λαβή) no corresponde al concepto de "sílaba": compuesto inmediato a letras sueltas; el primer compuesto que de ellas surge. El texto diría: "se pueden hacer variaciones en la com-posición (συν-λαβεῖν) interna de las letras de un nombre".

394 e.

"por Suerte", τυγχάνῃ, Τύχῃ; véase Cl. I.6.

395 c.

"apropiadamente; en rigor" con-mensuradamente, ἐμ-μέτρως (Cl. I.5).

396 a.

"cual definición"; literalmente cual "logos" (οἷον λόγος): palabra (o nombre) enrazonada, o razón empalabrada (Cl. I.1). No se trata de "definición" (ὅρος) estricta. Se verá por lo que sigue: en qué frase se declara (δηλοῖ) la naturaleza de tal dios.

396 b.

Retintín posible entre Δία y διά-νοια (νοῦς).

396 d.

"daimoníaca sabiduría", δαιμονίας σοφίας. Sabiduría más que humana, menor que divina, cual lo eran los daimonios en cuanto seres, —híbridos fre-

cuentemente de dios y una mortal, diosa y un mortal... Para evitar el significado, ya irreformable, de "demonio", conserva la traducción el diptongo (dai-δαι).

397 a.

"un cierto tipo" (τύπον τινὰ) de exposición, de punto de mira (διὰ-σκοπεῖν): el de "corrección" del nombre: declarar el nombre "qué está siendo" la cosa que recibe tal nombre. Es un "tipo" de exposición, —casi ontológico: nombre-naturaleza-esencia. Cabe otro, —el "tipo" de "convención".

397 e-398 a.

Hesíodo. *Trabajos y días.* 121-123.

Aquí φωνή se traduciría mejor por "voz" que por "lengua". Pronunciados vocalmente, de viva voz, suenan más parientes δαίμονες-δαίμονας; εἴραν y ἥροες.

399 a.

"de esta frase", ἀντὶ ῥήματος; más literal: en vez de ser "Διὶ φίλος" (amigo de, querido, a Júpiter) algo fluyente (ῥεῖν, ῥεῦμα, ῥῆμα), un ad-jetivo: algo que fluye hacia "nombre". Y nos resulte (ἡμῖν γένεται) un nombre (ὄνο-μα): algo firme, designable en sí; en el nombre "Dífilo" —nombre propio y propiamente nombre— "quitamos una de las dos iotas...".

En Διὶ-φιλος, φίλος fluye, remite, a Júpiter. Este es, y debe ser, el de-nominable; es el nombre propio por excelencia. Lo importante es aquí "a quién" se resulta querido; no lo de "querido". Habría que escribir διίφιλος, con minúscula inicial (dicho a nuestra manera). Lo cual es falta de respeto a Júpiter. En cambio, en *Dífilo*, la mayúscula inicial y la forma de nombre propio realzan al querido y a Aquel a quien lo es. La pronunciación (φωνή) es esencial; lo de breve, larga, aguda, grave... poseía en la pronunciación, fonética, arcaica (ἀρχαία), primaria-primordial-primigenia (Cl. I.3) valor onto-lógico y, aun religioso.

"Frase" traduce mal "ῥῆμα". "Verbo", todavía peor. "Definición" exagera, como se verá por el ejemplo inmediatamente tratado. Véase Argumento (2.3).

399 c.

En Argumento (Ia Parte, 2.3) se ha estudiado, cual modelo, la frase de que proviene o a que puede llevar el nombre de hombre (ἄνθρωπος). La frase correspondiente a alma (ψυχή) sería

φύσιν ὀχεῖ καὶ ἔχει
φυσέχην
ψυχή

401 b.

Respecto de "esencia" véase Cl. I.2; IV.3.

402 b.

Homero, *Iliada,* XIV, 201, 302.

403 d.

"convivir" no es fiel a *συν-ών*. Con-ser fuera más adecuado (*συν-εἰμὶ, συν-ὄν*). "Compañía" sentida, sida y dicha, —como vínculo "en ser", no cual relación externa y accidental. Lo mismo respecto de palabras cual *παρ-ουσία, συν-ουσία,* —presencia consencia. Máximo compromiso ontológico del griego, Cl. IV.1, 2, 3, en todo, hasta en palabras. En *e* se contrapone *συν-εἶναι* (con-ser) a *συν-γίγνεσθαι* (con-vivir).

404 c.

"*μετεωρο-λογῶν*". Ni "metereó-logo" ni "astrónomo" ni "astrólogo" encajan con la significación que entonces se daba a esa palabra. "Meteoro" es todo fenómeno celestial, superno.

"decir muchas veces un nombre", consejo para notar qué palabras forman constelación, aureola de una.

407 d.

Cf. Homero, *Iliada,* V, 221-2; VIII, 105.

409 d.

"truco", *μηχανή*, —máquina, Cf. "Deus ex machina". *Μηχανή* es palabra "acorde" (Cl. I) que resuena aún, perceptiblemente, a artefacto-y-truco-maña; y, por ello, sonando a veces a "maquinación".

Además, pues, 1) de palabra unisonante multisignificante (Cl. 1) han aparecido aquí, y aparecerán, palabras con dos tipos de "constelación" o aureola: 2.1) palabra que es condensación reductiva de una frase entera, cual *ἄνθρωπος, ψυχή*; 2.2) palabra centro de frases y palabras compuestas, vgr. *ἀήρ, γῆ*; en los casos 2.1), 2.2) la permanencia de ciertas (pocas) letras en la palabra simple hace de centro de frases y palabras compuestas en que tales letras se hallan, —aparte de otras. El conjunto de letras comunes a palabra (sencilla) y frases, define de alguna manera a la "palabra" sencilla, por su aureola o por condensación reductora. 1, 2.1, 2.2 son tipos de "*λόγος*": de palabra enrazonada o de razón empalabrada. No hay palabras "átomos" puros y sueltos. Cada una lleva halo, o aureola, planetas, atmósfera no sólo de significados, sino es "una" palabra (fonética, gramaticalmente) con gramática lógica, de *λόγος* que es "acorde" esencialmente. Y las vocales (fonales) y consonantes (mudas, áfonas) de la palabra sencilla (por simple o por simplificada) se hallan en las palabras de las frases (o frase) de su atmósfera, halo... A diferencia de tipo 1), una palabra del tipo 2.1), 2.2) no resuena a varios (dos, tres...) significados; los significados pertenecen a las frases de su aureola. Una palabra de los tipos 2.1), 2.2) no significa (*δηλόει*)

nada; tan sólo indica (σημαίνει): hace seña (una señal típica, un gesto verbal) hacia una cosa: "Hombre", a hombre; "dios", a dios... El conjunto de ella y sus frases "significan". Mas, siempre, tal conjunto está vinculado por ciertas vocales y consonantes, —las mismas: las de la palabra "sencilla", presentes y componentes de alguna o algunas de las palabras de las frases.

Vinculación fonético-lógica centrada.

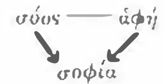
Tal es el "Logos" griego, —aquí, en este diá-logo, ejemplarmente actuante. Se verá más y mejor en lo restante.

Sócrates y Hermógenes confiesan (410 e) sentirse progresar en sabiduría, y aun superabundando en ella (ἐπὶ-διδώς).

412 b.

Por la importancia de la palabra σοφία (sabiduría) notemos este caso cual ejemplo de los tipos 2.1), 2.2) indicados en la nota 409 d.

Palabras halo y frase



(movimiento veloz, súbito, σόος, σείειν, σεισμός; contacto, ἁφή, ἐπαφή, ἅπτω). "Sabiduría" es "contacto con lo veloz" (de la realidad, o con lo veloz, si la realidad, los entes, se constituyen como movimiento, Heráclito. La traducción no puede conservar la sutileza de ese "memorialín": el pronunciar "so-phía", recordando que es reducción condensante de σόος y de ἁφή, recuerdo sonante en la *s* y en la *ph*, cual letras claves; o bien el pronunciar so-phia sin haber de antemano sabido que procede de la manera dicha de "s-" y de "ph-", puestas a sonar por las fonales (ο, ά, ι, α), mas aprendido por obra de legislador nominador o gramático dialéctico, el griego debía dar un énfasis "fonético" especial a tal palabra con tal genealogía fonético-lógica. Genuina pronunciación dialéctica.

414 b.

"teatralizarlos", τραγῳδεῖν; literalmente, darles la forma teatral solemne de "tragedia". Añadir, quitar letras, adornar, dejar obrar al tiempo sobre los nombres primitivos (πρῶτα) son afecciones serias, no de "comedia".

414 d.

"lo que quiere decir el nombre" (ὅ τι ποτὲ βούλεται τὸ ὄνομα, lo que quiere el nombre). Recuérdese lo dicho en las notas 383, 385.

415 a.

Homero, *Iliada*, VI, 265.

417 e.

"embellecido", καλλωπισθέν. Recuérdese que "bello" posee para el griego valor normativo general. Es un cierto deber lo de ser "bello-y-bueno" (καλὸς κἀγαθός). Es, pues, deber y derecho el "embellecer" hasta palabras, evitando el abuso (Cf. καλλοπισμός, 414 c).

"preludio del aria de Atenea", προ-αύλιον (preludio de flauta) del aria (νόμος) de Atenea. "Aria" traduce νόμος, —lo más cerca posible. "Aria", tomado cual "tema" para un solista, "tema" o "norma" (νόμος) musical dentro de una composición mayor o más solemne. La ambigüedad no total de la palabra griega νόμος (ley jurídica, tema musical "norma") es irreproducible en castellano.

420 c.

"todas estas palabras, séquito de δόξα", ἑπόμενα. Es importante para el legislador denominador, o impositor "dialéctico" de nombres notar, respecto (al menos) de ciertas palabras, cuál es su "séquito": [Δόξα] - διώξεις - οἴησις - οἶσις - βολή (séquito).

421 a.

"Nombre" es resumen de una frase, ἐκ λόγου ὀνόματι συν-κεκροτημένῳ. Los nombres primigenios o primarios, conservados tal cual, o reconstruidos "dialécticamente", han de delatar —en su fonética misma (φωνή, ἄφονος): letras, sílabas...— la frase o logos (Cl. I.1) de que tanto su composición "literal" como su significado proceden. Esto mismo, *a fortiori* (αὐτὸ τὸ...), vale del nombre de "nombre" (ὄνομα). La frase de que proviene —literal y significacionalmente— es

ὂν — οὗ — μασμα
↘ ↓ ↙
ὄνομα

(Nuestra palabra "nombre" no "resuena" a "ente-de-que se trata"). En griego la palabra misma "resuena", —o "resonó", o se la puede hacer "resonar" literal y significacionalmente a todo eso que es su "resumen" literal-y-significacional. Riqueza audible-decible-pensable del "logos" griego.

"Nombre" (ὄνομα) menta en sí mismo a "ente" (ὄν). Ejerce él mismo, en sí mismo, función ontológica. Cf. Nota 383 a.

421 b, c.

Nótese la etimología —literal y significacional— que de ἀλήθεια (verdad) da Sócrates

ἄλη — θεῖα (frase, λόγος)
↘ ↙
ἀλήθεια (nombre).

Nada de "verdad" cual "desencubrimiento". "Verdad" (literal-y-significacionalmente) posee origen propio, y no es la negación de "encubrimiento", "ocultamiento". Empero, "falsedad" (ψεῦδος) es (literal-y-significacionalmente) pariente de "dormido", "oculto"; lo opuesto a movimiento divino (θεία ἄλη· ἀλήθεια). La ἀ de ἀλήθεια no es "a" negativa de λήθη. Ambos: Verdad, falsedad, en cuanto "nombres" (con letras), son inconexos; los dos son positivos, filológica y gramaticalmente. Falsedad (literal y significacionalmente: filo-logía y genea-logía) se opone a "verdad" (literal y significacionalmente) por razón de movimiento: "movimiento divino" —"reposo" vulgar.

En eso de "movimieoto" consuenan ὄν (ente), οὐσία (esencia) y ἀλήθεια (verdad). Son los tres de igual logos "ὁμο-λογεῖ". Si se prescinde de la iota (τὸ ἰῶτα ἀπολαβόν); ὄν la ha perdido, mas conserva el significado (primitivo) de ἰόν (de eúnte, e(u)nte, ente, imitando tal proceso en castellano); lo mismo οὐσία, ἰοῦσα (ἵημι).

Así que ὄν (ἰόν), οὐσία (ἰοῦσα) consuenan en el significado (no en la letra) con ἀλήθεια (θεία ἄλη, ἄλη-θεία, θεία-θεῖν) (397 d).

422 b.

Para el significado de "elemento" véase nota 393 a.

422 d.

Sobre el valor "acorde" de πρῶτον véase Cl. I. 3.

422 d, e; 423 b.

Sócrates insiste en afirmar que los "nombres", los primarios primigénitos y primeros han de hacer (ποιήσει) manifiestos, sacar a luz, φανερά, declarar (δήλωμα, δηλῶσαι), los entes (τὰ ὄντα): lo que las cosas están siendo (Cl. IV. 3). Función onto-lógica real; "hacer", cual la de la luz (φῶς) en su orden. (Cf. nota 393 d). Y declararlos o aclarár*nos*los (ἡμῖν). A diferencia de lo que "hace" la luz; que los aclara, de-clara, mas no "para nosotros" precisamente. La palabra que hacemos salir de lengua y voz (φωνή-γλῶτταν, 422 e) "hace" lo de la luz, —respecto de todo ente, ahora visible o no con ojos—; mas, por proceder de nosotros, el efecto: lo hecho "claro", *nos* lo declara. Y *nos* declara "lo que son" (οὐσία, lo que están-siendo) las cosas.

423 e.

Sobre "esencia" (οὐσία) y "ser" (εἶναι, estar-siendo) véase Cl. I. 2; II. 3.

424 e.

Nótese el empleo de la palabra "sílaba" (συλλαβή) en el dominio rítmico (musical). Cf. Nota 393 d.

428 a.

Hesíodo, *Trabajos y días*, 359 ss.

428 c.

Homero, *Ilíada*, IX, 644-5.

428 d.

Homero, *Ilíada*, I, 343; III, 109.

429 c.

Emitir sonidos, φθέγξασθαι.

Recuérdese la escala ψόφος (ruido), φθόγγος (sonido), φωνή (voz), λόγος (palabra enrazonada..., Cl. I, 1). Cuando uno habla en falso, o dice de un ente lo que no está siendo —cual dice de Hermógenes "Hermógenes", que no es de "genos" de Hermes, sino que lo es de Esmicrión— en rigor no habla (λόγος), ni siquiera da voces (pronuncia con boca humana), sino "emite sonidos", —algo más y mejor que ruido, mas que no llega ni a foné ni a logos. De "no ente", de "lo que no es" no se puede hablar (logos), ni decir con voz; se puede, y resulta tal intento real y simple "sonancia".

439 b.

"aprender de las cosas mismas" el llamarlas por sus nombres, el que ellas se dan y por el que ellas quieren ser llamadas. Cf. Nota 387 c. Aquí se dice: αὐτὰ ἐξ αὐτῶν καὶ μαθητέον καὶ ζητητέον: aprender de ellas mismas, investigarlas a ellas mediante ellas; y que de tal aprendizaje e investigación resulten, salgan pronunciados, los nombres. Que la lengua del hombre resulte "alta-voz" (φωνή) de ellas: de lo que ellas son. Alta-voz fiel a la esencia. Cf. nota 393 d.

440 c, d.

En cuanto a la insistencia en el poder fluyente de la r (ῥ), Sócrates lo demuestra verbalmente: ῥεῖ - κατὰ - ῥεῖν - κατὰ - ῥρψ - ρεῦμα - χρήματα, y significacionalmente. Con su punta de duda, ἴσως.

Pág.

IMPRESO EN MARZO DE 1982
EN LA IMPRENTA UNIVERSITARIA
DE LA UNIVERSIDAD CENTRAL
DE VENEZUELA